

José
Sant Roz

4-F: la rebelión del sur



**COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL
VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA REBELIÓN CÍVICO – MILITAR
DEL 4 DE FEBRERO DE 1992**

Diosdado Cabello Rondón

GJ Henry Rangel Silva

GD Miguel Rodríguez Torres

Rafael Isea Romero

Ronald Blanco La Cruz

Earle Herrera

Ernesto Villegas Poljak

Desireé Santos Amaral

Pedro Calzadilla

Carmen Bohórquez

Lionel Muñoz

Francisco Arias Cárdenas

Luis Reyes Reyes

Nancy Pérez

Alí Rodríguez Araque

4-F: LA REBELIÓN DEL SUR

CARACAS, 2012

© José Sant Roz
© Comisión Presidencial para la Conmemoración del
Vigésimo Aniversario de la Rebelión Cívico – Militar
del 4 de Febrero de 1992, 2012

COORDINACIÓN DE COLECCIÓN
Luis Felipe Pellicer

ASESORÍA EDITORIAL
Dannybal Reyes

DISEÑO DE COLECCIÓN
Dileny Jiménez

DIAGRAMACIÓN
Hernán Rivera

EDICIÓN Y CORRECCIÓN ORTO-TIPOGRÁFICA
Douglas García Sánchez

Vilma Jaspe
Elis Labrador
Jenny Moreno
Carlos Zambrano
Damaris Tovar
Ybory Bermúdez
Yessica La Cruz

Hecho el Depósito de Ley:
lf2212012900142
ISBN 978-980-7301-06-0

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

JOSÉ SANT ROZ

4-F: LA REBELIÓN DEL SUR



PRESENTACIÓN

COLECCIÓN 4-F: LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

Hace más de veinte años se forjó el comienzo de una incesante lucha. El pueblo de Bolívar sufría las consecuencias de una grave crisis acentuada desde comienzos de los años ochenta: el engaño, la represión sistematizada, la corrupción administrativa, la red de complicidades de los partidos políticos y la impunidad más insolente en el ámbito judicial convirtieron la crisis económica venezolana en una crisis del sistema político-moral, crisis cuya más cruda expresión se manifestó con la insurrección popular en contra de las medidas neoliberales de ajuste estructural de 1989 que conocemos como *El Caracazo*, evento que produjo un efecto constituyente para el Movimiento Bolivariano venezolano.

El año 1992 representó para los venezolanos y las venezolanas un hito histórico que definió y caracterizó el devenir de la política de nuestro país. Tienen arraigo en la memoria colectiva aquellos acontecimientos del 4-F: insurrección cívico-militar de profundas convicciones sociales guiada por los más altos valores patrios. Al frente de la rebelión militar del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 del 4-F y con el *Por ahora*, Hugo Chávez se posiciona en el imaginario popular como un ícono de responsabilidad, valentía y heroísmo. Después de dos años de prisión enfrentados con dignidad se incorpora a la lucha política obteniendo el triunfo abrumador en las elecciones de 1998. Pero las bestias de la reacción y del imperio prepararon su metralla: Chávez es derrocado el 11 de abril de 2002. Horas después todas las fuerzas coaligadas del sector popular del 27-F, junto a las del ejército bolivariano del 4-F, reaccionan y el 13 de abril de 2002 destronan al títere impuesto por el Departamento de Estado norteamericano. Sucediéndose así tres procesos en una sola dirección hacia el rescate de la soberanía: la

histórica clarinada del 27-F, la reacción militar bolivariana del 4-F y el rescate del 13-A, como poder de la conciencia revolucionaria que define para siempre el rumbo socialista.

La Comisión Presidencial Bicentenario en virtud de celebrar los actos del 4 de febrero de 2012 y con el propósito de contribuir a la formación de la conciencia histórica que expresan estas nuestras más contemporáneas fechas patrias, presenta ante sus lectores una colección en la cual encontraremos los siguientes diez enriquecedores títulos: *27-F, para siempre en la memoria de nuestro pueblo* (compilación de la Defensoría del Pueblo); *Febrero* de Argenis Rodríguez; *Historia documental del 4 de Febrero* de Kléber Ramírez Rojas; *Hugo Chávez: del 4 de Febrero a la V República* de Humberto Gómez García; *El Caracazo* (varios autores); *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias* de Reinaldo Iturriza; *Del 11 al 13. Testimonios y grandes historias mínimas de abril 2002* de José Roberto Duque; *4-F: la rebelión del sur* de José Sant Roz; *El poder, la mentira y la muerte, de El Amparo al Caracazo* de Miguel Izard; *Un día para siempre. 33 ensayos sobre el 4F*, compilados por la Red Nacional de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela.

Sugerimos, pues, al glorioso y bravío pueblo venezolano, sumergirse y sumarse en esta extraordinaria colección, única en su corporeidad, garante del pensamiento nacionalista revolucionario, rebelde en el espíritu reivindicativo que va plasmado en cada una de las obras de estos autores, conscientes de su papel con nuestra historia contemporánea.

—*¡A esto se lo llevó el Diablo!*
—*No lo creas, nos quedó Florentino*

4 de Febrero, 11 a.m.

4-F: LA REBELIÓN DEL SUR



El tanque que golpea: el camino del sur, la esperanza de la unidad continental que proponía Simón Bolívar ahora en el corazón de América Latina

La verja cruje, el tanque de guerra con su barriga de fiera rompiendo los flancos del pillaje: horizonte de relámpagos, fuego y humo esparcidos en el abismo delirante.

Remonta la fiera la desmoronada fortaleza. Los pálidos cortesanos en azarosa estampida huyen hacia el confín de la noche.

A la cima, a la cima; despejar el sendero luminoso, al fondo los infinitos caminos de perspectiva gloriosa: la América con rostro del Libertador.

El tanque que golpea y espanta. Rota la espesa ubre, triturados los henchidos vientres: pus desparramado, los gritos salvajes que imploran a Washington.

La escoria que retumba en mil batallas, la espesa máscara de la paz y la concordia. El aullido de los pajes, de los retozos de los míster y lores, *yes, we can*; perreras y mercaderes; cuernos finos, las brujas de grasos pechos o tersos cuernos; genios cuchis; los chanchos purpurados; los fashion, los ortos, los chuecos: la ancha porqueriza en el fétido pantano de los pactos. Demudado el blanco sepulcro entre jaranas de huesos y risas: códigos para ostrogodos, constituciones para manumisos, decretos que excretan, la flema que caga.

Ahora, a oscuras los salones de la corte sin la cháchara de cada día. Pausa en el escándalo, pausa en la compra al por mayor, en la paga de comisiones entre encajes y cortinajes. Todo bajo fuego, retumbando los rancios nichos. El trueno que quema, la luz que espanta, la pólvora que calcina, que estruja: espantos, bramidos escarlata y celeste. La ráfaga en el chirriar de las orugas; el calor de los asesinados que ahora se yerguen: la bandera que flamea arriba en La Planicie, tras el tanque luminoso los rojos corazones. El boquete definitivo. Venezuela y América en un puño, es el padre Bolívar de nuevo con sus huestes.

ESCENARIO PREVIO

*Me vería como un hombre indigno, si fuere capaz
de asegurar lo que no estoy cierto de cumplir.*

(CARTA DE BOLÍVAR A JUAN N. RIBAS, DEL 8 DE OCTUBRE DE 1812)



Se desespera CAP y se desata allanamientos de periódicos y hogares...

EL ACABOSE

Aquí se llegó a creer que nunca pasaría nada; que eso de revolución era un pasatiempo de cafetines, entretenimiento para los borrachitos en los bares de Sabana Grande, un espejismo que tuvo efectos desastrosos hace muchísimos años. Un jueguito de malabarismos mentales. Que a todos nos había ya pasado el tiempo de *arrecharnos*, de salir a cambiar el mundo, y que lo de una acción revolucionaria era de lo más absurdo, cuando no de lo más ridículo en este mundo. Ya parecía que no nos interesara nada, ni Bolívar, ni la Revolución Cubana o Sandinista, ni la manera como habían muerto el Che o Allende, ni los que sufrían en Bolivia o los que luchaban en tantos pueblos de África. Y entonces comenzó a producirse en tanta gente un envilecimiento generalizado en el que lo único que importaba era ahorrar para irse de paseo en un crucero, hacer fiestas

en McDonald's, irse de compras a Miami, olvidarse de todos los males sociales y ocuparse únicamente de uno, de nuestros goces, de nuestras necesidades y problemas. El descreimiento en todo era pavoroso, y pasaban por locos los que todavía soñaban, los que se hundían en la gloriosa gesta de Independencia y andaban solitarios con la cabeza en llamas pensando en los dolores de Bolívar.

Lo cierto era que no teníamos país, mucho menos patria, sin capacidad para amar lo que valía la pena. El dinero había que conseguirlo de la manera que fuese: robando, mintiendo, estafando, y la viveza se convirtió en un arte, en una necesidad, en un artilugio fundamental para sobrevivir. Ante toda esta degradación que avanzaba brutalmente, con tanta gente regodeada en la charca, sobrevino un holocausto moral que nos dejó sin luces ni siquiera para concebir medianamente el horror en el que nos consumíamos. En cierto modo estábamos peor que en 1810 porque aunque entonces se sufría una esclavitud de tres siglos, aquellos hombres ansiaban salir al campo y luchar, dar la vida por romper con aquel estado encanallado (aunque de momento no conociesen qué rumbo tomar); pero ahora, a finales del siglo XX, los de nuestra generación se acoplaban gustosos y resignados a sus plagas y pérdidas. El imperio con su capitalismo nos había degenerado sutilmente hasta niveles en los que la condición humana y nuestros más sagrados valores casi habían desaparecido.

Pero no era Venezuela únicamente la desquiciada, era toda América Latina, a excepción de Cuba.

Y fue en aquel Estado de pavorosa desintegración moral cuando estalló la insurrección dirigida por un valiente grupo de soldados bolivarianos: el 4 de febrero de 1992.

El 2 de febrero de 1998 el pueblo sufría aherrojado en su silencio. El país todo vivía envuelto en un espeso y viscoso culebrón: se plantaba la gente ante un televisor y allí estaba toda la patria

que conocía, y de él solo recibía datos sobre una Venezuela editada por agentes al servicio de las compañías transnacionales. En ese culebrón el pueblo esclavizado vio la bacanal de la coronación de Carlos Andrés Pérez y los episodios de su política económica en la que había prometido que se volvería a la época de las vacas gordas.

En aquella bacanal montada en la sala Ríos Reyna del Teresa Carreño había de todo menos pueblo. Se coronaba al séptimo Presidente de la era puntofijista, y aquello estaba a reventar de magnates, de neoliberales, de felices demócratas. Allí corrieron toneles de buen vino y más de mil trescientas botellas de excelente *whisky*, se despedazaron más de doscientos corderos y veinticuatro piernas de res. Todos estaban felices... por lo que también comieron perdices... Con mucha alegría y orgullo, el copeyano Eduardo Fernández comentó a la prensa, a la salida de la Ríos Reyna, que desde la coronación de la reina de Inglaterra nunca antes se había visto un acto tan espectacular. Todo esto lo apreciaba el pueblo en cadena de radio y televisión, en medio de una inmensa desolación.

Carlos Andrés Pérez venía de ser uno de los hombres más corruptos del continente¹, pero con un carisma avasallador dentro

1. Se discutía el caso Sierra Nevada, el barco adquirido con presunto sobreprecio por la Corporación de Fomento, durante el primer gobierno de Pérez. Además de Pérez, estaban acusados John Raphael, presidente de la CVF, y L. Álvarez Domínguez, ministro de Fomento. Una comisión de ética de AD, pedida por el propio Pérez e integrada por Marcos Falcón Briceño, Ramón Herrera León, Juan Herrera, Marco Tulio Bruni Celli y Andrés Eloy Blanco Iturbe, había sancionado al expresidente. Era una sesión del Congreso, que la presidió Godofredo González, como presidente de la Cámara del Senado, y Carlos Canache Mata, como presidente de Diputados. Se votó en cuatro instancias. Responsabilidad política, responsabilidad moral, responsabilidad administrativa y responsabilidad penal. En la primera, José Vicente Rangel votó a favor y Pérez fue sancionado por el parlamento. Cuando se votó la responsabilidad penal, el juego estaba 119 a 119 y Rangel votó de último. Se abstuvo y el resultado quedó igual. Esta es la razón por la cual adversarios de Pérez y de Rangel denunciaron que fue el voto salvador, pero en honor a la verdad, otros diez diputados, entre ellos Moisés Moleiro, Héctor Pérez Marcano, Rómulo Henríquez y Alonso Olaichea, habían votado contra la sanción. Jóvito Villalba había tomado posición a favor del expresidente en unas polémicas declaraciones, contra lo que consideró un juicio político. En la posición de Villalba influyó decisivamente Fucho Quijada. El Congreso debía enviar el expediente al Fiscal, Pedro Mantellini. El presidente del Parlamento estaba ausente y quedó como encargado Carlos Canache Mata. Mantellini viajó al exterior y se encargó de la Fiscalía, Ortega Mendoza. En el intermedio interceptaron una llamada de Caldera con Mantellini y este, Fiscal titular, anunciaba su regreso para el lunes siguiente. Esa noche se reunieron

de los políticos de partido de la época, nacional e internacional. Había sido el hijo ideológico, díscolo y mimado de Rómulo Betancourt, el fundador de la llamada democracia representativa. En la dura época de la represión en la que se produjeron cientos de muertos en toda Venezuela, en la década de los sesenta, Carlos Andrés Pérez fue ministro de Relaciones Interiores del gobierno de Betancourt. El 20 de febrero de 1975, *The New York Times* publicó un informe de la Central Intelligence Agency (CIA) según el cual esta Agencia le había hecho pagos al señor Carlos Andrés Pérez (CAP) cuando se desempeñó como ministro de Relaciones Interiores. Más tarde el mismo *The New York Times*, el 1º de marzo de 1977, recoge declaraciones del señor David Phillips, Comisionado de la CIA para la vigilancia y control en el Caribe y Venezuela, en las que confiesa ante el Congreso de EE. UU., que efectivamente sí le habían hecho pagos a CAP. La CIA le daba a este ministerio 500 mil dólares mensuales para el sostenimiento de la lucha antiguerrillera. Esta nota del *Times* estaba firmada por el jefe de redacción de dicho periódico.

El Departamento de Estado norteamericano, al igual que lo había hecho con Rómulo Betancourt, había estado entrenando a CAP para que asumiese la presidencia de la República bajo el

con Canache Mata, David Morales Bello, Jaime Lusinchi, Alejandro Izaguirre y Octavio Lepage y persuadieron a Canache de enviar el expediente al Fiscal encargado, Ortega Mendoza, eso fue un jueves. El viernes el Fiscal decidió que no había responsabilidad. Pérez había ganado la pelea, en lo que se llamó "el canachazo". Ardió Troya y Canache fue denunciado por la oposición. Renunció a la Cámara y después volvió al Congreso como jefe de la fracción parlamentaria de AD, tras derrotar a quien ocupaba el cargo, Arturo Hernández Grisanti. Pérez enfrentó a sus adversarios en el partido y tras el dictamen de la Comisión de Ética, Luis Piñerúa Ordaz encabezó un movimiento, con el apoyo de Betancourt, para expulsar al cuestionado político. Piñerúa presentó una carta al CEN, enviada por Betancourt, en la que exigía la expulsión de Pérez. La sesión se interrumpió y Lusinchi y Lepage fueron a la quinta Pacairigua, para conversar con Rómulo Betancourt, quien al final decidió retirar la propuesta. En el intermedio ocurrió un suceso periodístico en el que Pérez se amparó para denunciar la campaña de Copei y del gobierno de Luis Herrera para destruir a AD. Se veía que CAP tenía mucha corteza y resistencia y cuando hablaba sus declaraciones aparecían en titulares en la prensa nacional. Un caballo de batalla, y AD no podía deshacerse de este gran bastión.

modelo de la Doctrina Betancourt (entiéndase la Doctrina Harry Truman).

Pues bien, aquel 2 de febrero de 1989, apenas 25 días antes de la más grande sublevación en Venezuela del siglo XX, se encontraba en la sala Ríos Reyna del Teresa Carreño lo más granado del mundo político internacional: Alan García, Enrique Iglesias, Virgilio Barco, Willy Brandt, Felipe González, Jimmy Carter, Daniel Ortega, Fidel Castro, Dan Quayle, Mario Soares, Julius Nyerere, Julio María Sanguinetti, Alí Subroto, Joaquín Balaguer, Joao Baena Soares, José Sarney, Virgilio Cerezo, entre otros.

El pueblo venezolano no salía de su asombro. Argenis Rodríguez había escrito en 1980, ocho años antes de aquella reelección de Carlos Andrés Pérez, que este había sido acusado de haberse enriquecido ilícitamente durante sus funciones como gobernante, y que con toda la tranquilidad del mundo se había lanzado otra vez a la calle a reconquistar a las masas. Además: que no se perdía un juego de béisbol, asistía a todas las corridas de toros, iba a los combates de boxeo, caminaba por las calles y que levantaba los brazos si alguien lo vitoreaba.

Sin embargo, en Acción Democrática (AD) –dice Argenis– lo acusaban de apropiación indebida, de peculador, de haber malversado fondos públicos. Lo acusaban de asociación con tres mujeres que, de simples secretarias, se volvieron las más ricas de Venezuela y vivían en el exterior, concretamente en Nueva York.

CAP, fresco como una lechuga, le decía a la militancia de su partido que él se encontraba sereno, que se mantuvieran serenos como él lo estaba, que confiaran en la victoria de la justicia: “Si me ven rico llámenme ladrón” decía muerto de la risa, y a decir verdad no es que se le viera rico, sino que parecía y actuaba como el más rico del mundo occidental.

Sigue diciendo Argenis:

CAP era mentiroso, rastrero, inculto, inescrupuloso, putaño, ladrón, negociador de tierras, fragatas, barcos inservibles con los que ganó grandes comisiones. Enriqueció a Cecilia Matos, escondida Dios sabe dónde. El Congreso la solicitaba para interpellarla. La Comisión contra el Enriquecimiento Ilícito la buscaba como palito de romero. El juez Marcano Battistini deseaba interrogarla, pero Cecilia Matos no aparecía. Se la tragó la tierra. El único que sabía donde estaba era su amante, el todopoderoso CAP, el temible CAP, el pistolero CAP. CAP amenaza, CAP le grita a sus “compañeros de partido”: —Al que mencione a Cecilia le meto un tiro.

Todo esto lo escribió Argenis en 1980, y casi nadie o nadie le paró ni le hizo caso. Estas cosas nunca las dijo alguien en el Partido Comunista, ni mucho menos Douglas Bravo como tampoco canallas de la talla de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Américo Martín, Moisés Moleiro o Gabriel Puerta. Las dijo un escritor que no estaba dedicado a la política de partidos, y que fue un incomprendido en aquel país vuelto *mierda*.

Seguía diciendo Argenis:

CAP le sacó un revólver al diputado Arturo Hernández Grisanti y por poco no disparó. Él siempre ha sido así, violento, y en veintidós años de democracia ha ordenado la muerte de unas quince mil personas, sin contar desaparecidos. CAP se dice macho, valiente, fregado. Lo dice, lo pregona. Su casa está blindada. Es un verdadero búnker. Tiene un ejército privado. Controla las llamadas telefónicas. Tiene una lista de personas con quienes arregla cuentas. Porque él matará u ordenará la desaparición de todos aquellos que escribieron contra él y lo llamaron ladrón, putaño, asesino, mantenedor de prostitutas, rico ilegal, cobrador de comisiones, extorsionador, torturador, estafador. Él

le arreglará las cuentas a todo aquel que dijo que sus hijas se casaron con estafadores. Él hará desaparecer a sus acusadores ante la mirada cómplice de la policía y del doctor Feo quien se encargará de justificarlo y defenderlo ante los tribunales. Con CAP están los que se enriquecieron y mataron durante su quinquenio. ¡Ay de aquel que se atravesó en su camino! Se atravesó Jorge Rodríguez y murió en una celda. Fue golpeado hasta morir. Se atravesó el penalista Carmona y fue acribillado a balazos en medio de una multitud que huyó despavorida. Sus hombres asaltaron y ametrallaron una pensión en Valencia y mataron a todos los que ahí dormían. Los asesinos eran alumnos del doctor Feo y el doctor Feo no le rinde cuentas a otro que no sea CAP, su jefe absoluto, su dueño y señor. Los jueces tiemblan ante el doctor Feo y al doctor Feo y a sus jueces y abogados los llaman La Tribu de David. El país está pasando por un mal momento. Los asesinos se han reencontrado porque la justicia quiere atrapar al pandillero Diego Arria, saboteador del avión del candidato presidencial Renny Ottolina y ladrón de los terrenos de Antímano, El Cementerio y Camurí Grande. Y si el doctor Feo es la mano derecha de CAP para los asuntos “legales”, Arria es la mano izquierda para los atentados y latrocinios. A CAP lo atacan, pero tímidamente, desde algunas publicaciones. CAP, por eso se ríe y dice: ¡Saldré limpio, saldré incólume. Soy víctima de una falacia, de una confabulación!

Y añade Argenis:

Y como es Senador Vitalicio y cuenta con eso que llaman inmunidad parlamentaria viaja todas las semanas a encontrarse con su amante. Un día se ven en Nueva York. Otro día en Lisboa. Otro día en Marbella, donde bailan hasta el amanecer. Otro día se encuentran en Cúcuta, o en Madrid, o en Londres, o en París o en Oslo; en todos esos sitios tienen chalets, mansiones, casas, apartamentos. Su amante es una protegida de los gobiernos del mundo occidental, y su

cuenta, su fabulosa cuenta, goza del secreto bancario. El Estado venezolano, por una carta de crédito que firmó la Corporación Venezolana de Fomento, está obligado a pasarle veinte millones de dólares anuales a la Cecilia Matos.

Mientras tanto, aquí dicen:

CAP es un tigre herido. Ya se levantará y sus enemigos no encontrarán dónde esconderse. Y la gente ha comenzado a sentirse desamparada porque los jueces, los abogados, los miembros de su partido, el partido socialcristiano y hasta los comunistas², comienzan a darle la razón, a encontrarlo simpático, un simpático que se llama a sí mismo patrimonio nacional y víctima de una confabulación. CAP se ríe porque ya siente la victoria en sus manos. Los periódicos le temen. Ya callan. Es el tigre herido, pero un tigre con una fortuna que nadie, ni siquiera el Estado posee. En cinco años CAP, previendo lo que se le vendría por su mal gobierno “administrado” por Feo, Belisario, Arria y Cecilia Matos, se enriqueció como nadie lo ha hecho en el mundo. Su fuerza comienza a sentirse por la cantidad de atracos a bancos, joyerías, quintas, asaltos a las instalaciones militares, saboteos al INOS, al tubo matriz de gas. ¿Y qué dice CAP, qué exclama? Este es un gobierno incompetente. Y la gente que lo escucha ya comienza a darle la razón y a comentar: —Sí, es verdad, CAP robó pero existía el pleno empleo.

Y su “idea” penetra como un taladro y el tigre se crece, y cuando comiencen a morir sus adversarios la gente los pateará, los acusará de malos hijos de la patria, de traidores. Porque Pérez, cada vez que puede, y todos los días puede, se llama patrimonio nacional, esto es, Libertador. Y la que anda errante, por ahora, regresará como la libertadora del Libertador y volverán

2. Para asombro de muchos, cuando en *The New York Times* apareció que Carlos Andrés Pérez recibía dinero de la CIA, el Partido Comunista de Venezuela de entonces protestó contra esa publicación considerándola como injerencia de Estados Unidos en nuestros asuntos internos.

a gobernar. CAP sabe que la gente olvida. CAP es mentiroso por naturaleza. “Soy una víctima”, grita en las plazas de toros; “se han confabulado contra mí”.

Y todo ha ido cambiando para CAP. No es culpable de nada. Ningún juez lo encontró incurso en delito alguno. Cecilia Matos no se robó ningún dinero. El doctor Feo no ordenó el asesinato del penalista Carmona. Arria no asesinó a Renny. Esa ha sido la gran confabulación. Y volverán y ya dicen que CAP volverá al poder así como Indira Gandhi volvió al suyo. Dicen que CAP volverá al poder así como Trudeau, allá en Canadá, celebra su victoria. CAP volverá.

Las paredes se llenan de pintas. Los sindicalistas visitan a CAP. Los agraristas visitan a CAP. El partido habla del “compañero CAP”, verdadero sucesor del maestro Betancourt (Betancourt a estas alturas se está muriendo de viejo). CAP espera. Yo sé esperar, dice, y cuando ataque voy a tirar al centro. CAP amenaza. Ya no es un tigre herido sino un combatiente, un Bolívar restablecido de un tabardillo allá en una playa del Perú y vuelve a la carga, esta vez con nuevos bríos, con más experiencia, con una pupila afilada y con los aliados que estuvieron siempre a su lado en el momento difícil. Ahora CAP se crece. No hay justicia que lo investigue, pues ya ha acabado con la justicia. Conservo mi influencia entre las Fuerzas Armadas, declara para la revista *Doble Seis*. Y ya ha acabado con las Fuerzas Armadas; y por si fuera poco cuenta con los cuatro millones y medio de indocumentados que metió desde Colombia, su segunda o su primera patria. Esto no ha sido dilucidado y los historiadores han comenzado a revisar sus textos. CAP renace de sus cenizas. En nada quedaron sus investigaciones de la CIEI, del Congreso Nacional, de los tribunales penales. En nada quedaron las palabras del expresidente Rafael Caldera que pedía moralidad y honestidad para los dirigentes políticos. En nada quedaron las patadas que Betancourt le iba a zampar a los

corruptos. Se están evaporando las palabras del presidente Luis Herrera que, en un empeño vano, procura limpiar el país de los indocumentados de CAP que lo acorralan con una huelga diaria y un atentado a todo aquel que se ponga a tiro.

—Herrera no sabe gobernar —exclama CAP. Y la gente lo corea. Los indocumentados de CAP, para hacerse temer más de lo que se les teme, asesinan diez personas por día y CAP ríe llamando a Luis Herrera: incapaz.

—No ha hecho nada en diez meses —dice CAP en una plaza de toros. CAP vuelve. Y los que le temen y los que se han dejado engañar y los que han olvidado quién es realmente CAP, esperan la llegada inminente, triunfal, del líder.

Tenía CAP formalmente a su esposa Blanca Rodríguez, pero vivía con su amante Cecilia Matos. Su barragana tenía un poder tan grande como en su tiempo lo mantuvo Blanca Ibáñez, la amante de Jaime Lusinchi. Al triunfar CAP, Cecilia consideró prudente mantenerse un tiempo alejada del país, en su apartamento de Nueva York.

Toda la historia de la amante de CAP corría por revistas y periódicos, y quienes la narraban se exponían a ser perseguidos o asesinados. Jorge Olavarría (director de la revista *Resumen*) y Rafael Poleo (dueño de las revistas *Auténtico* y *Zeta*) tuvieron que huir del país al verse acosados por los perros de presa bajo el mando de CAP.

Cecilia Matos tenía 15 años cuando, en 1962, conoció a Carlos Andrés Pérez, época en la que él era ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Rómulo Betancourt. CAP contaba entonces 40 años, es decir, le llevaba 25. En el momento en que se conocen, se le estaba ofreciendo un agasajo a CAP por haber estado encargado de la Presidencia de la República, y en ese acto se decidió entregarle

un presente. La escogida para entregarlo fue la bella y jovencísima Cecilia Matos. El regalo se trataba de un llavero, ella fue a llevárselo, se vieron y el flechazo fue total, mortal. Poco después se irían a vivir juntos.

La decisión de CAP fue convertir a la adolescente Cecilia en secretaria del Congreso de la República, mientras ella trataba de hacer un curso de bachillerato comercial, y dominaba un poco la taquigrafía y la mecanografía.

Aquella historia se hizo tormentosa con el tiempo. CAP trató de disimular por un tiempo la vida que llevaba con aquella joven, pero poco a poco se le fue haciendo imposible. Durante su primer mandato la situación se le fue de las manos; aquello desbordó los corrillos y medios de prensa.

El súbito capricho de CAP por Cecilia Matos, convertido ya en todo un señor Presidente de la República, estaba destrozando al país; ya el Presidente no se ocupaba sino de ella y de sus gustos, y esta señora no conocía límites en sus frivolidades.

Al menos Blanca Ibáñez había tenido la aspiración de hacerse bachiller, y luego ostentar el glorioso título de abogada de la República; también solicitó la Orden del Libertador en su Primera Clase. Pero Cecilia Matos Melero, la barragana de Pérez, no quería títulos sino dinero y poder, estaba viviendo cerca de la mansión de los Cisneros. Se había hecho miembro del Club “La Lagunita” en 1978, cuando la acción valía 200.000 bolívares, y en su declaración al Impuesto Sobre la Renta se había registrado que su ingreso anual era de 25.000 bolívares³. Estaba protegida por el banquero Pedro Tinoco, el socio de Gustavo Cisneros, y en fin por los Doce Apóstoles de la gran estafa nacional.

3. Revista *Resumen*, N° 239, febrero de 1980.

De gente como esta, señores, surgiría la Coordinadora Democrática, la que Gustavo Cisneros utilizaría para lanzarla contra Chávez e intentar derrocar su gobierno.

Delante de los Doce Apóstoles, Cecilia llamaba a CAP, “papi”, sin ningún recato y con muchos mimos. Cecilia llegaba en helicóptero a La Lagunita, en su mansión de los grandes saraos, con fiestas cariocas o dominicanas, botando con locura millones de bolívares en una sola noche. Gustavo Cisneros vio y conoció de cerca ese asqueroso mundo, pero le interesaba que el Presidente se pervirtiese al máximo para luego él tenerlo a su merced.

¿Cuántas veces Gustavo Cisneros le besó la mano a su vecina Cecilia Matos? ¿Cuántas veces la honraría recibéndola en su casa del Country Club o en La Romana? ¿Cuántas veces compartiría con la pareja Pérez espléndidas reuniones en Nueva York o en Miami? En Nueva York aquella reina tenía varios lugares para no aburrirse. Podía pasar unos días en el Olympic Tower o en la Galirie. Cecilia, además, tenía pasaporte diplomático, y Gustavo Cisneros lo sabía. Y los hermanos (catorce, en total) de Cecilia (que de perrocalenteros y vendedores de empanadas en la calle) ahora estaban también muchos de ellos en ese mismo tren de privilegios, hasta con pasaportes diplomáticos. Las barraganerías de Pérez y de Lusinchi las conocía en detalle Gustavo Cisneros, y esto al igual que a todos los empresarios afiliados a Fedecámaras lo aupaba con mucho ánimo; era la mejor forma de hacer democracia; a un Presidente así jamás lo condenaría la OEA o Estados Unidos o alguna Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Entre los socios admitidos en La Lagunita Country Club del año 1979 estaban, junto con Cecilia, los Brillembourg, los Zuloaga, los Pocaterra, los Machado, los Azpúrua; es interesante saber que Miguel Ángel Capriles, quien entonces hizo grandes esfuerzos por ser admitido en el Country Club en aquella época, no lo logró.

Cecilia Matos había llegado a ser una simple secretaria de la fracción de Acción Democrática en el Congreso de la República, y allí mismo Lusinchi también encontraría la suya. Aquellas amantes que los adecos se conseguían por racimos en el Congreso Nacional como que les traían buena suerte. Y de ser una simple secretaria, Cecilia pasaría a tener chofer que la llevaba y traía por Caracas en un Mercedes Benz 350, adjudicado por la Presidencia de la República. Porque, además, gente como Gustavo Cisneros conocía de la calidad viajera de Cecilia, quien que no se estaba quieta en ningún lugar, y que de Nueva York saltaba a París, de Roma a Madrid, de Lisboa a Hawái, de Japón a Río de Janeiro, de Río a Miami, y del santuario de los agusanados cubanos a Curazao, Aruba, Puerto Rico o Santo Domingo. De cada viaje Cecilia traía entre doce y quince maletas. Un *souvenir* asiático, contó ella misma como si se tratara de una friolera, le había costado quince mil dólares.

Cuando Cecilia pasaba una estancia en Caracas lo sabían todos los grandes empresarios, pues los miércoles estaban exclusivamente reservados para los placeres de la segunda dama. CAP no estaba para nadie ese día sino para su reina. Medio millar de escoltas rodeaba La Lagunita. Eso sí, de madrugada él sigilosamente se trasladaba a La Casona, cumpliendo el dicho de que “andino amanece en su casa”. En la mansión de Cecilia, en La Lagunita, las fiestas eran amenizadas por Julio Iglesias y La Polaca, y podían verse aplaudir y dando brinquetes modernos a Pedro Tinoco, a Carola Reverón de Loperena, a Antonio Scannone, Carmelo Lauría, Siro Febres Cordero, Luis Núñez Arismendi, Enrique Delfino, entre otros de la gran camada de los más íntimos. Todos atendidos por un chef de apellido Vázquez que también preparaba ricos platos en Miraflores. Se refiere que Simón Alberto Consalvi era entre todos los sinvergüenzas de aquellas francachelas el que más destalonaba zapatos cogiendo el ritmo que la moda imponía, y siempre asistía

a ellas sin su esposa. Lo que más preocupaba a aquellos grandes empresarios “que amaban tanto a su país”, era que Cecilia no terminaba de salir embarazada, y hasta se trajo a un médico que trataba a la Sofía Loren.

Aquella Venezuela sí era bonita, alegre, alborotada: el progreso y la modernidad brillaba por todas partes.

A Cecilia quien mejor la entretenía era el superministro de Economía, Carmelo Lauría, porque este borrachito tenía una especial calidad humana para explicarle los decretos de Pérez. Se los llevaba ordenados por carpetas de colores, y mientras él campañeaba un buen *whisky* y ella una champaña, uno a uno él se los desentrañaba con la misma sapiencia y pedagogía que aplicaba en sus conferencias en la Universidad Católica Andrés Bello, la universidad por excelencia de los mayores estafadores de Venezuela, la universidad fundada por el dictador Marcos Pérez Jiménez para procurar destruir a la rebelde Universidad Central de Venezuela. Así, Carmelo Lauría le explicaba a Cecilia que en el mundo habían desaparecido para siempre el sentido de términos como imperialismo, explotación, dominación y monopolio. Cecilia estaba sorprendida de que todo fuera tan simple y banal, mejor dicho, que la banalidad fuese la reina de todas las funciones del Estado, y que aquello que una vez lo imaginó plagado de sublime complejidad no pasaba de ser algo que se explicaba como una receta de cocina.

Cuántas horas empresarios poderosos como Gustavo Cisneros compartirían deliciosas veladas, hablando de política con Cecilia Matos. Quizá hablándole de las nuevas tecnologías que arroparían a todos los centros financieros del mundo.

Porque la gran querida de gente como Gustavo Cisneros ha sido, de siempre, el capital y las nuevas tecnologías. Con ellas follaba cada minuto, cada segundo. En cuanto a lo doméstico gente como los Cisneros llevaba una vida muy familiar y recatada, pero

también comprendía que un Presidente estaba sometido a demasiadas presiones, y merecía gozar del reposo reservado solo para los grandes guerreros. Además, cómo no le iba a aceptar Cecilia sus devaneos, cuando el propio Pérez había amenazado a sus más cercanos financistas con que si no aceptaban a su reina, no contarán para nada con los negocios de Miraflores.

Así estaba la patria en aquellos días. Y ya de cerca o de lejos un joven cadete de nombre Hugo Chávez Frías observaba aquellos desquicios y se iba a su habitación a escribir en su diario, a leer y a tratar de entender el mundo. Y se decía como Hamlet: “Desgraciado de mí, el mundo está fuera de quicio y tener que ser yo quien lo ponga en orden”.

Y el joven cadete Hugo Chávez Frías veía que los que triunfaban eran los chulos, los aduladores, los vendidos. Los oficiales que se esmeraban en complacer los caprichos de la barragana de turno. Porque Rómulo Betancourt también tuvo la suya: René Coronil Hartman. Era una práctica y una tradición adeca.

El país estaba destrozado desde principios del siglo XX, y mucho antes. Vivíamos de tragedia en tragedia, de maldición en maldición, y cuando la patria conseguía más o menos asumir algún mando soberano se entrometían las potencias y derrocaban o asesinaban a los mejores hombres. Así pasó con Cipriano Castro, con Isaías Medina Angarita, Rómulo Gallegos y Carlos Delgado Chalbaud. Todo esto lo iba sopesando el joven cadete Hugo Chávez Frías.

Pero en aquellos días del reinado de Cecilia Matos los medios de comunicación social lo controlaban todo, y no se veía lo malo de lo que hacían nuestros gobernantes. Todo en la televisión se acomodaba para que nunca se incomodara a los dueños del poder. Las agencias norteamericanas acicalaban a los mandatarios nuestros y aparecían estos como dechados de virtudes. Más bien daba

vergüenza que tuviéramos hombres tan bellos, tan delicados, probos y humanos.

Todas las noticias que pasaban sobre el país y sobre nuestros Presidentes en absoluto reflejaban la vida disoluta y degenerada que llevaban. Con solo haber pasado 30 segundos por su televisora, cualquier medio reseñando una sola de aquellas vagabunderías de Pérez con su amante, habría bastado para provocar una hecatombe en el continente. Pero aquellas televisoras estaban en manos de chulos como Marcel Granier y Gustavo Cisneros.

Nada se destacaba de estas locuras de una barragana como Cecilia porque CAP era gran amigo de Kissinger y de los cubanos agusanados radicados en Miami. Estaba protegido por la Sociedad Interamericana de Prensa. Imaginemos que aquel chulo de los chulos, Napoleón Bravo, dilecto servidor de los intereses de los Cisneros, cada mañana, hubiese mostrado en su programa al Pérez para arriba y para abajo con su querida, mediante súper-teleobjetivos y metiéndoles los lentes de sus cámaras hasta en la sopa. Quizá, de verdad, Venezuela habría sido otra. Pero de puta a putaños, ellos se entendían bien, y el país se desangraba a paso de cabronadas. Eso era lo que pasaba, y fue así como entonces pudieron surgir grandísimos capos globales que hicieron descomunales fortunas de la noche a la mañana.

Para aquella época los ministros se dividían en dos clases: los cecilianos y los apóstatas, y los que deambulaban como moscas dentro de AD para mantenerse al lado del gran sultán, tenían que mostrar un especial talento para la cursilería. En una de aquellas francachelas Héctor Alonso López fue presentado como un prospecto de Presidente de la República. Gustavo Cisneros tuvo que haberle auscultado gónadas, sobaco y mollera para que este muchacho diera tal salto y comenzara a ser recibido con frecuencia por Venevisión. Estaba este joven merideño mostrando sus dotes

anfitriónicas cuando sorprendió a la clase dirigente y empresarial organizándole una rumbosa fiesta sorpresa, en Margarita, al patriarca Gonzalo Barrios⁴. Para la ocasión trajo los mejores quesos y vinos del planeta. Ciento cincuenta mil dólares costó aquella fiesta, barata, si la comparamos con la que se le hizo a Cecilia Matos, cuando se dejaron correr periquitos blancos y palomitas rosadas por los jardines y pasillos del Hotel Hilton. Héctor había tenido la ocurrencia de hacer desfilar por la fiesta un elefante pintado de rosado.

Qué tiempos aquellos.

Qué bella era aquella Venezuela, y qué grande era el empresario nuestro.

Los periodistas de Venevisión no estaban, digo, para ir a La Lagunita y captar con sus cámaras cuando llegaba en helicóptero Cecilia Matos, ni para perseguir a Pérez cuando salía a buscarla, ni para recoger las imágenes de cientos de policías resguardando la zona donde se encontraban aquellos amantes. En Venevisión nadie podía nombrar las palabras “Los doce apóstoles”, ni someramente mencionar a la dama de compañía de Cecilia, misia Gladis López.

Cisneros se cansó de ver cómo utilizaban docenas de vehículos del Estado, docenas de policías y militares para proteger a Cecilia: aviones de la Fuerza Aérea, lanchas, carros blindados. Aquella Venezuela sí era bonita y todo estaba en paz, y había ritmo, amor y sueños al por mayor.

Y había que ser verdaderamente desnaturalizado para ver todo aquello y no arrecharse, no estremecerse, no pensar en irse a las montañas o crear un pelotón y tomar por asalto el lupanar en que se había convertido Miraflores. Habría que ser un maldito indolente para no pensar alzarse algún día, en soñar en una guerra,

4. Este anciano era uno de los mayores burlistas de cuanta política hacían los políticos de partido del país. Hablaba con mucha sorna entonces del “beso mortal del FMI”.

en una gran batalla para salvar a la patria que estaba profundamente emputecida.

Habría que ser definitivamente un canalla para no sentir la necesidad de alzarse contra toda aquella turba de pérfidos truhanes.

Yo así lo confieso.

Pues bien, nadie entonces se percataba de lo profundamente democrática que era Venezuela, con sus Héctor Alonso López, con el patriarca Gonzalo Barrios, con David Morales Bello y Carlos Canache Mata, con los lusinchistas y perecistas.

Entre los empresarios, aquellos que se disputaban servirle a la reina Cecilia Matos, hubo uno que le prestó su quinta Colibrí, situada en La Castellana, para que la sublime pareja tomara lecciones y dominara los pasos furiosos de Travolta en *Saturday Night Fever*. El equipo de danza de Venevisión les daba clases de travoltismo sobre ladrillos luminosos, a los Pérez-Matos.

Diego Arria también tomaba lecciones en los cabarets ambulantes de Pérez, y cuando Cecilia Matos se fue a descansar (no se sabe por qué) a El Hatillo en su mansión Giraluna (con 44 hectáreas boscosas), la carretera Unión le fue asfaltada por el enano de las largas trenzas, Diego Arria, gobernador entonces de Caracas. Esta mansión de El Hatillo la había adquirido Cecilia con la ayuda de Gumersindo Rodríguez y un empresario colombiano de nombre George Valey Norzagaray, primo de CAP. El entonces, Enrique Delfino, poderosísimo empresario, dueño de Delpreca, promotor de Parque Central y de las empresas constituidas con el Banco de los Trabajadores, Bantrab, para un descomunal desarrollo urbano de 10 mil millones de bolívares, etcétera, aparecía como el comprador de la mansión de La Lagunita, y también de la quinta Giraluna.

Y el país se desangraba en medio de todas estas perdiciones, y muy pocos locos deambulaban atormentados pensando una manera de darle un vuelco total a esas degeneraciones. **Éramos**

una República de cobardes, hay que reconocerlo. **Éramos una República de idiotizados**. Mientras tanto, el cadete Hugo Chávez leía a Bolívar, pensaba en la Patria Grande, colocaba sobre una mesa el mapa de Venezuela y soñaba, en entera soledad y *arrechera*. Apretaba el puño. Y lloraba.

De aquella casta venían los Cisneros cuadrados con Pedro Tinoco (el más chulo entre los chulos de CAP), el hombre más rico de entonces, quien tuvo sus veleidades presidencialistas con aquel partidito que se llamó Asociación Venezolana de Independientes (AVI). Pedro Tinoco era la fuerza y el condón de los doce apóstatas, y el epicentro de estos, la estrella: Cecilia Matos.

En La Lagunita se concentraba la crema de la crema oligárquica y pululaban alrededor de la mansión de Cecilia incesantemente los Cisneros, los Granier, los Arria y los Delfines, los Phelps y los Zuloaga, los Tinoco. Cuando Cecilia aparecía salía el Sol aunque fuese de noche, y todos estos señores corrían a besarle la mano, con mucha finura y galantería. La querían enseñar a jugar golf y tenis, a montar a caballo; jugar a las cartas no, porque ella ya lo había aprendido en los casinos del Caribe. Para esto sí era lista.

Los días domingo, aquello no tenía comparación: llegaba el helicóptero presidencial y salían con la vestimenta adecuada los dueños del país a dar sus salutations a la reina de las reinas. Tenía clase Cecilia, tanto como lo más granado del Country. Sin duda. Si la noche los cogía, ellos se perdían en el tiempo disfrutando de los buenos cuentos y mejores entretenimientos visuales exhibidos por los cortesanos mejor dotados de Fedecámaras. Se llegó a publicar una pequeña revista del Club donde estaba Cecilia como miembro Clase A. Centenares de documentos llegaron a los tribunales denunciando los grandísimos robos de Cecilia (más de media docena de abultados reportajes aparecieron en la revista *Resumen*), pero jamás los periodistas de Venevisión, insisto, reportaron uno

solo de ellos. Jamás se discutió esto en los programas de Carlos Rangel y Sofía Ímber. No lo habría permitido el gran cabrón Gustavo Cisneros, como tampoco el perverso Marcel Granier.

Se necesitarían muchos volúmenes para, someramente, medio relatar aquel cuadro dantesco sometido a los dictérios del mal llamado empresariado nuestro. Existía una cosa que se definía como el sistema de contratos dentro del esquema de poder. Los contratistas funcionaban como operadores políticos, siempre asociados a algún dirigente político, a alguna tienda política. Entonces, cuando se cambiaba a alguien de un ministerio entraban en cambote los nuevos dueños de los contratos a repartirse el negocio como fieras. Por lo regular en Acción Democrática (AD) o Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei) se desataba toda una guerra de perros por imponer cada cual a su mejor negociador. Las mafias de los partidos acabaron uniéndose a los dirigentes sindicales adecos o copeyanos para repartirse los negocios de los contratistas.

Y no se crea que aquella Venezuela del segundo mandato de CAP no contaba en la dirección de los ministerios claves con toda una pléyade de augustas genialidades, lo más preparado y exquisito de la profesionalidad del país. La crema de la crema universitaria que jamás había parido Venezuela: Miguel Rodríguez (exmilitante del Movimiento al Socialismo (MAS)) graduado en la Universidad de Yale (por cierto la que produce más agentes de la *Central Intelligence Agency* (CIA) en todo Estados Unidos) iba a coger el toro de las finanzas del país; Moisés Naim (con un doctorado en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) asumía el cargo de la apertura comercial; Beatrice Rangel (con posgrado en las Universidades de Boston y Harvard); Eduardo Quintero (con un posgrado en Harvard) tomaba la dirección que iba a reestructurar las empresas públicas; Gustavo Roosen (con maestría en la Universidad de

Nueva York) se encargaría de reformar el sistema educativo; Carlos Blanco (*L'enfant terrible* de la izquierda universitaria de los sesenta, economista *summa cum laude* y *Ph.D* de la Universidad Central de Venezuela) se aprestaba a destrancar la burocracia estatal; Gabriela Febres Cordero (*cum laude* en la Universidad de San Francisco) decidida a destrabar el asunto de las exportaciones no tradicionales. Todos ellos, entre otros muchos brillantes tecnólogos y científicos curtidos en las supremas artes del conocimiento que llega de Europa y Estados Unidos, tales como: Reinaldo Figueredo (graduado en Ciencias Políticas de la Universidad de París y en Economía de la Universidad de Bruselas, personaje clave del equipo de CAP); Armando Durán (de origen cubano, periodista y doctor graduado en Filosofía de la Universidad de Barcelona, España); Gerver Torres (con un *Senior Scientist at Gallup and Market Research Consultant*)...

Esa era parte de la cosecha que CAP recogía del programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho que él había implementado durante su primer mandato. Pero casi todos esos jóvenes brillantes, que fueron a sacar sus títulos al exterior, venían con un cerebro horriblemente supeditado a los proyectos de investigación, a la cultura y al desarrollo de Europa y Estados Unidos, y Venezuela les olía muy feo. Muchos comenzaron a sentirse avergonzados de su país, lo trataban con desprecio. Entonces se dedicaron a investigar para ver publicados sus trabajos en revistas “indexadas”, importantes, que diesen mucho caché. Eso era básicamente lo que les interesaba. Se desató en las universidades un narcisismo académico espantoso, y se puede constatar que esa gente estudiosa casi nada aportó al país y quienes realmente aprovecharon su talento fueron los países donde ellos hicieron sus doctorados. Cachimaco trabajando para lapa. Y por eso hoy esas universidades están como están, pidiendo plata y más plata para seguir produciendo

investigación para afuera, y manteniendo el mayor desprecio por lo nuestro.

Miguel Rodríguez se sentía demasiado sobrado en el gabinete de CAP. Había aceptado ser ministro de CAP casi por lástima porque tenía muchas ofertas en el mundo para desempeñarse como asesor de grandes empresas o como profesor de prestigiosas universidades. Había ganado un concurso internacional en el que participaron más de trescientos economistas del mundo. Llegó a ser Miguel Rodríguez asistente de James Tobin, Premio Nobel de Economía de 1981, furibundo keynesiano a favor de la intervención del Estado en la economía.

CAP se sentía supremamente orgulloso con su equipo de trabajo. Nunca América Latina había contado con un grupo de profesionales más brillantes, y todos estaban decididos a defender la tesis de que ya era hora de que los partidos les dejaran dirigir la economía. Que la economía no era asunto que se pudiese dejar en manos de los partidos sino de los “expertos”.

Con aquellos expertos había que sacar al país de la debacle en la que lo había dejado Lusinchi. Este no iba a ser tan zoquete, así pensaban aquellos políticos, para dejarle al sucesor un camino de rosas. Lusinchi gastó hasta la última locha del Tesoro Nacional, quedaban en reserva solo trescientos millones de dólares y no había con qué pagarle a los empleados de la Administración el primer mes del mandato de CAP. Los ministros de economía advirtieron a CAP que solo había plata para un mes de importaciones y quedaba pendiente el reconocimiento de una serie de cartas de crédito vencidas que se les otorgaron a los empresarios para que importasen con dólares preferenciales. También había que pagar los intereses de la deuda externa que había sido refinanciada, cancelar pagarés millonarios por la adquisición de implementos militares adquiridos a raíz del conflicto con Colombia por lo de

la corbeta *Caldas* en 1987. Lo que estaba claro era que Venezuela económicamente estaba en las últimas; hundida en un piélago de improvisaciones y, como dicen los expertos, en terribles problemas estructurales; era Venezuela el único país de América Latina donde no existía gravamen del Impuesto al Valor Agregado (IVA), por ejemplo, y todos los partidos de entonces estaban renuentes a aplicar una política tributaria.

Cuando CAP coge el coroto ya Venezuela llevaba sufriendo ocho meses de un gran desabastecimiento de productos de primera necesidad, y el precio del barril de petróleo se encontraba a once dólares. Más de la mitad de la población estaba en el umbral de la pobreza.

CAP veía aquel oscuro panorama y sacaba pecho para enfrentar el terrible caos, por eso le dijo a Miguel Rodríguez que sacara la tijera para recortar de donde le viniera en gana. Y el genio polifacético de Miguel amoló su tijera y le explicó al partido Acción Democrática los descomunales recortes que debía hacer. La reunión con los jeques adecos se hizo en La Casona el 8 de febrero de 1989. Como un gran mago de las finanzas, Rodríguez aseguró que –como Jesús– él podía llegar a multiplicar los peces con un severo plan de ajustes. Los dirigentes adecos, ante aquel montón de curvas y explicaciones matemáticas, quedaron con la boca abierta. En términos técnicos y académicos se habló del Gran Viraje, que Venezuela saldría de abajo y en pocos años tendríamos una nación más próspera que la mejor de Europa. Algunos adecos que asistieron a la reunión dijeron que aquella vaina no era otra cosa que un brutal paquetazo; la madre de los paquetes. Que el gobierno de CAP no era otra cosa que “Esto no lo aguanta nadie parte III”, porque la parte II había sido con el de Lusinchi y el de la parte I con el de Luis Herrera. Cuanto se hablaba era que había que ajustarse el cinturón. Fueron largas horas de fatigosa y extensa exposición

en las que se sostuvo insistentemente que se pondría en marcha un programa de fuerte expansión económica y control de la inflación, aunque nadie debía hacerse ilusiones porque los primeros efectos de su aplicación desatarían una brutal elevación de los precios en los alimentos.

Un adeco preguntó que cuándo comenzarían a bajar y se le respondió que la acción de la mano invisible del mercado, en su momento, comenzaría a definir ese descenso.

Pues bien, los tecnócratas comenzaron a trabajar a todo vapor, anclados a las viejas maquinarias del pasado y dependiendo del Fondo Monetario Internacional (FMI). Una de las cosas con las que se encontraron fue el de las Cartas de Crédito. Creían que eran solo por dos mil quinientos millones de dólares lo que había que cancelar a dólar preferencial. Comienzan a echar lápiz y de pronto se encuentran con que el *mono* sobrepasaba los seis mil millones de dólares. Entre los papeles que encontraron se toparon con concejos municipales que tenían deuda externa.

Los tecnócratas estaban desconcertados, por un lado AD los miraba con recelo por arrogantes, petulantes, soberbios, y ellos –viniendo de refinadas universidades– consideraban que los políticos (todos) eran unos cínicos, brutos y patanes. Que todos eran unos carajos que solo tenían vocación de poder, pero no de superación ni de logro. Aquella soberbia de los tecnócratas provocó un gran caos en el gobierno; por eso el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de AD le llamó la atención a CAP, pero CAP estaba de acuerdo con los talentosos muchachos graduados en Harvard, MIT, Yale, París, Bruselas, etc.

En verdad que los altos dirigentes adecos no sabían inglés, y entraban en la oficina de los tecnócratas y quedaban en la luna oyéndoles toda aquella terminología de *Business Process Management*, *Trade Marketing*, acerca del *Dow Jones Industrial Average*,

Lower risk profile, Fixed-income investors..., y cuando un adeco les preguntaba humildemente por qué privatizar tantas industrias a precios de gallina flaca, saltaba, por ejemplo, Gabriela Febres Cordero y les espetaba: “Pero señores, el Estado no puede seguir siendo dueño de cuanta taguara exista. Es imprescindible que dejemos de estar manteniendo hoteles, cementeras, aerolíneas, instituciones financieras, hipódromos..., ya basta, ¿no entienden?”

Gustavo Roosen le aclaraba a la aturdida dirigencia adeca que había llegado la hora de privatizar toda la educación superior. Otro ministro saltaba y exigía que se liquidara cuanto antes el emporio de Guayana, bancos, centrales azucareros; puertos y servicios como la luz, el agua y los teléfonos.

—¿Los teléfonos?

—¿Pero no se dan cuenta de que para una simple avería te echas hasta tres semanas tratando de reportarla a la Compañía Anónima Nacional Teléfonos de Venezuela (Cantv) y no te responden? Hay gente que lleva ocho y diez años tratando de conseguir una línea.

Cuando se anunció que se buscaba comprador para la Cantv se generó una guerra a cuchillo entre los dueños de los poderosos medios de comunicación. Marcel Granier desató furiosos ataques al gobierno porque decía que CAP le quería regalar la Cantv a Gustavo Cisneros. En esto de las privatizaciones el chantaje de los medios era clave.

Y fue así como en noviembre de 1991 se vendió el cuarenta por ciento de la compañía por mil ochocientos ochenta y cinco millones de dólares. Y el gobierno pegaba el grito en el cielo de alegría porque el consorcio ganador –norteamericano AT&T y *General Telephone Electronic* y las venezolanas Electricidad de Caracas y Banco Mercantil– pagaría mil millones de dólares por encima del precio mínimo que se había ofrecido para la venta, y

casi quinientos millones más de lo ofrecido por el otro grupo en competencia.

“Plata fresca, algo de plata fresca está llegando”, decían los tecnócratas.

Durante 1991 el gobierno de CAP había vendido tres bancos, un astillero, dos centrales azucareros, una aerolínea, una compañía de telefonía y una banda de telefonía celular.

Con dos años de CAP en el poder ya habían ocurrido en Venezuela más de cien huelgas, centenares de manifestaciones con saldo de estudiantes muertos en el Zulia, en Mérida, Caracas, Barquisimeto, Valencia, Maracay y San Cristóbal. Los ahorros del Estado estaban agotados y se perfilaba una avasalladora especulación, una tremenda inflación y se agudizaba la escasez de alimentos en todo el país.

Se estaba produciendo una grave crisis en Acción Democrática (AD) porque CAP despreciaba a su partido, lo llamaba un cascarón vacío y decía que esa era una vaina que solo servía para ganar elecciones, y que había que renovarlo a fuerza de meterle empresarios como el jeque de la leche en el Zulia, Alberto Finol, y como el patiquín con aires de magnate y muy progringo, Diego Arria. En AD andaban furiosos porque nadie se explicaba cómo era que se dejaba en manos de un empresario de la catadura de Gustavo Roosen el ministerio de Educación. A un súper oligarca se le dejaba en sus manos nada menos que lo más sagrado del país, en un partido que había contado con figuras relevantes en ese ramo como lo fueron Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco y el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa. Ya en Acción Democrática no se discutía nada porque nada había que discutir. Se estaba desatando una silenciosa guerra a cuchillo. Habían desaparecido los últimos expertos dirigentes del partido y la dirección del gobierno la estaban tomando los llamados irracionales tecnócratas.

Por otro lado, estaba podrida Acción Democrática, anclada al viejo caudillaje de Rómulo Betancourt, que cuando se pronunció a favor de la elección directa de alcaldes y gobernadores de AD se resquebrajó aún más. Con esta decisión el monopolio del poder político desde Caracas se venía abajo.

Al ponerse en práctica el Gran Viraje (el paquete), inmediatamente se produjo una fuerte devaluación del bolívar, y se dieron los pasos para desregular el mercado y adelantar una reforma comercial. El FMI envió un mensaje al gobierno en el que le informaba que muy pronto recibiría dinero fresco. Como un corrientazo se propagó el pánico en la población: se desató el aumento del precio de los alquileres al aumentar la tasa de interés, y términos como el “cambio flexible”, y el “préstamo puente” iban de boca en boca entre los economistas sin que nadie lograra entender ni papa. Sobre el escritorio de Miguel Rodríguez reposaban cientos de cartas de crédito al tipo de cambio preferencial que se habían vencido. Era hora de corregir los fulanos desequilibrios, pero entonces los empresarios se reunían para pegar el grito en el cielo –como siempre lo hacían– y raspar lo último que quedaba de la botija. No se cansaban de raspar.

CAP reunió a los dueños de los medios para informarles que cuanto se estaba haciendo estaba enmarcado dentro de lo más moderno de la libre empresa, en plena armonía con la autonomía del mercado y con la más justa liberación que exigía la economía venezolana. Entonces, aclarados muchos puntos con los jefes de los poderosos medios, el 16 de febrero, a las siete de la noche, el Presidente en cadena de radio y televisión anunció un treinta por ciento de aumento en el sueldo de obreros y empleados públicos, ajustes en los servicios de teléfono y electricidad, cambio único y libre del bolívar, severa baja en los subsidios a los fertilizantes, un aumento gradual en el precio de la gasolina, lubricantes y

gasoil; liberación de la tasa de interés, supuestos subsidios para las viviendas de interés social, supuestas tasas preferenciales para el agro, becas alimentarias.

La verdad era que no había una base de sustentación para ninguna clase de programa de reajuste porque el marco referencial se hacía dentro del asfixiante sistema capitalista. La realidad afuera era desconcertante: los precios del petróleo estaban por el suelo, la deuda externa seguía creciendo pavorosamente sin control ni medida (aunque se habían pagado 25.000 millones de dólares en los últimos diez años), la fuga de divisas era delirante, una inflación galopante, y se seguía importando por los mecanismos degenerados del Régimen de Cambios Diferenciales (Recadi). En realidad funcionaban tres tipos de cambio, y campeaba la escasez de la leche, el pan, café, azúcar, granos, medicinas...

El ministro de Fomento de CAP y más eminente “Chicago boy” del gobierno, Moisés Naím, veía todo aquel patético cuadro de la siguiente manera⁵:

La gente no entendía ni aceptaba que no había alternativa. Tú podías dar discursos, podías darte golpes de pecho, podías desgarrarte por la situación de los pobres, pero al final la realidad era que no había dinero. Punto. Además, no se tenía un aparato para seguir controlando los precios, no había cómo seguir dando dólares de Recadi a una tasa artificial, ya no se podía proteger más a las industrias ineficientes del país o subsidiar a empresas del Estado que cada año perdían cantidades obscenas de dinero, ni mantener un sector público gigante e inoperante que empobrecía a todos. Había que desmontar el aparato de controles que estaba asfixiando la economía y empobreciendo y corrompiendo a los venezolanos... Y todas estas cosas estaban conectadas. Primero, se necesitaba dinero y

5. Mirtha Rivero *La rebelión de los naufragos* (Editorial Alfa, colección Hogueras, 2010, Venezuela, págs. 125-129).

si los organismos multinacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial no te prestaban, nadie lo hacía. Y los multilaterales decían que no iban a dar ni un céntimo si no eliminaba el cambio múltiple –es decir, Recadi– que era una fuente de distorsión económica y de enorme corrupción. Eliminar el cambio obligaba a liberar los precios, y esto forzaba a que se abriera el comercio internacional y a reducir la barrera de las importaciones. Porque si se dejaba que la tasa de cambio fluctuara libremente era imposible mantener los precios controlados y administrados por el Ministerio de Fomento...

Acuérdate de que esta era una sociedad que no lograba, por ejemplo, ponerse de acuerdo para hacer cosas tan obvias como privatizar el hipódromo. En Venezuela, el hipódromo era el único lugar de carreras de caballos del mundo que perdía dinero, y era el dinero del Estado. El Estado perdía todo el dinero, pero los dueños de caballos ganaban mucho y eran gente muy rica. Y era imposible privatizarlo...

Pérez decidió privatizar la Cantv... Logró precios extraordinariamente positivos; utilizar ese dinero para fines mejores; logró que el servicio mejorara; logró que se generara mucho más empleo... lo importante es que lo hizo. Al final, la prueba, el dato concreto e indiscutible, es que se privatizó la compañía telefónica de una manera transparente...

Gente como Ibsen Martínez, que fue el guionista de una novela que se llamó *Por estas calles*, que hizo un profundo daño distorsionando ante la opinión pública lo que se estaba tratando de hacer, hoy en día, yo sé –Ibsen es un amigo por quien tengo mucho afecto–, y él lo ha dicho públicamente, que está arrepentido del rol que jugó... La caída de Pérez fue producto del fracaso de la miope generación que lideró a Venezuela en todos sus ámbitos en los años ochenta y noventa.

Con las reservas internacionales del país en trescientos millones de dólares, solo le quedaba al gobierno pedirle cacao al Fondo Monetario Internacional. Entonces a CAP se le cayó la horrible máscara que andaba mostrando por el mundo mientras mentía como un bellaco, que él nunca se sometería a los mandatos del FMI. Ahora todo su equipo de gobierno explicaba que someterse al FMI era la única salida por cuanto Venezuela estaba inmersa en el sistema financiero internacional y carecía totalmente de capacidad de maniobra, y que ningún país del mundo occidental entrega una locha a menos que el FMI apruebe esas solicitudes de crédito.

No quiero una popularidad que se cifre en que mi voz se silencie, o en que no me atreva a tomar medidas que puedan en alguna forma disminuir el aprecio o la confianza que en mí se tenga. Por eso les dije; yo no les pido que me lleven en hombros a Miraflores, mi orgullo y mi ambición es a que me saquen en hombros de Miraflores.

Carlos Andrés Pérez – 28 de febrero de 1989.

Ya el 2 de marzo de 1989, luego del Caracazo, Pérez trataba de respirar un poco más tranquilo, y nueve mil jóvenes soldados entrenando equipos militares nuevos salieron a controlar las calles de Caracas. En los gabinetes de gobierno Pérez hablaba sin cesar, y sus ministros –escogidos para que fuesen mirones de gallinero– no se atrevían a criticar el desastre provocado por unos muchachos muy inteligentes para dar clases en una universidad, como el Miguel Rodríguez, pero que experimentaron con el país como si fuese un conejillo de indias. Entonces, para Pérez tener un pequeño diálogo con sus callados ministros, lo hacía interpretando sus miradas, el rictus de la comisura de los labios, sus silencios. No sabía qué pensar, y un día, cansado de tanta sorna silenciosa, dio un golpe a la mesa con la mano y gritó: “—A mí se me injuria si se me dice que yo soy un neoliberal”.

EL ESPÍRITU DEL 4 DE FEBRERO (4-F)

CENTRO DE ENTRENAMIENTO
ADESISTEM
ASESORIA Y DESARROLLO DE SISTEMAS

C.C.C.T. Torre C, Piso 10, Ofic. 10-06
TELFOS: (02) 959.31.62 - 959.31.63

EL NACION

Caracas, lunes 3 de febrero de 1992

• Área Metropolitana, Libertad, Los Teques Lunes a Jueves: Bs. 18,00 / Viernes
• Interior del País Lunes a Domingo: Bs. 20,00
• Territorio Federal Amazonas Lunes a Domingo: Bs. 25,00

Depósito legal pp 76-053E / No. 17.362 / Año XLIX

Gonzalo Barrios

Hay que allanar la UCV para acabar la guachafita

El país prefiere eso, al desorden que allí existe. Dentro de la universidad hay libertad de agresión y de todo. Vivimos en un régimen de libertades, y si fuera verdad que se aplica de facto la pena de muerte, yo trataría de disimularlo. En Venezuela y en Colombia hay quienes buscan un conflicto directo entre ambos países. No tenemos dinero para pagar un mayor aumento del salario mínimo. Pérez ha tenido atenciones conmigo que debo atribuirle a algunas reuniones.



Un día antes de la rebelión, CAP lanzaba su furia contra la UCV por boca del presidente del partido AD, Gonzalo Barrios...

La impunidad de los delitos hace que estos se cometan con más frecuencia, y al fin llega el caso de que el castigo no basta para reprimirlos.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SALOM, 15 DE ENERO DE 1824)

EL CIELO ENCAPOTADO

A continuación, el libro *El espíritu del 4 de febrero*, escrito por Sant Roz en Mérida, a pocos días del estallido de la rebelión y que fue editado, impreso y encuadernado, clandestinamente, en los Talleres Gráficos de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Los Andes.

- 21 de enero de 1990: el Congreso de la República decide el allanamiento de la inmunidad parlamentaria de José Ángel Ciliberto (durante el mandato de Jaime Lusinchi fue ministro de Fomento, 1986, y de Relaciones Interiores, 1987-1989).
- 21 de marzo de 1990: se aprueba investigar al expresidente Jaime Lusinchi por el caso de Recadi.
- 12 de julio de 1990: el Tribunal de Salvaguarda del Patrimonio Público ordena la detención de Blanca Ibáñez, José Ángel Ciliberto y otras diez personas relacionadas con el delito de los Jeeps.
- 3 de diciembre de 1990: grupo de intelectuales (los Notables) emiten un documento donde plantean que los partidos no toman en cuenta inaplazables cambios en el sistema electoral y una reforma del Poder Judicial.
- 21 de enero de 1991: denuncian ante la Fiscalía a Antonio Ríos, presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) y diputado de AD, por peculado y tráfico de influencias.
- 2 de junio de 1991: estalla el escándalo que envuelve a perros y perras de la guerra en el asunto de venta de armas a las Fuerza Armada Nacional (FAN). Un escolta de CAP,

Orlando García, resulta ser accionista de la Corporación Margold, que le vende armas a las FAN⁶.

- 5 de junio de 1991: el general Carlos Julio Peñaloza denuncia una presunta estafa cometida por la empresa Margold en la venta de pertrechos militares al Ejército.
- 7 de junio de 1991: un auto BMW –registrado a nombre del director de la DIM, general Herminio Fuenmayor– aparece involucrado en el decomiso de media tonelada de cocaína.
- 8 de junio de 1991: Herminio Fuenmayor responde que efectivamente él tenía ese carro pero que ya lo había vendido. Dice que todo es una confabulación contra el gobierno y la cúpula militar, y dice que hay una conspiración en marcha.
- 21 de junio de 1991: CAP destituye a Carlos Julio Peñaloza y a Herminio Fuenmayor.
- 9 de agosto de 1991: privatizan Venezolana Internacional de Aviación, S. A. (Viasa).
- 28 de agosto de 1991: asume un nuevo Comandante en el 422 Batallón de Paracaidistas en Maracay. Así, el ministro Fernando Ochoa Antich toma una decisión en contra de lo dispuesto por los dos últimos Comandantes del Ejército y por su antecesor en el Ministerio de la Defensa, y entonces un grupo de oficiales que se encontraban apartados en funciones administrativas y sobre los que pesaban

6. A la proveedora Margold se le pagó un lote de munición de 105 mm para artillería que nunca entregó. La dueña de la empresa era la señora Gardenia Martínez; ella recibió el pago completo pero no entregó absolutamente nada. En el guiso estaba Orlando García, cubano y jefe de la escolta civil de CAP. Siendo Ochoa Antich inspector general del Ejército, interroga a la señora Gardenia en su despacho pero esta de manera soberbia le hace saber que tiene contactos en el alto gobierno y que no tiene nada que explicar (véase el libro ya citado, *Así se rindió Chávez*). El contacto no es otro que Cecilia Matos.

La Gardenia y el Orlando huyen hacia Miami, la meca de los más grandes ladrones y asesinos de Venezuela. Nunca se les hizo nada. La historia de siempre. Lo insólito es que cuando el general Peñaloza se presenta ante la Comisión de Política Interior de la Cámara de Diputados para una interpelación, llega CAP y lo destituye. Todo esto revela que Orlando García tenía fuertes conexiones con Cecilia Matos, lo que era *vox pópuli*...

sospechas de andar en actividades conspirativas, pasan a ocupar puestos de Comando.

- 16 de octubre de 1991: se produce una balacera en Los Anaucos cuando pasa la caravana presidencial.
- 21 de octubre de 1991: Un tribunal penal dicta seis autos de detención por el escándalo con la Margold.
- 21 de noviembre de 1991: un informe conjunto de la Dirección General Sectorial de los Servicios de Inteligencia y Prevención (Disip) y de la Guardia Nacional revela que está en marcha una conspiración militar.
- 1 de diciembre de 1991: Uslar Pietri, en el programa Primer Plano, dice que es idiota negar la posibilidad de un golpe.
- 30 de diciembre de 1991: se presenta un nuevo esquema para el aumento de la gasolina en efecto hasta diciembre de 1992, para incrementos progresivos mensualmente.

Mientras CAP recorría el mundo en su campaña de coronarse gran visir del embrollo político internacional, enfermedades tropicales como el paludismo, las diarreas, el dengue y otras endemias estaban incubándose y extendiéndose fuertemente por todo el país. Más de 14 mil casos de paludismo se reportaron hasta el presente, y para completar, nos vemos ahora invadidos por el cólera. Pero estos males no alteraban en nada el rostro siempre sonriente y hasta juguetero del señor Presidente. Todo el mundo sabe que al Presidente le gusta ser muy juguetero. Incluso se dice que uno de sus placeres favoritos es pinchar por las costillas a los mandatarios de otras naciones que nos visitan.

El Presidente gozaba con su necia sonrisita, alzando la mano a diestra y siniestra, y diciendo algunas pequeñas y terribles barbaridades, como aquella que soltó poco después de las elecciones de alcaldes y gobernadores, cuando más del setenta por ciento de la

población se negó a ir a las urnas; dijo entonces a la prensa internacional –porque Pérez todo se lo dice a la prensa internacional, por eso ha puesto tanto empeño en crear Agencia Venezolana de Noticias (Venpres Internacional)–: “Aquí en realidad no ha pasado nada; la gente que no votó me ha vitoreado en la calle”, como expresando que la conmoción del 27 de febrero de 1989 había sido también un triunfo suyo. ¡Vaya demente! Cuántos desastres caen sobre la República, él quiere usufructuarlos, hacerlos dignos de nosotros, porque le dan brillo a su imagen de estadista y de héroe trotamundo internacional.

Entretanto, en los días finales de diciembre de 1991 se constataron frecuentes traslados a Miami de la auténtica “Primera Dama de la República”, Cecilia Matos, en uno de los aviones Gruman de la Presidencia de la República. ¿Para qué eran esos traslados?, ¿para tratar algún problema relacionado con los proyectos expansivos de la economía nuestra?, ¿para procurar atraer a los fulanos inversionistas sin los cuales no podremos sacar del foso a nuestras finanzas? Pues no, la Auténtica Primera Dama se trasladaba con el fin de adquirir los regalos navideños de sus allegados. Y vaya Dios a saber cuál sería la comitiva requerida por esta señora, los pelotones de cabrones que le acompañarían y la guardia presidencial que requería para efecto de sus movimientos. Altos oficiales de las Fuerzas Armadas tenían conocimiento de esta agenda oficial y se disputaban tratando de ocupar un lugar relevante entre las maletas atestadas de finas pantaletas de la honorable reina de Miraflores. La alcoba republicana de CAP se encontraba así bien resguardada por la bandera que ellos habían besado, y todo marchaba democráticamente según los valores supremos del loable capitalismo y de los principios consumistas del empresariado (aunque no se comprara lo nuestro, porque lo nuestro no existía).

Se había jurado a la Constitución para respetar y cuidar sobre todo estos singulares caprichos de las barraganas. ¿Sería por esto que precisamente CAP dijo en una ocasión, en San Cristóbal, que Lusinchi merecía el respeto de todos los venezolanos? El ministro de la Defensa de CAP, Fernando Ochoa Antich, en esos días siguientes al 4-F, se cansará de repetir que la rebelión:

fue una doble traición: se irrespetó el juramento militar que obliga a los soldados, sin consideración de grado y empleo, a cumplir y hacer cumplir la Constitución Nacional; se traicionó gravemente el principio de lealtad que debe existir entre subalternos y superiores.

Pese a todos los inventos que corrían en el CEN de AD, la Blanca Ibáñez y la Cecilia se entendían muy bien; de barragana a barragana, y muy a menudo coincidían en estos juegos retozones en los grandes centros comerciales de la patria yanqui. Porque en el “partido del pueblo” ya no había espacio ni tema para la discusión política, sino para chismear sobre lo que hacían las queridas luchadoras de los dos últimos presidentes de la República. En el CEN de AD, Carmelo Lauría informaba –con lujo de detalles– el encuentro de estas dos barraganas en los impresionantes almacenes de *Aventura Mall*, en *Biscayne Boulevard*, acompañados de los cicerones del momento: José Ángel Ciliberto, Jorge Mogna y otros descolantes astros de la putería nacional –los cuales, además, nunca pagaron condena por las fechorías de haber comprado un lote de 15 jeeps para ser utilizados por los secretarios de organización y otros militantes de la tolda blanca, en el área metropolitana de Caracas, para la campaña electoral de Carlos Andrés Pérez–. Nos surge, entonces, una inocente pregunta: ¿para estas cosas los militares nuestros deben jurar defender y proteger la democracia?

Provocaban vértigo todas las locuras meteóricas del Presidente, recorriendo países en misiones al servicio del Departamento de Estado. Mientras el Presidente estaba en Nueva York, Madrid, México o Las Batuecas, las prácticas intimidatorias y los ataques represivos de los cuerpos policiales hacían de las suyas: se allanaban universidades, se ametrallaban manifestaciones, la División de Inteligencia Militar (DIM) espiaba a medio mundo; el desorden del llamado “paquete” provocaba abuso por parte de los comerciantes, de los empresarios; los bandidos de Palacio con cada vez más escoltas, y cada vez más derroche en las celebraciones, brindis y banquetes de nuestros gobiernos.

Nada, absolutamente nada se había hecho por disminuir esos dispendiosos gastos que a un ser tan comprometido con la *cabronería* del gobierno de Lusinchi, como Carmelo Lauría, le hizo decir en esos días: “Por favor, ya basta de ser tan gastivos”. Tal como lo leen, porque así hablan los ministros adecos. Se ha conmovido, pues, este bicho que blandamente, fofamente como su cuerpo y su postura de siempre, recalca: —Si no cambiamos de comportamiento, la banca internacional no va a creer más en nosotros. ¿Es posible que sea ahora cuando este hombre venga a hacer esta exhortación? Este botarate borrachito que manejó todos los hilos del poder económico mientras fue secretario de Lusinchi y jeque mayor junto con Pedro Tinoco del Banco Central, viene ahora a pedir que se sea austero, comedido en el gasto.

Carmelo Lauría —con lastimoso verbo y no menos piadosa hipocresía— pide a los que dirigen el país que protagonicen un cambio y hagan lo que la gente exija; qué cosa más extraña, sin caer en cuenta de que lo que la gente pide es que ellos se vayan, que desaparezcan de una vez por todas.

Pide este nuevo santo bonchón (del Carmelo Lauría) que la dirigencia del país modifique su oprobiosa conducta, y lo dice

transpirando *whisky* 18 años; el multimillonario Carmelo Lauría, quien con mansión en Miami le pide a la nación toda, que deje de lado la ostentación, que los aviones del sector público detengan un poco sus odiseas transoceánicas con cientos de funcionarios por el mundo. Exige –en medio de hipos– que se le ponga coto al uso de carros lujosos por parte de funcionarios del Estado y que además estén provocando atascos en los estacionamientos de los más costosos restaurantes de Las Mercedes, desde las 3 de la tarde hasta las 5 de la madrugada. Que no concibe que el Aeropuerto de Maiquetía viva congestionado de funcionarios viajeros, y que el país se abarrote de automóviles de lujo importados, porque todo este efecto demostrativo afecta la credibilidad de las instituciones.

Qué tarde viene a darse cuenta este hombre de estos abusos que él mismo practicó en demasía siendo súper ministro de Lusinchi. Y este borrachito, aquejado ahora de dispepsia, que se pasó casi toda su vida en los mejores restaurantes de Caracas y del mundo, comiendo de lo bueno y a dos carrillos, llevado y traído por los mismos lujosos carros oficiales que critica; este hombre, digo, tiene la benevolencia infinita de exigirle al CEN de AD que se acabe el despilfarro; y añade con un total sentimiento de culpa:

Si la gente está segura de que despilfarramos, que somos unos vivos, que nos estamos robando los reales, lo que la gente quiere es que se actúe, que se acaben los privilegios y ser realista es no ponerse de espaldas a esas opiniones.

LAS TRISTES ALOCUCIONES DE CAP



El Presidente en Miraflores desorientado, sin poder ni control de las Fuerzas Armadas; Eduardo Fernández es el copiloto de la caída del avión de CAP...

*¡Malditas sean las minas y las libranzas, y los que
gastan sin tener con qué!*
(CARTA DE BOLÍVAR A JOSÉ F. MADRID, 28 DE JUNIO DE 1829)

EL CORRO SERVIL DE CAP

Al tiempo que escribo esto, el Presidente se está dirigiendo nuevamente a la nación. Ha dado alrededor de veinte discursos desde que se produjera la sublevación en su contra. Pero ahora sobre el uso de las armas de la República para atentar contra las instituciones, sobre el fascismo que querían implantar los insurrectos.

No aprende, no puede aprender el señor Presidente. No tiene capacidad de comprensión.

Por otro lado, el CEN de AD ha declarado que sus altos dirigentes se dedicarán ahora a recorrer el país. Al mismo tiempo, la prensa confirma que quienes el 4-F por la madrugada corrieron a embajadas “amigas” para asilarse fueron Octavio Lepage, Carlos Canache Mata y David Morales Bello.

Qué cosa más triste, con qué verborrea tan implacable nos pretenden bombardear ahora: prefiero mil veces más sufrir la metralla de los insurrectos, que resignarme a sufrir el vaho de vulgaridades que se avecina sobre el pueblo por la radio, por la prensa, por la televisión. Es más sano, más decente, más humano. ¿Qué tratarán de explicarnos que no sean las bastardas palabritas de reactivación, concertación, reflexión, problemas coyunturales y causales estructurales?

Pero el aperitivo mortal que se preparaba contra el azaroso gobierno democrático lo cocinaban los mismos dementes que rodean y han rodeado a la gente que gobierna desde Miraflores. CAP, aficionado al lujo, teniendo poco tono, hombre insensible e inculto, gusta rodearse de una nube de pajes de muchísimo menos talento que él. Entre sus más eminentes amigos están los Cisneros, quienes tienen gran culpa de los males que nos abruma; quienes han tomado parte de la gran tajada que ha dejado el actual desastre económico. Amigo de CAP es Alan García, uno de sus mejores

pupilos y con quien se dice hizo extraños y oscuros negocios. Amigo de CAP es Lusinchi, Ciliberto, Orlando García, Pastor Heydra. Esa es la gente que lucha por la justicia de las causas populares y que llega a tener tan buenos amigos como el súper borracho de Pastor Heydra.

Llama la atención que a CAP le guste rodearse de tráfugas y casandras como Gumersindo Rodríguez, Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Pedro León Zapata, Manuel Caballero, Pastor Heydra, Américo Martín, Germán Lairt, Carlos Blanco...

Por otro lado, venimos a descubrir que estos seres que ansían tanto reflexionar ahora, incumplieron el pacto que se habían propuesto para reformar nuestra sociedad. Se había creado hasta un ministerio dirigido por el *summa cum laude* Carlos Blanco, exrevolucionario comecandela que, al lado de Rigoberto Lanz, dirigía la revista *Causa Rebelde* en la Universidad Central de Venezuela (1966-1968). El país ha descendido por la cuesta impresionante de la improvisación, cuando los gobernadores y alcaldes elegidos directamente no hacen sino viajar y hacerse invitar a mil encuentros frívolos en los más apartados rincones del mundo. El asunto del voto uninominal se ha visto enfrentado por los grupos mafiosos hasta el punto que se ha hecho un sórdido ensamblaje para permitir que los elementos de poder –que han pervertido las endémicas instituciones de esta digna “democracia”– jamás dejen de desaparecer. Se había violado el Pacto que con tanto clamor y solemnidad suscribieron los partidos el 4 de diciembre de 1990. Ese Pacto establecía el mes de marzo de 1991 para resolver muchas cosas atinentes al asunto electoral; y existe el sentimiento generalizado de que estas discusiones se prolongarán *ad infinitum* y solo para que cuando se aprueben las reformas, estas muy pronto sean desconocidas y burladas.

El país era espectador del bochorno, esos bochornos que nunca llegan a los nervios de CAP, por ejemplo, el de los diputados al Congreso, el de los alcaldes y ediles que se autoaumentan los sueldos cada vez que les viene en gana. Así, el día 3 de enero de 1992 se anuncia el IV Congreso de Parques del Mundo en el cual Venezuela será representada por Bioma (la organización montada y dirigida por los Cisneros y la CIA, que controlan extensas y riquísimas zonas naturales del país). Lo bueno se lo cogen los poderosos *trusts* y al pueblo le dejan las ratas y las basuras. Estas noticias van al tiempo que se reseña que la Corporación Venezolana de Guayana (CVG) destruyó grandes extensiones de bosques, y algunos italianos inescrupulosos, dueños de constructoras, depredan cauces de muchos ríos en el afán de sacar arena y piedra.

El día 5 de enero de 1992 corrían rumores de que el gobierno devaluaría el bolívar (lo cual hizo con todo descaro horas después de la rebelión).

Ahora CAP se aprovecha de la palabrita reflexión para exigir que se cuadre el asunto del aumento de sueldos que se había prometido. Todo, con el efecto electorero de quien se prepara para inundar de vulgares e inmundas promesas a la nación venezolana. La muy santa democracia es puesta contra la pared cuando se descubre que CAP viola con procedimientos informales la Ley Orgánica, al decidir aumentos de sueldos en un 50% para la zona urbana y en 33% a la rural, pues no hizo la consulta debida al Consejo Nacional de Economía. Sobre el polémico Decreto 1.911, dice el doctor Caldera que la Constitución Colombiana exige un régimen más riguroso que el nuestro, pues en el artículo 96 dice:

son colombianos, por nacimiento, los naturales de Colombia, con una de dos condiciones, que el padre o la madre hayan sido naturales o nacionales colombianos o que, siendo hijos de extranjeros, alguno de sus padres estuviere domiciliado en la República en el

momento del nacimiento. De modo que no habla en ningún momento de que los hijos de los indocumentados nacidos en ese país puedan ser colombianos, tal cual como lo plantea el Decreto 1.911.

Denuncian por todas partes que el operativo anticólera brilla por su ausencia en todo el país. Vale la pena decir al respecto que en Venezuela no existe una ley que castigue a los funcionarios que al entregar sus despachos o cargos lo hacen dejando un total caos, desorden, incoherencia y abandono. Aquí los ministros que van dejando sus funciones dejan de tener toda clase de responsabilidad con los proyectos y planes que habían estado a su cargo; tal situación es causa de una de las mayores desgracias que sufre el país.

Es necesario sufrir cada tres meses estos cambios, ser víctima de la cruel mentira de los magistrados que van recorriendo el país en calidad de supervisores máximos de la Salud, de nuestras vías de comunicación, de la situación del Ambiente, de la Educación, del Trabajo, y de pronto se encuentran con que las peticiones que el pueblo había venido solicitando con tanto empeño a uno de estos magistrados, se evapora o traspapela porque el nuevo funcionario la desconoce. No existe continuidad de nada, además que se causa una pérdida de tiempo irreparable, un trastorno terrible a la nación, pues quien está empapado de las quejas y de los asuntos tan arduamente discutidos y referidos a un particular asunto es obligado a abandonar indolente y súbitamente su puesto. Qué deprimente resulta ver a las desgraciadas comunidades vivir tramitando oficios sobre los males que padecen, y perderse en el *maremágnum* de cambios que provoca la sustitución de un ministro por otro. Lo mismo ocurre con esas comisiones decorativas que suelen formarse con el gobernador, los presidentes de Asambleas Legislativas, corporaciones estatales y Alcaldías, las cuales reciben cientos

de informes y estudios que se pierden en otros maremagnum similares de cambios e indolencias desmedidas.

Y cuando confieso estas cosas y me cruzan por la mente las imágenes de docenas de ineptos o mediocres funcionarios cuyas caras pálidas, temblorosas y confundidas las imagino al repiqueteo de la metralla del 4-F, no puedo sino pensar que maldigo la hora en que no se les dio la lección terrible que se merecían. Lo lamentamos, nos duele en el alma, porque nos sentimos mil veces más bolivarianos que CAP y la banda de matones cubanos; que Eduardo Fernández, Ochoa Antich, Rodríguez Iturbe, Tarre Briceño, Petkoff y demás badulaques que apoyan a este infernal gobierno.

Ese mismo día domingo, 5 de enero de 1992, se denuncia la ya insostenible viajadera de los congresistas al exterior cuando cobran 750 dólares diarios de viáticos, y lo peor: para hacer turismo. Los escoltas a los altos funcionarios y las corruptas personalidades no se reducen, sino que se incrementan. Es el caso de que para esta fecha, diez de estos señorones diputados cogieron de paseo para el Lejano Oriente, lo que significó para el país erogaciones por el orden de 7 mil 500 dólares diarios, que multiplicados por dieciocho días da un monto de 135 mil dólares. Eso es muy democrático, pues es muy bueno coger, y decir que con ello se está defendiendo el régimen constitucional y estamos adecentando la democracia. Estas cosas se denuncian poco, y la prensa hasta las calla.

Todo esto mientras en el país la frontera sigue cada vez más desguarnecida. Tanto Colombia como Brasil hacen fuertes a sus pobladores que limitan con nuestro territorio, mientras que en el nuestro solo se extiende la miseria y ruina. Es deprimente ver cómo mientras el gobierno brasileño instala en las fronteras servicios públicos de primera, del lado nuestro campea el abandono y la desolación. Al lado de este triste cuadro la astuta voz colombiana

penetra con sus medios de comunicación toda la región andina, los llanos, el Zulia.

Como no hay día en que no aparezca un escándalo en las Fuerzas Armadas, CAP ordena un Consejo de Investigación a varios oficiales por el caso de la empresa Iaeca, propiedad del magnate Pedro Lovera. Se habla de que la medida afectaría a varios funcionarios de Contraloría de las FAN y de las direcciones de adquisiciones y contratos del Ministerio de la Defensa y de la Armada. Esta Junta Superior tiene pendiente decisiones sobre la repotenciación de los tanques AMX-30, de otro sistema de comunicaciones para el Ejército y sobre las enmiendas al contrato de repotenciación de los Mirages. ¿Cómo es posible que la seguridad nacional dependa de un sector como el de las Fuerzas Armadas que frecuentemente se ven envueltas en escándalos de estafa a la nación?



Caracas
jueves 13 de febrero
de 1982

D EL NACIONAL

El testimonio del director general de Fiscalía

Avila Vivas recibió instrucciones de no dejar circular El Nacional

Antonio José Herrera relata toda su mediación ante la intervención de la policía política Dtop, que allanó las instalaciones de El Nacional el lunes pasado e impidió que circulara la edición correspondiente a ese día

VICTOR MANUEL REINOSO

Antonio José Herrera, director de la Fiscalía General de la República, dio su versión de cuanto ocurrió en El Nacional entre el sábado 8 hasta la madrugada del lunes 10 de febrero, situación en la que participó como mediador, tratando de que la edición de este día circulara, lo cual finalmente no se logró.

Herrera dice que el sábado 8 de febrero, el jefe de Información de guardia en El Nacional, Jesús Romero Amador, envió una comunicación al fiscal General de la República, informándole que a primeras horas de la madrugada funcionarios de la Dtop allanaron la circulación del periódico durante hora y media, y advirtió sobre la posibilidad de un allanamiento para ese día que podía poner en peligro a los trabajadores, por lo cual solicitó una representación de la fiscalía.

Herrera dice que al recibir esa comunicación se comunicó con el Fiscal General y recibió instrucciones para exigir a la Coordinadora de Prensa del Sumario, Fiscal 31 Miriam Arceja, para atender esa comisión, luego que la noche del sábado se ha-



Antonio José Herrera

cieron presentes en la sede del periódico los fiscales 31 y 100.

Y como al día siguiente se reiteró la solicitud, el Fiscal General comisionó a los fiscales 1 y 101, Néstor Contreras y Víctor Madrid.

A las 2 de la madrugada del lunes 10 de febrero, Alfredo Peña, director de El Nacional, y Argevis Martínez, jefe de Planeación Editorial, solicitaron la intervención de Herrera pues, sin desconocer la labor de los fiscales, consideraron necesario buscar una solución a los más altos niveles. Reiteraron el temor por la integridad física del propio director y la del vicepresidente de la CA Editora El Nacional, Miguel Henrique Otero.

El director general de la Fiscalía acordó que se trasladó a su oficina del

pase 13 del edificio del Ministerio Público y, cumpliendo su papel de mediación, se comunicó telefónicamente con el fiscal 1, Néstor Contreras, con el jefe de Operaciones de guardia de la Dtop, con el fiscal Ramón Oviedo, encargado de la misión del organismo de seguridad en este sentido, con el director de la Dtop, general Wl Manuel Hertz Aspuruza, con el director de El Nacional, Alfredo Peña; de nuevo con el fiscal Contreras, y otra vez con el director de la Dtop, culminando con la llamada que hizo al ministro de Relaciones Exteriores, Virgilio Avila Vivas.

Herrera dice que, según informaban los fiscales del Ministerio Público, Pedro Pablo Alandara, el tenor representativo del MRE, no se encontraba y no podía tomar una decisión a pesar del interés del director de El Nacional en hacerlo, de modo que se encuadrara en las normas del decreto de suspensión de garantías. El asunto estaba, por lo tanto, en manos de la Dtop.

Herrera agrega que el comisario Ramón Oviedo confirmó esa información y cuando le preguntó quién puede firmar esa decisión le responde que el director de la Dtop, El Barón al general Hertz Aspuruza a su casa, le explica que hasta esa hora no se ha permitido la circulación del periódico por la existencia de una edición objetiva que la empresa pretendía hacer circular. El general considera que es imposible la circulación de la edición censurada si El Nacional se compromete a un acuerdo en ese sentido.

Herrera impone a Alfredo Peña de esta conversación y éste responde

que, en presencia de los fiscales, ordenará la imposición de la edición permitida por la censura.

Pero 20 minutos después el general Hertz informa a Herrera que ha recibido instrucciones superiores en el sentido de no permitir la circulación si de una u otra edición.

Herrera se comunicó entonces con el ministro de Relaciones Exteriores, Virgilio Avila Vivas, quien le informa que esas son las instrucciones que tiene, "situación a la que lamentablemente ha debido llegar, pues los representantes del período pretenden burlarse de éste, no acatando sus recomendaciones".

Ante la gravedad de los hechos el director general de la Fiscalía decide trasladarse a El Nacional para observar la intervención del período pretendiendo burlarse de éste, no acatando sus recomendaciones".

Ante la gravedad de los hechos el director general de la Fiscalía decide trasladarse a El Nacional para observar la intervención del período pretendiendo burlarse de éste, no acatando sus recomendaciones".

Agrega que los fiscales permanecieron en el lugar hasta que se satisficieron los hechos.

Y el lunes el Fiscal General pidió públicamente que se quitara a sus cargos. Y el Ejecutivo decidió dejar en manos de los propios medios el criterio editorial correspondiente a los actuales momentos.

Cuando en la IV República allanaban y censuraban medios de comunicación...

No hay esperanza de justicia donde no se encuentra ni equidad ni talento para manejar los grandes negocios, y negocios de los que depende la vida del Estado.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 30 DE OCTUBRE DE 1823).

CASO "TURPIAL" Y OTROS "CANGREJOS" DÍAS ANTES DE LA REBELIÓN

Con grandes titulares de prensa recibimos resignados los "cangrejos" de nuestras policías, las protestas estudiantiles por el aumento del pasaje, el desenfreno de la delincuencia, el ahogo de la basura, el abuso de las constructoras que en función de colocar cloacas destruyen con total indolencia lo que tanto le cuesta al Estado, y la estridencia solemne de las trompetas del apocalipsis que resuenan sobre los últimos despojos de los partidos. El zamuro se ha vuelto en todas nuestras grandes ciudades el ave nacional.

El lunes 6 de enero de 1992, CAP hace la pantomima de que va a investigar a seis de los oficiales implicados en el caso Turpial, averiguaciones que causan tanto escozor a nuestros eminentes magistrados. Ya ni nos enteramos cuántos años lleva gobernando CAP.

El día 7, la letanía de las vulgaridades ocupan todos los espacios del país. Ramos Allup abre su boca y oscurece el pensamiento al decir: "El gobierno no puede declarar insuficiencias a la machimberra". Se vocifera que el Presidente es un irresponsable por devaluar el bolívar y desatar la inflación. Los militares colombianos denuncian contrabando de armas desde Venezuela. CAP acomoda sus maletas para asistir a la cumbre de México donde se firmará la paz de El Salvador. A este hombre la Patria de Bolívar le queda estrecha. Se habla de reconversión burocrática y de empapelar con dólares las deficiencias presupuestarias de la CVG.

No sabe el pueblo qué pensar de esa encuesta que salió publicada en *El Nacional*, donde el pueblo decía que el *Zar* Leopoldo Sucre Figuerella estaba administrando muy bien las empresas metalúrgicas de Guayana. Cisneros, con grandes intereses en esa zona de Guayana y en alianza con *El Nacional* recibe una buena

tajada para defender las acciones del zar o el cosaco máximo de Bolívar.

El horizonte anuncia paros, reyertas y protestas de todo calibre. Sindicaleros, mafiosos y gremios pendencieros quieren participar de la rebatiña del relajo y el miedo. El Presidente no puede conjugar sus placeres con la ocupación de administrar bien al país. Se percibe una fastuosa debilidad en todos los planes que se emprenden. Las universidades anuncian que irán a un paro en febrero, y dirigentes universitarios advierten que hay muchas deudas pendientes con los docentes de educación media y primaria.

El 8 de enero de 1992, resalta en titulares que se ha estafado a Indulac por 200 millones. Se habla en esta estafa de la importación de vehículos para los gerentes de la empresa y que hay sobreprecio de 300 mil bolívares por unidad. Esto ocurre en casi todas las empresas del Estado venezolano y también en nuestros institutos autónomos y universidades. La Universidad de Los Andes –que sale dándose golpes de pecho cada vez que hay protestas y manifestaciones terribles en la nación– publica comunicados donde habla de crisis y otras pendejadas (hace poco adquirió una fastuosa flota de vehículos para sus más elevadas autoridades, una adquisición del todo innecesaria). Esta es la misma gente que cuando desmantelan las millonarias instalaciones de nuestra universidad se queda callada, no investiga, ni hay un solo culpable. Este mismo 8 de enero se anunciaba que CAP viajaría a Davos, Ginebra, a fines de mes.

La Iglesia denuncia que la democracia no debe fundamentarse sobre la mentira de sus dirigentes.

Para que no falte el aperitivo mortal en esta crónica, el día 9 de enero persisten las denuncias sobre la repotenciación de los tanques y en grandes letras negras se aclara que la Van Dam no ha entregado la fianza por 694 millones. Que la empresa se había

comprometido desde hacía más de un mes en hacerla pero que no había cumplido con su compromiso. CAP, ante este inaudito abuso, cede y da plazo para evitar mayores pérdidas a la nación. ¡Qué buenos negocios hace nuestro Estado! Claro, como no es de nadie... Ese mismo día ya se dice que es inminente el paro de educadores. Se anuncia la llegada de los inmigrantes de la Europa Oriental. Los ancianos pensionados toman las calles de Caracas; la leche aumentará de precios; el alcalde Fermín arremete contra los buhoneros y CAP acomoda los trajes para otro viaje que esta vez hará para hablar en la sesión presidencial del Consejo de Seguridad en la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

El 10 de enero de 1992, CAP reorganiza su gabinete y el patriarca adeco de Gonzalo Barrios, el hombre que más daño ha hecho a este país con sus cumpleaños sorpresas y sus disparates mentales, cumple 90 años. La desgracia de este país es que la gente buena muere joven y los viejos dañinos y maliciosos viven eternamente. No prospera lo bueno entre nosotros. El magistrado Rodríguez Corro, tímidamente, ya sin voz, ya sin aliento, en una letanía que casi nadie escucha, sostiene que nuestros gobernantes entregan el país a los grandes dueños del capital. CAP espera confiado que la Corte Suprema de Justicia le dé la razón en lo referente al decreto 1.911. Indulac admite la compra de los vehículos y se descubre que Van Dam había solicitado escalada de precios.

Sorpresivamente, y sin que nadie se lo esperara, CAP, el día 11 de enero de 1992, dice en la entrega del Puerto de Maracaibo al gobernador de la región: “Vamos a demostrar que el golfo es nuestro”. Dice que en el Golfo se construirá el nuevo puerto de aguas profundas que fortalecerá el comercio internacional de Venezuela.

Ese mismo día 11, el Congreso anuncia que investigará a Indulac. Insiste ese día el Episcopado venezolano en que aumenta

el empobrecimiento y se extiende la crisis moral. En el mensaje aniversario de Copei del día 13 de enero, Eduardo Fernández dice que el gobierno carece de política económica, y la Cancillería colombiana presenta un comunicado donde dice que la construcción del puerto no altera los derechos que ellos, los colombianos, tienen sobre el Golfo. La prensa colombiana arremete con fuerza y Carlos Sinmonds, excanciller, por el diario *El Tiempo* asegura que Pérez, sobre lo del Golfo, está equivocado. El negociador granadino Cornelio Reyes, por su parte, dice que CAP se contradice, pues siempre reconoció derechos colombianos en esa zona. El diario *El Tiempo* también hizo encuesta donde los colombianos rechazaban las declaraciones de CAP. Por su lado, Escovar Salom sostiene que nuestra soberanía sobre el Golfo no puede estar en discusión. Y según una encuesta de Eugenio Escuela, para el 63% de los venezolanos no hay libertad de expresión.

El martes 14 de enero, CAP se desdice de lo expresado el día anterior: “No estamos negándole derechos a Colombia”. Añade CAP que no ha cambiado de opinión sobre el tema y que lo fundamental es llegar a un acuerdo.

Es innegable el desastre como se condujo esta discusión, cuando todos afirmábamos que para poder discutir con base firme lo relativo al Golfo, debía hacerse con firmeza y carácter. En este sentido vale la pena decir que en cuanto a negociaciones diplomáticas, los colombianos aprendieron más de Simón Bolívar que nosotros. El Libertador siempre exigía lo imposible para luego transarse por algo que acabara favoreciendo su política y sus grandes planes nacionales e internacionales.

Para que no falte el ají picante de los líos militares *El Nacional* presenta el siguiente titular: *Investigan gestión de Alliegro*, y dentro: *Investigan utilización de maquinaria del Ejército para explotación de Oro*. También se anuncia que el exjefe de la DINA demandará a

CAP. Se trata del exjefe de la policía secreta del gobierno de Pinochet, quien está procesado por el asesinato de Letelier.

Ese mismo día, 14 de enero, *El Nacional* trae en su mancheta: DEL DECRETO AL GOLFO.

Igualmente denunciaba la prensa, ese día 14, que indocumentados se apoderaban de la reserva de San Camilo. Centenares de extranjeros están destrozando inmisericordemente ese parque nacional. ¿Dónde estaban los obligados a defender nuestra nación, los que habían jurado proteger a nuestra patria?

El día 15 de enero de 1992 aparece un titular que nos hiere profundamente, se excusa CAP y dice: “Colombia tiene un 10% de derechos en el Golfo”, declaración que satisface a Bogotá. La canciller Nohemí Sanín contesta que el gobierno venezolano ya había reconocido lo que ellos estaban poniendo en discusión. Sugiriendo algo similar al caso del Ministro de Guerra de Inglaterra, Jack Profumo, *EL Nacional* publica una mancheta que dice: “LA DAMA Y EL GOLFO”.

Por su parte, Eduardo Fernández apoya la posición de CAP ante la situación del Golfo. José Vicente Rangel denuncia que nuestras Fuerzas Armadas están desarmadas y que esta debilidad nos puede llevar a ceder ante nuestro vecino. Aparece un titular en el que se aclara que la jurisdicción militar no es competente en el juicio a la Corporación Margold.

Cuando hago un recuento de todas las noticias de estos días que antecedieron a la rebelión, y recordando una supuesta invitación de los rebeldes bolivarianos al ministro Antich a unírseles a su causa para reconstruir la patria, me invade una pena y desconuelo tremendos. Qué lástima que no hayamos podido rehacer los pedazos trastornados de esta patria tan abandonada. Tristeza, melancolía y más tristeza es lo que embarga mi corazón...

Para que los juramentos a la Constitución sigan tan bien como lo exige la democracia, aparecen irregularidades millonarias en el Fondo de Inversiones y Previsión Social de Obreros y Empleados de las Fuerzas Armadas (Fondoesa), se dice que los pagos a empresas de suministros han sido ordenados por la presidencia del instituto a la tesorería, sin notificar a la contraloría interna. La denuncia de esta situación ante el Ministerio de la Defensa provocó una muy democrática y muy constitucional reacción: destitución inmediata del Contralor. Aquí el que encuentra irregularidades debe meterse el rabo entre las piernas, debe ser lo suficientemente constitucionalista y volverse bien puta, bien rata y cómplice de los desmanes y saqueos.

Titular del 16 de enero: “El puerto en el Golfo estará al servicio de Colombia, declara CAP”. Ese mismo día Bogotá amenaza con suspender las negociaciones bilaterales si no hay una pronta solución (ese es el país que enviará un mensaje a CAP el día de la Rebelión diciendo que no permitiría que una dictadura holle la tierra de Bolívar). En un candente editorial en *El Tiempo* de Bogotá se percibe la prepotencia de ese país en el caso del Golfo. Dice el editorial que se debe sacar partido del incidente o protestar airadamente con el ánimo de alborotar el catarro, “contra el tono de quien consideramos el mejor amigo de Colombia...”. Se anuncia ese mismo día que los pagarés militares se harán con más endeudamiento, que por tal motivo se procurará una emisión de 9.900 millones de bolívares, todo dentro de la estrategia del endeudamiento público.

El día 17 de enero de 1992, los periódicos reseñan que hubo disturbios en Maracay y Barquisimeto. Una encuesta revela que una gran mayoría dice que el decreto 1.911 es anticonstitucional. Pérez está en México, al tiempo que Eduardo Fernández aclara que el decreto sobre el aumento salarial está lleno de vicios y de ilegalidad.

El sábado 18, Luis Herrera Campins dice que debe congelarse el diferendo sobre el Golfo. Se denuncia que fuerzas subterráneas torpedean el arreglo con Colombia.

El 19 de enero de 1992, se admite en el gobierno que un daño irreparable se ha ocasionado a las conversaciones con Colombia con las declaraciones de Pérez.

El 26 de enero de 1992, aparece una encuesta que revela que el 74% de los venezolanos rechaza el gobierno de CAP.

El 28 de enero de 1992, Copei denuncia que Venezuela ha perdido la mitad de su territorio y el Fiscal General de la República refuta unas declaraciones del Presidente (en las que asegura que en su gobierno no ha habido un solo acto de corrupción), contesta: “600 denuncias de corrupción en proceso desde 1990, hay en la Fiscalía...”

Estalla la huelga de maestros, y más deudas para cubrir caída de recursos. Usan dinero de la privatización para tapan la brecha fiscal... Guerrilleros colombianos secuestran a miembro de la comisión fronteriza. El diputado Carlos Tablante es llevado al banquillo del Congreso por recibir dinero de la Disip. Mineros guyaneses y brasileños operan sin ninguna clase de control en el Bajo Caroní. La acción de las balsas succionadoras y de las dragas están destruyendo las islas fluviales. Se muestra la foto de una enorme balsa exploradora en pleno territorio nacional buscando oro y diamante.

El día 29 de enero de 1992, la canciller colombiana, Nohemí Sanín, declara: “Colombia sí tiene derechos en el Golfo”. Gaviria llega a Maiquetía y sostiene una entrevista con CAP. El Presidente asegura ante el Parlamento: “El país no está a la deriva”. Sigue la huelga de maestros. El lusinguismo reactiva sus controles sobre AD. Manifestación de estudiantes frente a la Fiscalía por la detención y allanamiento de la Universidad Central de Venezuela

(UCV). Se demuestra que en la publicación del Acta de San Pedro Alejandrino fueron mutilados los artículos 6 y 7. De manera muy democrática y constitucional fueron torturados y vejados 13 estudiantes detenidos en las protestas de la UCV. A uno de los jóvenes, Mark Zuchelli, amenazaron con violarlo. “Tablante fue mi confidente”, asegura Porfirio Valero. Aparece la siguiente nota: “Defensa no desbloquea contrato de Turpial. Ochoa Antich invita a la juez XXI a informarse en su despacho”.

En Maiquetía y ante el presidente Gaviria, CAP reconoce derechos de Colombia en el Golfo. En ese momento Gaviria tuvo el coraje de decir: “¡El Golfo no es vital para Venezuela!” Se hizo un saludo a la Bandera y se entonó el Himno Nacional. El Presidente asegura que las Fuerzas Armadas venezolanas respaldan cualquier arreglo del Diferendo.

31 de enero de 1992, la huelga de los maestros sigue firme. Investigación especial piden sobre sucesos en la UCV. Respecto a lo del Golfo, Ochoa Antich dice que respalda totalmente a CAP. La política de Carlos Andrés está montada sobre deudas. Aviones colombianos violaron espacio aéreo. CAP se encuentra con Bush. Después irá a la cumbre del Consejo de Seguridad.

1 de febrero de 1992, CAP dice que la ONU no refleja la actual realidad política mundial. Caldera advierte que es preocupante el clima hostil y agresivo por lo del Diferendo. Ochoa Antich: “Surgen crecientes amenazas exteriores para Venezuela”. Vivas Terán: “Contradicciones de CAP perjudican posición venezolana sobre el Golfo”. Leopoldo Díaz Bruzual: “La embajadora de Colombia montó en la olla al presidente Pérez”. La Causa R propone citar a CAP al Congreso. Sale una página completa pagada por la UCV sobre las pruebas del alevoso allanamiento, y la agresión y las mentiras contra la UCV. El fiscal Escovar Salom, tan hijo de la “democracia”, tan dulce y sereno, y tan perro y tramposo como

todos los demás, dice aceptar acción policial contra la UCV. “Min Defensa desmiente malestar por discusión sobre el Golfo”. Gonzalo Pérez Hernández: “Gaviria se aprovecha de la debilidad de CAP por Colombia”.

Otros titulares: “Venezuela y Brasil en tensión por el caso de garimpeiros”. “Maestros en huelga, a la calle...”, “Estudiantes en asamblea permanente”.

3 de febrero de 1992, comienzan a escucharse palabras sobre el BOCHORNO. Eduardo Fernández dice a todo gañote: “Es bochornoso el informe sobre corrupción en Venezuela”. “El Presidente debe sentirse abochornado”, dice Fernández. Gonzalo Barrios pide a gritos que se allane la UCV. Se fractura la Corte Suprema de Justicia. Petkoff apoya la gestión de Tablante. Más de tres millones de estudiantes sin clases. Jefe de la Casa Militar de CAP implicado en caso Turpial.

4 de febrero de 1992, titular de prensa: “Plan Turpial fue adjudicado sin licitación por la Armada”. Fuentes militares confirmaron que el contralmirante Iván Carratú Molina, jefe de la Casa Militar del presidente Pérez, era miembro de la Comisión de Licitación y firmó las actas de aceptación a sabiendas de un faltante por 6 millones de dólares... Continúa paralizada la educación pública. Criminal actividad de los garimpeiros. El presidente Pérez regresó anoche...

EL BOCHORNO



Reseña sobre las doce horas de lucha de la Rebelión de la Esperanza...

Yo valdría algo si me hubiesen alabado menos
(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 15 DE ABRIL DE 1823)

SUCESOS EN CALIENTE

El señor presidente de la República, Carlos Andrés Pérez (CAP), acaba de tener conciencia del **bochorno** por vía de un “atentado a su persona”. No sabemos cuáles son los límites de esta conciencia, si nace del terrible acontecimiento que lo ha estremecido o de un hábil mecanismo de defensa verbal, en el que él se ha venido defendiendo desde hace cincuenta años. Vemos a su persona de pie, al lado de la Bandera Nacional, muy bien trajeado y buscando el tono de palabra adecuada –que alguien le debe haber enseñado en los trajines azarosos de la política venezolana– Habla de **bochorno**, habla de juramento a la Constitución, de los que han deshonorado a la patria tomando las armas contra la República, habla de felones. Exige a los insurrectos que le reconozcan como el Comandante en Jefe y que depongan de inmediato “su nefasta actitud”. También observamos con cuidado que el señor Jefe de Estado habla de que se ha atentado contra su vida. Meditamos sobre cuanto se desarrolla ante nosotros; nos situamos, sin querer o sin proponérselo, en el pasado. Pensamos que hace poco hubo un tiempo horrible de saqueos y que el mismo hombre que con voz temblorosa se aferra hoy, 4 de febrero, a la Bandera Nacional y a la Constitución, a los símbolos más representativos de la República, se refirió con palabras aparentemente sinceras y adoloridas, sobre los cientos de muertos dejados por el vendaval del caos y de la protesta; se dirigió en aquella ocasión a las demás naciones del mundo y les advirtió de lo que podría ocurrirnos de no tomarse conciencia de las imposiciones económicas a nuestra nación, de la intolerancia con que tratan el problema de nuestra deuda externa; advirtió también a los ricos, a la tan gastada y mentada “clase dirigente” de la necesidad de ser indulgentes, conciliadores, que la

imprudencia abusiva de los agiotistas estaba llevando al país a un callejón sin salida.

Habló, habló mucho.

Pero sus palabras parecían un lamento para conseguir dinero de la banca internacional, para que se compadecieran de nuestra situación y nos enviaran algunas migajas sobrantes de lo que reparte el Fondo Monetario Internacional (FMI). En ese momento, hablaba como si él no tuviera la culpa de lo ocurrido, porque en nuestro país se ha venido cultivando la nefasta cultura de dejar todo al garete, de que cuando un funcionario público se desentiende de su cargo también deja tras de sí todas las responsabilidades de lo bueno o malo que hubiese asumido. Todo el mundo entendió entonces que los acontecimientos del 27 de febrero de 1989 recaían enteramente sobre el gobierno de Jaime Lusinchi, quien vivía placentemente en Nueva York, dizque investigando, en las bibliotecas estadounidenses, sobre la historia venezolana. Eso dijo. Pero ahora Lusinchi tenía tres años que había dejado el poder. El Jefe de Estado miraba a los lados buscando una excusa que lo sacara del marasmo en que se encontraba, y nada mejor que escudarse tras la Bandera Nacional que Venevisión tenía guardada en un closet. Con aquella bandera del magnate Gustavo Cisneros creyó poder salvar la patria, la de Cisneros, no la de Bolívar.

Poco después de los sucesos del 27 de febrero nuestros eminentes economistas comenzaron a adquirir una figuración tremenda en los medios de comunicación social. Más importante era el asunto del PAQUETE que el de los Evangelios. Entonces, supuestos hombres de izquierda se aferraron a la frase de que el FMI nos estaba desangrando, algo que el propio Carlos Andrés Pérez había sostenido durante su campaña electoral. A esa posición se sumó el sindicalista Antonio Ríos, así como lo más esclarecido de las escuelas de economía de nuestras más representativas

universidades. De momento se desvió la discusión sobre si el problema central acaso era nuestra delirante corrupción administrativa, nuestra gran falta de patriotismo para defender lo nuestro, de entereza y dignidad. Se percibía que se buscaban –con desesperación– excusas en hechos que no tuviesen que ver con nuestras responsabilidades inmediatas, con nuestros deberes, un profundo compromiso moral y humano con nuestro país.

Viendo a la barahúnda delirante de los hombres “importantes” que se atropellan para dar apoyo a la democracia, parodiamos lo que un escritor venezolano dijera refiriéndose a los gobiernos que antecedieron a Juan Vicente Gómez: Venezuela es un enfermo que aunque salvado por CAP en el quinquenio (1974-1979), fue después rejuvenecido por Luis Herrera. Pero a pesar de las recetas de estos dos extraordinarios “médicos” hubo la necesidad de que llegara Lusinchi quien le aplicó nuevos métodos de recuperación. Así y todo siguió hablándose de que el país seguía en las últimas y el pueblo pensó que no habría un salvador mejor dotado que CAP, quien le había aplicado tan buenas compresas y mejores ungüentos, que quizás a partir de ahora ya el enfermo no requiera de remedios, pues al parecer ha muerto.

Así, pues, nos encontramos con otra difícil situación para el gobierno de CAP luego de lo ocurrido el 27 de febrero, pero él ha creído en este caso que su tabla de salvación será la Constitución. Se acordó repentinamente, como siempre lo hace en sus malabarismos mentales de que contamos con una Constitución. Él, que se cree el mago de la palabra y que trata de aprovecharse de una avalancha de situaciones adversas que lo acorralan en un sistema absurdo, estridente, lleno de frenéticas e incontrolables improvisaciones, contradicciones.

Estamos paralizados, pero no extrañados, viendo, digo, al Presidente al lado de la Bandera Nacional sin dejar de resonar en

nosotros las primeras palabras de su discurso: *Estoy abochornado*. Hay cosas que uno tarda mucho tiempo en comprender; es como cuando hemos intentado resolver un complejo problema filosófico y queda en nosotros palpitando una madeja de posibles salidas o soluciones. Lo del **bochorno** era muy peculiar en un hombre herido profundamente en su persona, en su estatura política, en sus principios y planes; ya sabemos que la palabra persona quiere decir “máscara”.

¿Cuál puede ser la razón que llevó a un grupo de oficiales de nuestras Fuerzas Armadas a plantearse una rebelión, sino las calamidades insufribles que condicionan a este Estado “democrático”?

No es necesario que los alzados muestren un programa de gobierno, que hablen hasta la saciedad por los medios de comunicación, que griten y propongan proyectos maravillosos dentro de este sistema. No. No es necesario decir nada. Todo está sobreentendido, tan sobreentendido que los políticos han comenzado a susurrar a diestra y siniestra una frasecita muy interesante que ahora hasta pareciera ingeniosa. Ya sabemos que en Venezuela, a falta de verdadero talento y de alguna noble ocupación, todo es asunto de frases supuestamente ingeniosas, en esta ocasión la cantinela es: “Hay que reflexionar”. Probablemente fue una idea sugerida por las oficinas publicitarias del magnate Gustavo Cisneros quien ha estado muy pendiente de lo que está sucediendo en el país. Estamos siguiendo paso a paso lo que trae el canal Venevisión y notamos que se ha grabado otro video al Presidente de la República; esta vez observamos un brillo brutal en su mirada. Tratamos de entender si este brillo tiene algo de locura, de trastorno, de angustia sin salida. Poco a poco vamos cayendo en cuenta de que no es un hombre de imaginación como para padecer tal estado de convulsión moral. Muy pronto lo veremos otra vez con sus labios curvados hacia

fuera, el tic convulso de boca buscando la frase de ese verbo tramposo para convencer incautos y esa, su vacuidad sin límites ante toda la tragedia que envuelve a un pueblo.

Al lado de esta avalancha de tensiones, mientras desfilan por la televisión la mismas crismas sagradas de siempre –las que representan al sistema herido por la sublevación, por cualquier sublevación; seres que tanto han hecho por ellos mismos–, los señores atribulados de nuestras castas sindicales, jefes de secciones “políticas” y congresistas de diversos “colores”; casi todos con su doble o triple papada, sonrosados, los mismos que circularon el 27 de febrero de 1989 por los canales de televisión, otra vez con la expresión del discurso azaroso del *mea culpa*... Mientras tratamos de empalmar tan distintas y complejas deducciones vamos viendo aquellas caras ajadas, aquellos erguidos señores, en donde resalta la soberbia, los distintos grados y circunvoluciones que pueden existir en las categorías de la insolencia, de la petulancia y el descaro. “Ellos” son la democracia, está claro; “ellos” tienen los hilos de todas las manifestaciones humanas del pueblo y deben ser los únicos consultados. Si de algo hay que convencerse definitivamente –según estos eminentes estrategas– es que nuestro sistema “republicano” es tan sólido que nada puede destruirlo, y que por otro lado un golpe de Estado no resuelve nada. Pero hoy están más convencidos que nunca que el golpe escindió la historia del país: en el banquillo de los acusados están hoy los encopetados directores del desastre nacional que van desfilando por las pantallas de televisión testimoniando total y fiel apoyo a la “democracia” venezolana. Entre los primeros estaban las logias de Copei y del MAS, Eduardo Fernández, Teodoro Petkoff, Freddy Muñoz y Argelia Laya. El aspecto chabacano de Teodoro Petkoff lo delataba, había algo que procuraba ocultar con toda clase de dobleces, ni con Dios ni con el diablo: su sonrisa meliflua y cobarde alcanzaron ribetes líricos

cuando dijo a Dhamelis Díaz: ¡Acuérdate que yo iba a ser entrevistado hoy! Pero detrás de Petkoff estaban otras figuras haciendo cola y una de las que más pugnaba por aparecer de primero entre los más eminentes serviles de la denominada estructura de poder era Eduardo Fernández.

Había algo mucho peor que la repugnancia y la náusea en todo este ajeteo. Uno no sabe si la gente llega a un momento en que pierde la capacidad de sentirse podrido, enfermo espiritualmente; desgarrado por la forma como doblaba su progenitura. Sin duda que Rafael Caldera es buen husmeador político y se desentiende de la farsa de salir en defensa a ultranza de nuestra turulata democracia. Como todo un zorro vio su mejor momento para actuar y erigirse en el hombre clave de nuestro destino.

En el Congreso de la República de Venezuela y en cadena nacional de radio y televisión arma un discurso histórico, y el pueblo por primera vez escucha palabras sentidas y necesarias de un político venezolano en un momento terrible que vive la República:

Señor Presidente del Congreso, señor Vicepresidente, Presidente de la Cámara de Diputados, ciudadanos senadores, ciudadanos diputados:

He pedido la palabra, no con el objeto de referirme al Decreto de Suspensión de Garantías, aun cuando quiero hacer en torno a él tres breves consideraciones:

La primera, la de que el propio Decreto revela la gravedad de la situación que estamos viviendo, y aun cuando encuentro un defecto de redacción porque los considerandos se refieren a hechos ocurridos y no a la situación actual y a los peligros que con la Suspensión de Garantías se tratan de enfrentar, se supone que es precisamente porque la situación del país es delicada; porque el sistema democrático, la normalidad y el orden público están corriendo peligro después de

haber terminado el deplorable y doloroso incidente de la sublevación militar, es necesaria la medida tan extraordinaria de suspender a la población general el uso y ejercicio de las garantías constitucionales.

La segunda observación que quiero hacer es la de que no estoy convencido de que el golpe felizmente frustrado hubiera tenido como propósito asesinar al Presidente de la República. Yo creo que una afirmación de esa naturaleza no podría hacerse sino con plena prueba del propósito de los sublevados. Bien porque hayan confesado y exista una confesión concordante de algunos de los comprometidos o algunos de los actores del tremendo y condenable incidente, o bien porque exista otra especie de plenas pruebas que difícilmente creo se puedan haber acumulado ya en el sumario que supuestamente debe haberse abierto por la justicia militar. Afirmar que el propósito de la sublevación fue asesinar al Presidente de la República es muy grave; por lo demás, se me hace difícil entender que para realizar un asesinato, bien sea de un Jefe de Estado rodeado de todas las protecciones que su alta condición le da, haya necesidad de ocupar aeropuertos, de tomar bases militares, de sublevar divisiones; desde luego que hoy está demostrado que por más protección que tenga cualquier ciudadano, con el armamento existente en la actualidad y con los sistemas de comunicación, un asesinato es relativa y desgraciadamente fácil de cometer.

El caso del dictador Anastasio Somoza asesinado en Paraguay, férreamente gobernado por el general Stroessner, con todas las protecciones que la condición de este depuesto gobernante suponía, indica que ninguna persona, por más protegida que esté, puede salvarse de un asesinato cuando se cuenta con los medios y con la decisión de perpetrarlo.

Por eso, pues, yo me siento obligado en conciencia a expresar mi duda acerca de esta afirmación, y

considero grave que el Ejecutivo en su Decreto de Suspensión de Garantías y el Congreso en el Acuerdo Aprobatorio, hayan hecho tal afirmación, que además de ser conocida en el país está dispuesta a difundirse en todos los países del exterior.

La tercera observación respecto a la suspensión de garantías se refiere al deseo que quiero expresar, en nombre del país, de que esas facultades se ejerzan con ponderación, con gran sentido de responsabilidad. Admitimos que el gobierno necesita en momentos de dificultad, de poderes extraordinarios, que no pueden someterse a las restricciones y términos que la Constitución establece; pero sabemos también por experiencia secular en Venezuela que estas facultades pueden convertirse en fuentes de abusos, de excesos, de violaciones absolutamente injustificadas, no solo en lo relativo a la garantía de seguridad personal, al derecho de ser detenido sin fórmula de juicio, al allanamiento de los hogares, sino también a la muy delicada garantía de libertad de expresión del pensamiento, respecto a la cual abrigo la esperanza y la quiero formular aquí; creo con eso representar el sentimiento público, de que se ejerza con toda la ponderación, con todo el sentido de respeto que una garantía tan fundamental tiene para el funcionamiento de la democracia.

Yo pedí la palabra para hablar hoy aquí antes de que se conociera el Decreto de la Suspensión de Garantías, cuando esta Sesión Extraordinaria se convocó para conocer los graves hechos ocurridos en el día de hoy en Venezuela, y realmente considero que esa gravedad nos obliga a todos, no solo a una profunda reflexión sino a una inmediata y urgente rectificación. Cuando aquí el país y fuera de él he sido muchas veces preguntado, como seguramente lo habrán sido los senadores y diputados aquí presentes, acerca de las causas de la estabilidad democrática en Venezuela, en momentos en que el sistema naufragaba en naciones de mejor

tradicón institucional que la nuestra, generalmente me referí a cuatro factores que para mí representaban una gran importancia:

Por una parte, a la inteligencia que existió en la dirigencia política de sepultar antagonismos y diferencias en aras del interés común de fortalecer el sistema democrático.

En segundo lugar, a la disposición lograda través de un proceso que no fue fácil, de las Fuerzas Armadas para incorporarse plenamente al sistema y para ejercer una función netamente profesional.

Tercero, a la apertura que el movimiento empresarial demostró cuando se inauguró el sistema democrático, para el progreso social, comprensión que tuvo para el reconocimiento de los legítimos derechos de la clase trabajadora.

Pero, en último término, el factor más importante fue la decisión del pueblo venezolano de jugárselo todo por la defensa de la libertad, por el sostenimiento de un sistema de garantías de derechos humanos, el ejercicio de las libertades públicas que tanto costó lograr a través de nuestra accidentada historia política.

Debo decir con honda preocupación que la situación que vivimos hace más de treinta años no es la misma de hoy. Por una parte, la inteligencia de la dirigencia política ha olvidado en muchas ocasiones esa preocupación fundamental de servir antes que todo al fortalecimiento de las instituciones. Por otra parte, el empresariado no ha dado las mismas manifestaciones de amplitud, de apertura, que caracterizaron su conducta en los años formativos de la democracia venezolana.

En tercer lugar, porque las Fuerzas Armadas, que han sido ejemplares en su conducta profesional en

las garantías de la instituciones, están comenzando a dar muestras de que se deteriora en muchos de sus integrantes la convicción de que por encima de todo, tienen que mantener una posición no deliberante, una posición obediente a las instituciones y a las autoridades legítimamente elegidas. Y cuarto, y esto es lo que más me preocupa y me duele, que no encuentro en el sentimiento popular la misma reacción entusiasta, decidida y fervorosa por la defensa de la democracia que caracterizó la conducta del pueblo en todos los dolorosos incidentes que hubo que atravesar después del 23 de enero de 1958.

Debemos reconocerlo, nos duele profundamente, pero es la verdad: no hemos sentido en la clase popular, en el conjunto de venezolanos no políticos y hasta en los militantes de partidos políticos, ese fervor, esa reacción entusiasta, inmediata, decidida, abnegada, dispuesta a todo frente a la amenaza contra el orden constitucional. Y esto nos obliga a profundizar en la situación y en sus causas.

En estos momentos debemos darle una respuesta al pueblo y tengo la convicción de que no es la repetición de los mismos discursos que hace treinta años se pronunciaban cada vez que ocurría algún levantamiento y que vemos desfilar por las cámaras de la televisión, lo que responde a la inquietud, el sentimiento, a la preocupación popular. El país está esperando otro mensaje. Yo quisiera decirle a esta tribuna, con toda responsabilidad al señor Presidente de la República, que de él principalmente, aunque de todos también, depende la responsabilidad de afrontar de inmediato las rectificaciones profundas que el país está reclamando. Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia, cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que

a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los días la institucionalidad.

Esta situación no se puede ocultar. El golpe militar es censurable y condenable en toda forma, pero sería ingenuo pensar que se trata solamente de una aventura de unos cuantos ambiciosos que por su cuenta se lanzaron precipitadamente y sin darse cuenta de aquello en que se estaban metiendo. Hay un entorno, hay un mar de fondo, hay una situación grave en el país, y si esa situación no se enfrenta, el destino nos reserva muchas y muy graves preocupaciones.

Por eso he pedido la palabra para ejercerla en este elevado recinto. Transmitirle desde aquí al señor Presidente de la República y a los dirigentes de la vida pública nacional, mi reclamo, mi petición, mi exigencia, mi ruego, en nombre del pueblo venezolano, de que se enfrente de inmediato el proceso de rectificaciones que todos los días se está reclamando y que está tomando carne todos los días en el corazón y en el sentimiento del pueblo.

Este es el motivo de la presente intervención y creo que era imposible que por un simple acuerdo de la Comisión de Mesa de que no se hablara para discutir el Decreto de Suspensión de Garantías, el Congreso se reuniera y le dijera al país que no ha hecho otra cosa sino darle paso al Decreto: un Acuerdo que se votó, creo que tres o cuatro veces, y que se indicó votado por unanimidad. Yo aclaro, que yo no lo voté. No porque no estuviera de acuerdo en el fondo con que se suspendieran las garantías, sino por las reservas que expresé y, sobre todo, porque no considero justo el que se afirme de una manera tan absoluta, que el propósito de los culpables de la sublevación haya sido el asesinar al Presidente de la República.

Por otra parte, quiero decir que esto que estamos enfrentando responde a una grave situación que está

atravesando Venezuela. Yo quisiera que los señores Jefes de Estado de los países ricos que llamaron al presidente Carlos Andrés Pérez para expresarle su solidaridad en defensa de la democracia entendieran que la democracia no puede existir si los pueblos no comen, así como lo dijo el Papa Juan Pablo II: “no se puede obligar a pagar las deudas a costa del hambre de los pueblos”. De que esos señores entiendan que estas democracias de América Latina están requiriendo una revisión de la conducta que tienen frente al peso de la deuda externa, alocadamente contraída y en muchos casos no administrada propiamente, que nos está colocando en situaciones cuyo costo ha llegado a asustar a los propios dirigentes del Fondo Monetario Internacional y de los otros organismos financieros internacionales.

Yo quisiera, pues, desde aquí también, que pudiera llegar mi pedimento al presidente Bush, al presidente Mitterrand, al presidente Felipe González, a los jefes de los países del mundo desarrollado y ricos, para que se den cuenta de que lo que pasó en Venezuela puede pasar en cualesquiera de nuestros países porque tiene un fondo grave, un ambiente sin el cual los peores aventureros no se atreverían ni siquiera a intentar la ruptura del orden constitucional.

Esa situación tenemos nosotros que plantearla con toda decisión. Cuando ocurrieron los hechos del 27 y 28 de febrero del año de 1989, desde esta tribuna yo observé que lo que iba a ocurrir podría ser muy grave. No pretendí hacer afirmaciones proféticas, pero estaba visto que las consecuencias de aquel paquete de medidas que produjo el primer estallido de aquellos terribles acontecimientos no se iban a quedar allí, sino que iban a seguir horadando profundamente en la conciencia y en el porvenir de nuestro pueblo. Dije entonces en algún artículo que Venezuela era algo como la vitrina de exhibición de la democracia latinoamericana. Esa vitrina la rompieron en febrero de

1989 los habitantes de los cerros de Caracas quienes bajaron enardecidos. Ahora, la han roto la culata de los fusiles y los instrumentos de agresión que manejaron los militares sublevados.

Esto es necesario que se diga, que se firme y que se haga un verdadero examen de conciencia. Estamos hablando mucho de reflexión, estamos haciendo muchos análisis, pero la verdad verdadera es que hemos progresado muy poco para enfrentar la situación y que no podemos nosotros afirmar en conciencia que la corrupción se ha detenido, sino que más bien íntimamente tenemos el sentir de que se está extendiendo progresivamente, que vemos con alarma que el costo de la vida se hace cada vez más difícil de satisfacer para grandes sectores de nuestra población, que los servicios públicos no funcionan y que se busca como una solución que muchos hemos señalado para criticarla, el de privatizarlos, entregándolos sobre todo a manos extranjeras, porque nos consideramos incapaces de atenderlos.

Que el orden público y la seguridad personal, a pesar de los esfuerzos que se anuncian, tampoco encuentran un remedio efectivo. Aquí, en este mismo recinto, se sientan honorables representantes del pueblo que han sido objeto no solamente de despojo, sino de vejámenes, por atracadores en sus propios hogares sin que se haya logrado la sanción de los atropellos de que han sido objeto.

Esto lo está viviendo el país. Y no es que yo diga que los militares que se alzaron hoy o que intentaron la sublevación que ya felizmente ha sido aplastada (por lo menos en sus aspectos fundamentales) se hayan levantado por eso, pero eso les ha servido de base, de motivo, de fundamento, o por lo menos de pretexto para realizar sus acciones.

Por eso termino mis palabras, rogándole al Presidente de la República que enfrente de lleno, en verdad y decididamente esta situación que, como dije antes, sirve de motivo, o por lo menos de pretexto, para todos aquellos que quieran destrozar, romper, desarticular el sistema democrático constitucional del que nos sentimos ufanos.

Muchas gracias, ciudadanos senadores, ciudadanos diputados.

A continuación voy hacer una digresión sobre algo que escribí al inicio del segundo mandato de Caldera:

Para encontrar eco y suscitar adhesión en todos los que aún viven –no en los muertos, por supuesto– es necesario apelar a las fuentes de nuestra Independencia. Sentir como un recuerdo que estuvimos en algún frente de lucha al lado de nuestros próceres. Que conquistamos algo que luego perdimos. Que ocurrió una traición, un engaño formidable. La esencia de nuestro ser está en el origen histórico. No solo despertó conmoción las fuerzas desplegadas por un grupo de jóvenes oficiales contra un régimen oprobioso el 4 de febrero de 1992, sino también los valores de nuestra historia. Una producción tremenda de libros, discusiones, polémicas de todo calibre inundaron al país. La palabra Bolívar llegó a convertirse en un peligro; los días patrios se convirtieron en un dolor de cabeza para el Estado, y fue entonces cuando se hizo indispensable para la oligarquía convertir a Bolívar en lo que siempre había sido: la estupefacta momia de los antros de palacio. ¿Quién podía tener la magia y la capacidad sutil, de realizar el milagro de hacer regresar al Libertador a su puesto de lujo decorativo de esas bacanales y de esos derroches palaciegos, infames y canallescos?

Ocurrió una vileza sin nombre, no analizada con profunda claridad todavía. Las hordas de ladrones, con David Morales Bello a la cabeza, pedían en el

Congreso de la República de Venezuela una decisión unánime de condena contra los insurgentes. Prácticamente la pena capital. El presidente Carlos Andrés Pérez temblaba exigiendo esta petición porque a él le venía en gana radicar toda la intención de los alzados en aniquilarle físicamente; quería imponer la tesis del magnicidio. Las televisoras se llenaron de banqueros, de los líderes de los partidos políticos, de dirigentes de las asociaciones de vecinos vendidos al estatus: además de los consabidos delincuentes de AD y Copei, también desfilaron como haciendo pasarela dirigentes del MAS, de la Causa R, también de mucha gente de izquierda que unas horas antes había estado de acuerdo con la sublevación. Todos desfilando para dar su apoyo a la democracia. Si en secreto no se hubiera estado gestando la gran trampa, el sereno y agudo zarpazo de uno de los farsantes más grandes que ha tenido nuestra historia democrática, tal vez hoy estuviéramos viviendo otra realidad política muy distinta. ¿Qué tal si entonces Morales Bello y su banda hubieran impuesto su tesis, declarando criminales a los insurgentes y que toda la masa de redomados ladrones hubiera ejercido a plenitud y como les correspondía, el papel que siempre han ejercido en nuestra sociedad?

Bueno hubiera sido aislar para siempre a los abominables estafadores de la Patria, quienes en aquel momento se alzaban con toda su carga de tropelías y falacias para condenar un acto altamente honorable y heroico como el del 4-F. Bueno hubiera sido separarlos para siempre de la posición de los honestos y puros que estaban dispuestos a dar la vida por la Patria, con tal de encontrar una salida honorable para un país mil veces burlado, mil veces trampeado, mil veces frustrado.

Pero ocurrió el milagro, que ni CAP, ni Morales Bello ni los Cisneros, ni toda la caterva de estafadores y bandidos públicos habrían jamás imaginado y que

en definitiva les iba a salvar el pellejo. ¡Ocurrió el milagro! Muchos de estos mafiosos, siempre sutiles en sus actos, a lo mejor entendieron los pasos del más grande hipócrita de los “redentores” nuestros.

Saltó el jesuita Rafael Caldera, el CAP copeyano, al estrado del Congreso, un hombre ya entrado en años, y con voz temblorosa comenzó a poner a punto de lágrimas al pueblo; comenzó a entornar los ojos, y ducho en toda clase de recursos retóricos y artificios patriotericos encontró los elementos necesarios para salvar a los de su clase. Lo movía en esencia, además de un pasado fuertemente comprometido con el partido gobernante, el destino de sus hijos, a quienes, en la más alta vejez, no quería dejarlos políticamente desamparados. Sus tiernos y delicados hijos, rebosantes de salud se le interponían entre dos realidades; es que jamás habían pasado trabajo, y les iba a costar un infierno labrarse una figuración propia. Claramente se ve que carecían del talento demagógico del padre, y es que el poder es un juguete con el que los patriarcas suelen entretener a sus niños. Había que ayudarles, darles la mano, por ese impulso natural que se hace tan patente en ciertos políticos y tan antiguo como el hombre, el de querer perpetuar una dinastía, un linaje, en el poder.

Claro, pero esta dinastía no podía funcionar desde una posición revolucionaria, porque las revoluciones exigen valor, resolución y no perdonan debilidades: se vive en ellas en un cambio y en un albur peligroso. De lo cual, entonces, era mejor recurrir a malabarismos para hacer ver que se actuaba de otra forma cuando en realidad lo que se procuraba era que el antiguo y viejo poder se mantuviera intacto.

Era necesario salvar a la prostitución del viejo Estado, a sus secretos y partidas infames, a sus negocios delictuosos, a su degenerante estructura, porque allí, con toda seguridad, podían prosperar sus hijos,

llegar lejos, como han llegado lejos todos nuestros eminentes farsantes. Que sean unos piñeruistas en potencia es mil veces preferible, a un cambio tajante que pudiera echar por la borda y para siempre las aspiraciones de toda una bochornosa élite.

No en vano este hombre había sido Procurador General del gobierno que había derrocado a Isaías Medina Angarita. No en vano este hombre había sido piedra fundamental en la conformación de este régimen “democrático”, con el famoso acuerdo de Punto Fijo. Estas deudas no se olvidan ni se desechan o se desintegran sin producir graves pérdidas en la estructura política y social.

De modo que encaramado en la soñada y ansiada Silla, tuvo que desprenderse de su máscara. Tenía al país en un puño, podrido como están los partidos: y dejó todo el mal intacto. Inundó de dinero a las mafias bancarias para luego criticarlas, con su típico doblez, y dio el plazo prudente para que todos huyeran en su propia cara. Huyeron como siempre han huido: por los amplios oscuros pasillos de nuestra legalidad.

Cuando el pueblo deliraba por justicia, él puso su grano de arena a lo CAP, a lo Lusinchi, y ordenó la libertad del exministro Izaguirre, como buena prueba de que cuanto había fracturado al régimen anterior en poco tiempo iba a ser reparable, y que por lo tanto, este anuncio era un claro mensaje de que aquí podían seguir haciéndose los desmanes de siempre. De modo pues, que sutilmente, se declaraba al mundo que los adecos aquí no habían hecho nada malo y fue por ello que ya contaba con el total y radical apoyo de este partido. CAP ha ido poco a poco resurgiendo de su tumba, ya que el mismo Alfaro Ucero que echó de AD a Humberto Celli por el atrevimiento de pedir la expulsión de CAP, es quien dirige una adhesión sin discusión al actual régimen. Entonces nuestro orondo Presidente proclamó con toda su franqueza que ya

Bolívar no es exclusividad de grupo alguno, palabras que jamás se hubiera atrevido a proclamar en los días terribles cuando se paseaba por las calles y la gente, desde los balcones y ventanas, le gritaba llamándole: “¡General!”.

La avalancha de las calamidades del pasado se repetían de manera insólita con el caradurismo y la burla de siempre: ola de especulación, robos y desfalcos a granel, silencio ante el crimen y la desproporción de la injusticia en todos los entes públicos. Y como siempre, se apela a la llamada inestabilidad para emprenderla contra los grupos más débiles: en los allanamientos y las detenciones y amenazas se reprimen y persiguen a los mismos elementos que acosaban y perseguían Pérez y sus perros. Peor aún, porque se suspenden las garantías constitucionales y de la vorágine de ladrones no cae uno solo, sino que se allanan casas de gente humilde y desgraciada. La misma falta del Estado de Derecho, la misma oscuridad en las partidas secretas, el antro de componendas a espaldas del pueblo, el mismo odio a los periodistas decentes, el mismo perdón a los poderosos y la misma condena a los pobres. El más grande hipócrita de toda nuestra historia había realizado el milagro de salvar momentáneamente a los que el 4 de febrero estuvieron a tris de ser arrasados de la historia para siempre. A costa de ser un “buen padre”, nos perdió a todos, perdió enteramente a la Patria. Un “buen padre” sin sentido de grandeza. No tuvo el valor de sacrificar los caprichos de sus criaturillas, los carísimos juguetes de sus niños, los bellos y dulces pasatiempos de sus nenes, por el bien de la Patria, y para que en esa Patria, esos, sus chiquillos, pudieran vivir con dignidad, con justicia, con valor, con compromiso y responsabilidad venezolanista. Y cuando aún reverberaba en las mentes de todos, la vergüenza mundial imperante en Miraflores, llega e instala en este aposento a sus caros chiquitines y a los relacionados con sus chiquitines. Bien vale aquí recordar esa máxima de Nietzsche de

que los impotentes buscan el poder para hacerse con la palanca del dinero: ¡mucho dinero! Por eso en los países capitalistas alrededor del poder cunden como moscas los eunucos, los canallas, los cerdos.

Esa ha sido la verdadera historia del más grande fiasco, de la más insólita trampa, de la más impresionante y formidable traición jamás realizada contra aspiraciones de pueblo alguno. Consiguiéndose el crimen que todos los perezistas ansiaban: frustrándonos a todos en lo más íntimo de nuestros anhelos, en una cadena espantosa e imparable de canalladas, el pueblo aturdido y fatigado ya no cree en nada. Se entrega inerme, como doncella pervertida que ve irremediable su perdición, entregada en brazos de cualquier crápula. Ese es quizás el mayor crimen cometido contra nuestra sociedad: esa espiciosa frustración en la cual ya no importa nada, en la cual ya nada asombra ni conmueve; ya nada vale la pena. Contra esa inmensa fatalidad es la lucha que nos toca y de la cual tendremos oportunidad de referirnos en la segunda parte de este trabajo.

Y para encontrar eco, necesitamos aprender, hacer y pensar. Dolorosamente.

Ante la inmensa popularidad que Caldera ha podido capitalizar por sus palabras en el Congreso, repentinamente saltó el MAS a pegársele como una garrapata. ¿Pero podrá el señor Caldera oír el desgarrado llamado del pueblo, seguir su clamor y desprenderse de todas esas amargas ataduras de partido que hoy lo inutilizan para desatar un verdadero cambio en el país, una revolución?

Triste fue el espectáculo miserable de un grupo numeroso de debutantes en politiquería que se hicieron presentes en RCTV como representante de esas partidizadas y ya desacreditadas Asociaciones de Vecinos.

CAP pretendía en todo momento dar la idea de que las circunstancias lo habían tomado por sorpresa, y hacía esfuerzos indecibles por pedir a la gente que no era el momento para hablar de los defectos de nuestra “democracia”. Que no era el momento de criticar, que todos debían concentrar sus esfuerzos en dar un respaldo total a las instituciones del país. Que bien valía la pena vivir en este remanso de paz llamado Venezuela, el mejor país posible. “Digan, por ejemplo –balbuceaba para sí–, digan... digan que sin democracia el pueblo no puede opinar, su voz está muerta”.

¡Gran vaina!: opinar.

Es lo único que pueden hacer unos pocos, no el pueblo: opinar aunque los políticos de partido vivan *cagándose* en esa opinión.

En verdad que no hay nada más imbécil que opinar en un país sin justicia y sin Estado de Derecho. Venezuela está herida de maldición y lo que nos queda es opinar.

Aquí se nos miente por todos los medios, se nos está estafando, se nos está robando descaradamente y al tiempo esos mismos delincuentes hablan de que debemos ser pacientes con el mar de calamidades que nos rodean. Los partidos viven agredándose; negociando a espaldas del pueblo, traicionando a la nación y haciendo de los honores a la Bandera y a la Constitución parte del juego de artimaña con que al mismo tiempo se van repartiendo el botín y se juega a las “reglas democráticas”. Casi todos los hombres con algún brillo partidista hacen fortuna sobre la ruina de los principios republicanos nuestros, no obstante que viven por prensa, radio y televisión hablando de crisis de valores y de que hay que rectificar y reflexionar.

De modo pues, que:

- si CAP hubiera escuchado el llamado ardoroso que hizo el pueblo el 27 de febrero de 1989, y hubiera cumplido una

milésima parte de lo prometido en el ajetreo azaroso de esos días tan convulsos;

- si hubiera de veras encarcelado a los ladrones del sistema de Régimen de Cambios Diferenciales (Recadi);
- si hubiera reducido los gastos dispendiosos de los encopetados equipos rectorales de las universidades que derrochan en un lujo palaciego, en viajes y viáticos para una supuesta investigación y educación que no nos deja nada;
- si hubiera reducido las escoltas de los gobernadores y él mismo hubiera dado ejemplo de rectitud no aumentándose el sueldo como lo ha hecho;
- si no hubiera permitido que los ejecutivos de los institutos y empresas del Estado, gobernadores y alcaldes vivieran derrochando el erario público en un vértigo sin parangón en los anales de la República, y se redujera el excesivo gasto, los placeres que enloquecen a nuestros políticos de partidos que para todo lo riegan con güisqui y exquisiteces traídas de Europa;
- ni hubiera acumulado el mismo Presidente, además de su barragana, tesoros y mansiones para ella, y se cuidara de impartir justicia y mantener una serena imparcialidad;
- si hubiera tenido voluntad para hacer valer nuestros derechos ante los garimpeiros y la cúpula de poder de los colombianos que pretenden despojarnos del Golfo de Venezuela, y hubiera sabido dar valor y rectitud a su mando e impedir que los extranjeros destruyan nuestras reservas naturales.

Entonces, de haber llegado a cumplir un poco de todo esto, verdaderamente que el país se hubiera sentido ofendido con la acción de una rebelión como la que ocurrió el 4 de febrero.

Pero ¡NO!, más del 85% de la población la aplaudió. La popularidad de CAP cayó a menos del 7%.

El pueblo miró con total indiferencia el que se atacara a La Casona (donde estaba la familia y los hijos y nietos del Presidente), centro de un bonche permanente, de fiestas, brindis, agasajos y gastos dispendiosos y atenciones que ofenden al pueblo. Cuanto trastornado aventurero o político de América Latina le ocurre una desgracia, viene y se cobija bajo la sombra protectora de CAP. A La Casona se le tomó no porque represente un alcázar militar importante, sino porque simboliza la frivolidad indignante de unos mandatarios que mientras se les cae de los labios la palabra “crisis” están gozando, derrochando y celebrando a todo tren.

¡Es hora de salir de las malditas mamparas y reclamar nuestro puesto de lucha en la defensa de esta patria tan ultrajada, vejada y consumida por los robos y traiciones de tantos politiqueros! Que no pretendan salir a defenderla ahora los que tienen motivo de culpa por haberla ofendido y ultrajado; que no busquen ahora el subterfugio de los juramentos a la Bandera, el Escudo y la Constitución, cuando nunca han dado muestras de ser verdaderos patriotas, ni jamás han hecho un solo gesto para no verla humillada y degradada. Porque hay que decirlo claramente: la llamada “estabilidad” de esta “democracia” se ha fundamentado sobre la debilidad de un pueblo confundido y unas Fuerzas Armadas que llegaron a perder el contacto humano con ese pueblo; ambos, por ignorancia o por dejadez, abandono o incuria, han consentido males increíbles, monstruosos contra la justicia y la solidaridad más sagrada a la Patria: el 27 de febrero el pueblo, por su lado, trató de reparar estos males, el 4-F lo intentaron por su parte las Fuerzas Armadas, pero en ambos casos no hubo coordinación, y además nos faltó conciencia, y un líder que no acaba por definirse.

La llamada “estabilidad” de estos gobiernos está fundada sobre cadáveres, miseria, traiciones y *cabronerías* institucionales. Y pese a que se sigue tratando con paliativos y pañitos de agua caliente al irrecuperable enfermo de esta “democracia” en los miles de proyectos y programas de regeneración con que se planifican en cada quinquenio, los tratamientos, además de que nos salen costosísimos, nos acercan a un piélago de maldiciones sin salida.

¿Cómo pretendía esa Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copre) cumplir con la asignatura pendiente desde hace un siglo de poner el país a un nivel de gran desarrollo humano, cuando nos manteníamos sometidos a los dicitos de Washington, que impedían toda clase de cambios que favorecieran nuestra independencia económica y la defensa de nuestra soberanía nacional?

Definitivamente es imposible salir del círculo vicioso en el que nos mantiene los mandatos del Departamento de Estado norteamericano. Lo que no ven o no quiere ver la gente que conforma la Copre: el ministro Carlos Blanco, el doctor Ramón J. Velázquez y Arnoldo Gabaldón, entre otros, es que nada puede modificarse para bien en una democracia que para ser admitida como tal, por mandato del Norte, debe ser enjuta, parálitica, horriblemente deforme y prostituida en todas sus instituciones.

La fulana reforma que con bombos y platillos se venía anunciando, retrasada desde hacía un siglo, no podía dar un paso sin que a los dos días lo supuestamente logrado se pudriera y feneciera en el acto.

JUGANDO A LA DEMOCRACIA COMO SALIDA OPORTUNISTA

EL NACIONAL / Jueves 13 de febrero de 1992



WILFER PULGARIN

EL NACIONAL EN PALACIO

Entre hoy y mañana

CAP restituirá la garantía de libertad de expresión

Luego de reunirse con los principales directivos del Colegio Nacional de Periodistas, CAP prometió la restitución del artículo 66, a más tardar el viernes. Extraoficialmente se dijo que podrían quedar vigentes otras garantías, además de la que consagra la libertad de expresión

En Miraflores se constituyó la Comisión Asesora del Programa de Inmigración Selectiva. La intención del programa, según Cordiplán, es enriquecer la fuerza laboral venezolana y lograr transferencia de tecnología de la ex Unión Soviética y Europa



CAP reconoció ante los periodistas los excesos policiales y prometió que no se repetirán

Aquello en fondo era una guerra de prostitutas, buscando chantajear para robar mejor. Los medios poderosos iban a lo suyo, aprovechando que CAP se hundía y... la SIP callaba...

Sin moral republicana no puede haber gobierno libre.

(CARTA DE BOLÍVAR A GUILLERMO WHITE, 26 DE MAYO DE 1820)

POSICIÓN DE LOS MEDIOS

Pero hay algo más: el diario *El Nacional* que aparecía haciendo la más recia oposición al régimen de CAP, destapando a diestra y siniestra todas sus barbaridades, hasta el punto de que cualquiera hubiera llegado a pensar que con la rebelión militar aprovecharía exigir los cambios necesarios, extrañamente optó, con su más eminente demagogo e hipócrita, el licenciado Miguel Enrique Otero, presentarse en Venevisión para hacer las mismas reverencias serviles que ensayan los miserables adecos antes de presentarse a CAP. Sin ninguna duda que su posición era ver de qué lado obtenía más para sus negocios particulares: si tratando de chantajear a CAP para ponerlo contra las cuerdas y que volvieran al poder los copeyanos, su gente, o sugiriendo su defensa para luego pasar a cobrar su parte.

Más tarde, su director Alfredo Peña, jugando muy bien a la “democracia”, saldría declarando que por lo general los golpistas enarbolan la bandera de la moralidad pública y terminan más corrompidos que sus antecesores. Eso dijo con su redomada boca de bagre. Entonces nos preguntamos: ¿es que acaso la “democracia” es un jueguito, una burla, una trampa para incautos y bolsas? ¿Es esa la “democracia” por la que hay que luchar y dar nuestra sangre? ¿Entonces, nunca haremos nada porque todo el mundo es un prospecto de corrupto? Entonces, no hablemos más, no critiquemos y démonos un tiro...



EL NACION

Caracas, martes 18 de febrero de 1962

• Área Metropolitana, Litera, Lee Tuyan Lunes a jueves: Bs. 18,00 / Viernes a S.
• Interior del País Lunes a domingo: Bs. 20,00
• Territorio Federal Amazonas Lunes a domingo: Bs. 22,00
Deposito legal pp 76-0536 / No. 17.467 / Año XLIX

Cuatro garantías siguen suspendidas

El Presidente restituyó la libertad de expresión

Se restituyeron, a partir de ayer, en todo el territorio nacional, las garantías consagradas en los artículos 64 (libertad de tránsito), 66 (de expresión) y 92 (de huelga de los trabajadores). Continúan suspendidas, por su relación con las investigaciones militares -según la OCI- los derechos contenidos en los numerales 62 (inviolabilidad del hogar), 60 (libertad y seguridad pública), 71 (derecho de reunión) y 115 (manifestaciones públicas)

Día

Penn and Shoen

CAP se molestó por filtración de la encuesta

En el Comité Operativo de ayer el presidente Pérez manifestó su disgusto por la filtración de las informaciones solicitadas. Por su parte, la liberación nacional de AD también expresó su malestar por ser la última a enterarse de los resultados de las re-

Entre apuntes de diálogo entre los líderes fundacionales del país, se citan que el ex presidente Rafael Caldera figura de puntiero. Penn and Shoen circula desde el viernes entre dirigentes como Robinson Figueroa, Luis Allario Uzcio, Camacho



El presidente norteamericano George Herbert Walker Bush decide meterle el ojo directamente a la situación en Venezuela...

Un necio no puede ser autoridad.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 12 DE NOVIEMBRE DE 1823)

LA VISIÓN DE AQUELLOS POLÍTICOS RESPECTO DEL TÉRMINO “DEMOCRACIA”

Nunca nos habíamos enterado de que las naciones del mundo pudieran estar tan preocupadas por nosotros. Incluso la vanidad llegó a ser simiesca en ciertos momentos que hubo adecos, masistas y copeyanos que se enternecieron a punto de lágrimas porque fuimos el centro de atención del mundo. Nos parecía como si en cada acto que hiciéramos los ojos impolutos del orbe estuvieran sobre nosotros, viéndonos con conmiseración. Nos conmovió el hecho de que al parecer esas naciones tienen todo un archivo impresionante sobre nuestras trágicas calamidades. Pero que lamentablemente no pueden ayudarnos.

Nos espantaba que la imbecilidad de nuestros políticos estuviera tan extendida, que realmente se llegase a creer que a esa gente del mundo le doliera nuestro destino, tanto, como el suyo propio.

Una democracia es producto de madurez, comprensión, sacrificio, inteligencia, valor de sus hombres para arrastrar las más terribles dificultades. Una democracia no es una entelequia, una palabra hueca. ¿Qué hacen los llamados demócratas durante el día según el concepto que aquí nuestros políticos de partido tienen sobre democracia?: ¿Trabajar realmente por el país o por sus propios intereses?

Los dirigentes adecos, quienes en su gran mayoría provienen de familias humildes y padecen los afanes de querer imitar a las naciones poderosas, pero que en general son incultos, se ven en el reclamo doloroso, en los mensajes de otras naciones poderosas y suspiran, y son capaces de veras creer que cuanto han hecho ha sido maravilloso, y que no tienen por qué sentir ninguna clase de remordimientos. Si las naciones del mundo dicen que somos buenos, “demócratas”, trabajadores y honrados es porque en verdad

lo somos y de nada debemos quejarnos. Ellos lo dicen, no nosotros. Está claro que merecemos esos honores, esos exultantes elogios y méritos, y por lo tanto casi todo ya lo hemos resuelto. Es tan conmovedor sentir el mundo sobre nuestros lomos, sin ninguna clase de rubor, porque nadie debe ruborizarse de la verdad.

¡Oh Dios, aún así el Presidente no sale de su **bochorno**! ¿Pero algo está mal, porque vosotros, almas adecas, dignas y sacrificadas, seréis capaces de percibir **bochorno** alguno en medio de elogios ditirámicos, repugnantes y falsos, llegados de tan lejos? ¿Podéis de veras creer esos mensajes de que sois dignos de cuanto se os dice sobre vuestra honestidad, sobre vuestra equilibrada, prudente, organizada y bien administrada sociedad? ¿O es que sois lo suficientemente estúpidos como para huir de la realidad, y no daros cuenta de que esas naciones nada han hecho por vosotros, y que así como mienten hoy clamando al cielo por el sumo de bienestar para vuestra “democracia”, al mismo tiempo hacen lo posible por seguir estafándoos y engañándoos?

Estamos escindidos entre mil **bochorros**; el **bochorno** más significativo es el que siente el Presidente de la República, pues, una de esas naciones, que incluso llegó a decir que jamás permitiría que la tierra de Simón Bolívar fuese hollada por una dictadura, ha sido la misma que con sus insolentes pretensiones ha contribuido al Estado de confusión actual del pueblo venezolano. ¿Serán esas acaso, las naciones que en el pasado han sido incapaces de enviar mensajes de preocupación y pena cuando aquí nuestros insignes “políticos” y empresarios nos estafan, nos asesinan, nos envilecen?

¿Cuál es la democracia que esos señores apoyan?: ¿acaso la de las locuras de gobiernos aviesos y perturbados, enfermizos, torpes, ineptos y bárbaros que no han sabido administrar nuestros recursos y por los cuales precisamente hoy nos encontramos tan dispersos, tan inciertos y desolados?

¡Señor nuestro!, en el cruce de pensamientos encontrados, viendo desfilan las dignidades de siempre por la televisión, nos decimos: “Qué peor dictadura esta, donde todo clamor es mal interpretado, donde todo gesto de protesta es ahogado en sangre, donde cualquier remordimiento es diferido para un futuro de redención que nunca llega. La total oscurana de un túnel sin fin. La dictadura que lentamente ha sido inoculada a nuestras almas ateridas de desolación y pena. Estamos destrozados, desintegrados por la propia anomalía de nuestra visión, que siempre quiere transferir las responsabilidades a otras realidades. Ahora esas realidades son los mensajes que el mundo ha lanzado sobre nosotros, como si en verdad aquí hubiera orden, paz, justicia e igualdad social”. Quieren anesthesiarnos la OEA, los ductores y académicos bien pagados por las transnacionales. ¿Es capaz que este descomunal demente de Carlos Andrés Pérez que nos ha tocado por jefe de Estado se crea de veras los elogios que lanzan sobre nuestra democracia?

¿CÓMO SE PRONUNCIARON LAS DEMÁS NACIONES?

No creo ninguna cosa tan corrosiva como la alabanza.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 15 DE ABRIL DE 1823)

¿CÓMO SE PRONUNCIÓ EL PUEBLO VENEZOLANO?

¿Qué saben esas naciones del estado de nuestros barrios y hospitales, de nuestros servicios públicos, de nuestra inmundicia, de nuestra salud pública, del deplorable estado de nuestra educación, de la creciente miseria, del envenenamiento progresivo de nuestros ríos y mares provocado por mercenarios que viven apoyados por los que se han erigido en dueños de este país; de la severa destrucción de nuestros recursos naturales y el robo que hacen de nuestros minerales; del estado agonizante de nuestra economía; del hondo deterioro de la moral de nuestros administradores que se podría decir que casi no hay uno que no haya delinquido o esté por delinquir?

Cuando al Presidente de la República se le preguntó si era cierto que se le estaban regalando materiales militares al gobierno de Guayana, respondió campanudamente que esas cosas no deberían

ventilarse en público. ¿Por qué han de ser secreto esos acuerdos? Sobre el apoyo financiero a la Violeta Chamorro contestó lo mismo.

Aquí, cuando a la “clase dirigente” le conviene nos ponen de ejemplo a la nación de EE. UU., sin caer en cuenta que en ese país, por deslices muchísimos menores de los que cometen nuestros más inocentes políticos, se pagan condenas severas. ¿Por qué será que los señores presidentes del Norte siempre salen protegiendo a los jefes de Estado latinoamericanos (inclinados a recibir sus favores), aun a sabiendas de que mienten cínicamente, de que reciben informaciones precisas de la gran corrupción que campea en sus gobiernos, que violan los derechos humanos? Claro, por todo el negocio que se esconde tras esos apoyos.

¿Qué nación de las que enviaron mensajes de condolencia por los estremecimientos del 4-F, expresaron su desconcierto y desagrado ante lo que aquí ocurrió por la Masacre de El Amparo, y ante muchas otras matanzas, desapariciones, torturas y represiones? ¿Qué expresaron esas naciones cuando aquí se robó a diestra y siniestra y un grupo numeroso de bandidos de todos los continentes salieron a la estampida, con las botijas llenas, porque las condiciones económicas del país no soportaron más despilfarro, y esos extranjeros no solo no nos agradecieron en un ápice los millones que se llevaban, sino que con un sentimiento de desprecio y burla se fueron hablando mal de Venezuela, del país que todo se los había dado?

Ni siquiera cuando mataron a un grupo de campesinos colombianos en esas *razzias* que solían hacer ciertos encopetados militares nuestros, no se escuchó en momento alguno mencionar por parte del gobierno neogranadino, que aquí se estuviera hollando la Patria de Bolívar. En esos casos Bolívar no cuenta para nada; en esos casos nuestro Libertador no merece nombrarse. ¡Malditos sean!, ¿a quién creen que engañan?

¿A nosotros qué nos importa que las demás naciones envíen mensajes de dolor por lo de la fulana rebelión, cuando sabemos que esas naciones no se han paseado por nuestros tribunales de justicia, por nuestras cárceles y barrios, por nuestros hospitales y escuelas? Esos emisarios testimoniadores de apoyo a las “democracias latinoamericanas” solo vienen a pasear y a tragar de lo bueno y de lo caro.

Lo menos que nos interesa es lo que piensen los demás, alejados del tormento de nuestra Venezuela, llena de tantas injusticias. La peor dictadura es la de estas “democracias”, donde quizá se pueda hablar de todo pero en las que nada cambia, donde la justicia se encuentra secuestrada por los poderosos. No nos explicamos qué es lo que positivamente ha hecho este gobierno de Carlos Andrés Pérez, como para que el pueblo haya podido salir en su defensa. El mayor golpe de Estado ha sido precisamente el de la indiferencia de toda la nación, que se quedó cruzada de brazos ante el diluvio de horror que al gobierno se le fue encima. Hubo momentos en que llegamos a pensar que si los militares alzados hubiesen realizado una empecinada resistencia, el gobierno se habría ido de bruces sin que nadie pudiera evitarlo. Ahora irónicamente se lamenta el general Fernando Ochoa Antich el que el Comandante Hugo Chávez Frías no hubiese resistido lo suficiente.

En las principales ciudades el pueblo se concentró en la Plaza Bolívar a la espera del ejemplo que Caracas diera, allí en la capital donde los rebeldes se jugaban el pellejo en medio de la metralla y el fuego. Había en los pechos un sentimiento de grandeza como quizás no se había sentido desde los tiempos de la Independencia o del 23 de enero de 1958. En verdad que bastaba un pequeño soplo para que todo el gobierno de CAP se viniera abajo y entonces la alegría popular habría sido total. Nadie ha hablado todavía del gran patriotismo de los jóvenes bolivarianos, de la extraordinaria

sensibilidad de los militares sublevados contra la corrupción, quienes teniendo en sus manos las posibilidades de imponer el poder o al menos ejecutar una espectacular resistencia por tener a su mando las tropas élites de nuestras Fuerzas Armadas, prefirieron entregar las armas y contener un desbarajuste sangriento que muy bien podía durar mucho tiempo. En verdad, el Golpe fue ejecutado y triunfó; ya nada puede evitar sus enormes consecuencias en lo moral, en lo político, en lo humano: la imaginación hermosa del pueblo ya lo recrea como una leyenda, lo lleva en sus labios y en su corazón. Muchas mujeres lo cantan, muchos niños lo llevan en sus ojos, muchas madres lo transmitirán tal cual lo lloraron de alegría, como lo llevaremos por siempre en el corazón.

Muchas mentiras se han dicho para desprestigiar a estos jóvenes rebeldes y los viejos militares, como Carlos Julio Peñaloza –quien tuvo la abominable estupidez de apostar dinero sobre la capacidad de resistencia de Chávez como si lo estuviera haciendo en un garito– quienes aceptaron todas las ofensas de la alcoba lusinchista en Miraflores, estafas y engaños a la nación, robos y concusión (dentro de los mismos recintos militares), han querido (por recelo, por la incapacidad moral de no haber tenido un ápice del coraje que sí tuvo la *fuera Bolivariana*), decir que eran unos monstruos que querían ejecutar con ritos diabólicos a generales y políticos corruptos. Los integrantes del *Movimiento Bolivariano Revolucionario* hubiesen querido convencer al país de que era necesario salir de esta insolente casta de bestias, de tipos como Humberto Celli (tan ahogado en su vientre y en su triple papada como también lo están un Humberto Calderón Berti, un Tarre Briceño o José Rodríguez Iturbe) quien vive ocupado del azar de las carreras de caballos en los hipódromos nacionales, y que ahora es presidente del partido Acción Democrática. Contra esa incuria, contra esa inercia tan mortal para la cual no hay razones de votos,

razones de comprensión ni de humano trato que valga; no los movieron a reflexión los sangrientos hechos del 27 de febrero, y siguieron tan indolentes, tan lerdos, tan apátridas como lo han sido y como lo serán siempre.

La gente de la calle que ha sentido en carne propia la vejación constante de este sistema, que debe sobrellevar frustraciones diarias en todos los órdenes por culpa de las irresponsabilidades de los gobiernos, muchas veces ha sentido la urgencia de hacer algo por la fuerza. Con esa esperanza imbécil que algunos quieren poner en las urnas electorales para renovarnos, para ser más honestos y eficientes, jamás llegaremos a ninguna parte, por la sencilla razón de que quienes se dedican al oficio de la política de partidos en este país son precisamente los más incapaces, los que tienen más tiempo para divagar, para las ociosas e interminables reuniones que acaban siempre traicionando los sentimientos más puros y las intenciones más juiciosas y equilibradas. Y si hoy nos dijeran que debemos resignarnos, constreñidos a sufrir para siempre la genialidad de los legisladores y magistrados que salgan favorecidos en nuestras campañas electorales, contestaremos que mil veces preferimos enfrentarnos con las armas a este idiotizante Estado.

Con el correr de las horas vamos cayendo en cuenta de que CAP se siente a un mismo tiempo vencedor y humillado. Todo un mundo se le ha venido abajo, pero aún tiene la suficiente cachaza para mentirse a sí mismo y decir, y decirse: “—yo represento la institucionalidad de este país. Aquí lo que ha habido es un desajuste provocado por grupos criminales cuyo único fin era matarme”. Como el pueblo lo abandona busca fuerza en los mensajes de apoyo que le llegan del exterior. Espera despertar un sentimiento de solidaridad y de esperanza, en lo que ha consolidado en su propia tierra como demócrata y constitucionalista. ¡Qué horrenda soledad y qué horrenda lástima producía este hombre tan fuera

de sí! Plegado a una Bandera sacada de Venevisión y gritando: “¡Vean conciudadanos, lean la prensa, los cientos de mensajes que me llegan de todas partes! ¿No creéis hijos míos que esto es razón suficiente para que os sintáis orgullosos del país que habitáis?” Es impresionante, y esto nunca lo conseguirán aceptar los gobiernos y los que daban apoyo a esta democracia, la inmensa frustración que tenía el pueblo al saber que CAP no había caído del todo. Y mientras este era el sentimiento generalizado, CAP clamaba porque se oyeran los mensajes que llegaban de otras naciones. No mensajes de los obreros de su país, de los barrios, de los estudiantes, maestros, médicos, campesinos de su pueblo, sino de Bush, Mitterrand, Gaviria, Menen y Salinas de Gortari.

PARANGÓN NECESARIO ENTRE 1828 Y 1992

*La pasión jamás ha sido prudente ni lúcida,
pero únicamente ella puede salvar a los pueblos en los casos extremos.*

A. THIERS.

EL PROBLEMA DE RODEARSE DE MEDIOCRES

Recordábamos que el 25 de septiembre de 1828 se hizo un atentado al Libertador por razones muy contrarias a una rebelión como la del 4-F, pues Bolívar había libertado casi medio continente, se encontraba en la miseria económica, sentía repugnancia cuando le recordaban que debía cobrar su sueldo y de hecho se negó a recibir sus haberes militares que representaban cientos de miles de pesos de la época. Era cuidadoso con el dinero del Estado y no gustaba de ser obsequioso con ellos para atender emisarios extranjeros. Decía este grande hombre con pesar –que no tuvo la suerte de vivir en la esplendorosamente rica Venezuela de estos tiempos–: “Quisiera tener una fortuna material para dar a cada colombiano; pero no tengo nada: no tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos”.

Vivía aquel Bolívar como un soldado muy humilde, que a fin de cuentas era la vida a la que se había acostumbrado por muchos años. Bolívar se vio obligado a salir de su país para defender las fronteras de Colombia seriamente amenazadas por los godos, pues decía que mientras hubiera españoles en América no habría seguridad para Colombia, y trajo de su grandiosa gesta los laureles de Junín y Ayacucho, y la fundación de un país que hoy lleva su nombre. A Bolívar lo quisieron matar los liberales dislocados por la averiada ambición del señor Santander, el estaba empecinado en unas leyes en las que poco creía y respetaba. Así y todo, el Libertador sentíase profundamente afectado, pues, los liberales habían abandonado la Convención de Ocaña, dejando al país sin lenguaje político o sistema alguno. El Libertador se vio obligado a dirigir temporalmente los destinos de una nación terriblemente convulsionada en lo interior y con amenazas de guerra por parte de los peruanos. Sentíase culpable por no haber hecho el milagro de lograr la estabilidad de su nación, y cuando se atentó contra su vida, que fue lo más horrible que pudieron hacer aquellos malditos ilusos liberales, conoció un grado de la ingratitud jamás padecido en los veinte años de su campaña militar y política. El rostro de Bolívar jamás volvió a ser el mismo; se empañaron sus ojos para siempre y hasta su muerte creyó ver en las noches el brillo de los puñales asesinos. Se le hizo imposible seguir viviendo en Bogotá; el aburrimiento de la cosa pública le destrozaba el corazón. Muchas horas debió llorar en secreto por esta infeliz afrenta que más le hería por quienes lo habían intentado, que por las ofensas inferidas a su persona. Y mucha gente salió a la calle a vitorearlo. Se recuerda aquella expresión del hombre destrozado: “¿Queréis matarme de gozo estando próximo a morir de dolor?” ¡Cuántas lágrimas, cuánta perplejidad en los rostros que seguían al Libertador! ¡Cuánta pena en el pueblo de Bogotá que tanto lo amaba! ¡Cuánta verdadera vergüenza!

No era el tipo de **bochorno** que había padecido CAP por no haber sabido evitar los males que hoy nos abruman. Era otra clase de **bochorno**, pues, Bolívar desde los primeros años de su juventud no había hecho otra cosa que luchar por la Patria, que sacrificarse por nosotros, que ser honrado y justo. Y no había en su corazón una sola expresión de odio contra sus enemigos, un solo deseo de venganza. El dolor era ilimitado y todo castigo para aquellos criminales estéril. No vimos sino caras torvas, rostros secos o confundidos alrededor de CAP. No había verdadera conmoción interior sino un parpadeo molesto de escándalos, y también una indiferencia brutal en el mimetismo vacío y rancio de las expresiones que salían a darle apoyo al sistema “democrático”. No se veía verdadera pena en quienes le rodeaban, e incluso llegó a parecer que en los rostros de sus altos y leales funcionarios, en el silencio capcioso de sus rudas miradas había un desdén de tétrica indiferencia por el destino del jefe supremo, como si dijeran: “Usted ha provocado toda esta conmoción, arrégleselas entonces... Ese problema es solo suyo.”

Eso es lo malo cuando uno se rodea de mediocres, de infelices que estén atentos solo de prodigar elogios y alabanzas, adulaciones, felicitaciones, y nunca de hablarnos del horror de las duras adversidades, de las debilidades nuestras, de los peligros que nos rodean. Sabemos que lo que llevó a Lusinchi a rodearse de un José Ángel Ciliberto, Carmelo Lauría, Meneses, Hurtado, Eglee Iturbe, Azpúrua y demás “joyas” era para poder montar figurones que le permitieran hacer con sus programas cuanto le viniera en gana. CAP no permite que haya en su Gabinete un ministro más inteligente que él.

Bolívar sí estaba espantado del atrevimiento hecho contra su persona y nunca más pudo recuperarse del efecto que sobre él hizo la noche del 25 de septiembre de 1828, no obstante que era el ser

sublime, capaz de decir: “Yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena”. Y quiso Bolívar ausentarse del país, y se le pidió que hiciera un último esfuerzo por la estabilidad nacional en peligro. Estaban muy afectados sus nervios, y rogó que se le dejara solo; todos oían sus palabras con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho. Enfrente de aquellos hombres que habían vencido tropas con renombre en los anales de Europa, enfrente de aquellos ciudadanos eminentes, verdaderos próceres, estaba un ser arruinado por la ingratitud.

El coronel Joaquín Posada Gutiérrez se preguntó una y mil veces por qué sus amigos frustraron aquel arranque de alta política y generosidad de querer abandonarlo todo. ¿Por qué? ¿Por qué?...

Ni una sola palabra hiriente lanzó el Libertador contra quienes habían atentado contra su vida. Ni una sola palabra como esas que han puesto a rodar Eduardo Fernández, CAP y Rodríguez Iturbe, Andrés Eloy Blanco (*cuando se tiene un hijo se tienen tantos hijos que las cárceles se llenan...*): de “felones”, “facinerosos”, “criminales,” “sedientos de sangre” y “asesinos de niños”. Nada de vulgaridad, nada de rencor, a pesar de que todos los pensamientos estaban en la figura del señor vicepresidente Francisco de Paula Santander, su peor enemigo y sobre quien pesaban pruebas irrefutables de haber sido el corifeo del atentado y de conocer el proyecto desde hacía mucho tiempo. Y Bolívar perdonó a Santander porque estaba muy por encima de él y de los miserables hechos de partidos que desgarraban a Colombia. Bolívar debía comportarse sobre todo como el hombre superior de este continente, por encima del común de los funcionarios de los cuales dependían los más importantes actos políticos de entonces, porque su misión era mucho más ilustre y más digna. En cambio CAP no se cansó de llamar a los rebeldes con una ira catatónica: “felones”, “criminales”, “ambiciosos”, entre otros títulos. Ya cuando se tomaron las medidas que las leyes exigían, la

culpa que sintió Bolívar se resume en este grito pavoroso: *Mi dolor será eterno, y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y por los míos.* (Carta de Bolívar al coronel O'Leary, 29 de octubre de 1828).

Aquellos santanderistas que atentaron contra Bolívar son los que hoy con monstruosas prácticas se hicieron con el poder en Colombia, Venezuela y Ecuador; entonces, con falacias y apoyados por Estados Unidos impusieron una dictadura feroz con el bello nombre de democracia, por lo que la acción del 4-F viene también a arrancar esas máscaras, a responder a aquella traición a la Patria, a aquella vejación infinita al más grande hombre que ha dado América. Porque la verdad sea dicha, casi todos los que han gobernado a Venezuela desde que murió Bolívar han sido USURPADORES del poder: ¡grandes eunucos usurpadores del poder!

LOS MUERTOS QUE DEJARON



Las Fuerzas Armadas quedan profundamente fracturadas, y el grueso de sus componentes simpatizan con la rebelión...

Los militares instruidos y buenos son muy pocos y muy preciosos.
(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 30 DE MAYO DE 1823).

La necesidad no conoce leyes.
(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 24 DE ABRIL DE 1825)

LOS VERDADEROS MUERTOS

Ahora está ante las cámaras de televisión el vulgar (congruista) Tarre Briceño, el hombre que lanzó aquella infeliz frase contra el doctor Rafael Caldera, deseándole su muerte; de los sapos inflados por sus encarecidas carencias y estupideces. Enclenques interiormente, incapacitados ya para tener valor y visiones nuevas, ahítos de inmundicias y vacuidades. Qué tortura, *coño*.

Hemos oído decir al doctor Ramón J. Velásquez, quien vive ahogado entre ese antro de bostezos y retóricas baratas (el Congreso de la República y los salones de Miraflores): “Luchen, protesten, ojalá ustedes puedan hacer algo”, como aceptando que ya él está vencido por la complicidad con las sapientísimas garrapatas del Estado nuestro, por el negocio de las reparticiones de privilegios, por el vaho mortal de una caterva infernal de viejos y “jóvenes” ya corrompidos que por débiles e ignorantes, nos han llevado a donde hoy nos encontramos. Este sentimiento en el fondo se parece a cierto remordimiento que hoy dejan traslucir eminentes militares que tuvieron la oportunidad de hacer algo noble por Venezuela pero dejaron pasar las oportunidades. ¿Cuántas veces hemos visto a esos militares retirados que tuvieron eminencia y prestigio, diciendo luego (ya retirados), que nuestros gobiernos están dominados por bandidos y prostitutas, no obstante que eran los mismos gobiernos en los que ellos recibieron honores y disfrutaron tantos bienes a manos llenas?

Y Tarre Briceño prefería que continuáramos como estábamos, que le dolía que hubiera muertes inocentes que nada tenían que ver ni con el gobierno ni con los golpistas. Soberano retaco, inflamado de su propia vacuidad, para mirar un poco más allá de sus tufos y bostezos: muertes por desnutrición ocurren en Venezuela por centenares cada semana, a causa de esta aberrante “democracia”.

Muertes por agonía, al ver a la Patria hundirse en el mierdero inconmensurable de cien años de ignominia. Muertes por frustración, impotencia, crímenes, estafas, asediados por lacayos, cobardes, vendidos. **Esos, esos son los verdaderos muertos.** ¿Quién en este país no ha estado a punto de morir por algún accidente anidado en el descuido de nuestros servicios públicos, en la falta de seguridad ciudadana, en el estado abyecto de los hospitales, en el caos de nuestro Poder Judicial, en la forma de actuar una policía organizada para reprimir y para matar a los pobres? Existen miles de causas de muerte en este país cuya razón se encuentra en este Estado incompetente, dirigido y malamente estructurado por cínicos y mercenarios. Y estoy seguro de que los jóvenes del *Movimiento Bolivariano Revolucionario* sintieron mil veces más estas muertes que Tarre Briceño, y porque se vieron obligados a luchar por no ser espectadores indiferentes de tantas injusticias, y porque fueron capaces de abandonar los mundanos placeres a los que viven entregados “políticos” de la categoría de Tarre Briceño. Por ello decidieron luchar y tratar de cambiar este pesado ambiente, este sopor de inanición mental, de envilecimiento generalizado, las muy “democráticas” formas de protesta que solo llevan a la solidificación de esos parásitos ahogados en la vacuidad. Y no solo eso, ese grupo de jóvenes *bolivarianos* han puesto a reflexionar al país pensante. Todo el mundo no hace sino hablar de *reflexión*, aunque sabemos que en gran medida esta palabrita pronto los partidos se encargarán de volverla tan nauseabunda y vacía como concertar, reactivar, moralizar, crisis, etcétera. Claro, ahora nos quieren lanzar sin medida ni control más violencia y vulgaridad de la que diariamente nos suministran por la televisión. Nos quieren presentar imágenes de sangre y asco y pintar a los rebeldes como unos “mata-niños” porque dispararon contra La Casona, *coño*, cuando esos cínicos “demócratas” ametrallan todos los días

los barrios... No nos *jodan*. Pero no dicen los medios que CAP no vive allí; no dicen que CAP mandó a un pelotón de la disip a proteger la casa de Cecilia Matos, en El Marqués, en el momento de la rebelión, mediante solicitudes que les hizo a constitucionalistas como Fernando Ochoa Antich. ¡Pobrecita doña Blanquita, con sus niñitos y demás parientes, entecos por el hambre, atropellados por la miseria, desatendidos, abandonados!

144
PAGINAS
Cuatro Cuerpos

EL UNIVERSAL

CARACAS, DOMINGO 9 DE FEBRERO DE 1992 - AÑO LXXXIII - N° 29.683

Humberto Calderón Berté

Paquete económico no causa malestar social

El dirigente copeyano plantea un entendimiento nacional para resolver de inmediato los siete problemas capitales del país que al aun motivo de frustración para los venezolanos

El salario mínimo es un error. Creará más inflación. Caldera fue muy acertado en el Congreso aunque no en sus críticas al paquete económico

Hay que disminuir el gasto público, ya que aquí está el origen de la inflación, la devaluación y la desaconsejable política de bonos cero cupón

Fanny Pérez V.

Humberto Calderón Berté eschaza el paquete económico como origen del malestar social. En la fotografía y los dibujos políticos ilustrados los que pertenecen a la gente



UN entendimiento nacional para resolver una agenda de temas prioritarios que ocasionan la crisis económica y social de las venezolanas, propone el ex ministro de Energía y Minas y dirigente de Copei, Humberto Calderón Berté, a

En momento que las fracturas partidarias tienen divisibilidad y que se acercan las elecciones.

El análisis de Calderón Berté abarca igualmente estas consideraciones sobre el paquete económico en tanto al cual se daña de sustituir la

Congreso lo hubiese hecho él y su Caldera" -se preguntó el dirigente copeyano.

"Observe que Caldera estuvo en sintonía con el país, razón por la que hoy es acusado de conservador en toda Venezuela.

may grande para el país, precisa excesivamente los usos de interés y provoca la concentración de la riqueza en los bancos. La única forma de controlar la inflación es **controlando el gasto**-añade Calderón Berté. Se refiere al ex presidente Calderón

President

Habrí y pro

Freddy Ro incorporat laboral

Freddy Ro de Pedernera al hecho que está de 9 mil mil, como se riormente, "a duros y con a adapta sueno son y producci devaluación"

—Eso signa el desempleo

—Pero se reduce mu ser absorbida da, puede im paración de s de trabajo, al ven y de apre Después de es una dica construcción y prestaciones a

El año de la apoyo que m ejemplo el 81) re de trabajo de 6 mil las

Los partidos políticos AD y Copei tratan desesperadamente de defender el paquete económico de CAP...

Es glorioso, sin duda, servir a la Patria, salvarla en el combate, pero es muy odioso el encargo del mando sin otros enemigos que los propios ciudadanos y los hombres del pueblo que se llaman víctimas.
(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 7 DE JUNIO DE 1826)

AQUEL ESTADO DE RUINA INTERNA

Y nos preguntamos: ¿Por Dios, en dónde radica el crimen de querer eliminar a los ladrones y a los traidores a la Patria? Solo un eunuco sería capaz de no padecer estos terribles deseos que nos atormentan y no nos dan descanso. Y por lo demás, ¿de quién es la culpa, sino del canalla que los promueve, que los incita, que los consiente? Ese estado creciente de ruina interior, de sentirse uno estafado por los gobernantes de este país, se hace tan patético cada vez más en la gente del pueblo, que cuando aparecieron importantes funcionarios públicos envueltos en el problema de droga que complicó al exgobernador Ramírez Torres, casi todo el mundo sintió en las palabras de CAP y en sus sentencias de guerra al narcotráfico otra pose propia de su fariseísmo retórico. Eso de gritar que se sentía comandante en jefe de esta nueva guerra, tan fácil de declarar, fue un chiste grandilocuente que aún estalla en nosotros con humorístico escándalo.

OTROS POLITIQUEROS

Con valor se acaban los males.

(CARTA DE BOLÍVAR AL SEÑOR CORONEL T. C. MOSQUERA,

20 DE NOVIEMBRE DE 1828)

DEL EXTERIOR NOMBRAN AL POLÍTICO DE TURNO VENEZOLANO

Bien sabido es que en este país a la gente honesta los llamados políticos de partido no le hacen caso; y esto sí es una verdadera dictadura. Tiranía insufrible la de los gobernantes idiotizantes.

Personas que son muy cautas en esto de ardores de masas y alaridos de libertad y progreso, se asomaron un poco al sentimiento de la población herida y vejada en sus deseos más justos y fueron también arrastradas por cierto fervor, por cierta necesidad de que ocurriera algo terrible. No como pretende decir el diputado José Rodríguez Iturbe, de que fue un estado de venganza negativa y brutal que nos hacía sentir los mayores deseos criminales.

Por otro lado, no es como el señor Rodríguez Iturbe pretende decir vulgar y mediocrementemente (en un programa que tuvo con Sofía Ímber), que ahora tenemos que calárnoslo (a CAP), porque lo elegimos Presidente y que debe ser por el voto el único modo

de sacarlo. Esto de calárnoslo lo han difundido mucho los dirigentes copeyanos y lo dicen con un tono de inculpación y dejos de venganza, como exclamando: “—Todos vuestros males los merecís por no haber votado por nosotros, idiotas, hijos de perra”; muy bien sabe el señor Rodríguez Iturbe que más del sesenta y cinco por ciento de la población no votó en la última elección para Presidente de la República, y nadie debe ser obligado a votar por unos señores que no representan sino a intereses de grupos y a negociantes de partidos. He allí la verdadera razón del minúsculo sustento moral que tienen los partidos: unas agencias al servicio de particulares, y ahora quieren que el pueblo les haga el papel de soporte moral de sus falacias e insolentes propósitos. Nosotros sencillamente jamás podremos votar con verdadera confianza por nadie en este país, tan hondamente burlado, tan hondamente vejado e envilecido por la “política” de partidos. Aquí no hay frase ni símbolo republicano que no haya sido pisoteado y desconocido por los grandes directores nacionales. Aquí ha costado modificar el sistema electoral precisamente porque quienes tienen en sus manos el poder de mejorarlo, se hacen los locos y dan largas maliciosas y perversas para que todo siga igual o peor. Eso es “democracia” entre nosotros; ¿es acaso esa la “democracia” que se conoce en el exterior, y por la que tantos gritos de espanto se han dado para defenderla, para apoyarla y hacérsola padecer?

Porque:

cuando el pueblo, creyéndose realmente soberano quiere ejercer sus funciones en calles y plazas porque él, aunque soberano, no tiene palacios, entonces su soberanía se llama revolución o motín, y los representantes del pueblo que están en el gobierno, barren al pueblo de la vía pública, con cargas de caballería y granizada de metralla (PÍO GIL).

Llámeselo al pueblo, en el contexto de esta declaración de Pío Gil al *Movimiento Bolivariano Revolucionario*.

Esa palabrita, por demás formidablemente vulgar, de que debemos calárnoslos durante cinco años a cada badulaque que nos toque por presidente, con el actual sistema político que tenemos, es un tormento y un insulto a la razón. Esa no es una frase original de Rodríguez Iturbe sino de su jefe (“jefe” al estilo de las antiguas pandillas de bandoleros del Oeste americano o de la Venezuela asolada y triste cuando aquí gobernaban las montoneras de Páez, Crespo o Guzmán Blanco): Eduardo Fernández. Hay que calarse al que haya sido elegido por cuatro delincuentes empresarios apoyados por el Departamento de Estado estadounidense, aunque estos sean mafiosos, criminales y malvados.

RELACIÓN ENTRE LOS INSURRECTOS Y EL BOLIVARIANISMO

*A ser terrible autoriza el peligro de la
Patria y las necesidades del Estado.*

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL JOSÉ LA MAR, 7 DE FEBRERO DE 1824).

Otros serviles del imperio en la Cuarta República; amantes del puntapié y del látigo

Para el doctor Rodríguez Iturbe es un insulto que los insurrectos (contra la prostitución del Estado venezolano), usen el nombre de Bolívar. Veía yo el temblor de sus mejillas y carrillos al decirlo, aquel bambolear de su papada atrapada entre sus blancas “sábanas”, y pensaba en el flaco don Simón; en el pobre don Simón que estos malditos se han cogido para sí, y llevan y traen por el mundo como su estandarte más precioso. Un don Simón que les permite vivir bien, viajar a todo tren, recibir prebendas, esencias republicanas,... lirios y rosas en la fronda institucional donde vibran sinfonías de trinos y rumores de palacio.

Por esta miopía de los señores directores de esta nave a la deriva que es nuestro Estado, uno sabe que aquí inevitablemente van a ocurrir cosas pavorosas. Se avecina un gran cataclismo social. No

son frases, es algo sencillamente inevitable por la condición de las alimañas políticas que se han cogido el poder. Ese contrasentido de pretender estigmatizar con frases asquerosas a quienes tienen el atrevimiento de oponerse al rumbo azaroso y cobarde que lleva Venezuela, se viene dando desde los tiempos críticos que siguieron al atentado del 25 de septiembre de 1828. Entonces aquellos incipientes liberales tildaban a los seguidores de Bolívar de “serviles”, imitando (siempre imitando), los apóstrofes con que los seguidores del general Rafael del Riego y Núñez, en España, lanzaban contra sus enemigos. A Bolívar lo llegaron a llamar “longaniza”. Y era nuestro Libertador el hombre quien más recelo tenía de aquellos que se llamaban a sí mismos *constitucionalistas*, radicales defensores de las leyes como aquel Santander, quien a la postre lo destruyó moralmente.

Bolívar decía que en la única Constitución en la que creía era la defensa de la Patria (pero entre nosotros la Patria produce dispepsia, acidez, cólicos, temblores y diarreas), porque ocurría que aquellos que decían defender a la Constitución lo que hacían era ampararse en este parapeto jurídico, al que casi nunca hacían caso, para llevar a cabo sus nefastos y particulares propósitos políticos. ¿Quién no recuerda a aquel insigne vagabundo, llamado Vicente Azuero, furibundo defensor de la Constitución, hombre de alucinadoras ideas y que cuando Bolívar se vio obligado a expulsarlo de Colombia, le escribió un proyecto monárquico para que el Libertador se hiciera emperador? Este fue el mismo Azuero que en el año de 1831 pidió una dictadura con José María Obando (el asesino de Sucre) a la cabeza. Igual ocurre entre nosotros, la manía de la defensa de la Constitución no es sino una excusa para seguir robando, seguir esquilmando al pueblo, seguir mintiendo y diciendo palabras bonitas sobre la soberanía y el republicanismo de nuestras instituciones. Porque supongo que para don José Rodríguez Iturbe,

Tarre Briceño, Ramos Allup, Eduardo Fernández, Petkoff y demás alimañas políticas, fue muy constitucional el gobierno de Lusinchi, quien invadió con espías el Congreso de la República, vejó a periodistas y distinguidas personalidades de la nación por defender a su amante Blanca Ibáñez; entronizó la humillación en las Fuerzas Armadas al dejar que se le hicieran honores militares a Blanca Ibáñez, y ella misma vistió prendas militares y asumió funciones insultantes para cualquier nación que se preciara de respetar los tan mentados derechos constitucionales. Eso no era para ellos un golpe de Estado, esto era permisible porque se hacía entre “demócratas”, la suprema cabronería republicana. Y no se diga el papel de puta que hicieron aquí los llamados intelectuales. Ahí está el caso de Manuel Caballero quien por un caldito de pechugas de pato servido en palacio, corrió a confeccionar un artículo en el que decía, sin ningún pudor, que Lusinchi era superior a Simón Bolívar. ¡Ay, Pío Gil!, cuánto material para tus terribles crónicas habrías encontrado en los miserables intelectuales de esta “democracia”. La misma decrepita Venezuela, los mismos chulos y los mismos felicitadores que tú conociste hace casi un siglo. Los González Guinán, Gumersindo Rivas, Lino Duarte Level, los panchito Alcántara y Andrés Mata de entonces se llaman hoy: Pedro León Zapata, Manuel Caballero, Adriano González León, Salvador Garmendia, Guillermo Morón, Elías Pino Iturrieta. Todos encanallados por los dólares baratos, los premios y los consomes servidos en palacio; las condecoraciones y viáticos que a disposición están para los más serviles; esos que saben cantar gestas superiores a la de Junín y Ayacucho luego de una gran verbena, una tremenda rasca y un suculento abrazo de los dueños de los bancos. La misma gente insensible al puntapié y el látigo. Como es el caso de ese Gonzalo Barrios que tanto mal le ha hecho al país, y que se regocijaba recibiendo “fiestas sorpresa” organizadas por Lusinchi y los cortesanos

de turno cada vez que cumplía años; este señor, digo, en tiempos de doña Blanca confesaba a sus compañeros: “Yo francamente no puedo ir contra Blanquita, porque cada vez que voy a Palacio me hace tantas atenciones y me sirve unos consomés...” (esto me lo contó el editor José Agustín Catalá).

Las vagabunderías del gobierno de Lusinchi podrían ocupar densos volúmenes, no obstante que ese régimen cumplió su mandato y debimos sufrirlo cinco largos años. El Congreso de la República perdió su tiempo investigando a los corruptos de la corte lusinchista, perdió también inmensas cantidades de dinero en tribunales y viajes al exterior, para concluir en nada. Así y todo hay que defender al sistema democrático, para luego repetir la misma historia: la vuelta de Carlos Andrés Pérez con su amante Cecilia Matos quien se ha visto envuelta en el *affaire* de las fragatas; mujer que ha tenido poder para imponer funcionarios en importantes cargos públicos, igualito como lo hacía Blanca Ibáñez. En estos momentos (12 de febrero) CAP está invitando a la intelectualidad venezolana a Palacio. Quiere mimarlos como lo ha hecho con cierto grupo de comunicadores sociales. Imaginamos de primero entre estos señorones a Guillermo Morón, Pedro León Zapata y también a Manuel Caballero.

Mensaje a los pequeños hombres

A esos militares que Carlos Andrés Pérez en su desordenado y caótico lenguaje tildó de ambiciosos y criminales; que Eduardo Fernández llamó facinerosos y que casi todos los “lúcidos políticos” de nuestros partidos llamaron delincuentes, tuvieron el valor de cambiar el rumbo enteco, apopléjico, que venía padeciendo la imaginación venezolana. Produjeron en nosotros el sentimiento de que podemos ser diferentes (en un sentido positivo), como no

lo habría logrado jamás ningún acuerdo de partidos ni ningún consenso de cogollos en el Congreso o en cualquier otra parte. Ese grupo de “facinerosos” trajo consuelo y horas de verdadera iluminación patriótica a la tierra de Bolívar; de que aquí no todo está perdido. De que no en todas partes verdea la vileza y la adulación; de que hay algunos desesperados, de que hay todavía nervios y sangre en las venas; de que hay un sentimiento de vengar y rehacer a la Patria ultrajada por tanto tiempo, que aún se cuenta con corazones puros.

¡Escuchen pequeños hombres!:

ustedes con sus babosas declaraciones, con sus lógicas tullidas y sus palabras vencidas no hubieran podido jamás dar el aliento de esperanza y sueño tangible de regeneración que ese grupo valeroso de jóvenes militares le dieron a la República. Casi nadie ha podido ocultar la alegría, y el sueño de nacionalismo y fuerza que despertó en el pueblo. El propósito de la insurrección era (y será), quitarle el poder a los ineptos, a los ladrones y traspasarlo a manos honestas, justas y sanas. Al pueblo, *coño*. Ese fue el único objetivo de la rebelión. Tomar el poder y traspasarlo a los más patriotas, a los más capaces, y acabar con la marrullería de partidos. Los “políticos” de este país están clamando desde lo más hondo de sus abultados vientres que los revienten de una vez; que se salga de ellos, que se les tire a un basurero. Hay que hacer el esfuerzo. Esa es una necesidad urgente del momento y que está en la propia lucha cambiante de la naturaleza. Esos jóvenes podían decir como el Libertador, y por ello se bautizaron **Bolivarianos**:

REVOLUCIONARIOS VS ANTIPATRIOTAS

Lo que está más lejos de mí es el dolo y la perfidia.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL OLAÑETA, 15 DE DICIEMBRE DE 1824)

Otra causa que justifica la rebelión

¡Pequeños hombres!:

—¿Acaso sabéis que el teniente coronel Francisco Javier Arias Cárdenas, desde los primeros meses de su cargo como jefe del Batallón Misilístico Monagas, al hacer un inventario de lo recibido, se encontró con que muchos de los misiles que allí habían, estaban dañados? ¿Que las espoletas de los misiles al sacarlas de sus embalajes no abrían? ¿Que el *Know-How* o los manuales de instrucción que explicaban el funcionamiento de estas unidades misilísticas no habían sido entregados junto con el equipo, y que luego hubo de ser adquirido a altísimos costos? Este descubrimiento se hizo hace un año y tres meses. No se explicaba el teniente coronel Francisco Javier Arias Cárdenas cómo era que dichos equipos habían estado seis o más meses almacenados en La Guaira sin que nadie los reclamara, y que por este motivo adujeran los Perros de la Guerra, que era la razón por la cual se habían dañado. ¿Sabéis acaso, pequeños hombres, que Francisco Arias denunció este hecho ante el Comandante

General del Ejército y el ministro de la Defensa Fernando Ochoa Antich y que este, procediendo con la misma sordera con que suelen proceder los representantes de esta “democracia” y los defensores de la Constitución, le aconsejó al teniente coronel Francisco Arias que dejara eso así, que no alborotara el avispero? Eso, pequeños hombres, ustedes tenían que taparlo, y no les parecía correcto que lo ventilara Francisco Arias Cárdenas. Eso habría podido provocar otra desagradable campaña contra las primordiales instituciones de la República. Esta denuncia no salió a la luz pública; ¿por qué el general Ochoa Antich no podía cometer el pecado de hacer una investigación severa al respecto? Y así se encuentra Venezuela, asediada por ladrones por todas partes a los cuales hay que hacer antesala y darles honores escritos sustentados en una Constitución impúdica.

¿Sabéis, pequeños hombres, que el “antipatriota” teniente-coronel Francisco Arias Cárdenas denunció los altos sobrepuestos en la adquisición de los nuevos misiles, de una tecnología que se decía era israelita, y que resultó un verdadero Frankenstein con ensamblajes totalmente pirata? Pero había que usar los votos para expresar esta condena, pues nadie quiso hacerle caso al “antivenezolano” Francisco Arias. ¿Podíais imaginar que Francisco Arias Cárdenas tendría que echarse a esperar el año de 1994 para que, mediante el voto y el poder de la Constitución, se repararan las ofensas y los robos hechos a la patria? Tal vez para entonces llegaríamos a tener otra maravilla de presidente como CAP. ¿Qué linda y perfectible esta “democracia” nuestra, cada vez más enclenca!

¿Nos echamos a dormir, esperando que todas las injusticias sean resueltas por la gracia divina del voto?

Los **Bolivarianos** y un numeroso grupo de militares estaban descontentos con el modo como se venía armando a la Disip, hasta

el punto de que este cuerpo tenía armas poderosas que ni el mismo ejército nacional poseía. Luego de los sucesos del 27 de febrero la Disip fue dotada con misiles tierra-tierra, con antitanques, material que fue comprado por el ministro Alejandro Izaguirre para contener una eventual sublevación militar o popular. Estos aparatos le costaron a la nación más de 40 millones de dólares.

Pero eran “antipatriotas” ese grupo de jóvenes que dijeron a sus jefes que de ser enviados otra vez a reprimir al pueblo, no volverían a los cuarteles, y mediante un documento público hicieron este anuncio. Resulta prácticamente insólito y admirable que del seno de nuestros jóvenes militares hubiese surgido tal grupo de bolivarianos con una conciencia tan lúcida y extraordinariamente venezolanista. Un grupo de brillantes militares, dignos de las gestas más gloriosas de nuestra independencia; mil veces superiores a los intelectuales que tenemos, que los profesores y académicos que en cuarenta años no han sido capaces de renovar nuestra educación universitaria y de llevar el conocimiento a las capas más pobres de nuestra población.

Cuántas veces repitió el Presidente de la República –por todos los medios de comunicación– que los alzados se habían rendido, a excepción de un reducto que había en Valencia, cuando en verdad toda Maracaibo estaba tomada, al igual que algunas instalaciones de Maracay, Barcelona y Caracas. No existe algo más falso que el modo como aquí se hace “política”, que el pan de cada día es la mentira, la trampa, el ardid, el arte mil veces redomado de la falacia en cada gesto, en cada acto.

Sencillamente por sentido patriótico –del que carecía el noventa por ciento de los que acaparan el gobierno y los congresistas de esta nación– fue por lo que los alzados, por no ver sangre derramada, depusieron las armas. Tenían con qué resistir, tenían con qué vencer a muchos batallones y cómo imponerse por el poder

de las armas, y cómo poner a chillar toda esta piara de cobardes del Congreso de los cuales, muchos como Octavio Lepage, David Morales Bello y Carlos Canache Mata corrieron como ratas a la embajada norteamericana.

Y no resistieron, miserables, porque llevaban en el corazón “la necesidad de hacer ritos sangrientos con los corruptos y para fusilar generales en el estadio de la UCV”. Vaya contrasentido, ¿verdad, general Peñaloza?

Pues bien, ese grupo de “antipatriotas”, llamados los **Bolivarianos**, iba a ser embarcado bajo engaño para Haití. Bajo engaño y por las malditas ínfulas internacionalistas de CAP y con el consentimiento del Ministro de la Defensa, Ochoa Antich. Ese grupo de “antipatriotas” iba a ser exterminado en Haití por una pretensión intervencionista de CAP, preparada junto con una aprobación de la OEA. Todo este acoso, junto con las reiteradas barbaridades que el Presidente hacía por los medios de comunicación hicieron precipitar la rebelión.

Y fue una rebelión, hay que repetirlo hasta la saciedad, no para cogerse el poder y matar insanamente como han difundido los politiqueros. Fue una rebelión para devolverle el poder al pueblo y colocar a los hombres más probos en la dirección de la Patria. Hay que insistir en que estos patriotas buscaron unirse a los mejores civiles antes de lanzarse a la acción. Conocieron muchos de estos civiles que aparecen perorando sobre justicia social en los medios, pero pudieron comprobar que la lucha revolucionaria de esta gente es solo de los dientes para afuera. Al final se lanzaron a la batalla solos.

Mejor así, que estos militares tuvieron la previsión de no verse enredados por la peste partidista que todo lo ha degradado. Tuvieron la posibilidad de descubrir desde los centros de sus puestos de Inteligencia, que muchos dirigentes estudiantiles que

se dicen de izquierda, eran miembros de algunos cuerpos de seguridad del Estado.

Sabían que dentro de las llamadas estructuras de poder, lo más débil son los partidos, que había que atacar frontalmente a los grandes poderes económicos representados por la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela (Fedecámaras), a los mafiosos de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), a la banca internacional y a esa masa inmensa de mercenarios extranjeros que se han apoderado como hienas enfermas de nuestros mejores recursos.

Y los males de esta “democracia”, sabemos, surgen desde los primeros años de nuestra fundación como país. Pero no vayamos tan lejos y veamos cómo actuaban los dignos generales y ciertos congresistas que hoy se dan golpes de pecho invocando los besos a la Bandera y a la Constitución: ¿por qué el Congreso de la República no investigó al Presidente, luego de aquella indignante declaración de su jefe de seguridad, Orlando García, quien dijo que no había negociado ni siquiera una navajita con el Estado venezolano? Y viene ahora el Presidente de la República a decir que se siente abochornado. El propio Presidente está envuelto en una trama conspirativa de quienes asesinaron a Letelier, no obstante hay que seguir manteniendo las apariencias de que somos constitucionalistas y defensores de la “democracia”. Porque también es propio de los constitucionalistas que el Presidente de la República indulte a los malditos garimpeiros que están invadiendo nuestro territorio, y que tanto esfuerzo, dinero y tiempo costaron a los hombres de nuestras fuerzas armadas atraparlos.

Es que la debilidad entre nosotros es condición esencial para ser “demócrata”. Y por ello fue que cuando todo el mundo sostenía que el Golfo era nuestro, vino CAP y declaró al mundo que los colombianos tienen derechos en él. Esto sobrepasó todos

los límites. Caramba, nosotros también teníamos ganas de alzarnos contra todos estos bandidos que nos gobiernan, pero no teníamos armas. Hemos vivido temblando de profunda *arrechera* por todo lo que vemos y oímos. Por Dios, cuántas veces hemos sentido la necesidad de estar armados hasta los dientes, no solo para eliminar a tanto eunuco intelectual y político de partido, que se han cogido este país, como también sacudir a los indiferentes, a los que tienen una concha y una capacidad inmensa para tolerar tanta *mierda* e indolencia, ¡qué vaina tan seria!... Todas estas barbaridades impuestas por AD y Copei, pues, resultaban muy constitucionalistas y representativas de una democracia madura. Pero te quieren engatusar con eso de que el gobierno fue elegido con la mayor legalidad y hay por tanto que calárselo sea como sea. No nos vengán, por Dios, a decir, que fueron elegidos libremente, que bien sabemos que en nuestro actual sistema de partidos no hay cabida para el talento, para la honradez, para la justicia y para la gente del pueblo. Aquí se auto-proclaman candidatos a la presidencia de la República unos individuos como Carlos Canache Mata (quien se hizo el sordo, el loco y ciego cuando la convención adeca liberó de responsabilidades a los implicados en los actos de corrupción del gobierno de Lusinchi, y que luego sí tuvo valor para venir a ofenderse, porque apareció Luis Piñerúa con una lista de corruptos y atacando a la barragana del Presidente, un borrachito); un Carmelo Lauría quien fue uno de los más eminentes cabrones de Lusinchi; un David Morales Bello, hombre extraordinariamente pervertido, dueño y señor de todas las decisiones judiciales del país. Todo el mundo en Acción Democrática sabe que Morales Bello fue el que huyó como un canalla y dejó a su suerte a Ruiz Pineda cuando lo capturó la Seguridad Nacional en San Agustín del Sur; y también que Morales Bello hizo un negocio con la extradición de Marcos Pérez Jiménez. Ahora se encuentra entre los que corrieron a asilarse en la madrugada del 4-F..

¿Hay que reflexionar?

Toda esa relación de lacras es lo que nosotros llamamos democracia venezolana, y hay que defenderla a toda costa, y sobre todo, dejando intactos a los eminentes canallas que la controlan y sostienen. Acaba de salir una declaración del doctor Ramón J. Velásquez sosteniendo que las letanías sobre las que hay que reflexionar son insinceras por parte de nuestros “políticos”. ¡*Coño!*, aquí nadie es decente y da dolor decirlo, que gente como Ramón J. Velásquez conviva con toda esa carroña que hace vida en el Congreso. Y son insinceras esas letanías de que hay que reflexionar; ahora el Presidente no hace sino repetir que hay que reflexionar; durante las exequias de un grupo de militares nombró la palabra reflexión doce veces, ¡auténtico!

¿Será necesario que ocurran estas sangrientas escenas de desesperación popular para que lo primero que se salga a decir por las pantallas de televisión es: “DEBEMOS REFLEXIONAR”?

Mientras los corruptos sigan detentando sus cargos, los “irreflexivos” quienes tan irresponsablemente han conducido al país sigan intactos, reconfortando la política de silencio y de la represión, no entenderemos cómo puede hablarse de reflexión. ¿Dejar intacta toda la *mierda* del pasado tal cual como siempre ha estado se llama *reflexionar*?

¿Será reflexionar seguir permitiendo los balbuceos líricos y cínicos de Eduardo Fernández, del ministro Carmona y Andrés Eloy Blanco, convertidos gracias a los medios de comunicación, en oráculos de la nación?

¿Cómo es posible esperar algún cambio posible de gente envilecida por los cargos y la prostitución impuesta por los partidos? ¿Cómo podría conseguirse un vuelco en los “políticos” de este país? Álvarez Paz, el gobernador del Zulia, contestó que para lograr

esto hace falta modificar el actual sistema electoral y remover a los cuadros “políticos” del presente, lo cual es como decir, que hay que cambiarle el sistema cerebro espinal a esa gente.

Sus voces carcomen a sus dueños: los medios de comunicación

No creo que debamos pasmarnos, petrificarnos en nuestro sentido crítico y creador, porque cuatro señorones, muy bien conocidos por sus insignes picardías, digan que la democracia es el mayor bien social nuestro. Goethe llegó a decir, cuando el caos y el desorden abrumaban a Europa, que era mil veces preferible la tiranía a la anarquía. Nosotros también lo hemos sentido, pero resulta que aquí con estos temibles farsantes que se han cogido todas las tribunas y las poltronas de la televisión, radio y prensa nos encontramos padeciendo la más cruel y degenerada de las tiranías; con estos intocables forjadores del delito público, con estos insignes embaucadores: sordos, emperrados en sus tronos, dueños de la nación, socios de grupos mafiosos que controlan los medios de comunicación, las empresas y que han penetrado hasta en las escuelas, gremios, academias y sindicatos, la concusión, el dolo, la vulgaridad y el negocio del arribismo. Con estos señores, decimos, hay que hacer causa común para poder “prosperar”, para poder medio remendar nuestras endémicas estructuras “políticas”. ¿Cómo puede haber alguien en el mundo que llame democrática a una nación que planifica su presupuesto anual sobre la base del estado fluctuante de las guerras, del clima en otros lugares, de los avatares de lo que se nos prestará, de lo que obtendremos por la venta o privatización de algunas empresas? Eso no puede ocurrir en ninguna verdadera democracia del mundo, y el señor CAP se llena la boca hablando de Megaproyectos y Macroeconomías, y por supuesto, sin dejar de balbucear (¿por qué siempre balbucea

en público?), y confundiendo a la nación con sus descomunales mentiras. Se da golpes de pecho diciendo que taparemos los “huecos negros” sacando y cogiendo de otros “recortes”. Venezuela vive en un estado de fastuosa improvisación en todo sentido, principalmente en lo referente a la economía, donde por los inmensos recursos que tenemos, deberíamos precisamente ser serios, firmes, equilibrados y ponderados.

DEMOCRACIA ILUSA Y SECUELAS DEL 27 DE FEBRERO

TRIBUNALES - EL NUEVO PAÍS - MIÉRCOLES 1 de abril de 1982 - 29

La Tribu de David domina los tribunales, la CSJ el CSE, la Procuraduría, Pdvsa y las alcaldías

En toda una organización que tiene miembros en Nueva York y Miami, donde sus miembros obtuvieron enorme ganancia con Recalde y el refinanciamiento. Sus integrantes son jueces, magistrados, policías, el jefe de la División de la Policía y el "hacchero" Agustín Matheus Pardo, dicen los parlamentarios Ismael García, Orlando Fernández y Pablo Medina.

El Tribunal de David controla los tribunales, la Corte Suprema de Justicia, el Consejo de la Judicatura, el Consejo Electoral, las alcaldías, los municipios metropolitanos, los institutos autónomos y otras empresas del Estado, entre las que se encuentra la principal subsidiaria PÉVISA.

Es la empresa que opera de las compañías aéreas que operan en la Florida, la CSJ de la República por los parlamentarios Ismael García y Orlando Fernández, del MAS y Pablo Medina, de Unión B, para evitar los beneficios que han recibido los miembros de esta grupo que respaldan en su coalición por el senador David Morales Bello.

Asimismo, los diputados corresponden en representación de su coalición en el grupo de la Tribu David Morales Bello, como lo hacen Agustín Matheus Pardo y otros del senador y como los jefes del brazo armado, Alberto Herrera, actual jefe de la División de la Policía Judicial y el director de otro cuerpo, María Yáñez Zanabria.

De tribu, indios y hechiceros

rector de la PTJ y ex ministro de Justicia.

En este momento, operan José Alberto Micolina, secretario de Justicia, María Rago, los abogados "contra viento y marea" los hermanos José Antonio Lemos y Emilio Luis Pardo, en la Sala Constitucional Administrativa, y Administraciones Públicas, Nicolás José Castro y Enrique Irigoyen Montañero, para la institución de la Administración Pública —dice—. También García Segura y Silvia Torres.

Como jefe de tribu en el Consejo de la Judicatura, pertenecen a Tribu Estrella Moreno, sus inspectores de Gerencia constituida en Juan Pablo Herrera Miranda, Alberto Herrera Díaz, Francisco Viqueira y Nancy Acosta.

Además, los jueces del Manabito Pardo, desde porque que tienen muy poca actividad son Fabiana Linares Hernández de Sagrada y José R. Oliveros Colombari y sus jueces de Parroquia, Diego Pardo de Cruz, Manuel Bero Fernández, Amilgino Herrera y José Rodríguez de la Cruz.

Los inspectores Primeras Instancias Pardo —constituyen por Agustín Matheus Pardo y Alberto Herrera Gómez—, según Antonio Páez, de

tribu, y que han sido presentados al fondo su función y se cuadraron los miembros de lo que el ex Procurador General planteó como "reorganización del sistema".

A quienes también pertenecen los hermanos "hombres funcionarios", y entre ellos tienen en lugar destacada a la María Gómez, de quien se dice que "se reorganizaron cuando" perteneció a la División de la Policía de María, Detenero en la Sala Penal de la Corte, Agustín Matheus Pardo, "Cachero" y jefe de tribu de los jueces que dirigen el desarrollo de los procesos judiciales de mayor interés para la tribu". J. P. Parillo, Consejo de la Sala Penal.

En Matheus Pardo, el "hechicero", se define así un capitán. La llamada "sangre fría al operar". "Es a él —explica— a quien corresponde el control de la asistencia que desde Herrera y desde los miembros del poder constituido se realizan por afectar los intereses del territorio Morales Bello así como que es determinante la Sala Política Administrativa de la Corte, capitán del Procurador General de la República. Cabe en relación con las actividades



Los diputados Ismael García y Pablo Medina declararon que el Fiscal debe pedir la declaración jurada de Menes a los jueces que sirven a la Tribu de David.

asistencia de AD en los comités de revisión legal de Actas del Consejo Superior Electoral, gobierno judicial y control de personas de la mayoría de los partidos en el momento y empresa del Estado, delimita de los desarrollados PÉVISA más de se los actos de corrupción.

García, Fernández y Medina señalan que Matheus Pardo, además, al estar involucrado en la actividad de

la Tribu David Estrella como jefe de la institución de la Procuraduría —explica—, con el nivel del Ministerio Morales Bello y allí se encuentran. Refieren reflexiones sobre la integridad de que la magistratura de la judicatura, la real, de acuerdo a la reacción, la correspondencia a la "Baqueiros está en un momento" —que se halla por descomposición por

La gráfica recoge a unos salta talanqueras (Pablo Medina e Ismael García) quienes entonces se rasgaban las vestiduras denunciando a la monstruosa Tribu de David Morales Bello, de la misma banda de los adecos que hoy le besan las botas al imperio gringo... Cómo había putas camufladas y uno no lo sabía, coño...

El mérito en Venezuela no vale nada: consumir toda la vida para poseer a fondo una ciencia; quemarse las pestañas para saber derecho, para saber medicina o para saber matemáticas tiene menos eficacia que saber adular.

(PÍO GIL)

Mafias presidenciales

Es inconcebible que el Presidente de la República viva en eternos viajes, reuniéndose con banqueros e industriales de otras naciones, invitándolos a que vengan a invertir en nuestro territorio, cuando carecemos de políticas económicas coherentes, de orden, de justicia, de verdadero conocimiento de las dimensiones de nuestros propios proyectos y visión de futuro para los mismos.

Por un lado van las palabras del Presidente y por otro el país apresuradamente hacia un abismo: en eternas huelgas, controlado por las mafias de todos los estilos y calibres, y sabiendo muy bien estas mafias o cogollos que el Presidente es lo suficientemente débil, caótico y confuso como para que ellos, a su parecer, impongan las reglas del juego por las que nos saquean y nos estafan. Así y todo debemos sentirnos orgullosos de nuestra “democracia”. Y en medio de esta avalancha de divergentes pensamientos no dejamos de pensar qué clase de **bochorno** invadió al Presidente cuando se sintió amenazado en su Silla. Un hombre que ha pasado quizás por el estremecimiento de los más refinados **bochornos**, añada ahora uno más, a su inconmensurable lista de bajezas y barbaridades adecas.

En dicho accionar de CAP pueden detectarse, muy fácilmente, algunas secuelas del 27 de febrero de 1989, veamos: ya comienza a revelarse en el exterior, que CAP, por su megalómana ambición, por todas las locuras que ha pretendido endilgar a los que provocaron una insurrección contra la corrupción, ha sido el principal causante de los desastres que padecemos. Es el único culpable de los muertos del 4-F, del abandono a su mujer que dejó a la buena de Dios en La Casona, y quién sabe si con el deseo oculto de que no saliera con suerte del horrible desastre en el que él la había metido; CAP es el principal culpable de la rebelión porque

no quiso rectificar; porque engañó de mil maneras a la nación y al mundo cuando dijo que su política sería diferente, no apegada a los mandatos del FMI: apenas entró en Miraflores de nuevo, el país siguió sufriendo el derroche, se dilapidaron inmensos capitales en mantener a una nube de pajes y ociosos diplomáticos (extranjeros); las escoltas no se eliminaron, todos los directores de las empresas básicas siguieron haciendo viajes por el mundo con costosas comitivas y jugosos viáticos; las universidades siguieron derrochando grandes sumas de capital en vehículos lujosos para las cortes rectorales; todos los alcaldes y gobernadores frecuentemente viajan al exterior hasta el punto que hubo un congreso de cientos de funcionarios venezolanos en Nueva York, que no hicieron sino dilapidar millones que estaban destinados para mejorar nuestros servicios públicos; y así por el estilo, el país se vio ensombrecido por la misma manía enfermiza del derroche, y todo porque el ejemplo mayor de boato y locura lo ven en el primer mandatario.

Y este CAP quiso la reelección solo para probarnos hasta qué grado era capaz de empequeñecerse a sí mismo.

NO ERAN SOMBRAS, NO ERAN NI SIQUIERA ANIMALES LOS GENDARMES PRESIDENCIALES

*Entre otras incomodidades de los mortales está esa ceguera del alma
que hace al hombre no tan solo de errar sino también amar sus errores..*

SÉNECA

¿Quién encabeza la red siniestra?

Con estos maulas de los partidos AD y Copei no es posible esperar salud para la Patria. Está probado que estas gentes quieren ser expulsadas por la fuerza porque están fieramente aferradas a sus cargos, a sus privilegios, a sus negocios, a sus prebendas y fácilmente no van a ceder en los puestos que han usurpado. Ahora la oligarquía –por boca del palangrista Luis Emilio Rondón– sale a decir que el pueblo no salió a la calle a defender el régimen constitucional porque no quería ser alcanzado por las balas; entonces, ¿qué pueblo es capaz de luchar por su libertad si no se expone a grandes sacrificios e incluso a la muerte? Es que don Luis Emilio –todo el mundo lo sabe– formó parte del grupo de los cabrones que protegieron el lupanar que Lusinchi había montado en Miraflores.

Esa es la “democracia” que estamos obligados a defender, constituida por un círculo de eminentes ineptos, elevados sin ningún mérito a los más altos puestos de la República; ellos deben ser señalados como “magistrados”, “eminencias”, “excelencias” y demás títulos que en un país serio, solo podrían llevar los más sabios y rectos.

¿Hasta cuándo con la cantaleta de que la democracia es mejorable, es perfectible, mientras en la realidad nada se hace por ella? ¿Hasta cuándo esa vacuidad de que toda protesta debe hacerse institucionalmente cuando el Presidente y demás magistrados de la República se burlan de las leyes y se *cagan* en los sagrados acuerdos nacionales? El grupo de patriotas **bolivarianos** pidieron que cesara de una vez por todas las intervenciones que vienen haciendo los garimpeiros en nuestro territorio. ¿Qué vamos a esperar para detener a esos invasores que sobrepasan el número de cuarenta mil? ¡¿Nada?!

No eran sombras, no eran hombres, no eran ni siquiera animales. Habían llegado de lugares lejanos con el encargo de matar. Eran tipos carniceros. Asesinos que gozaban despedazando el cuerpo de sus enemigos. Estas hienas, esta gusanera proveniente de Miami como Luis Posada Carriles y Orlando Bosh, buenas para la tortura, para el odio carnicero, para la sevicia, para la bajeza innominable, para el trabajo de animales de presa, estaban allí, al servicio del señor Presidente de la República, protegiéndolo, dándole seguridad; eran (o lo siguen siendo, o puede que lo sean eternamente) sus aduladores más melosos, más bajos, más dulces, más degenerados. ¡Bendito Dios!, la “Democracia” que eleva a los más altos sitios del honor a esas bestias abominables. No importa que el ochenta por ciento de la población lo repudie: triunfó limpiamente en unas “elecciones democráticas”, y a calárselo. Miles de soldados y generales que han jurado ante la Bandera

y la Constitución lo protegen, lo adoran, darían su sangre por su amante Cecilia Matos, para que se siga robando, para que se siga mintiendo y matando. Ahora podréis entender esa expresión hecha suya, “llueve y escampa”. El hombre tiene una corteza brutal: cualquiera que sea el crimen, cualquiera que sea el escándalo, cualquiera que sea la cochina agitación que sufra el país a causa de los naturales procesos de fermentación de un sistema harto pervertido, habrá tiempo para el asentamiento de los mismos, para el olvido y la resignación. Los excrementos, pese a su fetidez, algún día dejarán de expeler su insoportable hedentina. Llueve y escampa. Filosofía para cerdos.

¿Por dónde comienza la red? ¿Quién la encabeza? Cecilia Matos, la amante del Presidente, está en el negocio de las fragatas. También está en el mismo negocio Orlando García, el testaferro de una de las perras de la guerra, Gardenia Martínez. Se dice que la Gardenia tenía sus vínculos amorosos con el García. Huele a burdel la cosa. El Estado venezolano apesta a burdel desde hace muchos años. La conexión de Orlando García se ramifica y se enreda con la mafia que dirige Herminio Fuenmayor, en relaciones que tienen tratos con el narcotráfico, según lo que sostiene Osmeiro Carneiro. En medio de toda esta *mierda*, el mandamás lanza el alarido (ridículo) de que es el jefe de la guerra contra la droga. Pero este guerrero contra la droga está protegido por elementos siniestros provenientes del antro cubano-mayamero, por los mismos que volaron el avión cubano y estaban en los intríngulis del asesinato de Letelier. Y bien sabemos que si CAP quiere dar pruebas de valor contra el delito, debe ser ante todo duro contra Herminio Fuenmayor, y ser duro con este implica que deba serlo con Orlando García y la banda de la fragata, pues todo se relaciona.

¿Es de esta manera, general Ochoa Antich, como se defiende a la Patria y a la Constitución?

Es desconcertante, la forma, el estilo, como las amantes de los poderosos adquieren gran popularidad y ascendiente entre los policías, entre los paramilitares. Todos recordamos a Blanca Ibáñez vestida de militar, pasando revista a las operaciones en Maracay, durante las inundaciones del río Limón. Todos recuerdan los enormes poderes que manejaba esta dama desde los cuerpos de seguridad del Estado, que hubo hasta agresiones físicas y mortales contra la esposa de Lusinchi, contra Sanín, contra miembros del Congreso de la República y contra algunos periodistas. ¿Dónde estaba entonces la dignidad de esos generales que ahora vienen a hablarnos de Patria, de corrupción, de la buena administración del país y del honor, cuando se desataban estas arremetidas? ¿Dónde estaba el general Humberto Peñaloza, el que se considera el más impetuoso y vertical de todos los generales?

Lo que no se podía imaginar jamás era que el grado de inescrupulosidad de CAP, su insensibilidad, descaro, locura y cinismo podían alcanzar niveles a los que ha llegado. El hombre no respetó su vejez, sus canas o su calva. Llegó a la paranoia del irrespeto cuando dejó inundar a Miraflores con los delincuentes internacionales. No solo se rodeó de estos asesinos sino que salió a defenderlos. Por lo menos intentó proteger al Jefe Supremo de todos ellos: Orlando García.

Aquí se ha venido diciendo desde hace muchos años que la DIM mandaba a matar a la gente. Se dijo insistentemente que la DIM mató al abogado Luis Ibarra Riverol. Bueno, la División de Inteligencia Militar (DIM) estaba haciendo lo que le daba la gana, y quería últimamente comenzar a matar periodistas. Si la DIM realiza actuaciones tan abominables y sangrientas es porque dentro del régimen “democrático” tiene un papel de perro carnicero. Son los lobos, las hienas succionadoras al pie del Presidente de la República, listas para el zarpazo. Y esto lo sabe y lo aprueba CAP. Este ínfimo

hombre que tuvo la indecible bajeza para el cargo que detenta, llegó a decir –poco después de la rebelión– que tenía que comenzar a meter en la cárcel a periodistas. Y basta del maldito chantaje de que en este país se vive un clima de libertades republicanas cuando la DIM mata en sus oficinas, en las propias barbas de todo el mundo, y cuando la opinión pública es menos que una cucaracha.

Ese es el panorama de esta “democracia” de alcantarilla; ahora el falso de Eduardo Fernández viene con una imaginación de mono trapecista a que nos dediquemos a buscar candidatos de consenso nacional entre una guarida de putas, ladrones, narcotraficantes, mafiosos y oscuros negociantes. Si el propio Eduardo Fernández confiesa que la corrupción del actual gobierno es espantosa, y que hay que calarse al Presidente porque fue elegido por el pueblo –cuando más del sesenta y cinco por ciento de la población se abstuvo de votar – entonces al carajo con todo este sistema; al carajo con Piñerúa, Escovar Salom, Petkoffy con cuanta otra *mierda* o no *mierda* salga a la calle a promocionarse como candidato.

Venezuela es un país que ha ido perdiendo aquella fortaleza de antaño, los que se han cogido el poder son unos mequetrefes que ansían ser famosos, no el bien del ciudadano. Estamos enfermos de las pendejadas con que medio mundo se queja y llora; estamos cansados de la inanición, del onanismo de la palabra, del discurso, de las asambleas. Hemos llegado al profundo convencimiento de que la vida no representa gran cosa si hay que sobrellevarla entre chulos y zalameros cobardes, quienes dicen ser demócratas porque besan la Bandera y manosean de vez en cuando la Constitución. Cuando se escribía contra Lusinchi –siendo presidente– había gente que se llevaba las manos a la cabeza creyendo que se estaba cometiendo una blasfemia terrible contra el orden y la seguridad del Estado. Unos pocos nos atrevimos a luchar contra aquel carnaval de putas incrustadas en Miraflores. Luego que Lusinchi entregó el

poder, entonces sí salieron cientos de vengadores sociales a criticarle su monstruosa estupidez con la entrega a la banca y con la Blanca, con lo de Recadi y otras e inefables vagabunderías.

No esperaremos a que el actual MONUMENTO A LA TRAI-CIÓN DEL PAÍS, a que el actual alcahuete del delito público, a que el actual protector de las inmensas barbaridades contra la Patria: perdonador de los infernales garimpeiros que han destruido nuestra sagrada naturaleza, vendido a la oligarquía colombiana que amenaza con seguir invadiendo nuestro territorio; protector y protegido de una monstruosa red internacional de asesinos (según las confesiones del excomisario general Osmeiro Carneiro); no esperaremos, digo, a que deje el poder para luego criticarlo. Debemos hacerlo ahora, ya, aunque nos persigan, aunque nos maten...

Desde Miraflores funcionaba una poderosa agencia de estafas dirigida por extranjeros al servicio de la CIA y por unos cuantos agusanados escuadrones terroristas. Pero entonces corre la especie de que “al señor Presidente lo engañan”, “al señor Presidente lo informan mal”, etcétera. No es posible que al hombre más importante de la República, al señor y dueño de las decisiones capitales de la nación, al ejecutor de las más significativas y vitales políticas del Estado, pueda y viva engañado, obnubilado, alucinado por una élite de malvados que se adueñan de su personalidad. Eso es solo posible si el señor Presidente no quiere oír ni ver verdades, si él se deja guiar por tan perversa gentuza; si su debilidad, su descaro, su ambigüedad es tal, que se deja conducir –como ocurre con esos tipos entregados a la crápula, que han perdido todo sentido de orientación moral– por elementos oscuros y siniestros; solo si él es débil y por lo tanto merece ser sacado a puntapié de Miraflores (así les duela a todos los impolutos sacerdotes demócratas que

han jurado ante la Bandera, la virgen, los pendones, mausoleos y santuarios de la Patria).

Los generales corruptos que huyeron y estuvieron envueltos en los líos del crimen en la persona de Luis Ibarra Riverol; los que dirigieron las masacres de El Amparo, Yumare, Cantaura, las ocurridas en la frontera: Los Totumitos, La Gaviota, El Vallado y Boca Grita; los que actuaron en los Teatros de Operaciones donde se torturaban y desaparecían presos políticos, los que mandaban la terrible DIM; los serviles que callaban ante la débil política frente a Colombia, los que paseaban en aviones y buques de nuestras Fuerzas Armadas a familiares y queridas de nuestros gobernantes; los que se cansaron de hacer negocios con la adquisición de armamentos para nuestros militares... ¿En qué país del mundo se ha visto a una Fuerza Armada que, en lugar de estremecerse de indignación por lo que en nombre de ella hacen cuatro delincuentes, deba quedarse muda y no denunciarlos, deba permanecer petrificada y no actuar en consecuencia, y por un simple juramento hacer lo imposible por conservar un sistema harto podrido y degenerado?

Entre nosotros “democracia” es apenas un nombre. Y sobre todo, cuando se tiene como Presidente a un personaje como CAP, extraordinariamente obcecado por sus manías de redentor internacionalista cuando nada tiene que decirle al mundo. Este hombre apenas acaba de pasar por una prueba horrible, suficiente como para que el más terco de los políticos del planeta medite sobre su condición de líder en un país convulso y caótico, y apenas, digo, acaba de sufrir un encontronazo espantoso con la realidad, vuelve al laberinto de sus frases, a los desajustes de su verbo enfermizo, y dice que él estaba entregado a la lucha por la democracia en Haití, para que aquí no pasara lo que hoy estamos viviendo.

En sus etéreos discursos se va por las nubes, entra en sinuosidades retóricas, efectistas, y con el único fin de no tocar, ni por

asomo, la realidad que nos destroza, que nos hunde, nos desintegra. Él se aparta de los hondos clamores que reclama el pueblo, y entonces se indigna si se le habla de sus necesidades, pierde el equilibrio si le contradicen. Por lo que en el país es peligroso pensar, reflexionar –la nueva palabrita de moda, como si fuera posible que reflexione quien nunca ha amado a la Patria y carece de condiciones para eso–. Y sabemos que CAP no es un hombre que esté en condiciones de pensar con prudencia; CAP es un hombre de improvisaciones torpes, emocional, que vive entre el desespero, como el avestruz, para no ver la perdición en la que nos encontramos. Eso de reflexionar está negado para su persona, para su carácter. George Bush y otros líderes internacionales le han hecho creer que es la estrella más alta del firmamento político latinoamericano y entonces se despepita: se entrega a recorrer el mundo procurando decir “frases ingeniosas” que le prepara Diego Arria para que los serviles medios del imperio las pongan a relumbrar en sus titulares, y él entonces regodearse en ellas y exclamar: “Mirad la dimensión del estadista que tenéis, no es posible que yo esté equivocado, no es posible...”, y con muecas y sonrisas estrafalarias, concluir que la democracia que él representa es la mejor garantía del bien común, de lo mejor que poseemos.

¿Qué hace ese señor por el mundo cuando nuestro país interiormente está tan abandonado, tan arruinado? El que recorra hoy a Venezuela, con autopistas nuevas destrozadas por la manera irresponsable como las constructoras hacen sus trabajos; sus vías de comunicación en general desechas; casi todo el mundo asumiendo sus responsabilidades con desgano, de mala gana, haciendo las cosas a medias o no haciéndolas del todo. Los barrios y la pobreza aumentando, las enfermedades tropicales que se creían extinguidas resurgiendo con fuerza inusitada; el que vea esta nación por dentro y a la vez dirija su mirada hacia quien nos gobierna, y se

entere de que no se encuentra entre nosotros porque está participando en uno de esos tantos congresos o reuniones en los que él tratará de convencer a empresarios para que vengan a invertir aquí, sencillamente no puede sino pensar que nunca entendió cuáles son los reales problemas de nuestro país y del mundo. Nadie vendría aquí a invertir para dejarnos alguna ganancia, sino para sacarle provecho al máximo a sus capitales. Esas no serán inversiones para crear empleo ni para mejorar las condiciones de nuestra gente, ni para formarnos, ni para salir adelante, porque cualquiera de estas cosas implicaría que en algún momento les quitaremos su negocio, que está básicamente fundado en el atraso nuestro. Porque a esta gente todo lo que les mueve es el vil negocio, la cruenta explotación.

Sería necesario, primero, arreglar nuestra casa para poder luego invitar a esos inversores; pero esa manía que tienen ahora nuestros mandatarios, de creer que hay que hacer campañas en la prensa mundial para atraer capitales, es sencillamente catastrófica. CAP ha hecho una cincuentena de viajes al exterior en el tiempo que lleva en este segundo mandato, y apenas terminaba de pasar la Rebelión del 4-F cuando ya estaba pensando irse a la Conferencia de Río. Y para nada justo ni grandioso, porque qué de noble y digno puede hacerse en esta América atada a la política de Estados Unidos. Por lo que esas giras y esas declamaciones en cumbres y congresos no son sino meras pamplinas que estallan al primer soplo. Todos los gobiernos de la democracia puntofijista – en esas pasarelas internacionales– lo que procuran es el aplauso del Departamento de Estado estadounidense, en nada obtener alguna clase de beneficio para sus pueblos. Viajan a esos encuentros y por ello creen que ya van en la vía del ansiado desarrollo por las reseñas que ellos mismos pagan a revistas, periódicos, películas y programas de televisión.

Y es tan terrible esta manía de vivir acaparando espacios en el escenario político mundial, que una de las cosas que hacía delirar a CAP de emoción, poco después de la rebelión del 4-F, no era el caos de las guarniciones que desconocían su mando, sino los cientos de mensajes que llegaban del exterior expresándole respaldo a la democracia. No ha dado descanso un solo minuto a su lengua, que no hay momento que deje de decir que se siente profundamente orgulloso: “miren como el mundo apoya a Venezuela y por supuesto a su Presidente”. Y repite ahora incesantemente que esta ha sido una prueba para la democracia, y en su obcecada y estrecha sensibilidad no entiende sino que él tiene la razón y que todo estaba bien y seguirá siempre eternamente bien, que nuestro sistema es “democrático” y que quienes querían derrocarlo era simple y llanamente por envidia a su dimensión continental, por tratar de oscurecer la descollante misión política y social que despliega en este hemisferio.

Ahí está esa delegación de la OEA que acaba de llegar al país (7/2/92) para presentar un solidario apoyo a la “democracia venezolana”, y cuyo presidente Baena Soares, dice que felicita al pueblo venezolano por su ejemplar comportamiento, cuando todo el mundo sabe que aquí el pueblo no se movió para defender la “democracia”; solo lo hicieron los eternos negociantes de partido, los que reciben jugosos contratos y ayudas para sus empresas como los Cisneros, el tren de Fedecámaras, los dirigentes adecos y copeyanos emperrados en repartirse el poder mediante argucias y mentiras; los jefes de unos partidos harto vencidos y moralmente depravados; el Contralor, el Fiscal y la eterna y misma plana de hombres comprometidos hasta el cuello con el fango del crimen y del robo. Y allí, entre los que estaban recibiendo al Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA), se encontraba el señor ministro de Defensa Fernando Ochoa Antich,

solazándose serenamente con esos miles de ditirambos lanzados a los que defendieron la Constitución. Uno se imaginaba que el general Ochoa Antich, al tiempo que CAP tomaba la palabra para hablar de esas gloriosas jornadas, meditaba sobre la ristra de crímenes y robos en la institución armada desde 1958, y mucho antes.

Y uno mismo se preguntaba: ¿Qué hizo este digno soldado de la Patria ante las denuncias sobre las estafas con los misiles, hechas por el oficial Francisco Javier Arias Cárdenas? ¿Qué clase de defensa a la Constitución hizo callándolas? Pero así es el sistema nuestro. La memoria de estos callados hombres, circunspectos, y que procuran dar dignidad a sus miradas y a sus poses al tiempo que se hunden en las sentinas del poder. Meras piltrafas.

Allí en aquel acto con la OEA estaban los magistrados de la Corte Suprema de Justicia en pleno; esa Corte que ha sido la suprema representante de la injusticia en este país y que no ha tenido el valor de enjuiciar como se debe a uno solo de nuestros miles de grandísimos ladrones. Pues allí estaban todos esos ancianos que vergüenza les debería dar aparecer en público, todavía dándole cancha y participando del juego desastroso que CAP les imponía. Allí estaba Eduardo Fernández que, como inocente perro de Pavlov, repetía cual reflejo condicionado que “los sublevados no tenían ningún derecho de usar las armas de la República contra nadie”.

Ayer un obrero que en la calle escuchaba los distintos comentarios que despertaban las últimas noticias sobre la sublevación, dijo lanzando un escupitajo: “Esta democracia es una puta con velo de novia”.

Ahora resulta que Beatrice Rangel, secretaria de la presidencia y más hija de Venevisión que de su propio padre, dice que son

graves las denuncias que acaba de hacer el doctor Uslar Pietri sobre la corrupción, porque no tiene derecho de hablar así.

¿Qué tal que sea a estas alturas cuando los tribunales del país traten de remendar el capote, diciendo que se va a proceder implacablemente contra la corrupción? Sandeces. ¿Cómo? ¿Con meras declaraciones?

Entre los que han salido a pedir castigo para los corruptos aparece el famoso delincuente, ahora convertido en todo un diputado de la República, el señor Luis Guevara, quien fuera puesto en el banquillo por haber sido testaferro de Blanca Ibáñez. ¿Querrán a estas alturas de veras coger nuevamente preso al chino Lee Guerra, quien hizo una fortuna fabulosa, siendo secretario de Educación del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de Acción Democrática?

Qué escarnio resultan todos esos tritonantes gestos de pretender ahora adecentar el país.

El país solo podrá cambiar positivamente en el momento en que la gran mayoría conozca en profundidad a esos hombres que se han enriquecido con esta “democracia”, los que han amasado fortunas aprovechándose de ella y que con ella han hecho sus trajes de estadistas, de intelectuales y de académicos, de sesudos luchadores sociales y de orondos líderes políticos, dueños de medios, de empresas y de la razón de Estado.

Aquí no hay reflexión que valga, insistimos, porque la reflexión es para seres capaces de meditar, ¿pero podrá pedírsele reflexión a quienes viven dando saltos de mono o con un elefante loco en la cabeza en cuanto proyecto y plan se proponen? ¿Podrá acaso existir reflexión en esos políticos que tuvieron en un vilo sus mandos durante el Caracazo y, no obstante, continuaron siendo los mismos o peores? Cuando el doctor Ramón J. Velásquez dice que son insinceras las palabras de nuestros políticos cuando hablan de reflexión, está cometiendo un gravísimo error. No son insinceras,

son sencillamente huecas, falsas, sin soporte moral de ninguna especie. ¿Cómo es posible que se desate toda esa letanía de clamor, de que hay que rectificar solo a partir de los severos encontronazos que nos da la realidad?

¿Hasta cuándo y hasta dónde deberemos seguir recibiendo lecciones de estremecimientos de sangre y fuego para adquirir conciencia de que vivimos en un infierno nominal al que le han puesto el nombre de “democracia”?

Así y todo, estos malévolos ancianos que atacaron a los soldados bolivarianos –quienes le dieron un día de consuelo a la Patria–, dijeron que estos eran unos traidores, que habían manchado sus juramentos. Han hecho lo imposible los políticos para que se sientan avergonzados de sus actos, cuando en verdad es lo más grande que se ha hecho en este país desde la época de la Independencia.

Carece en absoluto CAP de aquella ecuanimidad que caracterizaban a los juicios y las palabras del Libertador frente a sus enemigos. Ha llamado a los jóvenes bolivarianos: ambiciosos, fascistas, felones, criminales y no sé cuántos otros epítetos desmedidos. Lo cierto es que 62 oficiales retirados, públicamente, lo mandaron a callar. En consecuencia, veamos a continuación un sencillo esquema de cuanto nos dejaron esos líderes negativos de esos tiempos, mediante las necesarias palabras previas de nuestro Libertador: “La verdad pura y limpia es el mejor modo de persuadir” (Carta de Bolívar al general Urdaneta, 5 de agosto de 1829):

Todo lo anterior porque, ¿a fin de cuentas qué se pretende hacer de nuestras Fuerzas Armadas? ¿Un antro para que se peleen los contratos que manejan los Perros de la Guerra? ¿Convertir a nuestros oficiales y soldados en patiquines de cachucha sin nada en el alma, sin dignidad ni patria, sin nada en el corazón, entecos seres que solo sirvan para desfilar en las efemérides patrias y en

esos frívolos programas donde se eligen mises y se hace honor a la vacuidad, a la estupidez? Así venimos a encontrarnos con un mundo conformado:

1. Por periodistas vendidos a los dueños de medios.
2. Por un Senado que no encuentra indicios para enjuiciar al expresidente de la República, Jaime Lusinchi.
3. Por empresas básicas de Guayana que han despilfarrado 50 millones de dólares.
4. Con un exministro de Relaciones Interiores, José Ángel Ciliberto, quien huye de la justicia y se construye una mansión en Miami (27/12/91), *El Nacional*.
5. Por un Presidente que ahora se dedica a amedrentar desde sus oficinas de Miraflores a los que le hacen oposición: sus policías y sus amantes que estafan a la nación con venta de armas, asesores de seguridad, dueños de compañías que son señaladas en EE. UU., como puentes para el tráfico de drogas, directores de los servicios de inteligencia militar que se apoyan en sofisticados instrumentos para lograr ventajas en los negocios de la Segunda Dama. Periodistas y asesores de imagen quienes trabajan en las oficinas privadas del jefe de Estado y que de hecho son confidentes de la DIM y delatores de sus mejores amigos. Esa es la gente que rodea al Presidente. Escoria, nada más que escoria. Los pocos decentes no aguantan el tufo de esa basura.

¿QUIÉNES Y POR QUÉ DEFENDIERON
LA “DEMOCRACIA” ATACADA
EL 4 DE FEBRERO DE 1992?

EL DIARIO

D E C A R A C A S



Los llevan presos, pero con la moral muy alta y un sentimiento de victoria en el corazón...

A los amigos no se les engaña sino lisonjeándolos.

(CARTA DE BOLÍVAR AL CORONEL TOMÁS HERES. 9 DE ENERO DE 1824)

La legitimidad del Estado no se sustenta en fechorías, menos en la corte del forajido CAP

Todo esto al tiempo que los intelectuales cunden como moscas al meloso de Miraflores para expresarle su apoyo a la democracia. Son los ventrílocuos tarifados, empleados de medio pelo en la nómina oficial, directores de algo, presidentes de un canal, simples dependientes en la quincalla gubernamental.

Y entre aquella barahúnda de jala bolas vimos a Miguel Enrique Otero pugnando por aparecer la madrugada del 4 de febrero para decir que se presentaba como gladiador a fin de defender la democracia; pugnando por ocupar un lugar privilegiado en la cola de los eternos aduladores de este sistema harto prostituido.

Y los intelectuales, quienes junto con Miguel Enrique Otero se presentaban a testimoniar todo su apoyo a la democracia, decían que lo hacían no por defender a una persona, sino para respaldar la institucionalidad de la República. ¡Malditos, como si la República y esa institucionalidad para subsistir como tal, debe estar sustentada sobre fechorías, dolo y asco; pura carne porcina de la más vil. Y este es el único país del mundo que no solo es extraordinariamente condescendiente con sus peores ladrones y criminales, sino que luego de que gasta millones haciendo investigaciones sobre los delitos que cometen, acaba también por usar millones para ocultarlos, para confundir a la opinión pública y decir que son inocentes, y en el caso de que los tribunales les dicten autos de detención, el propio Estado sufraga los gastos al bufete que sale a defenderlos. Ese ha sido el caso de los casi cien implicados en el asunto de los “liceos fantasmas” en algunos estados, que luego de haberseles dictado auto de detención, las Asambleas Legislativas de los mismos aprobaron un presupuesto para que se les defendiera. Esa es la “democracia” a la cual, el mismo 4-F, fueron a testimoniar

su apoyo, Eduardo Fernández, Petkoff, Freddy Muñoz, Jesús Ángel Galarraga, Argelia Laya, Rodríguez Iturbe, Morales Bello, Ramos Allup, Humberto Celli, Héctor Mujica, Aristóbulo Istúriz. (Ese Petkoff, que cuando se han tenido pruebas fehacientes de que su compañero de partido Carlos Tablante fue confidente de la Disip, y que por ello recibía dinero del Estado, ha querido confundir las cosas y explicar que es un plan de venganza preparado por Lusinchi y sus áulicos. ¿Por qué el poder los hará tan *hijos de puta*?)

De modo que la corte que rodea a Pérez es pura basura de toga y birrete, con Guillermo Morón a la cabeza. Un país en el que solo brillan los degradados, los corruptos, los asesinos y delatores.

Si ejemplos de demócratas son personajes como CAP, como Eduardo Fernández, Pompeyo Márquez, Caldera, Lusinchi o Petkoff, e incluso las barraganas Cecilia Matos y Blanca Ibáñez, entonces imagínense el país que aquí tendremos a la vuelta de veinte años. Imagínese la clase dirigente que generaremos emulándolos en sus barbaridades, sus torpezas y miserias. Y estremece oír a los imbéciles de partido cuando señalan que esos bolivarianos en armas son felones y asesinos, cuando lo que hicieron fue insuflarle espíritu de amor a la Patria, la esperanza de un cambio sin esos viejos y malditos partidos, el fresco y vital sentido de soberanía y dignidad en una nación cuya autoestima se encuentra por el suelo.

¿Qué nos importan palabras huecas como “democracia” y “Constitución” cuando el pueblo jamás ha participado ni ha sido consultado para debatir sobre las leyes, sobre el destino de la nación, y de cómo deben ser distribuidos sus recursos y sus bienes? ¿Con una pobreza extrema que está en 40% y con una pobreza estructural que alcanza el 70%? Cuando no hay un solo hecho por el cual nos sintamos verdaderos ciudadanos de una República.

Democracia puede ser gritar como energúmenos en un circo, en una plaza de toros, en un estadio, mientras a los asistentes

se les reparte ron y cerveza –como siempre han hecho adecos y copeyanos en sus mítines–, para después llevarlos a votar como borregos. Por eso el sistema democrático nuestro –en casi dos siglos– lo que ha hecho es elevar al más alto nivel a los hipócritas, a los vacuos, ineptos, intrigantes, ambiciosos sin talento, criminales, imbéciles, pícaros, holgazanes, dementes, cobardes, chulos y cínicos. ¿Cuántas veces hemos sido espectadores de hombres con disciplina y talento que se abstienen de participar en las contiendas electorales de esta tan puteada “democracia”, simplemente porque no tienen la concha suficiente para tolerar la vulgaridad, la irresponsabilidad, el descaro con que aquí se desgobierna y se administra lo que debe ser del pueblo, de la nación toda?

Nuevo endeudamiento de Pdvsa por 1.000 millones de dólares

Bariven, filial de Petróleos de Venezuela, comenzó la colocación de bonos a mediano plazo por 400 millones de dólares en el euromercado, al tiempo que estructura otra emisión a diez años por 600 millones de dólares adicionales.

Pdvsa se viene endeudando desde 1990 en un plan que alcanzará la suma de 4.000 millones de dólares.

Tinoco renunció a presidencia del Banco Central

A pesar de la renegata de A11, el presidente Pérez insistió en el reemplazamiento de Miguel Rodríguez actual jefe de Contraloría por el candidato de Tinoco. También le ofreció a líderes del partido su deseo de colocar a el Ministerio de Justicia a Pedro Pablo Kuczynski y en la Procuraduría a Alfredo Urbina. Diego Arria está en Caracas esperando su designación como ministro de la Secretaría de la Presidencia. Luis Filizola Ordaz y Simón Alberto Consalvi son candidatos para la carrera de Relaciones Exteriores. Julio Sosa Rodríguez, Gonzalo Jorquera y Gerardo Torres surcan como posibles titulares de Hacienda. Entre Francisco José Velásquez, Juan Vicente Blanes Barera, José Méndez Angulo, estaría el candidato e ilustre en caso de que tras pasar a otro estado.



Tranquilo, vamos por buen camino

El presidente Rafael Caldera y el contralor general José Ramón Medina, coincidieron en la C&F y conversaron animadamente sobre el acontecer nacional. Esta vez sí vamos a pa-

ralde el trote a los corugos, parece decirle Medina, seguro y sonriente, a Caldera. Luego, ambos efectuaron declaraciones por separado. (Foto MANUEL SANJICA)

Rafael Caldera aprovechará la gran popularidad que despierta el 4-F, para tratar de capitalizar el descontento popular y lanzar de nuevo su candidatura... *El Nacional*, 21 de febrero de 1992

Siempre los tiranos se han ligado y los libres jamás.

¡Desgraciada condición humana!

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL SANTANDER, 10 DE NOVIEMBRE DE 1824)

Los hombres de luces y honrados son los que

deberían fijar la opinión pública.

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL CARABAÑO, 8 DE OCTUBRE DE 1828)

CAP contra Lusinchi

Concluido el gobierno de Lusinchi, a CAP con su descomunal rabo de paja, le era imprescindible ordenar que se hicieran malabarrismos judiciales y verbales para excusar de sus robos y crímenes a todos los adecos comprometidos en uno de los mayores desastres económicos, políticos y morales que la Patria había sufrido en el siglo XX. Se le solicitó al Tribunal de Salvaguarda prohibir la salida del país a un total de 19 exfuncionarios de la administración Lusinchi, entre ellos: José Ángel Ciliberto (exministro de Fomento y de Relaciones Interiores); Leopoldo Carnevali (exministro de Cordiplan); Francisco Maldonado Cisneros (exdirector de Recadi); Chelita Pérez (exdirectora de Autorización de Divisas de Recadi), Marbella Patiño de Rotundo (exdirectora de Autorización de Divisas de Recadi), Eduardo R. Behrens Linares (exdirector de Operaciones y exdirector general de Recadi); Marlene de Lane (exdirectora de Operaciones de Recadi); y Jesús Vargas Chirinos (exdirector de Aduanas de Hacienda), todos incursores en delitos contra la cosa pública. Ahora bien, para que este país se arregle es necesaria una mano muy dura y exigente. Nada se hace con dictar leyes y cambios económicos si el Estado mismo es un demonio polis dirigida por vagos, prostitutas, truhanes, funcionarios trapaceros, maliciosos e incompetentes. Y pensar que este hombre, CAP, por la falta de hombres serios y valientes en este país ha tenido en sus manos dos veces el coroto. Y eso ha sido posible porque tras él está el poder de la CIA, el poder de un gran sector del empresariado ladrón que viene saqueando nuestros recursos desde hace cincuenta años.

EN NOMBRE DE LA CONSTITUCIÓN SE DESTRUYÓ EL SUEÑO DE BOLÍVAR

*Mi sinceridad es tal que me considero un criminal
en todo aquello que me reservo.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Cuando la defensa de la Constitución se hace como parte de un negocio
para delinquir: hasta la fuerza misma debería emplearse en contra
de individuos que desatienden los intereses de su país,
en perjuicio de la confianza que este les hace.*

(CARTA DE BOLÍVAR AL GENERAL PÁEZ, 28 NOVIEMBRE 1827)

En nombre de la Constitución se impuso la rebelión

Cuando se tiene el poder en las manos y por ende los medios de comunicación, todo puede velarse, ocultarse para la mayoría. La historia de América Latina es una sangrienta mentira escrita por bandos que dicen defender la libertad, las leyes y la igualdad cuando en verdad aherrajaban en las cárceles a los mejores hombres de sus países, se reían de las Constituciones por ellos mismos elaboradas y trataban a sus semejantes como miserables animales al servicio de sus aberrantes causas, o como adversarios que no

merecían compartir uno solo de los derechos que aún sobrevivían de los escombros de las guerras o contiendas civiles. El muy federalista Antonio Leocadio Guzmán decía: “—Si mis enemigos claman Federación, yo grito Centralismo”.

Pero tal vez el más significativo de los ejemplos de cómo se manejan los sagrados símbolos de la República en los países latinoamericanos se encuentra en la forma como Francisco de Paula Santander jugó con el Congreso y las leyes de la Gran Colombia, para oponerse necia y criminalmente al espíritu noble y sublime de la empresa libertadora que Bolívar dirigía. Veamos, así, qué se hizo en nombre de la Constitución y de las leyes:

- En nombre de la Constitución, Santander fundó el grupo de “liberales” de entonces que dejaron a la República sin lenguaje político luego de la disolución de la Gran Convención de Ocaña.
- En nombre de la Constitución, Santander se opuso a enviar refuerzos a los contingentes patriotas estacionados en el Sur de Colombia y que iban a libertar el Perú.
- En nombre de la Constitución y de las leyes, Santander estimuló con sus odios a un dislocado grupo que el 25 de septiembre de 1828 atentó contra el Libertador.
- En nombre de la Constitución, se rebelaron en Pasto los generales José Hilario López y José María Obando (asesinos de Sucre) y se unieron a los invasores peruanos que pretendían desmembrar la Patria.
- En nombre de las leyes, el coronel granadino José Bustamante sublevó la Tercera División estacionada en Lima.
- En nombre de la Constitución, el “demonio sin instrucción” de José María Córdova se alzó contra el Libertador.

- En nombre de esa Carta Magna, cayó finalmente acribillado en Berruecos el más insigne de nuestros generales: el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.
- En nombre de esas leyes abstractas y tramposas hechas a espaldas del pueblo, Páez se alzó en Venezuela provocando la total desintegración del sueño, de la hija más idolatrada por el Libertador: la Gran Colombia.

El más tramposo uso de los símbolos patrios para convertirlos en elementos y usufructuar el poder, para consolidar grupos de partido y así saquear la República, se impone en los años aciagos que van desde el año 1823 hasta 1826, cuando Bolívar se encuentra luchando en el Sur. Hoy esos sabotajes, esas péfidas prácticas la ejercitan contra la Patria, empresarios y políticos, desde el mismísimo Congreso de la República y el Palacio de Miraflores.

La terrible noche vivida el 4 de febrero de 1992 nace en este país como consecuencia de la mala administración de los que han estado encargados de dirigir nuestra palúdica democracia. Si ya las instituciones están tan podridas que no hay modo de reformarlas, peor todavía: si los que están encargados de hacer las reformas que requiere el Estado no están en capacidad moral ni de conocimiento para llevarlas a cabo, al país no le queda sino buscar un cambio por vía de la insurrección popular de las armas. Porque el mal no está en los códigos, sino en la debilidad, la ignorancia y el inmenso grado de degeneración que existe en los hombres que nos gobiernan. Esas castas que protegen a los corruptos y que han montado un parapeto con el pomposo nombre de Corte Suprema de Justicia solo para amparar a delinquentes políticos. Y nos quieren venir con ese reumatismo constitucional, el que le permite al Presidente violar sin compasión todas las razones de la cordura y el buen juicio. El Presidente desenvaina la espada chueca y de papel

de la Constitución, no cuando está en peligro la nación acosada por vecinos inamistosos, por garimpeiros destructores de nuestros recursos, por bandas de narcotraficantes, por sindicalistas marrulleros y ladrones, por una corte de ineptos intelectuales que solo procuran su bien personal; viene y la desenvaina cuando un grupo de jóvenes oficiales hartos de ver el modo cobarde como se entrega nuestro país a los Perros de la Guerra, hartos del desmembramiento del territorio por las malas políticas de nuestros mandatarios, del hambre que padece el pueblo; hartos de la represión y de tener que verse obligados a sufrir mil vejaciones bajo el mandato de una camada de ladrones y canallas; por todo esto se ven obligados los revolucionarios bolivarianos a sacrificar el bienestar personal y procurar un nuevo rumbo para la Patria. Ellos sabían que su gloriosa acción iba a ser interpretada del modo más cínico y miserable.

Soldados que lo dieron todo por el país, exponiendo sus vidas para enfrentar las falacias de nuestros politiqueros, contra ese maldito onanismo de la palabra y de los discursos de palacio, contra ese lenguaje apopléjico que todo lo enturbia, lo envilece y degrada. Con el fango hasta el cuello, en medio de esa pantomima de democracia, entonces saltaron las puticas de palacio, los borrachitos republicanos a decir que los alzados eran unos facinerosos, unos traidores, antivenezolanos, criminales, delincuentes y viles asaltantes.

Qué no se le dijo a Bolívar por tratar de hacer lo mismo. No nos asombremos de estos miserables epítetos, pues, en el presente siglo, intelectuales peruanos de la talla de Ricardo Palma llegaron a decir que Bolívar había sido envenenador, pérfido, cobarde, vengativo, cruel, pequeño, ambicioso, hipócrita, miserable, intrigante y solo le faltó llamarlo ratero, dice J.B. Pérez y Soto. A vosotros el presidente CAP ha encontrado una preciosa palabra con qué

apostrofarlos, os ha llamado fascistas. Así hablan unos vendidos a la política entreguista que exigen los grandes consorcios internacionales, que han robado y han destrozado nuestros recursos para satisfacer a un empresariado ladrón; los que han negociado a espaldas del pueblo para rebajarlo al estado en que hoy se encuentra: una colonia gringa, y que siendo el país más rico del mundo en recursos, tiene hoy uno de los índices de pobreza más grandes de América Latina, uno de los países más endeudados.

No existe una sola virtud que puedan esgrimir vuestros acusadores, que pueda sustentarse sobre el bien que han hecho por vuestros ciudadanos. No hay justicia, no hay verdadera libertad, pues la libertad debe consistir en oír al pueblo y rectificar males que venimos arrastrando como una maldición casi bíblica. ¿Qué fue lo que vosotros, soldados de Bolívar, jurasteis ante los Símbolos de la Patria y en nombre de la Constitución? ¿Acaso jurasteis defender con vuestra sangre a los narcotraficantes enconchados en vuestras Fuerzas Armadas? ¿Jurasteis acaso cruzarte de brazos cuando vuestra patria gimiese aherrojada por tiranos y por saqueadores? ¿Jurasteis acaso haceros los sordos, tullidos e indolentes cuando los bandidos que os gobiernan reprimen a un pueblo hambriento y sin empleo?

No, nada de eso jurasteis, queridos soldados de la Patria, ante la Bandera y ante nuestro Escudo Nacional.

Vosotros no habéis jurado guardar silencio ante las mentiras espantosas del presidente Carlos Andrés Pérez, cuando decía que su jefe de seguridad Orlando García, no le había vendido a nuestro país ni siquiera una navajita. Vosotros no podéis ser los suficientemente cerdos como para no estremeceros de horror ante los dislates del hombre que hoy tiene en sus manos el destino de Venezuela.

No, jóvenes, hijos de Bolívar: habéis hecho muy bien, y cuántos venezolanos lloran el no haber podido compartir con vosotros ese

momento de gran aliento que le han dado a la Patria. Aquí estamos de vuelta los que combatimos al lado de Bolívar y de Sucre, los de las demenciales correrías destrozando huestes realistas en los Campos de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho. Y les decimos, queridos hijos, que peor crimen y ultraje hubiese sido no rebelarse contra ese antro de putas enquistado en Miraflores. Un verdadero crimen habría sido hacerse los locos, mantener la fría indiferencia ante el crimen y el robo, permitir la insensibilidad monstruosa de que teniendo ustedes las armas en las manos, y pudiendo orientar el país para corregir fallas, desgracias y desatinos, hubiesen dejado todo en la inercia de los malvados y tiranos. Gracias por impedir que hubiésemos seguido a la deriva, sin rumbo y sin otra salida que morirnos de odio, de desamparo, de locura y de tristeza. Dolorosa y noble la suerte vuestra, que os ha tocado, la de tener que poner todo esto en orden.

Y para que vean que esta Venezuela nada ha adelantado, nuestro estas palabras escritas hace cien años:

Del retroceso de Venezuela tiene la culpa el núcleo dirigente que desde hace sesenta años (se remonta a Páez), primero como un partido político, después como una camarilla oligárquica y hoy como un sindicato anónimo, ha gobernado discrecional y empíricamente, sin tener en cuenta el bien público sino su medro personal. Los responsables del desastre nacional sois vosotros, los que habéis conquistado el tremendo privilegio de representar a la Patria; vosotros, denodados generales, los incorruptibles periodistas, los historiadores y literatos por cuenta del tesoro público; vosotros los mentores de la política, de la sociedad, de la inteligencia; vosotros estadistas, doctores, arengadores en los Congresos y en los festines, merced a una propina tan costosa como secreta; vosotros los austeros magistrados de portamonedas repletos y cuatro dedos de empella en la barriga, que os emborracháis, que os hartáis y que os

divertís entre los clamores de los hambrientos, de los presos, de los perseguidos que piden justicia, . . . sois los responsables del envilecimiento de Venezuela (Pío Gil).

Los hombres que se han dado golpes de pecho con lo de la Constitución y las leyes deberían saber que las condiciones de nuestro país obligan a ser terribles. No vamos a dejar en manos de una posible rectificación de nuestros males a quienes por tres largas décadas, no solo no han arreglado una sola de nuestras frustraciones y calamidades, sino que las han engrosado horriblemente. Más vale –como decía Bolívar– en las circunstancias terribles obedecer al corazón que a un mamotreto de disposiciones malamente estructuradas, que a la hora de la verdad ninguna función cumplen. Si Bolívar se pone a esperar que la Constitución de Cúcuta por sí misma pudiera salvar la Patria, hoy nos encontraríamos como Puerto Rico o Haití. Pero mataron a Colombia, aquellos seres plagados de celos y pequeñeces, ahogados en la intriga, y que ocupaban una curul en el Congreso de aquella Colombia amenazada y moribunda; unos abogados que exigían una geometría legal, la simetría exacta y rigurosa, pero no jugarse el pellejo como lo hacía el Libertador en medio de la metralla y el fango, el polvo y la muerte.

Igualmente nuestros actuales magistrados quieren deliberar sobre la invasión de los garimpeiros, sobre la destrucción de nuestros ríos y cuencas, sobre las calamidades de nuestros barrios, sobre las endemias que asolan a nuestros pueblos y sobre la corrupción dictando leyes desde sus curules, hablando hasta el asco y la inconsciencia y discutiendo de consenso en los lujosos restaurantes de la capital. ¿Habrà que pedirles permiso a los congresistas, a la Constitución y al señor Presidente para procurar el supremo bien de la República? ¿Habrà que pedir permiso para sacar a tamaños eunucos del poder? ¿Para rebelarse y hacer una revolución?

Como decía el Libertador:

estos justísimos ciudadanos no quieren asistir a los combates, ni dar con qué ganar a los mataderos, por no faltar a las leyes del decálogo y a las santas de la filantropía, pero luego que se haya ganado el combate vienen a distribuir los despojos, porque es muy bueno y muy sano condenar y coger.

Ayer como hoy, si la Constitución hace el mal, debemos quedarnos callados, suspirar y tragar saliva. Como proclamaba el viejo zorro de Santander: “si en la obediencia de la Constitución se encuentra el mal, el mal será”. No obstante, Santander –como hoy lo hace a diestra y siniestra nuestro Congreso y el propio CAP–, cuando Bolívar debía ausentarse en 1827 hacia Venezuela y lo estaba, por la misma Constitución, vedado al Vicepresidente continuar en sus funciones hasta que el Congreso se reuniera, Santander forjó un oficio, cambiando fechas, para continuar en su cargo. Esto no era violar la Constitución, pues lo hacía el Hombre de Las Leyes, epíteto irónico con que Bolívar lo estigmatizó para siempre.

La historia nos ha enseñado que las pocas cosas que se hicieron en bien de nuestra Patria se lograron a pesar de nuestros geométricos legalistas; que una miserable ambición quería enredar las cosas y sacar de ellas meros provechos personales, aunque la Patria se perdiera. Y debemos decirlo en este momento para que nuestra confesión vaya completa: no creemos en el actual fiscal de la República, Ramón Escovar Salom. Fue deplorable la actitud del mismo Fiscal cuando atacó la actitud de los estudiantes “encapuchados” (de la Universidad Central de Venezuela, UCV), pero en cambio no dijo nada sobre los mil veces malditos y péfidos encapuchados de Miraflores. Claro, se sobrentiende que él debe guardar las formas de buen “demócrata”, que sabe mover educadamente las piezas del

juego (pues se graduó en Harvard), pero nosotros no tenemos por qué hacerlo así.

Y por ello, cuando vemos a todos esos farsantes e ignorantes desfilando por las pantallas de televisión, o dando declaraciones por la prensa, con el sonsonete ridículo y miserable de que están a favor de la Constitución y contra la insurrección; cuando vemos a estos bichos, nosotros en cambio gritamos con Bolívar: “¡Vivan los que no han conocido otra Constitución que la defensa de la Patria!” Porque además esa Constitución no la había hecho sino Betancourt con los despojos dejados por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Cuando Bolívar estaba desesperado en el Perú, condicionado a que el Congreso de Colombia con toda su consabida lentitud se reuniera y tuviera el quórum reglamentario para darle respuesta a sus pedidos, luego de largos meses de espera y de angustia, Santander no solo programaba la negativa del envío de tropas y demás recursos al Libertador, sino que también propugnó el despojarlo del mando de las fuerzas a su cargo. En carta del 6 de enero de 1824, Santander le decía al Libertador:

Este Congreso que debió reunirse el 2 está retardado, faltan seis senadores, etcétera... Ya dije a usted que sobre la guerra del Perú hablará el Congreso muy claro, y le pediré una ley para poder auxiliar, porque hasta ahora no la tengo... Recuerde usted la enorme diferencia que hay entre los dos para obrar: usted no tiene ley ni responsabilidad alguna, y yo tengo una Constitución y mil leyes: el teatro de usted es el de su libre voluntad y miras; el mío es la voluntad de los legisladores, usted puede hacer lo que quiera aunque sean exabruptos...

Y pensar que si no son precisamente por los “exabruptos” de don Simón, cometidos para pecar contra el santón de las leyes, don

Francisco de Paula, no se habría podido libertar el Perú, pues los refuerzos que se esperaban no llegaron sino después de que los españoles fueron vencidos en la última batalla de la Independencia.

El gobierno de Colombia, en manos de perfeccionistas del legalismo más acérrimo, se negaba a escuchar las súplicas de Bolívar; y así como nosotros hoy desde nuestra desolación y desamparo lanzamos gritos pidiendo justicia al cielo para que se condene a los tiranos, de modo patético escribía el Libertador a Santander:

No hablaré más de auxilios de tropas, porque usted ha respondido suficientemente a todo. Usted responde como los inquisidores lo hicieron a Molina; quiero decir que usted se enfada cuando le piden, y yo no sé si será mejor perder, que no pedir...había pensado ir yo mismo a buscar esos doce mil hombres porque he visto con qué morosidad y mala gana se han manejado esos señores en el envío de esa primera expedición...

El Vicepresidente fue enfático en sus réplicas, que “gobernando constitucionalmente no podía enviar los auxilios pedidos sin la autorización expresa del Congreso”. Un Congreso que cuando incumple sus promesas no hay nadie que lo condena, como el nuestro, que ofreció para marzo de 1990 la reforma del Sufragio y otras de carácter urgente para dar paso a una mejor administración del Estado venezolano y todavía hoy (febrero de 1992) no la ha realizado.

Pero así son estos suplicios: debemos acatar los mandatos de la Constitución aunque vivamos ahogados en la ruina moral, económica y humana más deprimente; aunque el Estado no funcione, aunque exista una demencial inseguridad heredada de mil iniquidades e injusticias, porque solo los pobres son los malditos que deben ir a la cárcel. ¿Dónde se ha visto que por no desobedecer a

una ultrajante y falsa Constitución debemos hacernos cómplices de todas las estafas que destrozan a nuestro país?

¿Deberemos tolerar toda clase de injusticias y abusos provenientes de los señores todopoderosos del gobierno, por no tocarle un pelo a la degeneradísima Constitución que nos legó la dictadura en 1958?

Los jóvenes revolucionarios bolivarianos cumplían el precepto del Libertador de considerar hermanos de causa a todos los hambrientos, a los desgraciados que no tenían un lugar donde presentar sus quejas, a los estudiantes reprimidos por la policía, a los desconsolados de la Patria. Los jóvenes **bolivarianos** no estaban violando el juramento hecho a la Constitución, sino que más bien lo reafirmaban con sus actos, con su valor, escuchaban más bien el llamado sagrado de salvar la Patria, el que Bolívar les había transmitido en sus enseñanzas y proclamas. Salieron a socorrer a un pueblo que no tenía una verdadera voz disidente frente al desorden y el desconcierto de la política tanto nacional e internacional de nuestro gobierno.

Salieron a defender a los vejados por la explotación de unos pocos.

Y este razonamiento nos hace recordar una frase que dijo el general Julio Peñaloza cuando fue entrevistado en un programa de televisión. Decía que los jóvenes **bolivarianos** eran una especie de fanáticos nacionalistas, una especie de fundamentalistas mahometanos. ¡Qué clase de eunucos se forman a veces dentro de nuestras Fuerzas Armadas! Es increíble que un hombre sea capaz de decir tan extraordinarias ridiculeces, *coño*. Qué entenderá este imbécil por fundamentalistas. ¿A los militares mediocres que veían a la nación gemir bajo el escarnio de los ladrones que se llevaban a Miami nuestras riquezas, cómo los llamamos? Estos pendejos siempre utilizando los términos que se acuñan en el Departamento

de Estado para desacreditar, satanizar, aterrorizar a sus enemigos: terroristas, talibanes, fundamentalistas.

Y al respecto, debe considerarse un artículo que hoy domingo 9 de febrero acaba de publicar el doctor Ernesto Palacios Prü, en el cual uno no ve sino una respuesta directa a la cobarde declaración de Carlos Julio Peñaloza. Dice Palacios Prü:

Claro está que cuando se habla de fundamentalismo, se habla de una especie de demonios que pretenden acabar con el bonchevismo y la rochela, patrimonios fundamentales de nuestra sociedad... Si el mundo no puede ser dividido entre buenos y malos, entre bondad y maldad, tendríamos que admitir que el mundo es de los intermedios, de los que no son ni buenos ni malos, de los neutros, de los eunucos, de los asexuales, de los que no son ni lo uno ni lo otro, de los regularcitos, de los más ni menos; en pocas palabras, el mundo es de los mediocres... Después de todo esto, me siento profundamente avergonzado porque los venezolanos seamos tan antifundamentalistas. Porque eso de no querer reconocer lo que es bueno y lo que es malo, me parece terrible, porque es como admitir que no hay bondad en contraste con la maldad, que no hay Dios en contraste con el Demonio, que no hay luz en contraste con la sombra, y que no hay verdad en contraste con la mentira, y que todo es medianía, mediocridad, corrupción y sinvergüencería. Es como admitir, por otra parte, que no hay principios, que no hay probidad, que no hay justicia. Que hombres como Cristo, Bolívar, Sucre, San Francisco y tantos otros que creyeron en los fundamentos que rigen la condición humana, simplemente fueron unos necios inexistentes... A mi juicio, creo que los que esgrimen el argumento del antifundamentalismo son unos perversos, corruptos, promotores del cuanto hay *pa' eso*, del falso igualitarismo, de la componenda, de la lealtad partidista y enemigos de todo lo bueno y lo sano que habita y crece bajo la luz del Sol.

Esos antifundamentalistas son, pues, Carlos Julio Peñaloza, Ochoa Antich, los generales que salieron a sostener el reumatismo constitucional de Pérez: Humberto Celli, el agónico Gonzalo Barrios, Eduardo Fernández, Petkoff, Morales Bello, Rodríguez Iturbe, Tarre Briceño, Alfaro Ucero, Emilio Rondón, Luis Guevara, Lee Guerra, etcétera.

Ahora resulta que sentirse patriota, que estremecerse de *arrechera* por lo que aquí vienen haciendo los prostíbulos adecos, masistas y copeyanos, es asunto de fundamentalismo, y por lo tanto hay que negarlo, hay que destruirlo. Claro, el fundamentalismo es algo que debe herir a los Perros de la Guerra, a los Cisneros, a los embarragados, a los de la banca internacional y a los eternos estafadores de la nación.

¡Qué tristeza y que desesperanza tan grande se percibe hoy en el pueblo! He salido a comprar el periódico y la gente está indignada por los comentarios de que los cuerpos represivos han recogido gran cantidad de periódicos y revistas. Sobre todo indigna esa fotografía de primera página que aparece en *El Nacional*, en la que CAP, con esa corteza espesa y negra, con la sonrisita indiferente de que seguirá siendo como siempre lo ha sido..., aparece mostrando en Miraflores impactos de balas al canciller de Brasil.

Al soldado le exigen sumisión a la Constitución y a las leyes; le exigen respeto al llamado orden institucional, y todo el mundo se pregunta, ¿qué se le hizo a Lusinchi por la catastrófica estafa que promovió con Recadi?, ¿incumplió con la Constitución? ¿Lo hicieron acaso los magistrados de la Corte Suprema de Justicia cuando declararon que no había culpables en este caso, cuando evidentemente el robo era descomunal y fastuoso? ¿Cuando incluso un ministro, Meneses, intentó quitarse la vida por este escándalo, y vinieron entonces los magistrados de nuestra “justicia”, y dictaminaron que el tipo era inocente?

¿En qué consiste el juramento verdadero?

Ese mismo Lusinchi que al ser inquirido por las averiguaciones en el asesinato de Luis Ibarra Riverol –ya había pasado más de tres meses de haber sido cometido– respondió a la prensa, con su pasmosa befa y protuberante indiferencia, que al hijo de Carlos Lindbergh no lo habían encontrado todavía.

Y decimos con Bolívar, que cuando hay malvados a los que no es posible contener con las leyes del Estado; cuando vemos a invasores que vienen a robar nuestras riquezas y no hay modo de que sean contenidos por los negocios sucios, de componendas, tratos con los delincuentes, y precisamente, porque las leyes son manipuladas por los mismos forajidos, es entonces porque la propia Constitución ha dejado de existir.

A decir verdad, el pueblo nunca ha sabido de Constitución, no porque sean malas, sino porque sabe que aquí los códigos funcionan de acuerdo con el humor y el sentimiento del poderoso. Ni los propios legisladores conocen nuestra Carta Magna y cuando los que por ella nos preocupamos para hacer valer nuestros derechos, muy pronto la deseamos al ver que nadie le hace caso y a nadie le importa un pito. Cuando yo miraba al primer mandatario alzar la mano, diciendo que los soldados alzados en armas debían obedecerle de inmediato pues habían violado su juramento a la Constitución, sinceramente pensé que deliraba. Yo creo que todo el mundo sintió un humorístico espanto oyendo decir esas cosas al señor Presidente.

Con la defensa a los jóvenes del *Movimiento Bolivariano Revolucionario* debe hacerse la más grande requisitoria a este sistema. Que si no pudieron tomar el poder para rectificar el caos de este aberrante Estado, se le desnude ahora desde el banquillo en el que estarán sus acusadores, y se verá cómo la inmensa mayoría de la nación les respalda. Que ese juicio permita enumerar una a una

las monstruosas faltas para con la Patria de la llamada democracia representativa, con sus lacayos presidentes, sus congresistas y magistrados cobardes.

Es hora de ser firmes, es hora de demostrar que cuanto se ha hecho por la libertad y la soberanía, repercutirá por todo el continente otra vez como cuando Bolívar soñó con la Patria Grande. Que esta acción es apenas el inicio de un cambio profundo en la América Latina. Han entrado ustedes a la historia por el portal de los héroes para reivindicar la gesta iniciada por aquella juventud traicionada y asesinada el 23 de enero de 1958. Apenas, pues, comienza el gran juicio a la oligarquía latinoamericana. Hay que demostrarle al planeta todo que tiene los ojos sobre vosotros, que sois capaces de manteneros firmes en vuestros nobles y solemnes propósitos. ¡Sois la esperanza y lo mejor de este país, de este continente, muchachos! Ya retroceden las sombras, ya vemos ensancharse el camino por el que volverán a reunirse con su pueblo Bolívar y sus capitanes, sus lúcidos y temibles guerreros. A retomar la marcha, a salir al encuentro de los vibrantes y grandiosos combates, a otros campos de Carabobo, de Boyacá, Pichincha o Ayacucho. ¡Al combate, al combate!

En este momento (9/2/92), cada diez o quince minutos, por las televisoras, se está transmitiendo un mensaje elaborado por la Oficina Central de Información (OCI). Es un mensaje fascista, repugnante terrorista. El spot muestra, de principio a fin, puras escenas de sangre; aparece el presidente CAP hablando de la complacencia que siente “cuando la inmensa mayoría de los oficiales de nuestras Fuerzas Armadas me han dado su apoyo”. Dice el mensaje con voz amenazadora y violenta, que los golpistas no eran unos confundidos o unos locos, sino unos sanguinarios que querían matar niños, asesinar sin compasión a la señora Blanca de Pérez y a sus nietos. Añade el anuncio oficial que solo en

democracia los ciudadanos pueden opinar, y que en una dictadura, nuestra voz está muerta; cuando en verdad nuestra voz está muerta desde el momento mismo en que son los insufribles serviles los que tienen el monopolio de la razón y de la palabra. La capacidad de ofensa y de maldad de estos renegados que nos gobiernan es ilimitada; todavía no se escucha un solo sentimiento de culpabilidad por lo horriblemente mal que han conducido a este país con sus colmillos y pezuñas, hienas enfermas que se aferran a la mentira, al insulto, al escarnio, a la defensa feroz de sus parcelas. En este mismo momento se está anunciado que ya *El Nacional* no saldrá mañana. La bestia herida y acorralada, con sus pelos y sus uñas, revolcándose en sus estertores. Falta el golpe final. El golpe que reduzca definitivamente a esa clase acaparadora, soberbia, terca, cobarde e incapaz de ver a la cara, el horror que les desafía. Piara de vendidos que nunca en la historia han asumido sus responsabilidades, siempre escudándose en banderas y Constituciones que ellos han destrozado, degradado, envilecido.

Y viendo esa lluvia de vulgares improperios que se lanzan contra los jóvenes del *Movimiento Bolivariano Revolucionario*, debemos decir como Nietzsche, que ya hoy el pueblo es un océano al que se le podrá lanzar cuanta *mierda* quieran, y no lograrán contaminarlo. Ustedes están obligados a conservarse puros por encima de todos los embates, mentiras y maldiciones. El hombre jamás debe quejarse en el infortunio porque la vida no se detiene, y hemos venido a servir y a luchar por sobre todas las cosas. Ustedes han pagado parte del gran mandato para el cual se les ha dado la vida.

Cuando Bolívar iba camino de Bogotá, y escuchaba que el pueblo no celebraba los triunfos de Junín ni de Ayacucho, sino que por orden de Santander se dedicaba a vitorear la Constitución y al Congreso, entendió el efecto nefasto que tendría sobre América

el poder de los partidos. Ese pueblo que vitoreaba al Congreso de la República nada sabía de las mil trampas que habían hecho al Libertador para que su Campaña del Sur fracasara, no sabía de las intrigas que cocinó Santander para soliviantar al llanero Páez contra la República, ni de la sublevación que ya estaba armando con el canalla José Bustamante en el Perú. Iba don Simón realmente fastidiado de la estupidez que representaba tener que someterse a seres tan minúsculos en nobleza y pensamiento. Sin duda que muchas veces pasó por la mente del Libertador, decirle a su insigne servidor El Hombre de Las Leyes: “¿Queréis que os hable de Constitución cuando habéis destruido con vuestras locuras todo el edificio que hemos construido en quince años de tormentosa y gloriosa lucha? ¿Queréis que os hable de Constitución cuando con vuestros actos habéis degradado las leyes y corrompido los valores más sagrados de la Patria? ¿Queréis que os hable de Constitución cuando la habéis convertido en un medio para medrar, para ocultar vuestras maldades y para darle fuerza al crimen, a la intriga y a la usurpación? Señores, la Constitución no existe, la habéis asesinado...

Pero Bolívar –a diferencia del Napoleón llegado de Egipto– no se presentó en Bogotá para decirle a sus detractores todas estas terribles verdades. Estaba aburrido y cansado de las traiciones, de las guerras personalistas y bajas desatadas por intrigantes como Francisco Soto, Leocadio Guzmán, Vicente Azuero y Miguel Peña. Ya Bolívar no era el joven que había firmado el Decreto de Guerra a Muerte, venía del regreso del sueño sublime y comenzaba a asquearse de la debilidad de los hombres; ya no tenía el fuelle luminoso con que fulminó a Morillo y a sus huestes. El pandemonio de los abogados parecía imponerse en todo: era más fácil que ir a la guerra y estaban ganando parcelas de odio, creando partidos y devorándose entre sí y entonces... petrificado ante el horror,

el Libertador no supo qué hacer, porque no estaba en su destino controlar aquellos caníbales.

Una democracia está forjada, es verdad, sobre un cuerpo de leyes, pero primordialmente antes que todo hay que poner el oído en la Constitución real, la que palpita y vibra en los barrios, en los de abajo, en el pueblo. Porque un agudo verdugo o ladrón puede diestramente manejar como un florete los dogmas sagrados de una Carta Magna, y con ella dislocar todo un proyecto de grandeza, perturbarlo, enajenarlo como le ocurrió a Bolívar. En todos los Estados: monárquicos, dictatoriales, representativos o mahometanos; siempre ha existido un cuerpo de reglas sobre el que se sustenta todo el edificio moral y humano de una nación, el respeto a los valores supremos, la seguridad institucional; pero cuando quienes deben aplicar esas leyes las degradan, entonces la estructura legal se prostituye y se corrompe todo el cuerpo social. ¿Cómo pueden funcionar y tener legalidad los tribunales que no pudieron condenar a alguien por la muerte de Vivas Useche, dentro de una de las instalaciones de las Fuerzas Armadas, que jamás encontraron (en seis años) a los cerebros que planificaron el asesinato del abogado Luis Ibarra Riverol, ni castigar a los militares que denunció el Comandante Godoy, ni a los demás que han participado en docenas de estafas contra la nación? ¿Cómo pueden, digo, venir estos tribunales y constituirse en ejecutores de justicia alguna? Ya con esos actos, el Estado de Derecho fue violado por los máximos tribunales civiles y militares de la República; debería un cuerpo superior intervenirlos, disolverlos.

LOS CORIFEOS DE CAP SIGUEN PIDIENDO REFLEXIÓN

*La destrucción de la moral pública causa bien pronto
la disolución del Estado.*

(CARTA DEL LIBERTADOR AL DOCTOR CASTILLO RADA, 6 DE ENERO DE 1829)

Respuesta tajante ante los pedidos de reflexión

Mientras voy escribiendo esto con indignación y pena, escucho una noticia (11-2-92) que habla de una carta que el Presidente envía al general Ochoa Antich; es la orden para destituir a los distintos jefes de las guarniciones militares que se plegaron al movimiento bolivariano. Eso que se pide ahora con clamor que nos pongamos a reflexionar, no es algo que llegue del cielo. Es imposible cambiarle el sistema cerebro-espinal a la gente: ¿cómo sacudir, por ejemplo, la estructura mental de cientos o miles de ladrones, de incapaces, de manipuladores de oficio, de badulaques sin alma ni conciencia patriótica para que puedan llegar al punto de reflexionar?

¿Cómo se puede reflexionar en medio de un sistema tomado por abotagados funcionarios, por ineptos y delincuentes?

¡Solamente Dios sabe con qué odio y con qué desconsuelo escribo todo esto! Y me pregunto con hondo dolor: Por todos lados andan los ministros de CAP pidiendo a los partidos de oposición que hagan el más grande y severo repudio a la intentona del 4-F, y piden, alcanzando todas las sinuosidades del discurso barato y rancio, que independientemente de cuantos males estemos padeciendo, primero está la defensa de la democracia. Es decir, así esa fulana democracia no exista, es necesario defenderla a capa y espada, porque además es la única que admite Estados Unidos; porque hay que satisfacer los planteamientos del proto-candidato Eduardo Fernández, la indolencia, la estupidez como norma de trabajo, la idiotización generalizada, el CAP descarado, que cuando se encargó de la presidencia pidió austeridad en el uso del tesoro público, pero que se aumentó el sueldo con carácter retroactivo desde el mes de agosto, contando un tiempo cuando él no era Presidente.

Eso es ser bien patriota y constitucionalista. ¿Y será este caradurismo, parte del concepto moral que se requiere para sostener los valores de una democracia, señor ministro de la Defensa, Ochoa Antich? El señor Ochoa Antich, en tono, no sé si de burla o desprecio, dijo al periodista Lossada Rondón de *El Universal*, que si acaso se podía llamar héroe a un hombre como Hugo Chávez, que había dejado solos y abandonados a sus compañeros alzados en armas. Y todo el mundo sabe que Chávez no quiso desatar una guerra sin cuartel por un alto sentido de patriotismo, porque sabía que no solo se triunfa a sangre y fuego, frente a sus hermanos del ejército: que si hacía resistencia, su acción iba a desencadenar una guerra civil. A veces vivir es más terrible que la muerte, señor Ochoa Antich. Probablemente usted cree que es más héroe CAP quien al llegar de Davos usted le acompañó hasta la residencia de su barragana Cecilia Matos. Lo cierto es, señor Ochoa Antich, que

la gesta protagonizada el 4-F solo es comparable en el siglo XX en cuanto al fervor que aquí se vivió en las jornadas del 23 de enero de 1958. Los jóvenes del *Movimiento Bolivariano Revolucionario* nos hicieron sentir, mil veces, más amor por la patria que cuarenta años del maldito bostezo de esta democracia; que las Fuerzas Armadas no es un cuerpo plagado de hombres sin nervios, sin estómago y sin corazón como muchos habíamos llegado a creer. Se despertó un nacionalismo, una dignidad y un valor que muchos creíamos muerto; una necesidad de ser más honestos y comprometidos con los ideales bolivarianos. Ese grupo de valientes jóvenes tocaron nuestros sentimientos más nobles: nos hicieron ver que Bolívar aún está entre nosotros; nos trajeron un sentimiento de amor por nuestros antepasados, un hálito de grandeza por lo propio; un sueño de hermandad hasta entonces desconocido, una fe que nunca podrá ser arrancada porque es ya historia, ya gesta, ya canto y sueño eterno en los labios de las madres de los hijos y madres de la Venezuela que hoy renace de sus cenizas.

Como podéis daros cuenta, señor Ochoa Antich, esa gesta y ese sueño no lo hubiesen podido producir los héroes de la categoría de Lusinchi, Caldera o CAP que usted admira y obedece. Esa no es la categoría de héroes o de estadistas que este país quiere o necesita.

Todo el mundo siente y sabe, incluso vosotros, postrados súbditos de Estados Unidos, que tenéis todas las armas del poder, que nada honrado se puede defender colocándose del lado de CAP o de un Eduardo Fernández. Ustedes estaban de un lado y el pueblo noble en el otro extremo.

¡Señor!, ¿cuál es esa gloria que se encuentra en continuas estafas a la nación? ¿Cuál es esa gloria que se consigue protegiendo la alcoba de las amantes de nuestros presidentes, que permite que una de esas damas haya llegado a usar el uniforme de los soldados

de un ejército que en el pasado fue el terror de los tiranos y el consuelo de los pueblos oprimidos?

Recuerdo que en una oportunidad el extinto escritor Herrera Luque dijo en un programa de televisión que nuestros militares solo servían para marchar en nuestras efemérides patrias, y dijo cosas muy duras sobre nuestras Fuerzas Armadas, tan duras, que me llegué a preguntar si nuestros militares tenían agua en las venas, si eran incapaces de estremecerse por estas expresiones que lo hacían sentir a uno desprotegido, triste y hasta miserable. No sé dónde se encontraban entonces los generales Peñaloza y Ochoa Antich cuando Herrera Luque dijo aquello. Y desde hace muchos años, creo que desde el primer mandato de CAP, cuando aquí comenzaron a comprarse voluntades de todo tipo, ha venido naciendo en el pueblo ese sentimiento de que en nuestras Fuerzas Armadas se ha perdido mucho de aquel espíritu de nuestros Libertadores. Un espíritu que no hay justificación alguna para que se pierda en una democracia. Porque si hay que reconocer en nuestros gobiernos militares del pasado es que hicieron respetar nuestro territorio y la dignidad del país. En esos casos de terribles inculpaciones que se hacen a las Fuerzas Armadas siempre me he preguntado cómo era posible que los oficiales puros, los que nada tienen que ver con robos, estafas y masacres, tengan que tolerar, sobrellevar el estigma de esas críticas generalizadas que se hacen por culpa de unos pocos. ¿Por qué tienen que ser señalados, quienes están llamados a ser los más dignos ciudadanos de la patria, como cómplices de Perros de la Guerra, aliados con estafadores de la nación, individuos masacradores de indefensos campesinos, cabrones y chulos del poder, narcotraficantes y otros señalamientos más bajos y denigrantes?

¿Dónde se ha visto que se hable de democracia en un Estado tan pésimo e inmoral como el nuestro? Más bien, dadas las circunstancias del presente, nadie hace sino pensar que más vale

la pena que este sistema no exista. La rebelión la ha propiciado hasta lo indecible la actitud inmoral de nuestros presidentes, las constantes denuncias de estafa que salen del propio seno de las Fuerzas Armadas, que casi no pasan dos meses sin que aparezca una nueva. Y no es amarrando a los medios de comunicación como vamos a rectificar los males, como creemos que ha venido sugiriendo el general Ochoa Antich, quien dijo que la proliferación de escándalos que muestran nuestros medios de comunicación ha contribuido a la insurrección del 4-F. Sería lo último, que aquí no se hubiera sabido nada de lo de la Margold, de lo de Orlando García y del triple cedulaado Lázaro Rogelio Bresslau, lo de la estafa con los tanques anfibios, las denuncias del comandante Godoy, el caso Turpial, las terribles grabaciones de Herminio Fuenmayor y tantos, tantos otros.

Precisamente el escándalo no nace de lo que digan los medios de comunicación, sino de los hechos. Yo creo que el país ha llegado al límite de la resistencia en cuanto al caos de robos y maldades públicas y en esto he visto muy poco patriotismo por parte de los altos oficiales de nuestras Fuerzas Armadas. No obstante, todo aquí se invierte: Hugo Chávez es un traidor al igual que el comandante Godoy, así como más de mil veces fue señalado de traidor Bolívar por parte de los españoles.

Señores, qué defienden a fin de cuentas estos endémicos y desgraciados gobiernos: no queremos en nada vuestro patriotismo, señores defensores de barraganas, ese patriotismo y ese nacionalismo que ha hecho que nuestro pueblo esté aplastado por los yanquis; que hizo que Blanca Ibáñez pasara revista a algunas tropas estacionadas en el estado Apure, que hizo que esa misma primera dama vistiera un uniforme que solo debía ser usado por nuestros valerosos y honrados militares; que hizo que aquí toda la plana mayor de nuestras Fuerzas Armadas callara tan

extrañamente cuando Lusinchi colgó del pecho de su amante la más gloriosa de las insignias nacionales, esa insignia que nos había hecho dignos de tener patria, una tierra libre y un lenguaje político republicano: la Orden del Libertador en su Primera Clase. Esa democracia miserable se la regalamos a aquellos que saben callar para ascender, para coger y disimular lo que no se debe. A mucha honra no seguiremos los pasos de esos hombres que encuentran dignidad defendiendo tanta lacra y tanta pocilga. ¡Maldito sea, ¿cuál será esa gloria que se consigue al lado de tales canallas?!⁷

7. Fin del Libro *El espíritu del 4-F*

EL CANDIDATO

POR: ARGENIS RODRÍGUEZ -1977

El candidato se despierta a las once, pero sigue en cama hasta las doce. Hora en que su mujer le dice que ya le preparó su güisquico con agua.

—Como a ti te gusta, mi amor —le dice su mujer.

El candidato se sienta, pone los pies desnudos en el suelo y pregunta:

—¿Qué dice la prensa de mí?

—Nada, pero eso quiere decir que vamos chévere.

La mujer del candidato es un palo de mujer, y cada día en beneficio de los niños pobres, tiene que asistir a un té canasta. El candidato, aunque tiene a otra negra a la que manda a espolvorearse con talco, no deja a su mujer por nada del mundo.

—Es la compañera ideal —le dice a sus amigos—: fiel hasta más no poder.

El candidato se levanta, se mete en el baño con el vaso de güisqui en la mano y se sienta en la poceta. ¡Qué delicia! ¡Lo demás es cuento!

—¡Apúrate para que te comas tu desayunito! —grita su mujer.

El candidato se soba la barriga. Ha engordado una barbaridad. Se lleva la mano a la cara y se estira las mejillas. Brrr. El candidato

no puede comer. Aborrece la comida. Lo suyo es el güisqui. Así que se zampa otro güisqui.

Cuando reaparece afeitado su mujer lo está esperando.

—Pónmele más hielo, mi amor, que este calor embota.

El candidato se peina, se viste frente al espejo y se pone una corbata. Las ojeras le preocupan. Es el pulso. Pero eso no es nada. Una ligera calamidad o falta de otro trago. Después del tercero volverá a estar como nuevo.

Recibe una llamada del secretario general del partido:

—¿Cómo va eso?

—Aquí, empezando el día como Churchill.

El candidato tiene aún la remota idea de quién fue Churchill; un hombre que se desayunaba con una botella de güisqui. El candidato va a salir. Se despide de su mujercita, a quien le da un beso y le dice que se porte bien.

—Pórtate bien tú —le responde ella—, y no vengas tan tarde como anoche.

—No, qué va, mi amor.

El candidato, sentado en el asiento trasero de su carro, se hace servir otro güisqui por el chofer.

—Tómese usted uno, Faustino.

—No, doctor, la doña me lo encomendó.

El candidato se ríe.

—¡Este Faustino! —exclama.

En el Congreso, con una taza de café, el candidato se zampa otro trago. El candidato carga una nevera portátil. Es una neverita que le regaló un musiú. ¡Estos musiús sí que saben! El candidato sale con su gente, se va a la casa del partido y allí se zampa otro güisqui. Al cabo de un rato se acuesta en una cama de campaña y duerme hasta las siete. A las ocho lo vienen a buscar porque el Comité Central en pleno lo quiere llevar a una familia de Bello

Monte que le preparó un morrocoy. El candidato se levanta, dice que le ha estado dando vueltas a una idea y sale a la calle. Pasa recogiendo a su gente y en cambote y a palo limpio se beben una botella de güisqui. El candidato es buen candidato porque tiene barriga. Desde la casa de la fiesta llama a su negra y le dice:

—Échate bastante talco, mi amor, que esta noche sí llego temprano.

Y a su mujer, a quien también telefona:

—No te preocupes, mi amor, que esta noche sí llego temprano.

El candidato se ríe y guiña un ojo y los que están a su alrededor le sonríen y lo palmean. ¡Con gente así no hay quién pueda! De que gana gana. Y si no gana no es por falta de habilidad. Se le viene un tropel de gente que lo llama “presidente” y comienza a prodigar abrazos.

—¡Caramba, muchas gracias, amigos! Con ustedes y con el favor del pueblo...

AL FRAGOR DEL COMBATE



Titular de los diarios con las figuras de los mayores líderes del 4-F...

Las armas que tú tengas debes saber usarlas y tienes que apartarte totalmente de los libros y de las fórmulas de las academias.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET).

La toma de La Planicie y de Miraflores

Son las 6 de la mañana: comienza a levantarse con molicie el Sol, y algunos pájaros intoxicados por el vaho de la metralla gorgoritean indefensos en los desolados terrenos que rodean el Palacio de Miraflores. Hay un inusual silencio en la ciudad y traen noticias viejas los periódicos de la mañana. La radio está encendida en algunos puntos por oficiales que no saben de qué bando se encuentran: de un momento a otro pueden convulsionar sus destinos; hay mezclados por el suelo vidrios, sangre e insignias militares, y en algunos puntos carpetas de un gabinete que nunca se hizo; en un ángulo del espacioso recinto hay varios disp, pálidos y callados como la muerte, siguen aletargados ante las vagas y confusas noticias que trasmite un pequeño televisor, colgado de un matero. Desde algunos balcones de los edificios cercanos se escuchan gritos y disparos, provenientes del 23 de Enero, que no cesan.

El peor error que cometieron los gobiernos de la democracia fue dejar las instalaciones del palacio de gobierno a pocas cuerdas de un polvorín revolucionario como el de esa terrible y batalladora barriada del 23 de Enero.

Desconoce el almirante Daniels que lo que dirá Chávez será una arenga corta, penetrante como un cuchillo de claridades y que lleva una carga de dinamita mil veces más poderosa que toda la pólvora que hasta ese momento se ha quemado.

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LA HISTORIA

Hay que tomar siempre la delantera. Sorprender y sorprender.

Atacar donde y como no se imaginan.

Si no se mueven, cercas una guarnición.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET)

Retumban, de nuevo, las palabras de Bolívar

Cuánta agua ha corrido en el corto tiempo desde que Chávez se rebeló contra el presidente Carlos Andrés Pérez; cuántas divisiones entre sus protagonistas, cuántos cambios de rumbos y de escenarios, cuántas luchas intestinas, cuántas traiciones y saltos de talanquera, padres contra hijos, discípulos contra maestros, dioses contra dioses, hermano contra hermano, pasajes del Evangelio tronando por entre los campos, las plazas, los mercados, los barrios, todo se agita y convulsiona.

Chávez muchas veces lo ha dicho, parodiando al Libertador, que él no es más que una débil paja en el huracán revolucionario; en verdad que ambos emergen del mismísimo vendaval de estre-mecimientos y dolores de parto que aquí se venían sintiendo desde hace siglos; y se dio al fin y al cabo la circunstancia que cuando

aparece el nieto de Maisanta, el pueblo está preparado; el líder que a la vez surge como un portentoso escudo frente al miedo, contra la inercia de dos siglos de vejaciones, contra las debilidades y el sometimiento que llegó a hacerse carne, espíritu y vísceras de nuestro pueblo.

Esperar, tener calma, paciencia, ¿hasta cuándo, paciencia? Y la voz del Libertador, que en todo momento le está hablando:

¡Paciencia!, ¡paciencia!; muchas veces hay tanta como debilidad en dejarse dirigir por la paciencia. Cuánta suma de esta virtud puede ser bastante para resistir las amargas privaciones que sufrimos: sol abrasador como el mismo fuego, viento, polvo, carbón, carne de toro flaco, sin pan ni sal, y por complemento, agua sucia (Bolívar).

Un intelectual le pone de ejemplo lo que pasó en un país por no prever ciertos pasos clásicos en una insurrección. Entonces él lo corta:

—Ese país no tuvo un Bolívar. Aquí todo es diferente. Aquí hay un mando, aquí hay a quién obedecer.

¿Quién, si no Chávez, podía hacer frente a la incuria mortal que aquí nos impusieron los cuadros bien atornillados del puntofijismo? ¿Quién, si no Chávez, se habría atrevido a abrir ese boquete al sistema neoliberal, el 4-F? ¿Quién si no él habría desintegrado el pertinaz bostezo de esos Congresos raquíuticos y de esa meretriz de la Corte Suprema de Justicia, vendida y controlada por negociantes de partidos, por tribus judiciales, por magnates?

¿Habríamos sin él logrado la Constituyente, y batir en buena lid el poder de los medios de comunicación y la bestial presión internacional aupada desde Washington disfrazada de sociedades civiles, de ONG dizque defensoras de los derechos humanos, y toda esa mar hirviente de enanos –de largas trenzas–, igualmente

cobardes que se arrogan los títulos de demócratas, de luchadores sociales, de académicos, de intelectuales?

De cuanto ha pasado quizás la caída de todo tipo de máscaras haya sido lo más estremecedor. Se vieron los cueros de todos los reyes desnudos; los que se disfrazaban con sotana, báculos y tiaras, con togas y birretes, con borlas y medallas; los orondos empresarios, los sesudos analistas que todo lo veían y calculaban..., el destape ha sido total, y ante nosotros se presenta el cuadro de cómo desesperadamente saltan los medios para tratar de tapar tantas partes inocultables.

Ya el mundo es otra cosa: muchos ojos se han abierto. Así, pues, que mostraron sus verdaderos cuerpos los meritócratas, los académicos de luengas babas y barbas, los obispos purpurados, los parapetados tras poses izquierdistas como Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Américo Martín, Andrés Velásquez, Domingo Alberto Rangel, Douglas Bravo, Pablo Medina, Gabriel Puertas, Ángela Zago, Pedro León Zapata, Manuel Caballero...

Los hechos

Uno de los centros de la conmoción será Fuerte Tiuna.

Se viven intensos momentos de discusión por parte de jóvenes oficiales sobre el estado moral y el destino de las Fuerzas Armadas. Si la soberanía de la Nación, su estabilidad y su equilibrio político residen en sus Fuerzas Armadas, ¿por qué ella se ha dejado someter tanto tiempo a los dicitos de los corrompidos partidos políticos? Todo ese pasado pesa terriblemente, y hay que hacer un poco de historia:

Rómulo Betancourt había dicho que los militares venezolanos eran la gente más corrompida del país y que para comprarlos

bastaba con ofrecerles una prostituta, un litro de aguardiente y un bistec⁸. Pues bien, esa idea sobre los hombres de charreteras prevalecerá en él hasta su muerte, y su manera de proceder con ellas la utilizarán todos los altos dirigentes de AD y Copei. Betancourt –para sus jugadas políticas– asumió que aquellos militares venezolanos de la década de los cuarenta, eran comprables, y los comenzó a tratar con desplantes, con cierto desprecio y dureza. Sintiéndose apoyado por el Departamento de Estado y la Creole, creyó dominar a los cuarteles y a los militares más poderosos.

Al mismo tiempo, con ese desplante agresivo para con los militares irá aprendiendo cómo contener rebeliones y sediciones, complots y amenazas de golpe. Por eso es por lo que, siendo miembro de la Junta de Gobierno, sobrevive al motín del 15 de septiembre de 1946 y a la sublevación del 11 de diciembre del mismo año en Valencia. Consigue aplastar sin contemplaciones el alzamiento en el páramo de Tuñame, Trujillo, que fuera promovido por el terrible Juan Bautista Araujo. Luego, cuando toma el poder en 1959 reprime sin contemplaciones y con horribles masacres las sublevaciones del Carupanazo, el Barcelonazo y el Porteñazo.

El anticomunismo era el coco con el que se mantenía aterrorizada a las Fuerzas Armadas. Y de la Constitución gomecista habíamos heredado la total prohibición de las actividades comunistas.

Cuando, en 1941, llega Betancourt de Chile amenazando con golpes al gobierno, Marcos Pérez Jiménez comenzó a preguntar por este joven audaz quien además manejaba la pluma como un florete de desconcertantes claridades; ya sabía que Betancourt era el hombre “civilista” que necesitaba para fraguar su aventura.

Cuando se le pregunta a Pérez Jiménez, una vez que ha derrocado a Medina, cuál es el proyecto que tiene en mente, contesta:

8. Agustín Blanco Muñoz: *Habla el General*, UCV, Editorial José Martí, Caracas (Venezuela), 1983, p. 53.

“Traer una misión norteamericana a instruir al ejército en colaboración con profesionales venezolanos⁹”.

Para Betancourt esto estaba sobrentendido. Los dos habían luchado contra Medina por considerar a su gobierno enrevesadamente nacionalista y procomunista. El golpe ya se tenía preparado en junio de 1945, es decir, que la pantomima de Betancourt y Raúl Leoni, el 3 de julio de ese mismo año de 1945 visitando a Diógenes Escalante en Washington para proponerle la Presidencia de la República, formaba parte de la misma patraña. Como ya tienen preparado el golpe, Betancourt y Leoni hacen «una visita de cortesía» al Departamento de Estado¹⁰, que no es para otra cosa que ponerle al tanto del golpe que ya está en marcha. Téngase en cuenta también que Pérez Jiménez estuvo en Washington en 1945, en la misma misión, buscando armamento; estuvo en el Pentágono, y cuando regresó al país dijo que sus gestiones habían sido todo un éxito¹¹.

Este fiero intento de controlar las Fuerzas Armadas tuvo severas respuestas a partir de 1960; poco a poco se va produciendo una desmoralización cada vez más profunda, hasta que se le convierte en una poderosa herramienta represiva, torturadora y protectora de los intereses de la oligarquía, del imperio norteamericano.

Hay que tener además en cuenta que cuando se ejecuta el golpe contra Rómulo Gallegos se encontraba un agregado militar gringo dirigiendo las operaciones desde Miraflores; el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud se da por orden de la Shell; la dictadura de Marcos Pérez Jiménez recibe en un principio todo el apoyo de Washington y se hace con el fin de que se entreguen

9. Ana Mercedes Pérez, *La verdad inédita*, Ernesto Armitano Editor, Caracas (Venezuela), 1975, p. 55.

10. Manuel Alfredo Rodríguez, *Tres décadas caraqueñas*, Monte Ávila, Caracas, 1967, p. 938, citado por Alfonso Ramírez en “Biografía de Andrés Eloy Blanco”, Gobernación del estado Mérida, IDAC y José Agustín Catalá, Centauro, 1997, p. 347.

11. Agustín Blanco Muñoz (1983), *Habla el General*, ob. cit., p. 368.

más concesiones a las compañías petroleras. De allí en adelante se prolonga cruenta, ilimitada y tenebrosa la feroz noche de la dictadura puntofijista.

El imperio norteamericano a través de la Doctrina Betancourt realizó un severo lavado de cerebro a todos los que ingresaban a la Academia Militar, haciéndoles ver que el comunismo era el mayor peligro para la libertad, para el progreso y los derechos humanos. Se quiso identificar anticomunismo con la verdadera práctica democrática y con la verdadera función de un miembro de nuestras Fuerzas Armadas.

Todas las bellas causas por las que Betancourt había intentado justificar su mortal puñalada contra la democracia y contra Medina Angarita permanecieron intactas durante 40 años. Se inventó lo del voto para los iletrados o analfabetos con el apoyo del Departamento de Estado americano que resultó ser la más grande carajada en nuestra endémica historia republicana, porque no se quiso alfabetizar a las regiones más empobrecidas del país, con lo que se acabó perfeccionando un sistema electoral monstruosamente fraudulento.

Los cerros de Caracas –como llagas lacerantes– serán los centros de lucha durante toda la década de los sesenta. Y la orden es que los soldados y policías disparen sin descanso contra los ranchos. Ser pobre es ser delincuente. Las cárceles se inundan de desgraciados sin papeles, sin nombres, sin rostros. Morirse es una bendición del cielo. Se monta a Caracas en un potro de tortura. Se inicia una lucha sin cuartel contra la Universidad Central de Venezuela y se emprende una acelerada construcción de colegios y universidades privadas. Lo iniciado por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, creando la Universidad Católica Andrés Bello y la Santa María, es continuado de manera acelerada por todos los gobiernos adecos y copeyanos.

Hay que decir que son muy pocas las diferencias entre el gobierno de Marcos Pérez Jiménez y los que le suceden en la lóbrega pesadilla puntofijista.

Ciertamente, por un lado, el 23 de enero de 1958 fue un arreglo político para que las cosas continuaran tal cual las dejaba Pérez Jiménez. Más aún, todos los militares que habían participado en el alzamiento contra el dictador quedarían marcados como sediciosos, y rápidamente serían puestos en cuarentena. Se habían convertido indudablemente en elementos peligrosos para la estabilidad del país, y por eso un grupo de altos oficiales que nada había hecho en contra de la tiranía, será el que tome el timón en los altos mandos de las Fuerzas Armadas. La misma orden que se impartió a mediados de febrero de 1958, desde Nueva York contra la Junta Patriótica, se hizo con relación a Hugo Trejo: “No conviene para la democracia ni muchos menos para los partidos, hay que sacarlo del juego”.

¿Quiénes estaban dictando estas normas?, pues el imperio, porque los cargos claves los tomó la burguesía, el poder económico. Los que toman el poder ya han decidido que el país debe seguir funcionando en lo social y en lo económico, como lo venía haciendo desde el siglo XIX.

En aquella delirante postración, el resto del país no existe, es apenas una enjuta y aletargada figura que subyace en el fondo miserable de la suprema vejación, del supremo envilecimiento: un cuadro que enceguece y deprime, paraliza a las voluntades más recias. En 1961, grupos de oficiales empuñan las armas para sacar del poder a los adecos. Todo respira muerte y temor, y la impotencia es como un garfio que se clava en el alma, el ritornelo intenso de lloros, de penas y remordimientos: la patria no existe, la patria nos la han arrancado del corazón. ¡Qué infinita desgracia! Si se era

joven quedaban pocos caminos: era necesario armarse, irse a las montañas, terminar loco o darse un tiro.

Venezuela se había convertido en un país militarizado por la injerencia de los partidos y de las misiones yanquis en el seno de las Fuerzas Armadas. Se hizo un horror hablar de Cuba, de Fidel Castro, del Che Guevara.

La gran amenaza del hemisferio la representaban los comunistas y para defenderse de esos monstruos se apelaba al juramento a la Bandera, a la Constitución –violada mil veces. A los más valientes se les trataba con el desprecio y el abandono, obligándolos a pedir la baja.

En aquellos tiempos no había un camino más plagado de cruces que el lento y mortal ascenso en la carrera militar. Unos oficiales que se venden como mujerzuelas a los jefes de partidos o a los magnates de las finanzas nacionales o internacionales; otros que cuelgan sus *cojones* al traspasar los umbrales relucientes del palacio presidencial para no perder los favores de los que deciden los destinos en los altos mandos. En esas cruces se encontrará muchas veces lo más grandioso que llegó a nuestra escuela militar que por dignidad tuvo que buscar otros rumbos.

Para muchos hombres honrados, el haber ingresado a las Fuerzas Armadas se les llegó a convertir en la peor decisión de sus vidas, porque buscando servirle a la patria, procurando emular las grandezas del Libertador y de los próceres que nos dieron patria y libertad, lo que encontraron fue un árido camino de muerte, obstáculos insalvables.

Hombres honrados que al pedir el retiro, al pasar a la vida civil, luego de solicitar la baja acabaron suicidándose o encontraron la locura, o se echaron a buscar una vida azarosa y peligrosa que no les permitía pensar en el horrible fracaso y en la frustración de sus vidas. La noria brutal de estos seres que ya nunca podrían

ser los mismos, jóvenes truncados, destrozados, mientras que los condiscípulos que estaban por debajo de sus anhelos y capacidades seguían en la senda del preclaro ascenso, hacia los soles, las estrellas y los galones de más altos rangos.

Hay pues, una carga que pesa sobre la nueva generación que se está formando en las Fuerzas Armadas, cuando cunden por doquier escándalos de robos, y asesinatos. Le dan un tiro en la boca a Juan Luis Ibarra Riverol, se persigue con saña al comandante Luis Alfonzo Godoy, luego todo el lío de las vinculaciones de los Perros de la Guerra con Pedro Lovera, Gardenia Martínez y Orlando García. Pedro Lovera estaba relacionado con el almirante Iván Carratú Molina en el escandaloso caso del Proyecto Turpial. El almirante Carratú Molina fue a parar a la cárcel por este *affaire*, y era jefe de la Casa Militar del presidente Pérez.

Todos estos hechos corren parejos con los eventos de la conspiración que se está preparando, porque hay que tener en cuenta que el 4-F es un desencadenamiento acelerado y no organizado de una rebelión que estaba pautada para otra fecha.

En el pasado se habían dado otros intentos de rebelión militar de carácter revolucionario, porque siempre se discutió en el seno de las Fuerzas Armadas el papel de los militares en la democracia, cuando ellos venían siendo usados para masacrar al pueblo, para servir de escudos protectores de las transnacionales, para hacer un papel totalmente opuesto al carácter liberador, soberano y nacionalista al servicio del pueblo, que le imprimieron nuestros próceres.

HERVIDERO DE INTRIGAS



Comienza el ensañamiento de los cuerpos represivos contra los heroicos militares bolivarianos...

No puede haber disciplina sin conciencia.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET).

Intrigas contra los revolucionarios

El comandante Hugo Chávez Frías y los oficiales pertenecientes al Movimiento Bolivariano venían siendo investigados por sus actividades subversivas. Estas averiguaciones fueron solicitadas al presidente Carlos Andrés Pérez por los generales Carlos Julio Peñaloza Zambrano y Herminio Fuenmayor (de los servicios de información y de Inteligencia del Ejército) y por la Corte Marcial. Sin duda que a Pérez le habían llegado una serie de rumores sobre la actividad de carácter ideológico y patriótico que este grupo de oficiales venía realizando dentro de los cuarteles, Escuela Superior y Comando General del Ejército.

Todo esto se daba en medio de un hervidero de intrigas, en el seno de oficiales que apoyaban el puntofijismo. Entre los mayores enemigos de la posición bolivariana dentro de las Fuerzas Armadas se encontraban: Carlos Julio Peñaloza, Ochoa Antich, Herminio Fuenmayor y Raúl Alejandro Salazar Rodríguez¹², entre otros.

Hugo Chávez estaba destacado en Miraflores, en la Secretaría Permanente de Seguridad y Defensa, y fue puesto a la orden del general Ochoa Antich, jefe del Comando Estratégico del Ejército (luego denominado Tercera División).

Ochoa Antich, nada que ver

Después de varias investigaciones el mismo Ochoa Antich, quien en ese momento tiene el Comando Estratégico del Ejército, pone en libertad, al concluir las investigaciones abiertas, a los oficiales bolivarianos.

12. El coronel Raúl Alejandro Salazar Rodríguez será quien más tarde supervise el despliegue de los planes de defensa, para asegurar y asumir el control de la Prevención, del edificio sede del Comando General del Ejército en manos de los insurrectos.

A diferencia de lo que muchos creen, Ochoa Antich no estimuló directa ni indirectamente a los jóvenes oficiales que en secreta rebeldía estaban contra el estado de cosas antipatrióticas que vivía el pueblo venezolano. No facilitó ni promocionó nada para que prosperara un estado de descontento contra el gobierno, ni mucho menos, al poner en libertad a los oficiales investigados como para animarlos a que continuasen en sus propósitos sediciosos, sobre todo porque desconocía los intrínquilis de la sublevación.

En el momento en que el general Ochoa Antich recibe los expedientes limpios de estos oficiales por parte de los cuerpos que estaban llevando a cabo la investigación, los retorna a sus puestos correspondientes en el trabajo profesional.

Tampoco los que llevaban a cabo la investigación, contra los bolivarianos en 1989, estaban en connivencia con los bolivarianos. Los investigadores sencillamente no pudieron dar con los hilos y menos aún con los nodos de la conspiración. El movimiento trabajaba en un círculo hermético, de difícil penetración.

La CIA y el Comando Sur de los EE. UU.

La CIA tenía conocimiento de los documentos y volantes clandestinos del Movimiento Bolivariano del Samán de Güere.

Uno de los centros más activos en el seguimiento de las actividades conspirativas de estos grupos bolivarianos fue el Comando Sur de los Estados Unidos, dirigido entonces por Winston Cover en Venezuela, de origen jamaiquino como su compañero el general Collin Powell. El Comando Sur, junto con connotados oficiales venezolanos, estaba preparando el contragolpe (de derecha, por supuesto), como se verá más adelante, en caso de que triunfasen los bolivarianos.

La CIA, la Misión Terrestre de los EE. UU., y el Comando Sur de los EE. UU., trabajaban a través de sus elementos de confianza, como por ejemplo, el coronel Raúl Salazar Rodríguez en ese entonces ayudante personal del general Carlos Julio Peñaloza. El coronel Raúl Salazar Rodríguez es conocido como persona de confianza absoluta de la CIA.

El coronel Salazar –por su grado y por pertenecer al ejército venezolano– tiene una prelación directa con los estamentos militares de inteligencia de los EE. UU., y con la jurisdicción de este país en los servicios de seguridad y en los servicios militares.

Salazar, relacionado con la Digepol y con el general Pedro Remigio Rangel Rojas (comandante general del Ejército durante el 4-F), fue uno de los más enconados perseguidores de los bolivarianos del 4-F.

La situación llegó a ser tan tensa en los cuarteles de entonces que para muchos generales hablar de la grandeza del Libertador y de Venezuela era conspirar.

No sabemos en qué momento le vino la idea al comandante Hugo Chávez de tomar La Planicie, un lugar verdaderamente estratégico, pues es un punto que se encuentra a unos cien metros por encima del nivel de Miraflores, y desde allí se domina y controla perfectamente dicho palacio. Con un solo cañonazo que se le hiciera, los destrozos iban a ser contundentes, irreparables.

El general Ramón Santeliz Ruiz tendrá un papel importante en estos acontecimientos, por su proceder no apegado estrictamente a lo que ordenara el presidente Pérez: por esto se le llegó a considerar como otro más de los involucrados en la rebelión.

El general Santeliz se ve desbordado por el alzamiento del 4-F, pero estuvo a un tris de detener a CAP, y de darle un vuelco dramático a la insurrección en los momentos críticos cuando el Presidente de la República se encuentra totalmente desorientado,

carece de Ejército, de Aviación y de la Marina. Luego habrá de ser puesto en la lista de los posibles golpistas más peligrosos después del 4-F, y será paso a paso seguido por los cuerpos de seguridad y los centros de inteligencia militares. A consecuencia de ello sufrirá un atentado, queda al borde de la muerte y finalmente pierde una pierna.

Francisco Arias Cárdenas

A Francisco Arias Cárdenas lo habían enviado obligadamente a Israel, pocos días antes del 4-F, para que aprobara un segundo contrato expoliador propuesto por los generales Molero, Salazar Montenegro y el coronel Saurio Escobar, jefe del Servicio de Armamento del Ejército. Arias Cárdenas regresa de Israel en enero de 1992.

Cuando los negociantes de la empresa israelita intentaron fraudulentamente vendernos ese material de artillería, el comandante Arias Cárdenas pone al descubierto el guiso, como vimos, y lo denuncia ante sus superiores.

El comandante Arias Cárdenas recibió el Regimiento de Artillería de manos de Rommel Fuenmayor. Los misiles son, pues, un total fiasco, porque cuando son orientados no siguen el rumbo que se les ha prefijado, y se dio el caso que uno de ellos, desviado de la trayectoria de vuelo más de 5.000 metros, a la derecha, cayó sobre una cochinería en el pueblo de Quisiro. Otro que se disparó dio contra un camión MAN del Ejército.

Hubo muchas conjeturas y algunos se preguntaron si acaso todo esto estaba así diseñado, de manera adrede, para que en caso de una confrontación con Colombia no se le produjera ningún daño a las fuerzas de combate neogranadinas –tomando en cuenta que para Colombia, Israel es su mayor y más confiable proveedor de armamentos.

Conjeturas estas que cruzan por las mentes de los que investigan este caso, y uno se pregunta, ¿cuánto material de esta naturaleza fraudulenta reposaba entonces en nuestros almacenes? ¿Y cuál habría sido el enorme fiasco ante el país, si en caso de una confrontación, aquello nos hubiese estallado en la cara?

La empresa judía tenía la pretensión de que no se desvelase el informe del fraude multimillonario en dólares del material de artillería que había comprado el general Narváez Churión (copeyano), y que había sido aprobado en el Congreso Nacional por Lewis Pérez y otros diputados adecos y copeyanos de la Comisión de Defensa del Congreso.

Este era, pues, otro pavoroso fraude que se añadía al rosario de estafas en las Fuerzas Armadas, y que va a constituir un justificativo más para el levantamiento.

¿Por qué se desencadena prematuramente la rebelión?

Hay un oficial delator que resulta ser un capitán que está comprometido con la hija del general Manuel Delgado Gainza, director de la Academia Militar. Esta grave delación se produce a las 10:30 de la mañana del día 3 de febrero.

Entre los planes de los comprometidos con la insurrección del MBR-200 se había tomado la decisión que si caía alguien o se producía una delación, en el acto se desencadenaría la rebelión. Esta delación fue sumamente grave y perturbó los resultados esperados.

Los oficiales comprometidos en la Academia Militar llaman a Chávez por teléfono, y le avisan mediante una clave el acto de traición. Inmediatamente, el comandante Chávez, de acuerdo con el Plan de Operaciones Vigente (POV), que estaba aprobado, comienza a desencadenar acciones recurrentes ese mismo día para tomar sus posiciones en los diferentes sitios que tenían programados.

Es a las 3 de la tarde cuando el coronel de la CIA, Raúl Salazar, se entera de que está en marcha una sublevación. Graba Salazar al delator capitán Gimón Álvarez, y envía la información a los agentes del Comando Sur.

Se dan con grandísima sorpresa y de naturaleza estratégica los movimientos del comandante Hugo Chávez, porque cuando los centros de inteligencia norteamericanos están esperando que estas estallen en Maracay, en el Regimiento Aerotransportado Aragua se desarrolla una operación sumamente audaz, a 400 metros de Miraflores, en La Planicie. Esta acción desconcertó completamente al generalato afecto al puntofijismo. Entre esos supremamente sorprendidos por esta acción extraordinaria está el mismísimo ministro de la Defensa, general Fernando Ochoa Antich.

El contragolpe

Al tiempo que las sorprendentes acciones de la rebelión se ponen en marcha, paralelamente el Comando Sur de los EE. UU., con el coronel Winston Cover a la cabeza (secundado por el general Rangel Rojas y el coronel Raúl Salazar), comienza a mover sus piezas: a las 17:30, del día 3 de febrero de 1992 se realizan operaciones para un contragolpe, pronorteamericano, claro.

El general Ochoa Antich se encontraba en Maracaibo realizando la visita mensual a las guarniciones ese fin de semana.

Ya el día 3 de febrero de 1992 el Comando Sur de los EE. UU., y los servicios de Inteligencia del Ejército habían detectado treinta unidades sobre movimientos no explicados, y estaba saliendo otro tanto de telegramas de la Dirección de Inteligencia del Ejército, presidida por el general Valero Rivas, para alertar a esas unidades en todo el territorio nacional.

Pero también se entera de algo más: los treinta telegramas antes mencionados fueron retenidos por el coronel Raúl Salazar y el general Rangel Rojas, a instancias del jefe de la Misión Terrestre de los EE. UU., el coronel Cover. Detectado el mismo día el movimiento insurgente, los norteamericanos del Comando Sur junto con sus amigos venezolanos diseñan un plan para preparar el contragolpe, como venimos señalando.

Hay que tener en cuenta que posteriormente estos oficiales (Raúl Salazar y Rangel Rojas) serán condecorados en la embajada norteamericana por el embajador Mikel Skoll, a instancias del Comando Sur, y existe una fotografía sobre este acto que Hernán Gruber Odremán coloca en un libro de su autoría, sobre estos acontecimientos.

El Regreso de Ochoa Antich

El día 3 de febrero de 1992 Ochoa Antich, una vez concluida su visita a Maracaibo, a las siete de la noche, llega a la Base “Rafael Urdaneta”; de allí toma un avión y se dirige a Maiquetía, donde aterriza cerca de las nueve de la noche. Él no está enterado de lo que está ocurriendo porque adrede se lo ocultan; ningún efecto produjo los treinta telegramas que había enviado el general Valero Rivas. Tal vez parte de la intriga entre los mandos propiciaba un descalabro en las funciones del ministro para que luego se le acusase de traidor (se suponía que él, además de subalterno, era amigo del presidente Pérez)¹³.

13. En una nota de prensa que apareció en *El Nacional*, recogida por Rosita Caldera y Jesús Romero Anselmi, del día 19 de febrero del 1992, refiere la siguiente conversación que hubo el mismísimo 4 de febrero, entre el general Ochoa Antich y el comandante Hugo Chávez.

Habla el general Ochoa:

—Chávez, usted quería hablar conmigo.

El jefe rebelde responde:

—General, quería decirle que el movimiento tenía la decisión de ofrecerle la dirección.

Ochoa responde:

El Presidente llegó cerca de las diez de la noche de Davos, luego de cien horas de agite en dos continentes, y venía acompañado del vicealmirante Mario Iván Carratú Molina, quien desde la ventanilla del avión se asoma y ve carros de la Disip esperándolos. Se lo comentó a CAP y este dijo:

—¿Qué *coño* pasará?

Venía CAP de participar en dos encuentros mundiales, uno en Nueva York y otro en Davos para el Foro Económico.

Sucedió algo muy raro: cuando Ochoa subía de Maiquetía para Caracas, luego de sus visitas a las guarniciones en el Zulia, dice que se encontró en la autopista con una gran congestión de vehículos producto de que un jeep se había incendiado, por lo que decide devolverse e ir en persona a recoger al Presidente. En el aeropuerto se consigue con el ministro del Interior Virgilio Ávila Vivas quien se encuentra entre la comitiva que recibirá a CAP.

A las diez se abre la puerta del avión y aparece un Pérez cansado, que se sorprende al ver allí al ministro de la Defensa, a quien para nada esperaba encontrarse.

—¿Y usted qué hace aquí, ministro? —le dijo Pérez, ansioso por salir del aeropuerto.

—Se lo diré en el automóvil —le contestó Ochoa Antich.

Subieron al vehículo el presidente Pérez y los ministros Ávila y Ochoa Antich.

CAP, durante su vida pública se había sentido sobrado en medio de los avatares de las duras circunstancias políticas, de modo que se le hizo costumbre atender y tratar con desprecio a aquellos disminuidos y apopléjicos ministros.

—Eso no se le ofrece a los hombres de honor.

Además de ser esto absolutamente falso por cuanto que Ochoa no era hombre para una acción como esta, quisiéramos saber muchos, los que sufrimos profundamente aquella democracia, qué es lo que nuestros gobiernos pueden ofrecerle a un hombre de honor: ¿Un Ministerio de la Defensa?, ¿la Cancillería?, ¿la defensa de Pérez?, ¿vivir plegados a las decisiones que nos impone el norte? ¿atender a la querida del Presidente? ¿cabronearle sus negocios?

—Presidente —le dice Ochoa Antich—, toda la tarde circuló un rumor sobre un posible atentado que un grupo de oficiales subalternos realizaría en su contra en el aeropuerto, a su arribo de Davos.

El presidente Pérez se molestó:

—Ministro, rumores y más rumores. Esos rumores son los que le hacen daño al gobierno. ¿De dónde sacan ustedes eso?

El ministro Ochoa Antich se quedó callado como un muchacho regañado y no habló más durante el resto del viaje. Al despedirse CAP solo le dijo:

—Lo espero a las 7 de la mañana en Miraflores para iniciar una investigación.

Había sido un comando insurgente el que provocó la explosión del vehículo en la autopista Caracas-La Guaira. Por cierto que Ochoa Antich no se atreve a hablar de este incidente porque no quiere recibir otro regaño.

—¿Cómo es posible entonces que el Presidente se vaya a La Casona, y el general Ochoa a su cama, como si todo estuviese de lo más normal¹⁴?

Un 3 de febrero como pocos

- 11: 30 p.m.: En la avenida La Salle del edificio El Doral, a una cuadra de la avenida Andrés Bello, cerca de la calle que sube al canal 4 de televisión, aparecen unidades militares artilladas.

14. El Presidente había ido a La Casona a bañarse y cambiarse porque de allí iba a coger para una gran fiesta que le tenía preparada el caudillo Luis Alfaro Ucero. Carlos Andrés para estas cosas era incansable; mientras Chávez duerme poco reunido y trabajando con sus ministros, CAP no se perdía uno solo de los grandes saraos que se daban en la capital aunque se estuviera muriendo de cansancio.

- 11: 35 p.m.: Se escucha un tiroteo muy especial, con ráfagas o selectores de disparo de tres tiros que corresponden a los fusiles FNS, 5-56, de las Unidades Especiales y Paracaidistas.
- El general Ochoa había llegado a las 11 de la noche al Ministerio de la Defensa, en Fuerte Tiuna, luego de acompañar hasta La Casona al Presidente, y después de cenar con su esposa. Estaba durmiendo cuando comienza a recibir varias llamadas; a esa hora no sabe que está rodeado por las fuerzas insurgentes, y que dentro de poco van a hacer presos a 22 generales.
- Al general Santeliz lo sacan de su casa en Cumbres de Curumo por una llamada que se le hace desde Fuerte Tiuna y cuando le informan el caos de lo que está pasando no puede creerlo. No sabe absolutamente nada de la rebelión en marcha.
- 11: 40 p.m.: Por la zona de la avenida Andrés Bello se escuchan disparos y ráfagas de fusiles, 5-56, está llegando el Batallón de Paracaidistas “José Leonardo Chirinos” a Tazón, al mando del teniente coronel Joel Acosta Chirinos que atacarán la Base “Francisco de Miranda” y el Comando General de la Aviación; la compañía de paracaidista, al mando del capitán Carlos Guillén Bello, tomará las distintas alcabalas de Fuerte Tiuna; una compañía, al mando del capitán Carlos Rodríguez Torres se dirigirá a La Casona y un pelotón al mando del subteniente Juan Valero Centeno controlará el canal 8 para transmitir una proclama del teniente coronel Hugo Chávez Frías.
- 11: 45 p.m.: A esta hora CAP ha salido de La Casona para dirigirse a Miraflores. Se va enterando que una compañía del Fuerte Mara, a las afueras de Maracaibo, se ha sublevado.

- Al mismo tiempo parten hacia Miraflores, desde Fuerte Tiuna, los mayores Pedro Alastre López y Carlos Díaz Reyes; los capitanes Ronald Blanco La Cruz, Antonio Rojas Suárez, Noel Martínez Rivero, Carlos Aguilera Borges y Joaquín Suárez Montes; los tenientes Florencio Porras Echezuría y Rubén Ávila Ávila; el subteniente Gerardo Gollo Regardiz; el sargento segundo técnico Alexander Freites, 40 soldados y 12 vehículos tipo Dragón del Batallón “Ayala”.
- 11:55 p.m.: Ya ha sido tomada la Policía Metropolitana y la estación del Teleférico.
- El general Ochoa se encontraba rodeado en su residencia oficial en Fuerte Tiuna (la antigua casa del general Marcos Pérez Jiménez). Él todavía no ha llegado a su despacho.
- 00:00: CAP ha llegado con relativa facilidad a la avenida Urdaneta. No encuentra todavía una situación de alarma grave. Se entera de que el Ministerio de la Defensa está rodeado por los insurrectos, al igual que La Casona y La Carlota.

4 de febrero

- 00:05: Intenso tiroteo en San Bernardino, en un área que correspondería más o menos a la Comandancia General de la Marina. Hay varios jeeps en la puerta principal de la Comandancia e intercambio de disparos muy fuerte. En todo ese sector, donde se encuentra la pasarela entre el cruce de la avenida Vollmer con San Bernardino, hay balas trazadoras y disparos de cañón antitanque AT-4 y de cañón sin retroceso, y la zona se encontraba prácticamente desolada, sin otras personas que no sean militares, y la mayoría de los vehículos que se desplazan son de los insurgentes.

- A esta hora ya se tiene tomado Fuerte Tiuna y la Comandancia del Ejército. A diferencia de Fuerte Tiuna, donde hay tropas armadas que son inmovilizadas, en la Comandancia de la Armada lo que hay es una sede administrativa, donde figura un pelotón de custodia de unos cuarenta efectivos.
- 00:10: Pérez sigue en Miraflores, acompañado de Luis Alfaro Ucero y el ministro de Relaciones Interiores, Virgilio Ávila Vivas. Cuatro tanquetas con veinte soldados y cuatro oficiales en ese momento están atacando de manera inclemente al Palacio y al Regimiento de la Guardia de Honor del Batallón Ayala. La verja cede y el blindado se abre paso hacia el despacho presidencial. Se presenta un forcejeo entre el que conduce el tanque y un edecán de CAP.
—Ríndase y entrégume el presidente —ordena al edecán el capitán que conduce el tanque.
- Siguen fuertes descargas de fusil, y se escucha el tableteo de la metralla, mientras una de las tanquetas sigue avanzando hacia la oficina de CAP. Unos vidrios blindados que había mandado a instalar el ministro Reinaldo Figueredo prueban su eficacia, y son los que protegen a un Presidente sudado y anonadado. Los que resisten desde el gobierno son unas veintisiete personas recibiendo plomo cerrado de una especie de bazuca AC-4, y las ametralladoras punto cincuenta.
- A estas alturas está próximo a caer en manos rebeldes el despacho presidencial. Falta que aparezca el 422 Batallón de Paracaidistas y unos doscientos cincuenta hombres de la infantería que nunca llegarán. Estos se encuentran a mil quinientos metros de la explanada de Miraflores, en el Museo Militar de La Planicie.

- Llegan dos tanques que rompen la reja de la prevención del Palacio de Miraflores, y toman el control de las vías internas. “Creyeron que el poder les duraría eternamente, que todos los símbolos de la patria les pertenecían; que se habían hecho con una constitución para protegerles sus burdeles, sus estafas, sus engaños y malditos procederes. Les había llegado la hora”...
- Soldados de boina roja ingresan al Palacio con presteza y determinación:
 - No ven cómo tienen al país: ruina y perdición por todas partes. Esto se tiene que acabar, señores...
- La reja principal cede, los guardias de la prevención huyen y buscan parapetarse frente a la puerta amarilla.

Alguien le grita al coronel Rommel Fuenmayor:

—¿Qué es lo que usted defiende, coronel? Deje que ellos mismos vengan a proteger sus negocios: defienda usted la patria.

- Se produce otra balacera y el comisario Hernán Fernández, jefe de la escolta civil, dispara una ráfaga. El coronel Rommel Fuenmayor no está para escuchar razones sino para defender al gobierno.
- Carratú, Fuenmayor y Fernández huyen al interior del palacio. Las tropas sublevadas rompen la puerta dorada, utilizada únicamente por el Presidente, se hacen con la antesala presidencial y la oficina del ministro de la Secretaría.

La semana anterior apenas, en esos mismos aposentos, habían brillado con sus mejores trajes una variada representación de agentes norteamericanos, atendidos por Carmelo Lauría y los tecnócratas de Moisés Naim, Miguel Rodríguez y Carlos Blanco; hablaron de seguridad para inversionistas que veían muy buenas

oportunidades para sus negocios, y sobre los traumas dejados por los hechos del 27 de febrero de 1989.

Pero nuestros tecnócratas pedían a esos salvadores emisarios, a cambio, otro tipo de seguridad: una gran campaña mediática internacional a favor de la democracia venezolana.

- Al presidente Pérez le buscaron una subametralladora para que se atrincherara en su despacho.

—*Coño*, ¿y para qué necesito yo esa vaina, si tenemos F-16, cientos de generales y coroneles, almirantes, y el poderoso apoyo de la comunidad internacional? Ridículo, nojoda... ¿Y a quien voy yo a matar?...

Acompañado del teniente coronel Gerardo Dudamel y gentes de su escolta, Pérez pensaba en Cecilia Matos. Pensaba en lo que ella le había dicho, que no volviera a lanzarse de candidato, que se quedara tranquilo viviendo en Nueva York. Pero Pérez le contestaba que él amaba la historia. Que la historia era su locura. ¿Y nuestra historia qué?, preguntaba Cecilia. Un mundo de fuego y de balas lo separaba de aquella tranquilidad de la que le hablaba su amante. Era tarde. Tenía razón. Ya no podría salir en hombros de allí como lo había prometido.

- El contralmirante Iván Carratú Molina, jefe de la Casa Militar, el coronel Rafael Hung Díaz, el teniente coronel Rommel Fuenmayor, el comisario Hernán Fernández, el personal de seguridad y algunos guardias de honor respondían al fuego inclemente.

—Vamos a caer todos. No es que nos vayan a matar. Ya estamos muertos...

- Cayeron dos soldados atacantes y otros quedaron heridos por ráfagas desesperadas que partían desde las oficinas de la Casa Militar. El personal de la Casa Militar y de la Escolta Civil corrían al lado de Pérez, quien seguía diciendo:

—¿Y yo qué hago con esta vaina?, —dejó a un lado la subametralladora para moverse más escotero. Consiguen cerrar la pequeña puerta dorada y atrincherarse tras unos muros.

Poco a poco y extrañamente va bajando la intensidad de los combates y, en una pausa, los que rodean a CAP le insisten en que haga todo lo posible para dirigirse a la nación.

Se presume que a estas horas Alfaro Uceró todavía tenga esperanza de que todo aquello solo sea un trauma pasajero y que la fiesta que a todo dar se tenía organizada en su casa, todavía pueda darse. Ya él le había participado a todo el mundo que el Presidente estaría sin falta, “tiemble o relampaguee”.

En aquellos tiempos había bonches de grandes cacaos adecos por todas partes. Nunca había razones para no rumbear, incluso en AD se rumbeó cuando Luis Herrera derrotó a Luis Piñerúa Ordáz. Esa noche del 3, el secretario del CEN de AD ofrecía un sonado sarao en su casa, en el que se encontraban altos dirigentes del partido gobernante y ministros de CAP, entre ellos Ávila Vivas (quien se ausentaría “un momentico” para ir a recoger al Presidente en el aeropuerto).

- Se comunica CAP con Ochoa Antich y le dice muy angustiado que están atacando La Casona.
- Ya para entonces Ochoa Antich se encontraba en su despacho enterándose de que una unidad de ingenieros tenía rodeado el Ministerio de la Defensa y estaba atacando el Comando del Ejército.
- Pérez seguía llamando a Ochoa Antich, y este lo único que decía era que le iba a enviar refuerzos, ¿pero de dónde? Para completar, el almirante Elías Daniels le participó que la situación en Maracaibo se había complicado. El Cuartel Libertador, sede de los Grupos de Artillería Monagas y

Freites, se habían insurreccionado. No se tenía certeza de la lealtad de las demás unidades de la Primera División de Infantería. Caos total.

El cuadro en este momento era el siguiente, según lo describe Ochoa Antich¹⁵:

El Presidente de la República se encontraba sitiado en el Palacio de Miraflores, recibiendo fuego de una unidad blindada. La residencia presidencial se encontraba rodeada por una compañía de paracaidistas. El Ministerio de la Defensa estaba rodeado por una compañía del Regimiento “Codazzi”, que al mismo tiempo había tomado varios pisos de la Comandancia del Ejército. Los generales y coroneles plazas de esas dependencias estaban siendo detenidos al presentarse a sus puestos de trabajo. Un batallón de paracaidistas había tomado la Comandancia de la Aviación y detenido al general Eutimio Fuguet Borregales, comandante de esa Fuerza y a su Estado Mayor. La Brigada Blindada se había insurreccionado. El Comando Regional N° 2 de la Guardia Nacional en Valencia se encontraba cercado por unidades insurrectas. La Comandancia de la Armada estaba siendo atacada por una unidad de paracaidistas. El general Juan Antonio Paredes Niño, comandante de la Base “Libertador” había sido detenido por oficiales sublevados. Maracay continuaba incomunicada. Las demás guarniciones se encontraban sin novedad. Preocupado por el rápido avance de la columna de tanques provenientes de Valencia, llamé telefónicamente al general Alfredo Salazar Montenegro, jefe del Comando Logístico del Ejército. Logré localizarlo. Le ordené establecer una posición defensiva en la autopista Regional del Centro, con la finalidad de impedir el acceso de la columna de tanques a Caracas. En ese momento recibí otra llamada telefónica del puesto de la Guardia Nacional de La Encrucijada. Una unidad misilística se dirigía

15. Véase el libro *Así se rindió Chávez*, Los libros de *El Nacional*; Caracas, 2007.

hacia la capital... Me quedé pensativo. Entendí que los minutos empezaban a ser vitales. Si no se demostraba algún éxito militar, la conspiración podía extenderse.

Entonces dice Ochoa Antich que él fue el que le dio la idea a CAP de que urgentemente se dirigiera al país. Dice que tomó la decisión de llamar al Presidente y le rogó¹⁶:

—Presidente, es necesario que usted se dirija a los venezolanos.

—Ochoa, estoy totalmente rodeado en el Palacio de Miraflores. Sería imposible salir. Me detendrían de inmediato o me dispararían.

—Es verdad Presidente, pero la situación es de tal gravedad que tiene que hacerlo. Si usted no se dirige al país, el gobierno está derrocado.

—¿Es tan delicada la situación?

—Sí, Presidente, la situación es de inmensa gravedad.

—¿Y por dónde salgo, Ochoa?

—Por los túneles, Presidente. Debe haber alguna puerta sin control.

—Lo haré, Ochoa. Es mi responsabilidad.

Total que fue Ochoa Antich también el que encontró la fórmula mágica para sacar al Presidente de su demencial laberinto.

Dice Ochoa Antich:

Me sentí profundamente angustiado. Entendí el riesgo al que estaba sometiendo al Presidente de la República. En verdad no veía otro camino. Si no se daba una demostración suficientemente clara de que el gobierno controlaba la situación, se podía extender la sublevación. Recordé la virulenta campaña que los medios de comunicación habían realizado, después del 27 de febrero de 1989, en contra del presidente Pérez y del gobierno nacional.

16. *Ut supra*.

Con toda seguridad que el Presidente le preguntó a Ochoa Antich, cómo estaba la seguridad de Cecilia Matos en El Marqués, a donde se habían enviado varias unidades de la Disip.

En medio de aquel caos, Carmelo Lauría, quien se encontraba reunido con un pelotón de adecos y copeyanos jalando caña, al recibir el noticiazo, no sabe qué hacer (si coger para una embajada o enconcharse), totalmente desinformado llama a Ochoa¹⁷:

—¿Fernando, qué está pasando?

—El gobierno está caído —le contesta Ochoa. Llámate a los organismos internacionales.

Verdad, cómo no habían caído en cuenta: “¡Washington, la salvación es Washington!”. Era tal el pánico de Ochoa Antich viendo al gobierno totalmente derrumbado, que al recibir una llamada del doctor Rafael Pardo Rueda, ministro de la Defensa de Colombia, le pide ayuda desesperadamente, y le dice: “Pídale al presidente Gaviria que convoque con carácter urgente al Consejo Permanente de la OEA para condenar el intento de golpe de Estado”, y el ministro colombiano, también asustado, se ofrece a hacerlo de inmediato.

Ese hombre no solo sí camina, corre

- 00:15: Se realiza la toma formal del Comando situado en la avenida Vollmer, también del Comando de la Policía en Cotiza y minutos después con los tanques de guerra de Díaz Reyes, caen el Palacio de Miraflores y el Palacio Blanco, donde estaba la guardia presidencial. No se puede transitar más allá de la sede del Banco Latino, en la avenida Urdaneta, porque hay acción de tanques con cañones sin retroceso.

17. Mirtha Rivero *La rebelión de los naufragos* (Editorial Alfa, colección Hogueras, 2010, Venezuela, pág. 210).

- 00:30: Llega a Caracas el comandante Hugo Chávez con su batallón, proveniente de Maracay.
- 00:35: Miraflores y el Palacio Blanco están siendo tomados por una gran cantidad de vehículos blindados Dragón, que se ven en la zona, pertenecientes a una unidad de Fuerte Tiuna.
- Para ir de la avenida Urdaneta a Cumbres de Curumo para recoger al general Santeliz se pasan por verdaderas peripecias; por un lado de la Comandancia General de la Fuerza Aérea se presentan violentas acciones de armas automáticas y de cañonazos de AT-4. Es como una de esas batallas que se ven en películas de guerra en plena ciudad. Se podía ver cómo soldados cruzaban la autopista y entraban por un boquete hecho a la Base Aérea en la Carlota¹⁸.

Era totalmente surrealista aquella ciudad de Caracas, sin un carro circulando por sus calles o avenidas.

- La situación se percibía incontrolable y la movilización por la ciudad muy peligrosa. En ese momento están tomando La Casona, y hay fuerzas avanzando hacia el canal 8, donde la acción militar se siente con fuerza.
- Cuando el general Santeliz se dirige a la Comandancia del Ejército lo detienen en la alcabala; va vestido de civil (como en ese momento se encuentra el propio general Ochoa Antich).
- El general Pedro Remigio Rangel Rojas (copeyano) junto al coronel Raúl Salazar se ubican en la parte no insurreccionada del Ejército, y participan de operaciones para contrarrestar la sublevación¹⁹.

18. A esa hora, el general Eutimio Borregales, comandante general de la Aviación, está secuestrado en La Carlota.

19. Llama sobre manera la atención que en un informe oficial se diga que a las 22:05, el general Pedro Remigio Rangel Rojas se haya trasladado al Fuerte Tiuna "donde asumió el Comando y control de las operaciones de las fuerzas en el país".

A esta hora, la una de la madrugada, todavía el presidente Pérez no ha logrado salir de Miraflores.

- Están detenidos en Fuerte Tiuna veintidós generales del Alto Mando, junto con coroneles y mayores. Todos ellos habían sido detenidos por el capitán Ortega, quien era el jefe de las fuerzas bolivarianas.

El general Santeliz dura detenido aproximadamente 30 minutos.

- 1:00: El jefe de la Casa Militar, Iván Carratú, conduce en volandas a CAP al salón Ayacucho, mejor protegido, en momentos en que el tanque Dragón 1300 está avanzando hacia el despacho presidencial. El espanto entre los que rodean a CAP es tremendo y no hay tiempo qué perder, ni nada qué pensar, ni nada qué ponerse a inventar. El vicealmirante Mario Iván Carratú Molina milagrosamente se hace con un carro Conquistador gris, blindado, que irá escoltado por un Century azul.
- Comienza una gran carrera hacia el confín de la noche. Ya los disparos dan contra ventanales, jarros y cuadros. ¡Qué balacera, gritos y estruendos, señor! Lo único que el Presidente escucha es la voz de Carratú Molina quien le va diciendo: “—Por aquí, señor Presidente. Por aquí”. Van otros cuatro oficiales a todo dar. Sacan al Presidente por la Mayordomía en un carro sin placas. Llegan al estacionamiento donde Pérez y Ávila Vivas se introducen a empujones en el Century azul. Alfaro Ucero no puede darles alcance. Tirado en el suelo dejaron al gran caudillo Luis Alfaro Ucero²⁰.

20. Seis años más tarde será rematado por toda la plana mayor de AD, destacándose en este acto de extrema crueldad, Paulina Gamus, Antonio Ledezma y William Dávila Barrios.

- A la una de la madrugada aquel Century azul va como alma que lleva el diablo, sube por La Pastora tragándose todos los semáforos del sector. A cualquier parte menos colocarse en la mira de esa *banda de carajos, forajidos, delincuentes, felones,...* que no perdonan leyes, ni Constitución, bandera, ni orden de ningún tipo y están volviendo el Palacio más sagrado de la República en un verdadero estercolero de sangre y destrucción. Aquel Century les va abriendo camino; lo que importa es la velocidad, poner la mayor distancia posible con aquel centro de guerra y caos. No importa de momento a dónde se vaya, y por esta razón hay entre sus tripulantes un silencio mortal.

¿Salvándose el Presidente, se salvaba la República?

- 1:30: CNN transmite al mundo que se está desarrollando un intento de golpe de Estado en Venezuela. En este momento está arribando Hugo Chávez al Museo Militar, La Planicie.
- 1: 33: Ahora bien, nunca un Palacio de gobierno estuvo más desguarnecido: en Miraflores no había ni cien soldados. En La Planicie el comandante Chávez tiene tres batallones que están emplazados en el área general del 23 de Enero, donde mantienen absoluto control de la situación, hasta las 10:30 de la mañana. Además, toman todas las unidades policiales y de la Guardia Nacional que están de servicio en esa zona; desarman a toda la policía Metropolitana del 23 de Enero, y a unidades de la Marina que están en el Observatorio Cagigal.

Podía decirse que Chávez controlaba todo el sector, inclusive el Palacio de Miraflores. Lo que no ha hecho Chávez, porque no es su deber, es entrar al Palacio presidencial. Para esa acción fue designado el mayor Díaz Reyes, quien lo logró. Un comandante

insurgente no se mete a tomar un objetivo puntual, para eso tiene las unidades que él controla²¹. Lo que pasa es que la comunicación radial se pierde con ocho o nueve unidades diferentes que están alzadas; en el momento en que hay la evacuación en Miraflores de los muertos y los heridos por parte de Díaz Reyes, se produce por parte del coronel Rommel Fuenmayor, un acto que se cataloga de traición; se propuso una tregua humanitaria para sacar a las víctimas. La Disip cumpliendo órdenes del general Manuel Heinz Azpúrua da la orden de que se ataque por la espalda a Díaz Reyes cuando este esté disponiendo que una ambulancia entre en retroceso, para recoger heridos y muertos que se deben trasladar al Hospital Militar. Es en ese momento cuando se producen las ráfagas por parte del hijo de Erastos Fernández, quien por poco impacta a Díaz Reyes, pero que sí hirieron a dos oficiales que murieron y a varios soldados. Cómo estaría de nervioso Hernán Hernández, el jefe de seguridad de Pérez, que con una AUG no cogió a Díaz Reyes con la ráfaga de veinte tiros, estando aquel solo a dos metros de él. Fue una ráfaga que le ordenó hacer el general Heinz Azpúrua a Hernán Hernández para matar a Díaz Reyes, en momentos en que se estaba en una tregua de caballeros, que había sido respetada por Rommel Fuenmayor.

Cuando CAP sale después de la 1:00, todavía siguen los combates en Miraflores.

21. Es fácil hacer críticas y valoraciones sobre estrategia y asaltos militares cuando no se está metido en el candelerio, sino siendo mero espectador o testigo lejano. El general Ochoa Antich aseveraría varios días después de la insurrección que Chávez cometió un garrafal error manteniéndose totalmente inmóvil dentro de La Planicie. Quiso dar clases magistrales cuando al general Ochoa prácticamente lo desbordaron los hechos y quedó ante sus propios oficiales como un inepto. Declaró Ochoa Antich: "Faltó en la toma de decisiones. No se movió de La Planicie, donde se instaló como espectador de los hechos".

Cuando se le pregunte sobre este punto, el 26 de marzo, Chávez dirá en declaraciones a *El Nacional*: "Hay que preguntarle al ministro, por qué no iba él en el primer tanque que salió del Fuerte Tiuna a rescatar a Miraflores. Yo dirigía la operación en todo el eje central, desde Caracas hasta Valencia, y en un teatro de operaciones, el comandante se puede colocar en el sitio que él crea conveniente. La Planicie era el punto estratégico. El general Ochoa debe entender que nosotros le quitamos el Ejército, el control directo..."

Altos oficiales ocultan sus presillas

El almirante Daniels, quien estaba preso, sin insignias, habría que determinar por qué se las quitó siendo connotado oficial con fuertes nexos con el partido Copei; sería que temía severas represalias por parte de los alzados. La mayoría de los generales detenidos habían escondido sus soles, presillas y galones.

Algunos de estos altos jefes se habían despojado de sus soles y habían escondido las presillas como si estuvieran en una acción antiguerrillera para que no se les reconociera, cuando el que los había puesto preso los tenía perfectamente identificados. Hundían con los tacones en la grama de la Comandancia del Ejército las insignias metálicas, ahí cerca de La Prevención. De modo que, por ejemplo, Daniels, con su camisa beige, estaba de paisano, sin las caponas de almirante en su camisa, como tampoco con su guerrera en un evento de trascendencia mundial.

La forma en que está vestido el almirante Daniels llamará la atención de un periodista anglosajón, quien hará una observación muy sarcástica sobre la forma de presentarse este alto oficial. El periodista dirá que la persona que coloca al lado del comandante Chávez, parece más un *steward* (mesonero de nave inglesa), que un vicealmirante, Inspector de las FF. AA. Porque el periodista se dedicará a indagar sobre la persona que habla en televisión en el momento en que aparece Chávez por primera vez.

En el laberinto de Fuerte Tiuna

El capitán Ortega amenaza con su pistola al jefe del Estado Mayor del Ejército, general Santeliz. Este entonces entra en una discusión que se resuelve satisfactoriamente con el capitán y luego se dirige al Ministerio de la Defensa, y en el camino se consigue

con el coronel Roberto Moreán Umanés con quien tiene un serio *impasse*; este coronel Moreán Umanés viene siendo hijo del general Moreán Soto (persona importante de la nefasta democracia betancurista). Moreán Soto fue célebre en la contrainsurgencia y en las desapariciones de guerrilleros y estudiantes universitarios. Este señor Moreán Umanés había sido enfermero en la Escuela de Enfermería, donde había sido recluso por su papá por castigo, y en la que siendo enfermero, lo ascendieron de sargento técnico de Enfermería a subteniente de las FF. AA. Posteriormente, por presiones de AD y Copei, en las Comisiones de Defensa de la Cámara de Diputados y del Senado, consiguió ser coronel. Después se propuso su ascenso a General de Brigada por sus acciones represivas del 4-F.

Pues bien, el coronel Roberto Moreán Umanés le apunta al general Santeliz con una ametralladora Minimi y este le ordena pararse firme, y le reclama su falta de respeto. En medio de tanta tensión nerviosa, nadie se confía.

Ochoa Antich sale de su despacho y tal vez por la oscuridad, confundidos los alzados por las tareas de reconocimiento en la zona, los guardias que lo interceptan, piensan que el general Ochoa es un civil que trabaja en el ministerio. Cosa realmente milagrosa, porque en el momento en que lo hubieran reconocido y hecho prisionero, la situación del presidente Pérez se habría complicado terriblemente.

¿Qué ha pasado entretanto con el presidente CAP?

En el Palacio las fuerzas rebeldes se percatan de que Carlos Andrés Pérez ha huido no se sabe a dónde. Esto pone al ministro de la Defensa en situación harto embarazosa, pues podía estar en una embajada, escondido sin sujetar los elementos básicos de

su gobierno ni los hilos democráticos de nada. Pues bien, Carlos Andrés había huido por la puerta del garaje de Miraflores dejando, como vimos, al caudillo Luis Alfaro Uceró, quien deambulaba de un lado a otro sin que nadie pudiera orientarle en nada.

Pérez va como alma que lleva el diablo con dos guardias nacionales, el disip Hernán Hernández (hijo de Erastos Fernández) y el Almirante Iván Carratú. No saben si cogen para la embajada de EE. UU., si para Televén, si para Venevisión...

Llama sobremanera la atención que el Comando Sur de los EE. UU., el general Rangel Rojas y el coronel Salazar, hubiesen dejado un poco a la deriva a su divisa más preciada, el Presidente, quizá en la creencia de que estaba ya perdido y que más valía la pena concentrar todas sus fuerzas en lo del contragolpe.

La escuálida y compungida caravana de Pérez primero se había dirigido a Televén, en Los Chaguaramos, a la 1:30, coordinada esta huida por el almirante Huizi Clavier, para ver si el Presidente conseguía dirigirse a la nación. Coincide la llegada del Presidente a Televén con el asalto que en ese momento se le está haciendo a la Disip por ahí cerca. Es cuando creen, Carlos Andrés y su grupo que los ataques también son contra ellos, y una vez dentro, deciden retroceder y rompen la cadena de la alcabala de salida de Televén y despavoridos enfilan con rumbo desconocido.

Entonces Huizi Clavier, en otro carro, sereno y más ordenado, los va orientando por celular para que se dirijan a través de la ruta de las tiendas Maxi's, hacia el canal 4; no hay duda de que el señor Cisneros es quien puede garantizarle la vida al Presidente, es quien puede ponerlo en el aire.

Posteriormente la información que llega a un sector del propio Ejército es que realmente CAP se ha refugiado en la embajada norteamericana.

En todo caso, el camino que tomó, luego de la espantosa estampida en Los Chaguaramos, fue hacia Venevisión. Cisneros había dispuesto varios guardias cubanos armados con ametralladoras dentro del estacionamiento del canal. Cuando Pérez llegó, con su gran susto, al garaje y ve que hay hombres civiles armados su confusión, e incluso terror, lo llevó a pensar que este medio de comunicación también estaba tomado por insurrectos y ordenó volver grupas inmediatamente. Lo calmaron.

Tal vez Pérez recordaba que el 26 de junio de 1961, durante los hechos desencadenados por el Barcelonazo, este canal había sido tomado por los insurgentes. Entre los planes de aquellos revolucionarios, para sacar a Venezuela de su situación de nación lacaya y colonial hacia un país soberano, estaba la toma de este canal 4. Pues Venevisión siempre ha sido un reducto de la gusanera cubana, al servicio del imperialismo norteamericano.

Dando tumbos y azorados, entran CAP y su pequeño séquito en un hotelito de medio pelo de una o dos estrellas llamado La Colina, que muchos aseguran era un lupanar.

En este hotelito, frente al canal 4, y en una calle lateral, se comienza a armar la primera alocución de Pérez. La verdad es que CAP no sabía qué le diría a la nación.

Pero así sería el pavor que en ese momento dominaba al Presidente, que estuvo en La Colina 45 minutos; durante ese tiempo, entre un cortinaje medio oscuro y poltronas rojas y estropeadas, él pudo comunicarse con el general Ochoa Antich. Le pidió información sobre lo que estaba pasando y su ministro le contestó que estaba en negociaciones con los rebeldes.

Carlos Andrés está desesperado, dice que él no quiere negocios con los alzados, y que ya es hora de que se resuelva la situación respondiendo con plomo y no con acuerdos. “—Quiero que me arregle todo por allá porque de aquí cojo para Miraflores”. Le

estaba brotando el Betancourt que llevaba dentro, el que gustaba de coger los toros por los cuernos.

He aquí que la convulsa alocución se da, según algunos, a la 1:30 y que será repetida a las 2:15:

Me dirijo al país con firmeza pero con indignación... Un grupo de militares traidores a la democracia, liderando un movimiento antipatriótico, pretendieron tomar por sorpresa al gobierno. Me dirijo a todos los venezolanos para repudiar este acto. En Venezuela es el pueblo quien manda. Su Presidente cuenta con el respaldo de las Fuerzas Armadas y de todos los venezolanos. Esperamos que en las próximas horas quede controlado este movimiento. Cuando sea necesario volveré a hablar.

Pronto se formará en este canal un avispero de políticos de partido que querrán expresar su apoyo a la democracia. En la cola de la pasarela está de primero el más importante, Eduardo Fernández, quien, con decisión, condena la rebelión y da su irrestricto apoyo a la democracia venezolana. Después de Fernández seguiría en la cola Teodoro Petkoff y después Humberto Celli, presidente de AD. Los más adictos en aquella hora a CAP son Eduardo Fernández, Teodoro Petkoff, Iván Carratú, Diego Arria, Virgilio Ávila Vivas y Freddy Rojas Parra.

Un grupo de servidores adecos rodean a Pérez para darle consejo y decirle lo que tiene que hacer. En ese momento a muchos les brota una especial capacidad militar para asesorar y dar lecciones. Carmelo Lauría le plantea que se olvide de pedirle ayuda al Ejército y movilice tanquetas antimotines del Regional 5 de la Guardia Nacional y los mande a Miraflores.

Petkoff se ofrece para ayudar a redactar algunas líneas para la segunda alocución del Presidente. Quedan más o menos parapetadas, y con más ánimo CAP se dirige nuevamente al país:

Venezolanas, venezolanos: hace una hora me dirigí a la nación para darle cuenta del atropello vandálico de un grupo de militares que, desconociendo sus deberes constitucionales y deshonrando su inteligencia, pretendieron dar un golpe para asesinarme, pretendieron tomar La Casona y el Palacio de Miraflores. Afortunadamente la lealtad funcional de las Fuerzas Armadas lo ha impedido. He contado con el respaldo de toda la nación. Fedecámaras, la CTV y todos los partidos políticos, han dado su respaldo al gobierno democrático de Venezuela y a su Presidente Constitucional. He tenido la honra y el bochorno al propio tiempo de recibir directamente mensajes de los presidentes latinoamericanos. El presidente Gaviria fue vocero de los presidentes Carlos Salinas de Gortari, Alberto Fujimori, Carlos Menem y de otros presidentes de América Latina, para decirme que lanzaron a la prensa y a los medios de comunicación un comunicado muy fuerte y vigoroso, diciendo que jamás aceptarían que la Patria de Bolívar fuera hollada por una nueva dictadura. El presidente Mitterand también ha llamado desde Francia, el presidente de España, Felipe González; y hace algunos momentos también recibí la llamada del presidente George Bush, quien a las dos de la madrugada ha salido de su habitación para decirles a los venezolanos que cuentan con la solidaridad del pueblo de Estados Unidos. Ahora quiero dirigirme especialmente a las Fuerzas Armadas Nacionales: oficiales y soldados, les habla su Comandante en Jefe, su obediencia es para conmigo, para quien tiene el mandato del pueblo, para quien juró la Constitución. Cualquier oficial que pretenda hacer desconocer su mandato, de cualquier jerarquía, debe ser desconocido por ustedes. Ustedes tienen que honrar su juramento, ustedes tienen que honrar al pueblo de Venezuela de donde provienen. Yo les envío la orden precisa y categórica: obedecer a su Comandante en Jefe, obedecer a los comandos naturales de la organización militar que permanecen firmes en la obediencia y acato de la Constitución Nacional.

Este mensaje de Pérez se repetiría por televisión cada cinco minutos.

A las 3:45 aparecerá por televisión Andrés Eloy Blanco Iturbe, ministro de la OCI, informando que la situación en el país y en los cuarteles tiende a normalizarse, pero en ningún momento dice si el Presidente se encuentra en Miraflores.

Poco después corre como pólvora la versión de que el ministro de la Defensa ha sido detenido, y CAP, a las 4:00, muy indignado, ya está cansado de huir y ahora sí decidido a volver a su puesto de batalla, aunque lo maten. Cuando traspasa el vestíbulo de su despacho lo encuentra lleno de sangre, vidrios por todas partes, cartuchos de balas, sillas rotas y un cuadro enajenante por doquier. Dos oficiales le van hablando mientras camina con gran rapidez: “Se han alzado diez batallones en cinco ciudades diferentes: Caracas, Maracaibo, Valencia, Maracay y San Juan de los Morros”.

El coronel Marcos Yánez Fernández, jefe de La Planicie, se encuentra prisionero de Chávez. El coronel Marcos Yánez Fernández es especialista en blindados y oficial con conocimientos de inteligencia militar, además de haber sido agregado militar en varios países.

Cuando escucha la alocución de Pérez, busca Yánez Fernández al jefe insurrecto y le dice:

—Comandante, usted está en un grave aprieto, el Presidente se ha dirigido nuevamente a la Nación.

Para Yánez esto significa que la rebelión estaba sufriendo un serio revés, porque al controlar los medios puede confundir a las fuerzas sublevadas.

En medio de aquel estado de cosas, a CAP se le informa que existe una especial vinculación entre el general Arnoldo Rodríguez Ochoa y el teniente coronel Chávez. Entonces el Presidente decide llamar al general Rodríguez Ochoa para que interceda y le pida

al comandante Chávez que deponga las armas. El general Rodríguez Ochoa cumple con lo solicitado, tiene una amable comunicación con el llanero en armas, y luego le informa a CAP que el líder insurrecto le ha contestado que está decidido a rendirse, que no quiere más derramamiento de sangre. Esta es una información que corre por los estamentos más altos del gobierno, y que no tendrá mucha sustentación si se compara con la comunicación que luego sostendrá el ministro Ochoa Antich, desde Miraflores, con el rebelde bolivariano.

Toda esta situación revela un estado de total caos, nerviosismo y falta de control en el más alto nivel de las Fuerzas Armadas. Un ministro de la Defensa que vestido de civil pasa por un puesto de vigilancia controlado por los rebeldes y que se salva milagrosamente de ser reconocido; subalternos inmediatos del ministro Ochoa Antich retenidos por altos oficiales que supuestamente están del lado del gobierno; más de veinte generales presos; el propio Presidente de la República a la deriva y que nada sabe de lo que ocurre en Fuerte Tiuna, en La Planicie, en la Base Aérea ni en el Comando de la Marina en San Bernardino, y además incapacitado totalmente para movilizar un solo soldado.

En estas terribles horas el Presidente no tenía otra salvación que la ayuda norteamericana que ya estaba tomando las medidas necesarias para, incluso, sacarlo del país, pues el Comando Sur –minuto a minuto– monitoreaba su situación.

El general Ochoa y Santeliz consiguen salir camuflados del Ministerio de la Defensa, vestidos de civil, acompañados apenas por un ayudante, un oficial y el mayor Rodríguez, encargado de atender los teléfonos.

En tales circunstancias los tanques estaban saliendo de Fuerte Tiuna; los tanques que retomarían a Miraflores, Pagüita y El Silencio.

A estas alturas todavía se sigue sin conocer quién es el jefe de la rebelión.

En esos instantes, en Fuerte Tiuna, puede oírse con perfecta claridad la arremetida militar de cañonazos AT-4 contra la Disip, situada en Los Chaguaramos.

Se comienzan a recibir informaciones de la Sala de Guerra de la Comandancia del Ejército en el sentido de que no se consiguen contactar con el general Rangel Rojas, comandante del Ejército, como tampoco con el coronel Raúl Salazar.

Realmente lo que ocurría era que tanto el general Rangel Rojas como el coronel Salazar se negaban a contestar las llamadas. Pretendían hacer ver que no estaban en la Comandancia del Ejército. Tanto Rangel Rojas como Raúl Salazar en ese instante recibían solo órdenes de Winston Cover.

Se empiezan a recibir informaciones de que los insurrectos van a asaltar el Ministerio de la Defensa mediante unidades de la Comandancia del Ejército.

Se percibe, por parte del ministro Ochoa, una total falta de apresto para el combate, poca voluntad para resistir; las únicas armas de custodia del señor ministro en la madrugada del 4-F, estando todo en una absoluta confusión, son dos subametralladoras UZI, con dos cargadores.

El general Santeliz, por su parte, lo que lleva consigo es un revólver calibre 38, de cinco tiros, norteamericano.

Esto era así porque aquellos generales no tenían relación directa ni con ametralladoras ni pistolas. El puntofijismo había convertido a los generales en eunucos que no se fogueaban con las armas. En ningún país del planeta se había visto cosa igual. Contrario a la situación del 23 de enero de 1958 cuando todos los generales estaban armados hasta los dientes y dispuestos a echar plomo.

Pues bien, en esta situación, encontrarse con Miraflores casi tomado fue para Ochoa y Santeliz una gran sorpresa.

A los pocos minutos de llegar Ochoa Antich y Santeliz a Miraflores, están sacando a los primeros oficiales capturados, entre ellos al mayor Díaz Reyes. Entre los que dirigen esta operación está Oviedo Salazar.

Aún se evidencian, sin embargo, puntos de resistencia de francotiradores dentro de las oficinas administrativas de Miraflores, en los edificios posteriores a la Casa Militar y al Consejo Nacional de Seguridad y Defensa (Ceconasede).

Cuando Ochoa Antich entra a Miraflores y comienza a recibir novedades de parte de Rommel Fuenmayor se encuentra con un cuadro que lo pone a temblar, por los muertos que en ese momento están siendo retirados. Hay muertos en La Prevención del Palacio, dentro del Palacio, dos cadáveres de miembros de la Disip en la puerta del despacho del Presidente. Esas son las consecuencias directas de la espantosa corrupción que veníamos padeciendo, ante la cual un ser humano decente no podía ni debía quedarse de brazos cruzados. Ochoa Antich no piensa que CAP sea el culpable con los desquicios de sus derroches y crímenes, sino que todo debía recaer sobre los rebeldes, y es entonces cuando la salvación está en ponerse a hablar de acato a la Constitución, de juramento a la Bandera, de obediencia a sus superiores.

Los combates dentro de Miraflores habían sido cruentos.

En un salón había correajes y fundas de pistolas, guerreras y cartuchos esparcidos por el suelo. Unas botas ensangrentadas, unos anteojos negros rotos, pistolas, cacerinas, carnets con rostros desfigurados, un chaleco antibalas chamuscado y, sobre un banco, varios aparatos de comunicación tirados que eran de agentes de la Disip.

Pero era necesario que todos los poderosos, en coro, comenzaran a decir que los jóvenes bolivarianos eran unos asesinos. La

prensa tenía que señalarlos como violentos e inhumanos, la fuerza de la razón debía imponerse otra vez desde afuera. Pero al mismo tiempo se movían ciertos negociantes que querían sacar crédito del chantaje al tembleque gobierno.

Miraflores sería “recuperado” a las 4:00 a.m.

EL PRIMER CONTACTO CON CHÁVEZ



El comandante Hugo Rafael Chávez Frías, sereno y profundamente convencido de sus actos, asume totalmente la responsabilidad de los actos de la rebelión...

La primera llamada de Chávez a Miraflores fue recibida por el comandante general de División, Rommel Fuenmayor. Este oficial se niega a hablar con Chávez y le pasa la llamada al general Santeliz, este saluda al jefe rebelde y tienen una cordial comunicación. En ese momento Chávez no quiere hablar con el general Ochoa Antich, no obstante que se le hace una proposición a Chávez para que baje al túnel de El Calvario, en el lugar donde se encuentra un bombillo, más o menos a la mitad del túnel, y concertar allí una reunión con el ministro de la Defensa: “Que se adelante hasta allí el Comandante alzado, sin su escolta y desarmado, y que el ministro

de la Defensa desde el lado de El Calvario, haga lo mismo. En este encuentro se podría adelantar un diálogo”.

Chávez acepta en principio esta proposición, pero cuando Santeliz se la trasmite a Ochoa, este, receloso o temeroso, la rechaza. Ochoa Antich comenzó a decir:

—¿Y si me pone preso? ¿Y qué pasa si me pone preso?

En ese momento empieza a complicarse la situación, que de por sí estaba harto confusa.

Hasta este instante Ochoa Antich tiene una muy mala relación con CAP y ha recibido de este humillaciones y desplantes tremendos. Lo ha mandado a callar, le ha dicho que no se ocupa de sus obligaciones, que la defensa de Miraflores ha sido un desastre, que no hay coordinación de nada y el mundo militar se está yendo al garete. Ante todas estas críticas, el ministro cree ver la mano peluda de altos oficiales, entre ellas la de Iván Carratú Molina.

La deprimente situación moral del ministro Ochoa Antich se pone al descubierto en una conversación que sostiene con Chávez; el ministro se comunica con La Planicie, y la llamada la atiende el coronel Marcos Yáñez Fernández.: “Mi coronel, le agradezco que localice al teniente coronel Chávez. El ministro Ochoa desea hablar con él”.

La conversación dura unos diez minutos, y el cobarde Ochoa Antich en su relato se copia de lo que Chávez dirá en su alocución de Fuerte Tiuna sobre el derramamiento de sangre; comienza diciendo lo siguiente:

—Chávez, la situación está totalmente controlada por el gobierno. Lo estoy llamando desde Miraflores. Ríndase para evitar que continúe el derramamiento de sangre. Reflexione. Piense en sus deberes militares.

—Mi general, no me voy a rendir. Tenemos el control de importantes guarniciones y los combates serían largos y costosos.

—Chávez, le repito, la situación está totalmente controlada por el gobierno nacional. Ríndase.

—Mi general, ¿por qué usted no viene hasta aquí para que conversemos personalmente?

—Usted está loco, Chávez. Si voy al Museo Militar usted me detiene.

—No, mi general, le doy mi palabra de que no será así.

—Chávez, esa propuesta suya es imposible de aceptar. Ríndase.

Cuenta Ochoa que en ese momento él vio pasar al general Ramón Santeliz Ruiz, quien por iniciativa propia se había trasladado al Palacio de Miraflores, al frente del escritorio del edecán del Presidente de la República. Aquí está inventando Ochoa Antich porque ellos se vinieron juntos desde Fuerte Tiuna; añade el ministro que al verlo recuerda que es amigo personal de Hugo Chávez, y entonces le dice:

—Chávez, aquí está el general Ramón Santeliz Ruiz. Lo voy a enviar a conversar con usted las condiciones para su rendición.

—De acuerdo, mi general —dijo Chávez.

Después de esta conversación el abúlico general Ochoa Antich se dirigió al despacho presidencial para pedirle autorización al presidente Pérez sobre su contacto con Chávez. CAP le dijo:

—Estoy cansado de vacilaciones; me toma a la brevedad posible el Museo Militar.

—No es tan fácil, Presidente; es muy difícil atacar La Planicie.

—No me interesa. Use los aviones.

—Es imposible utilizar la Aviación en una zona tan poblada.

—Ministro, mi orden es plomo con esa vaina, al precio que sea, carajo. ¿Y qué está pasando aquí, a quién se le tiene miedo?

—Hay descontento, Presidente, me pone en una situación muy amarga, porque bueno, está de por medio el espíritu de cuerpo de las Fuerzas Armadas.

—¿Soy o no soy el Presidente de la República, entonces?

—Bueno, déjeme ver qué hago —y con su cara de duende regañado se retiró para tratar el asunto con otros generales que venían llegando.

De esta misión encomendada a Santeliz no se obtuvo ningún resultado; Santeliz regresó a Palacio y dijo que Chávez se negaba rotundamente a rendirse. Entonces el ministro de la Defensa vuelve a dirigirse al Presidente, pero este le corta:

—Ya le dije, ministro, que ataque inmediatamente el Museo Militar con la Aviación.

Ochoa Antich sudaba frío. En verdad CAP recibía presión también de todas partes, y las que más le perturbaban eran las que le llegaban del Comando Sur, de la embajada norteamericana y de empresarios como Gustavo Cisneros. Él, CAP, se debía a esta gente y tenía que responderles, porque la vida de ellos y sus negocios estaban en peligro y para eso lo habían puesto en Miraflores. Qué vaina. No se crea entonces que aquellos gritos de Pérez, aquellas órdenes tajantes provinieran de alguna fortaleza interior, de algún valor personal, de valores morales profundos. Nada de eso, tenía una responsabilidad muy seria con sus socios, ahora tenía que dar la cara, actuar con rigor y presteza.

El ministro Ochoa relata que, en ese momento, el general Santeliz le pidió al presidente Pérez autorización para llamar al teniente coronel Chávez. Desde el teléfono dijo en voz alta:

—Señor ministro, señor Presidente, el comandante Chávez se rendirá a las 3 de la tarde.

El presidente Pérez se acercó al teléfono y en voz alta, para que Hugo Chávez escuchara, dijo:

—Dígale a ese señor que se rinda ahora o que apenas amanezca será bombardeado por la Aviación.

De inmediato se dirigió a mí:

—Ministro, ordene a la brevedad el ataque al Museo Militar.

Mi respuesta fue concisa: “Entendido, Presidente”. En ese momento, en Miraflores, uno de los asesores de Pérez es Gustavo Cisneros quien está harto de ver desatinos.

A las 5:45 a.m., sumamente nervioso, Ochoa Antich consigue llamar de nuevo a Chávez desde el despacho privado del Presidente. La situación es sumamente deprimente, y el estado lastimoso del ministro se percibe en sus palabras:

—Chávez, ¿Qué ha pensado? Se rinde o no.

—Mi general, tenemos el control de las guarniciones de Maracay, Valencia y Maracaibo.

—Chávez, si usted no se rinde dentro de diez minutos ordenaré el ataque con la Infantería de Marina y la Aviación. Usted no tiene alternativa. Piense en sus deberes militares.

—Mi general, conozco mis deberes. No me rindo.

—Chávez, voy a hacer sobrevolar la Aviación sobre el Museo Militar dentro de unos minutos. La Infantería de Marina se desplaza en este momento por la autopista. Piénselo.

Apenas colgó el teléfono, el Presidente le cayó encima:

—Bueno, en qué quedamos, señor ministro Ochoa, ¿Qué pasa? Ordene el ataque al Museo Militar. No quiero más negociaciones, esto está demasiado ceremonioso.

—Presidente, voy hacer sobrevolar la aviación para mostrar nuestro poder de fuego. La Infantería de Marina se desplaza, en este momento, por la autopista Caracas-La Guaira. Pienso atacarlo con la Infantería de Marina y la Aviación en caso de que no se rinda.

—Le repito, Ochoa, no quiero más negociaciones. Échele plomo a esa vaina. Bombardéelo a la brevedad posible.

—Presidente, lo haré apenas la Infantería de Marina esté desplegada. Bombardear no es sencillo. La cercanía del 23 de Enero complica la operación. Permítame continuar la negociación.

—Ochoa, le doy diez minutos para que se rindan los insurrectos. Después ordene el ataque.

—Entendido, Presidente²².

Toda una versión que no es del todo cierta.

Total incapacidad de mando del ministro de la Defensa

Hay un gran tiroteo frente al Palacio, y se aprecia un taxi detenido y alguien que lanza gritos destemplados contra un hombre enjuto que levanta las manos. El taxista está reclamando que se le paguen seis mil bolívares a un hombre canijo y calvo que se niega a desembolsar tal suma, y que contesta airado: “¡No pago más de dos mil bolos, es lo que tengo!”. Se acercan unos oficiales y se consiguen con el exministro de la Inteligencia de Luis Herrera, el doctor Luis Alberto Machado, quien se ha ido hasta Miraflores para testimoniar su respaldo y apego a la democracia. Era difícil pensar que aquel hombre tan inteligente estuviese metido en un vulgar pleito callejero con un taxista a cuyo carro los tiros y las esquirlas lo habían destrozado.

—Váyanse a la *mierda* usted y su democracia, *nojoda* —gritó finalmente el taxista.

Seguía discutiéndose cómo plantear lo de un encuentro con Chávez cuando aparece el general Sepúlveda, de la Guardia Nacional, con una avanzada de setenta soldados, preparándose por si se lanza una segunda arremetida contra Miraflores.

22. Con razón los colombianos hacían con nosotros lo que les daba la gana, viendo en qué manos tan miserables, debiluchas y cobardes se encontraban nuestros gobiernos y nuestras Fuerzas Armadas. Por otro lado, esta triste posición del ministro Ochoa Antich echa por tierra cuanto se dijo y especuló de que estaba involucrado en la rebelión. No tenía condiciones algunas para ello ni moral, militar o política; un total y soberano muermo, más aún cuando luego él declaró que jamás habría hecho algo contra el gobierno por sus relaciones familiares con CAP.

En ese momento el ministro Ochoa cree haber resuelto el problema del encuentro con el Comandante alzado y comisiona al general Sepúlveda para que sea quien vaya y dialogue con Chávez en el túnel de El Calvario. Aquí ocurre algo insólito: el general Sepúlveda se niega rotundamente, alegando que él en ese momento solo cumple órdenes del Presidente de la República.

Está el doctor Luis Alberto Machado observando este cuadro surrealista entre discusiones de generales, y sugiere que un oficial en tales aprietos no está en capacidad de recibir órdenes sino ideas. Eso de ir a entrevistarse con un jefe rebelde en medio de una plomazón tan grande es para pensárselo.

Desconsolado, el ministro Ochoa ve que detrás del general Sepúlveda está llegando el jefe de la División de Inteligencia, el almirante Hernández, apodado cariñosamente por sus compañeros *El Viejo*, subalterno directo en el Estado Mayor Conjunto, y Director de la División Estratégica del Ministerio de la Defensa. Se le acerca y le propone la misma comisión que ha rechazado Sepúlveda. El almirante Hernández se niega también de manera rotunda, dando la misma respuesta que Sepúlveda:

—Yo solo cumpla órdenes del Presidente de la República.

El testigo excepcional de estas dos negativas de dos generales ante el ministro de la Defensa es el doctor Luis Alberto Machado, quien no puede creer lo que está viendo. La inteligencia del doctor Machado no le da para encontrar una solución al conflicto y opta por callar. Aquello es parte de la democracia que él defiende.

Ochoa Antich está mirando al general Santeliz²³. El general Santeliz deja correr una lapidaria sonrisa que confunde al ministro.

23. Una vez fuera del poder, CAP dirá en muchas oportunidades que la presencia del general Santeliz y del señor Fernán Altuve Febres en Miraflores tenía un objetivo determinado: atentar contra su vida. Ochoa Antich muy intrigado por estos comentario un día decidió preguntárselo directamente a Santeliz, y esta fue la terrible respuesta: "Fernando, esa noche el presidente Pérez salvó su vida porque Fernán Altuve y yo nos dimos cuenta que, para poder detenerlo o atentar en contra de él, teníamos que matarte. Eso lo impidió. Díselo al presidente Pérez, cuando te toque el tema".

HAMLET EN LA PLANICIE

Si nosotros no hubiéramos estado inspirados en Martí, Marx y Lenin, no habríamos podido ni siquiera concebir la idea de una revolución en Cuba, porque con un grupo de hombres –ninguno de los cuales pasó por una academia militar– no puede usted hacer una guerra contra un ejército bien organizado, bien armado e instruido militarmente, y obtener la victoria partiendo prácticamente de cero.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET)

El general Santeliz se dirige hacia La Planicie en su LTD: toma por la avenida Sucre, en medio de una formidable balacera. Sigue hacia la estación del Metro de Agua Salud, salta una isla, retrocede hacia la iglesia de Pagüita, donde hay un puente metálico que cruza El Calvario. De aquí en adelante continúa con las luces apagadas; una vez que llega a la quinta Santa Inés, donde hay un triángulo, lo detiene un piquete de civiles armados. El pueblo en ese sector está en la calle. Prosigue la marcha hasta que finalmente logra colocarse a poca distancia de La Planicie; se encuentra con el sector a oscuras; se está acercando a la vetusta fortaleza, cuando escucha varios disparos. Se acerca un oficial, el capitán Jesús Chourio, quien le atiende.

Al preguntar por Chávez le dicen que no está. Luego de unos veinte minutos de espera le parece ver a Chávez en uno de los torreones.

Aquella acción no es una simple simulación estratégica, sino la real y absoluta deflagración de todo el sistema político y militar de Venezuela.

Chávez baja, se saludan y comparte con los visitantes un café.

Chávez llevaba el escapulario de Maisanta. El Comandante, sereno, respetuoso y firme se retiró hasta el sumidero de la antigua Academia Militar que está en el centro del Patio de Honor, y allí se entrega a meditar unos minutos.

El comandante Chávez estaba muy lúcido en sus pensamientos, y les preguntaba si habían entrado por el lado de Stalingrado, un área del 23 de Enero, entre el Observatorio y una de las barriadas fuera de los bloques.

—¿Por dónde subieron?

—Por el túnel, Comandante.

—¿Y por qué no los vimos?

—Pasamos con las luces apagadas.

Se produce un intercambio de ideas entre el general Santeliz y el comandante Chávez. Le dice Santeliz a Chávez –con relación a la táctica militar que ha desplegado– que hay dos puntos a su favor y tres negativos. Comienza Santeliz a calificar aquella acción, desconociendo en profundidad lo que el Comandante barinés está en ese momento realizando y coordinando.

Hay de por medio razones ideológicas, patrióticas y políticas desarrolladas en difíciles circunstancias, pero desde el aspecto militar el comandante Chávez tiene como para una operación devastadora sobre Miraflores. Hay demasiada moral y fortaleza en aquel hombre, dominado por un formidable sentido del respeto humano. No es asunto de usar solo las armas.

—¿Quién es su jefe, Comandante?

—Bolívar.

Obra sobre él una voluntad superior, y ya tiene trazada una línea de pensamiento arraigada en lo más noble de nuestras tradiciones patrias, en lo más esencial y sagrado de sus ancestrales memorias.

—¿Está preparado para todo este fuego, Comandante?

Asomados en lo que fue el balcón del Ministerio de la Defensa, en La Planicie, contemplando el parpadeo de luces de la gran urbe, le dicen a Chávez:

—Comandante, esa ciudad que está allá abajo se va a tragar su sublevación. Cuántas víboras, cuánta ponzoña; cuántas fieras solapadas en los encantos, en los halagos: sutiles artistas, expertos, académicos, doctos, largamente añejados en la finura del trato; las puñaladas, los guiños, los besos y abrazos que han acabado a portentosos luchadores. ¿No siente, Comandante, el vaho de esas víboras? Para triunfar le exigirán que pacte con el crimen. Toda la historia de Venezuela desde que mataron a Bolívar se ha hecho en base a pactos con el crimen. No lo olvide.

—En definitiva uno no cuenta sino con uno mismo. Esta no es mi gran batalla todavía; es apenas otra de tantas que he dado, de tantas que se tendrán que dar. Apenas estamos comenzando.

Refulgentes al fondo los trazos que describen los cañones sin retroceso; las explosiones en La Carlota, los fogonazos y deflagraciones contra la Disip, Miraflores y La Casona.

Chávez sigue escuchando:

—Para una ciudad mucho más pequeña que esta, Comandante, los norteamericanos para tomarla metieron doscientos cincuenta mil hombres. Aquí hay cuatro millones de habitantes, Comandante, ¿cómo hará usted para controlarla? Fuerte Tiuna apenas cuenta con trece mil efectivos.

EMBEBIDO EN SU PROPIA GUERRA



Demudado el blanco sepulcro entre jaranas de huesos y risas: códigos para ostrogodos, constituciones para manumisos, decretos que excretan, la flema que caga.

Si usted no es radical no hace nada.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET)

Y sigue hablando la voz interna, fusionada con la de 200 años antes

Ese mismo monstruo demencial que ha devorado a tantos idealistas revolucionarios, que se tragó al llanero Joaquín Crespo, a Cipriano Castro e hizo de Gómez su mayor fortaleza; que destrozó a Medina Angarita y aniquiló a Carlos Delgado Chalbaud y a una larga lista de ambiciosos, farsantes o héroes. Esa ciudad abajo que seduce y que mata, y que cuando es tomada, entonces desatan su aliento las víboras, las melosas balas y babas de los cortesanos.

Nada de eso escapa a sus sentidos. Esa lucha sin cuartel que primero hay que vencerla dentro de uno: ya estamos curados. Soñando con los ojos abiertos y fijos sobre el hervidero de esa ciudad que algún día buscará conquistar con un ideal, con sentimientos arraigados en su ser, bajo el mandato supremo de quien lo ha sumergido en tantas batallas: Simón Bolívar. Embebido en el rumor de su ardiente convicción, con sus sentidos vibrantes, rodeado de sus soldados que confían en que él sabrá salir de aquel laberinto:

—Demasiados esclavos allá abajo. No lo saben.

—Comandante, no es tanto triunfar en esta batalla, como sostenerse; y no será luego tan importante sostenerse como lanzarse a resolver ese mar de problemas acumulados desde hace siglos. Se puede ser un estratega militar y triunfar, y después *habrá que ser líder de masas y más allá de todo esto un gran estadista, y quizá Dios.*

Con los ojos fijos en sus propias visiones, sigue escuchando:

—Allá abajo, comandante, hay otros generales y otros soldados entrenados para matar con otras armas que usted no conoce. El horror de los medios. Allá abajo, coronel, no se da la guerra que

hemos estudiado en los cuarteles; es un enemigo que avanza abrazado a uno desde que nace. Es el enemigo que jamás da la cara. El miedo, el enemigo que han intentado inocularnos desde que nacemos, Comandante.

La luces que le hipnotizan y le hablan con el lenguaje de ese pueblo que nunca ha opinado, que nunca ha tenido sino migajas y miserias:

—Se trata más allá del poder, de una culpa lacerante que nos condena. Usted tendrá que armarse hasta los dientes, comandante, para resistir y mantenerse en pie en esa batalla que será larga, eterna. No tendrá nunca más paz, comandante. Hoy a usted lo han crucificado, y resucitará de entre los asesinados. Pero vendrán otras muchas muertes. Creerán que lo han derrotado cuando no saben que ya usted se ha vencido a sí mismo.

Es aquí —en la contemplación del abismo de su propia guerra— cuando Chávez descubre el sentido de su verdadero destino. Cuando perderá el sabor de todos los miedos y verá que es un hombre marcado para una lucha superior, y que ya no se pertenece. Es en esta hora cuando ha triunfado porque la muerte la ha fundido con su destino. Todos los himnos de la Tierra, trompetas de júbilo, cánticos salvajes, solemnes voces que le saludan y que le hablan entre las que él imagina distinguir, presidiéndolo todo, al padre Libertador Simón Bolívar. Es un maldito, un condenado irrecuperable.

Y su memoria que no descansa, que tiene vida propia, jura el honor de servir bajo el mando de los sentimientos supremos del pueblo:

...sin que haya potestad humana sobre la Tierra que detenga el curso que me he propuesto de libertaros... No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparable el espíritu con la materia. Vosotros sois hombres, ellos son bestias;

vosotros sois libres, ellos esclavos. Combatid pues, y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia (Bolívar).

No es de este mundo. Lástima de todos aquellos que no lo comprendan. Es inútil, entregará las armas con las que ha tomado La Planicie porque va a empuñar otras. Es cuando descubre que no es por las armas de los cañones y de las atronadoras ametralladoras por las que ha puesto a Venezuela en un drama terrible, y por lo que realmente algún día vencerá definitivamente.

Ha entrevistado el llamado de sus augustas y verdaderas fuerzas, y siente el poder de aquella exclamación de Bolívar en Pativilca, cuando “derrotado” por las descomunales fuerzas de la adversidad, enfermo y aislado, sin recursos, y su ministro Joaquín Mosquera aterido de pánico y de dolor le pregunta:

—Ahora, Excelencia, ¿qué va a hacer usted?

Y él, contesta serenamente:

—Triunfar.

A las 4:30 había regresado Pérez a Palacio, y algunos de nuestros diarios recogerá la noticia de que el caudillo Luis Alfaro Ucero “ha hecho entrega del mando a CAP” por cuanto que el caudillo había quedado al frente, provisionalmente, de los destinos de la nación; en verdad a Alfaro lo habían dejado tirado como un trasto en la espantosa huida a primeras horas de la madrugada.

Con el regreso del Presidente a Miraflores se inicia una serie de deliberaciones para ver cómo se “mata la culebra por la cabeza”. Hay un líder rebelde, y mientras a este jefe no se le someta quedarán polvorines peligrosos excitando a la población y manteniendo un estado de inestabilidad que finalmente podría conducir a una guerra civil.

La cuestión se la plantea un oficial de esta manera:

—Señor Presidente, usted ha creído que tiene como aliados a los oficiales y soldados prisioneros que son una compañía pesada que está en La Planicie, con casi 200 hombres. Esos soldados y oficiales, señor Presidente, están libres, bajo palabra de honor del comandante Chávez, y no le van a hacer un acto de traición para que se tome esa fortaleza. Es decir, señor Presidente, el comandante Chávez le ha permitido al coronel Yáñez mantener su armamento y su pistola; eso es un acto de caballerosidad en respeto a la palabra de honor del coronel Yáñez, quien es más antiguo en el ejército que el Comandante alzado. E igualmente, el coronel Yáñez, en un acto de grandeza, le dijo a Chávez que si él aceptaba eso, él no era un Comandante de sus soldados, porque sus soldados también tenían que merecer el mismo privilegio. Entonces Chávez le dijo al coronel Yáñez: “Mantenga su armamento y dígame a sus hombres que estén armados, bajo mi palabra de honor.” De tal modo, señor Presidente, que a usted no le queda otra salida que permitirle la vida al comandante Chávez, en el caso que él deponga su armamento, y usted le debe garantizar su vida, la de su familia, la de sus oficiales, la de sus soldados y sus bienes personales.

(Esto está grabado en video y audio).

El presidente Pérez acepta lo que se le propone. En realidad, el que Chávez deponga las armas es lo único que le conviene a Pérez porque este había pasado por una tensión muy fuerte, y en la ráfaga de una película dantesca se vio varias veces sin el control del poder, desasistido de sus más altos mandos militares, sin ningún apoyo popular, esa mayoría que le había dado el voto, que no se manifestaba sino que más bien había salido a vitorear a los insurrectos. Sin esa clase media que se mostraba temerosa o al menos indiferente. Pérez, un hombre de más de setenta años, había sufrido pérdidas graves y dolorosas de su equilibrio emocional, había alzado la voz con desatino en sus propósitos y falta de coherencia en sus decisiones; había golpeado varias veces la mesa de su despacho con

bruscos arrebatos, viendo que se le iba el poder de las manos y que con aquel alzamiento su celebrada notoriedad internacional y su figuración en la historia –las dos cosas que más le preocupaban– se iban al infierno. En esa crisis emocional llegó a lanzar un tintero. Sus médicos temieron lo peor porque rondaba por su rostro un sudor nervioso, cayendo en repentinas cavilaciones que se manifestaban de manera dolorosa en el desacierto de sus pequeños y vagos ojos, que se apagaban, que se hundían en el desconcierto.

El Presidente estaba fuera de sus cabales, la nación en un total limbo y el mundo conmocionado con el final de una de las “más sólidas democracias del continente”.

Lo que más le abatía era ese persistente estado de inutilidad de sus fuerzas militares que no salieron a defenderle como esperaba. Sobre todo la participación de la Aviación que pudo haber destrozado los focos insurrectos en La Planicie y que solo tardaban cinco minutos en llegar de Maracay.

Uno de esos arrebatos estalló en un grito que parecía venir de ultratumba:

—¡Los aviones tienen hora y media desde que supuestamente partieron y no han llegado, cuando solo deben tardarse cuatro minutos! ¿Entonces, qué *coño* pasa? Aquí no hay un Mirage, un F-16 ni siquiera una avioneta.

Esa madrugada entre las 4 y 5 cayó una neblina en Miraflores, en el área del 23 de Enero, detrás de Tacagua. Había un frente frío inusual en la capital, y La Planicie estaba absolutamente a oscuras. El general Iván Darío Jiménez había colmado de una vana esperanza al Presidente:

—Señor Presidente, ya los aviones salieron de Maracay.

De modo que la sucesión de los eventos que han desencadenado los insurrectos es armónica, mientras que las del gobierno es peristáltica. Todavía Chávez tiene oportunidad de ponerse en

la cresta del dominio militar porque aún no lo han desalojado del sitio más elevado en combate.

Uno de los principios militares es que una persona que se encuentre en una elevación por encima de un adversario, tiene que incorporar diecisiete veces más tropas, o mínimo tres, para entablar un combate. Así fueron las posiciones que los patriotas desplegaron en las acciones de Junín y Ayacucho.

El cielo despejado

No hay aviones a las 6:30 de la mañana.

Siguen sin aparecer aún a las 7 de la mañana.

No hay aviones a las 8 de la mañana.

A las 8:30 CAP sufre una crisis nerviosa.

Entonces se confirma, por una llamada telefónica, que el general Jiménez ha logrado activar dos aviones, en ese momento vuelve el general Santeliz de nuevo a La Planicie. Pero a la vez hay instrucciones desde Miraflores para que se mate a Chávez.

—¿Y de quién pudo provenir esa orden?

—Pues, del presidente Pérez.

Orden que fue dada a los miembros de la Guardia de la Presidencia y de su Casa Civil. Está comprobado que salieron comisiones de la Disip, tanto de Los Chaguaramos, ordenadas por el general Heinz Azpúrua, como del mismo Miraflores (cuando comenzaron a regresar grupos de Disip a Palacio), a ocupar el 23 de Enero, cuando se supiera de la salida del comandante Chávez de La Planicie.

La ciudad sigue todavía tensa, y va Santeliz con una misión mucho más peligrosa que la primera porque CAP desconfía de este general: van fuertemente controlados por comandos de la Disip.

Pasan por el triángulo donde comienza la caída a la Villa Santa Inés y el acceso al primer bloque del 23 de Enero; en la zona hay hombres armados con varios tipos de ametralladoras, llevando diversas indumentarias, algunos con camuflaje americano, otros con uniformes de nuestras Fuerzas Armadas. Los hay con boinas rojas o banderas tricolores cruzadas por el pecho.

Aparecen en el cielo dos F-16 que fueron los célebres aviones que ansiaba ver amenazantes el presidente Pérez.

Siguen ascendiendo, y observan cómo todavía van y vienen tiros de fusiles que impactan los edificios, y hay ráfagas de ametralladora hacia Miraflores y el Palacio Blanco. A esta hora, en la avenida Sucre, se ven muchos paracaidistas.

Se hace finalmente este segundo ingreso a La Planicie por parte de Santeliz; en esta oportunidad el capitán Chourio no los retiene en la puerta, sino que al verles les abre la reja inmediatamente.

Las horas de la indecisión

Comienza el desarrollo de esas tres misteriosas horas que van de las 8:30 a 11:30 de la mañana, y que han dado mucho de que hablar a políticos, historiadores, poetas y militares.

Se encuentra el general Santeliz con Chávez, se saludan muy amablemente, y durante unos minutos nada hablan del caldeado estado en que se encuentra el país. Parece que el gobierno comienza a controlar la situación

—Falso, nunca la ha controlado. Están perdidos, y, además, el Presidente esta caído, no podrá sostenerse. Le hemos asestado un golpe mortal y ya Venezuela nunca más será la misma.

—Muchos van a querer sacar partido de esta caída.

—Así es.

—Muchos muertos van a querer resucitar.

—Así es.

—Todos los candidatos andan alborotados.

Se le participa a Chávez que los planes de Pérez son bombardear La Planicie.

—No tiene quien se atreva. No tiene Aviación.

—Él espera que lleguen los tanques y también los aviones Mirages.

—Pero... ¿llegarán?

Se van dando diversos eventos concurrentes. Una de las salidas que se comienza a contemplar es la de deponer la actitud insurgente. Salida sumamente peligrosa y que debía tomarse con enormes precauciones para evitar que se produjera la venganza de un gobierno que está profundamente herido y humillado. Había pues que estar alerta y tomar las medidas que no condujeran a una pavorosa represión, ejecuciones en masa de los oficiales, como tampoco persecuciones y el consecuente desmembramiento de las Fuerzas Armadas (como en efecto se dio, por mandato del presidente Pérez y por negligencia y cobardía del general Ochoa Antich).

Para salvaguardar la vida del jefe insurgente hay que dirigirse a Fuerte Tiuna.

Hay que tomar en cuenta que Chávez ha tomado una vasta zona de la parte occidental de la ciudad, en la que hay unidades de paracaidistas y comandos cazadores que están controlando la avenida Sucre, el 23 de Enero y toda la zona circundante a Miraflores, con dispositivos de armamentos importantes.

—Lo más prudente, Comandante, es que usted disperse las tropas y que se revise el armamento, porque si hay la explosión de alguna bomba, esta puede afectar las municiones que están dispersas.

Había un cuadro que no encajaba bien: no habían llegado los tanques, los aviones comprometidos con la sublevación no eran

F-16 sino del escuadrón Mirage bajo el mando del general Francisco Visconti, y por tanto los que volaban eran pro gobernernos; unidades que habían salido de Fuerte Tiuna se devolvieron; todo lo cual indicaba que se estaba suscitando realmente un revés militar para el grupo rebelde.

El comandante Chávez da la orden para que todas las tropas se coloquen debajo de parapetos de concreto y emplacen, por si acaso, armas antiaéreas.

No hubo rendición

No se trata de una rendición sino de una discusión reflexiva. Jamás se escuchó por parte del comandante Chávez la palabra rendición. El jefe insurrecto a nadie se le rindió.

Lo que sí se da es una transposición de mando de las tropas del comandante Chávez.

La gran preocupación del momento es cómo hacerles llegar las órdenes subsiguientes a las unidades que están destacadas en toda la zona al occidente de la capital, para que retornen al Comando Central de Chávez en La Planicie, a fin de preservar la integridad personal de estos jóvenes, que en grupo de diez o quince pelotones podían ser fácilmente exterminados, una vez que Chávez entregara el mando de sus unidades al coronel Yánez Fernández a través del general Santeliz.

Esto se hace mediante un acto formal.

Lo que hay es una entrega de mando de unidades operativas y, por lo tanto, no se produce una rendición.

Se efectúa así, una transferencia de mando doble: en primera instancia del comandante Chávez lo hace al general Santeliz, y este que restituye la autoridad del coronel Yánez Fernández a su

unidad, que constituye una unidad estratégica muy importante, que en léxico militar se llama Unidad Aislada.

Se dan entonces una serie de pasos protocolares:

—Honores a Su Excelencia, el Libertador.

—Honores a la Bandera.

—Se arman pabellones, batallones.

—Todos los fusiles son alineados.

Se hace un inventario de todo el material para evaluar las cantidades de municiones consumidas, las que quedaron en el Fuerte, el armamento disponible y el que se ha perdido en la acción.

“HABRÍA PREFERIDO OTRA MUERTE”

Todos vivían con la convicción de que Estados Unidos y sus poderosas fuerzas armadas serían los que derrotarían a la Revolución.

FIDEL CASTRO (CONVERSACIONES CON IGNACIO RAMONET)

Abandona La Planicie

Carlos Andrés Pérez y Ochoa Antich, en Palacio, no saben nada de lo que está sucediendo en La Planicie, de lo que se está acordando con Chávez, el traspaso de mando, y lo que se ha pensado, dirigirse hacia el Fuerte Tiuna. El general Ochoa Antich, aturdido, llama a La Planicie:

—¿Por qué demoran tanto? ¿Qué pasa con el comandante Chávez?

Se realizaban, como dijimos, inventarios bajo aquel cielo cargado de tormentosos presagios.

—No he sido yo el que ha ocasionado todo esto. Hay fuerzas que me han colocado en este camino. Y me declaro responsable de todo lo que se ha desatado.

Y la memoria con vida propia tomaba el mando de su corazón:

Ceder a la fuerza fue siempre nuestro solo deber, como el crimen mayor buscar la justicia y conocer los derechos de la naturaleza y de los hombres. Especular sobre las ciencias, calcular sobre lo útil y practicar la virtud, eran atentados de lesa tiranía, más fáciles de cometer que de obtener su perdón (Bolívar).

Unas cuantas lágrimas que le quemaban. No había allí nada suyo. Apartó unos libros, acomodó unas sillas y mesas que habían sido llevadas al patio, miró a la cara de sus hijos, sus soldados, y los abrazó. El silencio decía mucho. La fortaleza de un alcázar irreducible en el corazón:

—Seguiremos venciendo.

—¿Y no estamos derrotados?

—Están tratando de confundirnos. Somos los hijos de Bolívar.

Y su memoria se impuso de nuevo, y así lo expuso a sus soldados:

No basta que nuestros Ejércitos sean victoriosos; no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio, ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia; necesitamos aún más, ser libres bajo los auspicios liberales emanados de la fuente más sagrada que es la voluntad del Pueblo (Bolívar).

Carlos Andrés estaba demudado, lívido y destrozado interiormente. Buscar la reelección para pagar una vieja deuda y venir ahora a caer tan bajo. Lo que oye es muerte y desolación, y que el pueblo no ha salido a la calle a respaldar la fulana democracia. Si el pueblo no le expresa su respaldo entonces habrá que dirigirse a la OEA para que se apersona su Presidente en Palacio.

Pregunta Pérez por los altos dirigentes de su partido y todos están en el limbo, sin obreros, sin profesionales, sin campesinos. Es cuando comienza un monólogo interior en el que no hace sino repetir: “Habría preferido otra muerte”

En verdad: estaba muerto. El problema era que en ese país oficial y dominado por las mentiras y los necios estamentos del pasado, solo él lo sabía. No lo sabía Ochoa Antich, no lo sabía el Congreso de la República ni la Corte Suprema de Justicia ni los partidos AD y Copei, pero ahora CAP sí estaba enterado: había sido un muerto por naturaleza.

Solo que entonces CAP, como poco después Caldera, a pesar de saberse momias, siguieron andando tal cual, moviéndose tal cual, llevados de la inercia brutal de esos dos siglos de postración en los que ha estado hundida Venezuela.

Una de las primeras cosas que debe reconocer un país —y todo hombre— es saber cuándo alguien está muerto, cuándo algo ya está podrido o vencido. En tanto y en cuanto esto no lo sepa un país carece de condiciones para regirse por sí mismo; no puede ser libre. Nosotros hemos tenido por presidentes muertos, y por muertos héroes y sabios, salvadores y mesías.

Lástima.

Era él, en Chávez, quien sentía que a través de su ser, brotando de sus propios nervios y de su propia sangre, fluía un cambio. Era él quien le había hecho ver al propio CAP y al mundo que muchas cosas del pasado habían muerto. Él vio todo aquello con suma claridad la mañana del 4-F, en la que se desmoronaba el viejo pasado fundado sobre el Pacto de Nueva York.

Que algo estaba muriendo y al mismo tiempo algo nacía... Chávez se estaba volviendo profético como Bolívar.

En el acto de “despedida” de La Planicie se observan toda clase de rostros conmovidos. Corren lágrimas en algunos, otros tienen fija la mirada en su abismo interior, en medio de un solemne himno de gloria. Existen despedidas infinitas que son como saltos a la eternidad, y cuanto se escucha y se ve es como si fuera por

última vez. ¡Cuántas despedidas infinitas quedarán por delante!
¡Toda gran batalla es una condena, un suplicio, una culpa!

El general Santeliz va a sacar de la garra represiva del Estado a los jóvenes que están siendo irrespetados, golpeados y acosados, porque solo así Chávez podría acompañarlo.

¡Cuánto vale en este momento un escapulario, la foto de un ser querido, una carta vieja de la madre, de un hijo, de un maestro, de un amigo, de la novia! Un amigo de esos que adivinan los silencios, en una despedida hacia la nada. Ha corrido sangre, hay odio y división, la lucha... Ojalá todo cambie para bien, aunque muchos están convencidos de que la carrera de las armas ha terminado para ellos. Alguien volverá, un verdadero patriota que les reconozca sus gestos; tal vez ese alguien sea el propio Chávez.

Alguien tendrá que venir y este necesariamente tiene que ser mejor de lo que hasta ahora se ha tenido.

CUÁNTOS “POR AHORA”



Momento en que Chávez lanza su esperanzador llamado a las fuerzas rebeldes, mundialmente televisado y que se dará desde Fuerte Tiuna. Un misil pulverizador de la derecha que dura un minuto y veintisiete segundos...



Por primera vez un líder asume la responsabilidad de sus actos a casi un siglo... en un mundo de políticos que siempre viven diciendo: 'Yo no fui'...

El primer “Por Ahora” fue temprano en la mañana, en el balcón interior del Ministerio de la Defensa, poco después de que se hacen los honores al Libertador y a la Bandera. Es cuando Chávez explica con voz de eternidad ante las tropas (las tres unidades paracaidistas y sus oficiales) que ha habido un revés (victorioso) visto por muchos como lamentable, que ha conducido a la paralización de las actividades insurgentes.

Quedaba la esperanza de una segunda insurrección patriótica bolivariana. Es tan profunda esta convicción que poco después del 4-F se recrudecen en los cuarteles los rumores, las campañas y los anuncios de una segunda descarga contra las oscuras fuerzas de la reacción venezolana.

Esta primera arenga de Chávez dura cerca de diez minutos.

En este acto las unidades de paracaidistas no están completas; posteriormente saldrán hacia la parte del oeste de la ciudad un grupo de oficiales para recuperar las diferentes unidades, para que no se queden dispersas, sin comunicación y no vayan a ser los soldados liquidados por la Disip.

El segundo “Por Ahora” lo emplea Chávez encontrándose en los Almacenes Militares de Catia, y esta arenga dura ocho minutos. Ya el “Por Ahora” se convierte en el centro de sus alocuciones a los oficiales y soldados.

El Tercer “Por Ahora”, será mundialmente televisado y se dará desde Fuerte Tiuna.

El Comandante rebelde, antes de despedirse, va a cada uno de los piquetes destacados de los comandos y cazadores para decirles cuál ha sido su determinación, y cómo deben reintegrarse bajo el mando del coronel Marcos Yáñez Fernández, poniéndose a sus órdenes, y poniendo a su disposición sus armamentos.

He leído de algunos expertos que lo más difícil en una guerra es la retirada, y Chávez supo hacerlo de manera magistral. Una

retirada puede convertirse en una victoria si se sabe hacer correcta y sabiamente.

Antes de dejar La Planicie, Chávez va bien apertrechado y con la pistola que le corresponde. El Comandante va dirigiendo su propio rumbo. Sabe que su destino es Fuerte Tiuna, y hacia allá va sereno y con una profunda fe en sí mismo. Él lleva en un mapa las unidades desplegadas en los edificios y en las calles.

Téngase en cuenta que Chávez se está retirando de La Planicie con su rango, sin rendirse, más armado que como había llegado a la referida fortaleza.

En el Comandante insurgente, aunque mantiene una recia fortaleza interior, se revela su angustia porque, al estar separado de sus oficiales, muy fácilmente los pueden ejecutar. Hay que recordar que todos los jefes adecos heredaron de Rómulo Betancourt su placer por la venganza; Betancourt destruyó con suma crueldad a Isaías Medina Angarita, luego a Marcos Pérez Jiménez, a quien extraditó de Estados Unidos pagando millones de dólares para después recluirlo en la Penitenciaría General de Venezuela en San Juan de los Morros; lo más horrendo, el odio inmenso que desplegó contra los comunistas, metiendo en la cárcel a sus parlamentarios, matando a sus militantes, torturándolos y persiguiéndolos sin piedad.

Eliminando a Chávez creería Pérez haber dado la mayor lección democrática de los últimos cincuenta años.

Es aquí donde uno se detiene aterido de pavor al considerar el enorme peligro de muerte que rodea a Chávez en un medio tan plagado de asesinos, seres vengativos y mortales alimañas.

¡Cuántos por ganarse el favor presidencial no lo hubieran vendido, liquidado!

¡Cuántos, de los redomados “izquierdistas” que aquí se decían revolucionarios –y que luego mostraron sus verdaderas naturalezas poniéndose luego del lado de Fedecámaras y de Carlos

Ortega- lo habrían orgullosamente vendido para reclamar espacio y debutar en los altares más elevados de aquella degenerada forma de hacer política! ¡Cuántos de estos valientes luchadores aniquiló la oligarquía colombiana muy parecida a la nuestra!

Lo cierto es que Chávez en ningún momento llegó a perderle el pulso a los hechos y a las acciones que debía asumir. En ningún momento se le vio nervioso ni permitió que los hechos lo descontrolaran. Sí estuvo angustiado por la suerte de sus hombres, pero a la vez estaba consciente de que en su fortaleza moral estaba la salvación.

Se despide Chávez del coronel Yáñez Fernández cumpliendo el protocolo militar pero también mediante un caluroso abrazo.

Se retira Chávez de La Planicie junto con el general Santeliz para dirigirse a los Almacenes Militares de Catia. Al encontrarse Chávez con sus camaradas oficiales se le cuadran.

Aquí en Catia iban a quedar unos diez oficiales presos, junto con un personal de tropa, desarmados. Estos presos quedaron en manos de una persona especialmente escogida por el general Santeliz, por ser el más antiguo y el más autorizado para asumir el control del armamento que le había sido tomado a los insurrectos.

Chávez exige que a los sargentos se les devuelva sus boinas rojas.

Esta entrega de La Planicie solo es comparable en nuestra historia al momento en que los asesinos de Sucre (José María Obando y José Hilario López) despojan de su mando al coronel Florencio Jiménez, héroe de las Batallas de Junín, Pichincha y Ayacucho. El coronel Florencio Jiménez era el Chávez de aquella hora en que les despojan del mando de la División Callao; Florencio era profundamente bolivariano, un mulato que había dejado la pala y azadón del campesino para enrolarse en las fuerzas patriotas, muchacho sencillo y candoroso, ingenuo, de

conducta irreprochable, devoto, que había hecho proezas en la Campaña del Sur.

La famosa División Callao estaba conformada por unos mil venezolanos, bajo el mando del coronel Florencio Jiménez, quien se sublevó en junio de 1830 contra el miserable gobierno de Joaquín Mosquera (quien traicionó horriblemente al Libertador). La División Boyacá, que estaba integrada por santanderistas, fue pulverizada el 27 de agosto de 1830, por la del Callao. En el maldito Convenio de Apulo se disolvió a la División Callao.

Es difícil redactar los episodios de estos días, así como inconcebible imaginar las fuerzas agresivas que tuvieron que ser contenidas y moderadas para que no estallara una espantosa guerra civil. Honor en este sentido debe hacerse al coronel Jiménez, quien soportó crueles insultos. Nadie esperaba que Jiménez pudiese tolerar con serenidad los improperios desmedidos que le lanzaba la facción del general Nepomuceno Moreno, santanderista comandante de las tropas de Casanare.

Triste igualmente fue el espectáculo de los soldados separados de sus mandos naturales bajo los cuales habían libertado a la América del Sur. Había humillación en algunos rostros, congojas indecibles en otros; remordimientos y frustraciones. Unos no sabían si después de tantas disensiones había de veras una patria, ideales por los cuales luchar. Palpábanse sus cicatrices al tiempo que notables próceres se oían llamar delincuentes y serviles por quienes nunca habían empuñado un fusil, y se veían obligados a bajar sus manos hasta las lanzas. ¡Cuánto opresivo dolor contenido en aquellos pechos! Lo habían abandonado todo para cruzar los Andes y dar libertad a otras tierras; habían ido tan lejos que se habían olvidado de sus lares de origen; estaban desencajados para siempre del mundo en que habían sido concebidos. Y ahora sin un Bolívar que les sostuviera, que les oyera, o que les llevara otra vez en

alguna odisea de libertad, al mundo que habían sacado del oprobio colonial y que gemía bajo la sombra de los tiranos. ¡Maldición! era la palabra que todos mascullaban. Hubo un instante de rabia colectiva en que se rompieron y pisotearon espadas y charreteras, fusiles y lanzas.

Y obedecieron desarmados los venezolanos de la División Callao. Es que parecían seres a quienes se les hubiese extraído toda razón de ser y existir. Nadie, ni nada los había hecho sentir unos derrotados, pero ahora, ...deseaban morir. Tantos oficiales en medio del llanto, las lágrimas y las voces maltratadas, con un horrible escándalo interior, en un silencio tenso en medio del bullir de un rencor atroz; finalmente se oyó el lamento del corneta que pedía romper filas...

Entre los espectadores de aquel penoso ritual estaba el abominable santanderista Vicente Azuero, quien lanzó un victorioso suspiro:

—Al fin han caído nuestros verdaderos tiranos y hemos vuelto a ser libres.

Florentino González, otro santanderista, que lo estaba observando, remató:

—Cuando se ha logrado la libertad, don Vicente, los libertadores son un estorbo; por eso sobran Sucre, Urdaneta y Bolívar.

Describiendo aquellos momentos, Azuero sostenía que el entusiasmo de los pueblos era más general y más extraordinario que el del año 1819 (el de la Batalla de Boyacá). Que si no hubiera sido por la imbecilidad del vicepresidente Domingo Caicedo en su decidido empeño por amparar y recompensar a los enemigos de la patria, mucho más notables y valiosos habrían sido los frutos de aquella transformación²⁴.

24. *Correspondencia dirigida al general Santander*, Roberto Cortázar, Carta de Vicente Azuero a Francisco de Paula Santander, 14 de junio de 1831.

Aquel cuadro de desesperación muy bien podría ser pintado por las palabras de Tomás Edward Lawrence cuando los ingleses estafaron al pueblo árabe:

Quando triunfamos y el nuevo mundo amanecía vinieron los viejos, nos arrebataron nuestra victoria y la fabricaron de acuerdo con el viejo mundo que ellos conocían. La juventud pudo ganar, pero no había aprendido a conservar, y era conmovedoramente débil frente a la vejez. Nosotros balbuceábamos que habíamos peleado por un nuevo cielo y una nueva tierra, pero ellos nos dieron las gracias e hicieron su paz.

Así fue también en Colombia. En nombre de la colonia de la cual les costaba desprenderse, Obando y López, Azuero, Félix Restrepo, Francisco Soto y el resto de la camada de santanderistas que representaban esa vejez; pero en este caso ni siquiera dieron las gracias a los soldados que les habían dado un pedazo de tierra para que administraran más libremente los negocios que siempre habían querido detentar. Esta gente había hecho muy poco o nada por la Independencia e inconscientemente con sus acciones estaban pagando un tributo de agradecimiento a la puta Madre Patria, de la cual nunca habían querido desprenderse.

Vicente Azuero consideraba las hordas al servicio de Obando y López más dignas que los hombres que nos habían dado libertad.

José María Obando por su parte expresará el hondo sentimiento de orgullo que le dominaba por haber logrado la disolución de los cuerpos militares, que otrora defendieran la soberanía de la República (que tantos laureles dieran en Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho, Tarqui...) y fueran el terror de las huestes españolas y que tanto pavor causara a la Santa Alianza. Escribió a quien durante un tiempo fue uno de sus más

enconados enemigos, a su pariente Tomás Cipriano Mosquera, que entonces se hallaba en Estados Unidos:

Se ha votado del país granadino –agrega–, esa plaga que asolaba nuestra querida patria. Los hijos espurios de Venezuela que juraron hacernos su propiedad, todos, todos han salido: los pérfidos granadinos que cooperaban a su reinado han sido anulados: la patria es libre y segura. Por un decreto de la Convención se borrarón de la lista militar todos los jenerales, jefes y oficiales que derribaron al gobierno en el año de 830, incluso hasta los que obtuvieron destinos, y en este hachazo vinieron a tierra desde el viejo Pey hasta el último subteniente y el Ejército está perfectamente reformado. Bien sensible ha sido para mí ver arrancar algunos bigotes que en otro tiempo fueron el orgullo del Ejército, pero amigo mío, sin esos golpes decisivos dejaríamos a la Nueva Granada al corriente de revoluciones sosteniendo la patria las víboras que le han devorado²⁵. (sic)

Los vericuetos de Catia los conocía bien Chávez y por otro lado, el general Santeliz había nacido en esta heroica barriada.

Enrumban por el túnel desde Catia, dan una vuelta yendo primero a Cristo Rey, porque había unos automóviles muy raros en medio de las calles de aquella ciudad fantasmagórica. ¿Qué *coño* podían estar haciendo aquellos carros circulando por esa vía? Sin duda que se trataba de los comandos de la Disip que desde que salieron de Miraflores les van siguiendo en todo momento.

Una de las ventajas de aquel momento, para Chávez, y que permite que se pueda movilizar a plena luz del día por la ciudad es que aún nadie lo conoce.

25. Citado en la obra de Abelardo Forero Benavides: *Las Cartas infidentes, 1830*, Instituto Colombiano de Cultura, 1979, Historia Viva, Bogotá, pág. 158.

Ingresan al Fuerte Tiuna, y con sorpresa se enteran de que hay pelotones parapetados con sacos terreros, con ametralladoras y cuánta vaina está inventada.

Acceden por la Puerta Uno, anexa a El Laguito, que estaba protegida por una alambrada. Entonces la gente que estaba con las ametralladoras en la Puerta de El Laguito comienza a correr tras el vehículo; se trata de hombres a las órdenes del coronel Diego Moreno, persona de absoluta confianza del presidente Pérez, miembro de la Casa Militar, miembro del Cuartel General y Comandante del Batallón Caracas del Ministerio de la Defensa.

Se detienen donde está la Escuela Superior de la Fuerza Aérea; se oyen unos disparos de un piquete que está frente al gimnasio y a la Biblioteca Bolivariana. Pero allí no se bajan, sino que retroceden unos cincuenta metros, se comen la flecha donde está la Escuela Superior del Ejército, toman hacia el Ministerio de la Defensa y se internan por la gradas, hasta cerca del ascensor número 5.

Descienden los tres personajes y ya tienen al frente un piquete al mando del coronel Diego Moreno, y también del coronel Moreán Umanés, y ambos les apuntan con sus ametralladoras.

La intención quizá fuera abatir a Chávez; es entonces cuando se adelanta el general Santeliz y dice:

—¿Qué es esa vaina, coronel Moreán?

El coronel Moreán se contiene, pero se mantiene al acecho.

Abordan el ascensor, ingresa Chávez, y cuando el coronel Moreán Umanés, aún perplejo, pretende acercarse, el general Santeliz se le interpone:

—Usted no entra en este ascensor.

A quienes sí no hubo tiempo de impedirles el acceso fueron el coronel Diego Moreno junto con dos soldados del Batallón Caracas quienes entraron con sus ametralladoras montadas, el seguro lo rastrillaron dentro del ascensor.

El coronel Moreán Umanés, entonces, tomó el ascensor de al lado.

Los coroneles Moreán Umanés y Diego Moreno, con cinco soldados armados con sus ametralladoras van detrás del trío recién llegados de La Planicie. Cuando pasan por un arco cerca de la oficina de Rodríguez Citraro, Moreán Umanés y Diego Moreno saltan sobre Chávez y le arrancan los fusiles ametralladora, e instantáneamente reacciona Santeliz:

—¡Dejen la vaina que eso es del comandante Chávez!

Entran en el corredor donde está la oficina de Daniels, y vuelven Moreán Umanés y Diego Moreno a abalanzarse sobre Chávez; Santeliz intervino:

—¡Firmes, coroneles Moreán Umanés y Diego Moreno!

Se le devuelven las armas a Chávez.

Suben al quinto piso –donde está el Despacho del Ministro– y Moreán Umanés, aún mosqueado, rastrilla su ametralladora. Entonces el general Santeliz, haciendo honor a su preparación militar y a su carácter, ordenó a Moreán Umanés que se parase firme. Saca del ascensor a Diego Moreno, le ordena que se pare firme también, pero Diego Moreno se niega a acatar la orden.

Se ha dicho insistentemente que el coronel Diego Moreno había recibido órdenes de ejecutar a Chávez.

Hay un grupo de oficiales en el quinto piso que, al ver de cerca finalmente a Chávez, y además observar que viene armado, se desconciertan, no saben si admirarlo o recriminarlo. Se despeja el camino y se retiran casi todos los oficiales en el quinto piso, salvo los coroneles Morean Umanés y Diego Moreno.

Hay un grupo concentrado del otro lado del quinto piso, mirando estas escenas. Todos ellos insurrectos.

El comandante Chávez está logrando un efecto que no había imaginado, el cual es causar pánico en los oficiales del gobierno

de Pérez, quienes jamás pensaron que él podía presentarse en el Ministerio de la Defensa armado y hacerlo con determinación, tranquilo, firme.

Recogiéndose diversas fuentes, de conjeturas y rumores, se llega a la conclusión de que lo difícil en aquel momento para Pérez era saber quién realmente estaba con él. El enterarse de que a Chávez lo han llevado precisamente a la parte más sensible del Ejército, al corazón de las Fuerzas Armadas, en lugar de meterlo en una jaula o cárcel o de matarle, resulta un cruel mazazo que posteriormente le produce otros padecimientos terribles.

Pérez no tenía ningún poder, estaba desolado, confundido, herido en lo más íntimo de sí por una carencia total de mando y de sujeción del rumbo de la nave de un país que hacía aguas por todas partes. Ya no podría fiarse ni de sus más cercanos colaboradores, y quizás llegó a creer que estaba en la misma jaula del enemigo, vigilado por el débil general Ochoa Antich, que a fin de cuentas nada tenía que ver con la trama. Es decir, recelaba hasta de los más tontos.

—Pero ¿qué *coño* hace ese hombre en Fuerte Tiuna? ¿Para qué carajo lo han trasladado para allá? ¿A quién se le puede ocurrir peor barbaridad? ¿Entonces qué papel hago yo aquí en donde nadie me obedece? ¿Para qué tantos generales y cuerpos policiales y montones de tanques, aviones y ametralladoras, y nadie defiende al hombre que ha sido elegido democrática y constitucionalmente? ¿Han llevado a ese oficial felón al sagrado recinto de Fuerte Tiuna para que lo glorifiquen, y lo conviertan ahora en un héroe? ¿Ese es el ejemplo que buscan para que otros oficiales perturben y sigan destrozando la República? ¿Es que acaso ha sido poco el mal que ese traidor le ha hecho a la patria, que merece el paredón...?

De modo que cuanto se está desarrollando en Fuerte Tiuna es una situación que no han previsto ni CAP, ni Ochoa Antich,

ni mucho menos el almirante Daniels, Inspector General de las Fuerzas Armadas, a quien medio mundo verá presentándose ante los medios como si fuese él quien capturó a Chávez, y poniéndolo ante los medios como su prisionero.

Porque aquel jefe rebelde no estaba en Fuerte Tiuna como un simple preso, sino como un oficial que ostentaba todos sus grados activos, y además armado. Es por eso por lo que la inmensa mayoría de los oficiales de Fuerte Tiuna se alarmaron al verlo, recordando que entre sus planes golpistas había ordenado la detención de veintidós generales hacía poco, y cómo era que ahora tenía el atrevimiento de apersonarse tan convencido y seguro de sus actos después de haber convulsionado al mundo militar, al país. Nada de esto podía concebir el máximo jefe de Miraflores, cuando hasta hace poco había ordenado bombardearle en su posición de La Planicie.

Mientras todo esto se desarrolla a la velocidad de la luz, los medios de comunicación con *cameraman*, luces y un bejucal de cables atados a micrófonos, están concentrados en una de las puertas principales de Fuerte Tiuna, y van a constituir otra arma letal contra CAP. Se inicia una convocatoria para que los reporteros sean llevados ante el jefe insurrecto.

Los periodistas de los medios impresos (*El Nacional, El Universal, Últimas Noticias,...*) cunden por los alrededores de Fuerte Tiuna; el almirante Daniels tratará de controlar la información.

Desconocía el almirante Daniels que lo que dirá Chávez partirá en dos la historia de Venezuela del siglo XX: una arenga corta, penetrante como un cuchillo y que lleva una carga de dinamita mil veces más poderosa que toda la pólvora que hasta ese momento se ha quemado.

Hay un *motorhome* (presumiblemente del canal 2) totalmente equipado con lo más moderno, listo para lanzar al aire la figura del

comandante rebelde en cuanto lo iluminen las luces de los medios. Y cada vez llegan más automóviles para recoger información del momento porque ya el mundo está ansioso por conocer detalles del alzamiento.

Un mar de luces estallará enfocando dentro de poco al comandante Chávez cuando este se encuentre a un lado de la puerta del Ministerio de la Defensa.

Entra en acción el almirante Daniels, quien hasta hacía poco estuvo preso por el capitán Ortega. Hace presencia también el almirante Germán Rodríguez Citraro, quien dice:

—Le voy a decir a Daniels para que vaya a hablar con Chávez en el Despacho del Ministro.

No hay que olvidar que Chávez sigue armado.

Santeliz aclara:

—Rodríguez, mejor dile a Daniels que vamos para su despacho. Siguen avanzando un tanto apresuradamente.

Entran en grupo al despacho de Daniels, y cuando lo van hacer Moreán Umanés y Diego Moreno, Santeliz y Rodríguez Citraro, que son oficiales generales, se miran entre sí, y Daniels dice:

—Coroneles Moreán Umanés y Diego Moreno, por favor esperen afuera.

Fernando Falcón Veloz presenta los hechos de la siguiente manera:

El general Ramón Santeliz llegó aproximadamente a las 9:30 a.m. al Ministerio de la Defensa con el teniente coronel Hugo Chávez. En la entrada del Ministerio de la Defensa hubo un incidente al tratar el teniente coronel Diego Moreno, comandante del Batallón “Caracas”, de desarmar al teniente coronel Chávez. El problema se resolvió con la intervención del general Santeliz al ordenar que se le permitiera a Hugo Chávez permanecer armado... El general Santeliz y el teniente coronel Chávez subieron a la oficina del almirante

Daniels donde fue desarmado. En ese momento, tuve la oportunidad de darle un abrazo.

Daniels ha llamado a Miraflores y es cuando arde Troya. Siendo Daniels viceministro de la Defensa no es, sin embargo, muy amigo de Pérez. Daniels es una pieza de Copei dentro de las FF. AA., enemigo a la vez del almirante Carratú. Al día siguiente saldrá, con gran despliegue en *El Universal*, una fotografía en la que aparecen Chávez, Daniels y Fernán Altuve y con el título: “Los Jefes de la Insurrección”.

Todas las películas de su vida, como aventurero político, debieron desenrollarse y enrollarse en el cerebro del Presidente desde el año de 1945 cuando participó en el golpe contra Medina Angarita.

—La *pinga* —diría para sí el Presidente—: Daniels, Ochoa y Santeliz, los tres están metidos en la conspiración para tumbarme.

Carlos Andrés ya no está indignado sino que deliraba. El hombre que ha atentado contra su gobierno, contra su vida y contra La Casona donde estaba su mujer, ya no está en sus manos, sino en las de todo el mundo, y él no podrá hacer lo que hubiera deseado. La torpeza de Moreán Umanés y la de Diego Moreno han sido mayúsculas, y Ochoa Antich ha demostrado una incapacidad brutal como militar.

El Presidente, con la mirada desencajada, escucha cuando Ochoa Antich le informa que Chávez está en Fuerte Tiuna, armado y en el Ministerio de la Defensa, rodeado por un grupo de oficiales generales.

—¿Pero cuándo llegó ese señor a esa vaina? ¿Y quién lo llevó? ¿Y usted, señor Ochoa, cómo ordena eso?

Ochoa Antich trataba de defenderse diciendo que él no había ordenado nada de eso.

—¿Entonces fue el general Santeliz?

—Tampoco, Presidente.

—¿Pero por dónde carajo entraron esos señores a Fuerte Tiuna, ministro Ochoa? En esto, si no está metido usted, está metido Daniels. ¿Cómo es esa vaina? ¿Y usted no les dijo que lo tenían que traer para acá?

CAP sigue desorientado, su partido en el limbo y, peor aún, le llega una información que confirma efectivamente que David Morales Bello, Octavio Lepage y Carlos Canache Mata ya han salido de las embajadas donde buscaban asilo. Que están bien²⁶.

Por supuesto, en la fotografía de *El Universal* con el titular “Los Jefes de la Insurrección”, vemos la figura del almirante Daniels por la ausencia momentánea del ministro Ochoa. Es evidente también que ya no se puede salir por la fuerza de Chávez. Alguien debió soplarle al Presidente que quedaba todavía una carta que jugar, una resolución del Congreso de la República, y que debía ser ejemplarizante y urgente. De esa tarea se iba a encargar David Morales Bello, el principal jefe de la mayor tribu judicial de Venezuela, y supremo mandamás de todos los parlamentarios entreguistas.

Se encuentran reunidos: el vicealmirante Daniels, el vicealmirante Rodríguez Citraro, Chávez y Santeliz; en esta conversación el comandante Chávez se mantuvo firme en sus ideales revolucionarios y en la defensa de sus soldados y oficiales. Esta conversación duró ocho o diez minutos en la oficina de Daniels.

Se ven los emblemas de YVKE Mundial, Radio Rumbos, Venevisión, Rctv, CNN, Radio Caracol, Televén... Por la Puerta Uno entran todos estos medios con escolta al despacho de Relaciones Públicas del Ministerio de la Defensa. En la avalancha de cámaras y luces se concentran abajo, donde está el carro que se había utilizado para trasladar a Chávez, encima de las gradas. Y los medios comienzan a enterarse de que ese fue el vehículo utilizado

26. Información que traerá el 8 de febrero, *The Dayle Journal*. También se sabrá que corrieron a embajadas amigas, Pedro Pablo Aguilar y Timoteo Zambrano.

para traer al jefe rebelde quien en ese momento está en el quinto piso.

Un poco antes Santeliz le había pedido a Daniels que se le permitiese a Chávez arreglarse un poco, de modo que realmente el Comandante insurrecto tuviera tiempo para bañarse y colocarse un uniforme y boina nuevos.

Daniels se vio desbordado por la riada de los medios que pugnaban por entrar al despacho Simón Bolívar, que es la sala de espera del ministro. El oficial Colmenares, que trabajaba para el ministro, dejó entrar a todo el mundo. Daniels no tenía previsto en absoluto que Chávez apareciera ante los medios, sino por el sistema de telecomunicaciones interna (Sicodene), y hacer desde allí una teleconferencia con las unidades que aún permanecían alzadas.

Recibe a los medios el general Omar Ruiz (copeyano), quien desconoce al jefe insurgente.

—¿Y quién es ese señor que pasó por allí sin insignias?

Algunos periodistas extranjeros no pueden entender por qué ciertos oficiales no llevan insignias, galones o preseas de ningún tipo.

Entran, pues, los medios. Chávez en el centro, a su izquierda Fernán Altuve y a la derecha el viceministro Daniels²⁷. Chávez está abrumado por el cansancio y el acoso de tanta gente que indaga sobre su persona y por la posición del mismo Daniels quien cree que va a manejar los medios a su antojo.

—¿Quién es?

—¿Qué grado tiene?

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo llegó?

27. Posteriormente, el general Ochoa Antich asumirá la responsabilidad de haber presentado ante los medios a Chávez. Dirá que lo hizo para persuadir a los alzados que rodeaban con tanques a la Base Libertador, a la columna de tanques que avanzaba hacia Tazón y a los que hacían resistencia en La Carlota y Maracaibo. "Eso fue –añadió– para evitar un combate mortal entre las unidades de tanques y los F-16."

- ¿Por qué está aquí?
- ¿Quién lo capturó?
- ¿A qué hora se rindió?
- ¿Cuáles son sus contactos principales?
- ¿Por qué intentaron derrocar al presidente Pérez²⁸?

Aquel hervidero traspasa todos los salones, y Chávez -no CAP-, es el centro de atención del mundo. El mensaje todo en aquellos lentes y cámaras, y en cuanto enciendan la luz roja, brotará una secuencia indetenible de imágenes más poderosas que cualquier arma de fuego, y que es el germen de ese comienzo de la muerte del degenerado pasado.

El viceministro Daniels espera que Chávez exprese algo que él ha estado preparando como un guión, y resulta que el Comandante lanza un misil pulverizador que dura un minuto y veintisiete segundos.

Firme y sereno expresó:

Lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. En Caracas no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre. Vendrán nuevas situaciones. Oigan al comandante Chávez para que por favor reflexionen y depongan las armas.

28. Esta pregunta que la plantearon muchos periodistas resultaba realmente sorprendente. Parecía gente de otro planeta la que indagaba, cuando había un cúmulo inmenso de males agravados por el Paquete Económico, la diatriba sobre el Golfo de Venezuela (en el momento en que el Presidente admitía que Colombia sí tenía derechos sobre esta área netamente nuestra), la violación sobre los derechos humanos en lo del Caracazo, la vuelta sobre el escenario nuevamente de otra barragana más reina que la Ibáñez, la inclusión en el gabinete de un hombre tan desacreditado como Virgilio Ávila Vivas (señalado de haber estado metido en la muerte de Carmona), la continuación fresca y siempre en alza de la corrupción y una pasmosa y delirante inseguridad social.

Es decir, en vista de esta idiotez generalizada de los medios, se quiso hacer ver que Chávez y sus soldados eran unos vulgares y despreciables ambiciosos que querían implantar una espantosa tiranía con procesos sumarisímos y fusilamientos en los estadios.

Agradece la lealtad y valentía de sus seguidores y asume la responsabilidad del movimiento militar bolivariano.

El allanamiento a El Nacional

El general Heinz Azpúrua dice que recibió órdenes superiores

Ayer declaró en el Tribunal 26 Penal y de Salvaguarda el director de la Disip. El juez Braulio Sánchez se propone tomar declaración a Allan Brewer Carías y otros abogados sobre los alcances de la suspensión de garantías constitucionales



El director de la Disip, general Manuel Heinz Azpúrua

El director de la Disip, general (r) Manuel Heinz Azpúrua, acudió a las 9 de la mañana de ayer a declarar ante el juez XXVI penal y de salvaguarda, Braulio Sánchez, en la investigación que se adelanta para establecer responsabilidades en el allanamiento de El Nacional y la requisita de su edición del lunes 10 de febrero, lo cual impidió la circulación del diario en todo el país.

Los funcionarios cuando declaran en casos como estos son muy lacónicos y se limitan a afirmar que todas sus actuaciones obedecen a órdenes superiores recibidas. En este caso, el director del organismo de seguridad del Estado no declaró a los representantes de los medios de comunicación, pero trascendió que en todas sus respuestas reiteró que había actuado obedeciendo órdenes precisas del ministro de Relaciones Interiores, Virgilio Arilla Vives. Esto ya había quedado evidenciado la madrugada del lunes, cuando el director general de la Fiscalía General de la República, Antonio José Herrera, se puso en contacto tele-

fónico con él, tratando de que cesara el operativo y el despliegue policial, según la denuncia que ha hecho el director de El Nacional, Alfredo Peña. El director de la Disip afirmó que impidió la circulación de la edición porque traía en sus páginas o espacios en blanco la palabra censurada, desde se había sacado material, y había estado de acuerdo en que el diario circulara si se sacaba esa palabra.

Herrera lo entendió como un compromiso y lo contactó a El Nacional, pero cuando le informaron desde la sede del periódico que el cerco arreciaba, se puso en contacto con el ministro del Interior, Arilla Vives, y éste le dijo que el diario no circularía por órdenes superiores.

Por cierto, el juez Braulio Sánchez esperó el martes que compareciera a declarar el director general de la Fiscalía, Antonio José Herrera, pero éste no lo hizo. El juez, después de tomar declaraciones al mediador a Alfredo Peña e Ibejise Pacheco, director y jefa de redacción de este diario, por la tarde tomó declaración a Pablo José Alcázar, que actuó como censor desde la tarde del viernes y se produjo el primer retraso de circulación de la edición del sábado 8 de febrero y culminó con la prohibición de que circulara la edición del lunes 11.

Ayer trascendió que varios jueces y personajes del mundo judicial llamaron al juez Braulio Sánchez en relación a esta investigación, lo que pudiera tomarse en varios casos como intentos de presión.

Se le preguntó al juez si se siente presionado y él respondió que esa palabra se aparece muy poco por su patrimonio.

El juez esperaba la mañana de ayer la comparecencia de dirigentes geministas, tanto del Colegio Nacional de Periodistas, como del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, pero estos se fueron a Miraflores a entrevistarse con el Presidente Carlos Andrés Pérez, y por la tarde, cuando, uno de ellos, por lo menos, Jesús Pérez, el secretario general del SNTP, se acercó al edificio Universidad, frente al Congreso, se encontró con la puerta del edificio cerrada y todo el personal de los diversos tribunales, mirando por

que habían bajado en recibir la información y edificio había sido colado. Todos entendieron y formar parte de los runda instante se echan a veces los rumores se n uno de los ejemplos es el del 4F.

El juez Braulio Sánchez declaración de otros y gobierno, entre quienes el jefe de investigación ministerio Osvaldo Ramírez, a quien se identificó del gobernador de Cau Ledezma. El juez además citaría a Allan Brewer Carías en la Contienda, y a otros abogados pengan sus puntos de reglamentación o regulaciones de garantías con suspensiones, porque la esas no significa la s Estado de Derecho.

El juez XXVI penal y día, que ha pasado más o sustruido en expedientes de importación y también procesamiento de exportación, podría este caso de lo que ocupacional este mismo fin d podría ser en la tarde d sábado.

VICTOR MA

Manuel Heinz Azpúrua, director de la Disip, quien encabeza la mayor persecución contra los revolucionarios del 4-F...

1. Suspensión de las Garantías Constitucionales.
2. Allanamiento de periódicos y revistas.
3. Cárceles abarrotadas de presos políticos.
4. Reafirmación del Paquete Económico, con la presencia de asesores extranjeros, sobre todo Henry Kissinger.

5. Escalada de los precios de los productos de primera necesidad.
6. El FMI no acepta cambios en sus planes para Venezuela.
7. El problema del Golfo entra en penumbras.
8. Se crea un Consejo Consultivo que nada consigue políticamente para mejorar la situación.
9. El Congreso reafirma su absoluta incapacidad para provocar cambios positivos en la nación.
10. Continúa la inflación desbocada, y la devaluación del bolívar su marcha agigantada.
11. *The Herald Tribune* de Miami, se deshace en elogios a Carlos Andrés Pérez.
12. La prensa internacional y los presidentes del mundo le dan apoyo total a Pérez.
13. Continúa la escalada de rumores sobre golpes.
14. Manifestaciones en todo el país con saldo de muertos y heridos.
15. Saqueos, compras nerviosas, crisis financiera en puertas, pánico en las calles ante la desbocada inseguridad...
16. Fedecámaras da apoyo irrestricto a CAP.
17. La CTV da apoyo irrestricto a CAP.
18. George Bush da apoyo irrestricto a CAP.
19. Fujimori da apoyo irrestricto a CAP.

UN PADRE DE CHÁVEZ, UNO DE LOS DISCÍPULOS DE CHÁVEZ



Sant Roz le muestra las instalaciones de la Facultad de Ciencias al comandante Chávez (poco después de salir de la cárcel), cuando atiende una visita a la Facultad de Ciencias para dictar una conferencia en la ULA...

Entrevista a José Esteban Ruiz Guevara²⁹

POR: JOSÉ SANT ROZ

Dijo Chávez en unas declaraciones a *Tribuna Popular*, de marzo de 1998, es decir, antes de ser Presidente de la República: “Yo recuerdo mucho a un viejo comunista llamado José Esteban Ruiz

29. (Realizada en el año 2001)

Guevara, barinés, de Puerto Nutrias, historiador, poeta y escritor, a quien yo conocí desde muy niño; cuando yo era niño él no era tan niño, Ruiz Guevara, con sus historias sobre Maisanta y los cuentos sobre la sabana olvidada. Yo siempre recuerdo que me daban ganas de irme de baja –porque muchas veces pensé irme de baja del ejército–, una vez redacté en esos años de subteniente, una carta donde pido mi baja del ejército porque lo consideraba un deber, porque ese no era el ejército de Bolívar; y me decían los comandantes: “estás loco, cómo vas a decir eso. Te van a meter preso”. Y yo les decía: “No. No. Yo no quiero estar aquí”. Y una noche le conté a José Esteban Ruiz Guevara: “Me doy de baja”, y me contestó: “Tú no te puedes ir de allí. Haz lo que sea por permanecer más tiempo. Sigue, trabaja duro, hijo”. Porque me trataba como un hijo. “No –insistió–, tienes que quedarte allí. Amárrse los pantalones y quédese en el Ejército. Usted tiene que estar allí”. Y no estaba Ruiz Esteban tan lejos de la realidad, porque era una necesidad, lo que me decía este viejo camarada”.

José Esteban Ruiz Guevara es uno de esos personajes venezolanos que en sí mismo son bibliotecas ambulantes, cargadas de historia, de testimonios que no podrían recogerse ni asignándole a tiempo completo a toda una seria y formidable facultad de humanidades dotada con jóvenes y tenaces investigadores. Autor de obras como *Piedras Herradas*, edición de Corpoandes, coautor junto con Eduardo Rivero de *Aportes para el estudio de la bibliografía humanística del estado Barinas y Codazzi en Barinas*. Es, a mi parecer, uno de los más grandes coleccionistas de memorias de Venezuela: Filatelista, numismático, bibliófilo...

Gracias a este estudioso personaje nos salvamos de que una arqueóloga de nombre Jacqueline Clarac de Briceño nos metiera gato por liebre en unos “descubrimientos” realizados en La Pedregosa y en el cerro de Las Flores. Ruiz Guevara sí descubrió la trácala de aquel inmenso fraude al denunciar que con fotos de la

revista *Geomundo* nos habían hecho un montaje para decir que en Mérida estaba el ombligo de la civilización Chibcha. Lo otro que desenmascaró Ruiz Guevara fue la farsa de un supuesto rosetón (placa lítica) desenterrada en el cerro de Las Flores que “habría de descifrar los orígenes de la civilización americana” y que había sido expuesto con bombos y platillos en el Museo Arqueológico de Mérida. Ruiz Guevara y José Luis Quintero Moreno denunciaron que se trataba de un vulgar *souvenir* comprado en algún mercado de Perú. Lo que no le quitó por supuesto a los “descubridores” de estos fraudes lo bailado: la harta plata que le sacaron a la ULA para exponer sus desquicios en revistas, atender congresos, ganarse a la prensa y a ciertos medios culturales y participar en exhibiciones arqueológicas en el exterior. Toda esta fabulosa farsa aparece en el libro *Capos de Toga y Birrete*, de Sant Roz.

Conserva Ruiz Guevara una fotografía original de Maisanta que es la más emblemática de este veterano caudillo. Llanero de purísima cepa, Ruiz Guevara podría, si quisiera, dar toda otra versión más verídica y profunda de la historia venezolana. Hace pocos días se vienen a enterar de que el Presidente de la República, Hugo Chávez, ordenó hace dos años la reedición de su libro *Zamora en Barinas*. Porque Ruiz Guevara conoce a Hugo Rafael desde que era un chamito, allá en Barinas. A la casa de Ruiz Guevara iba Huguito a consultar temas de historia, y a conversar con este monumento del saber nuestro que en todas sus casas no hay espacio sino para los libros. Cuando vivía en Barinas tuvo que salir porque en su casa ya no tenía espacio para la cama ni para la cocina, ahora acaba de salir del apartamento donde vivía porque los libros literalmente lo han echado. En una ocasión tuve que llamarle la atención: “Mire que no solo de libros vive el hombre”. Y allí, entre tantos recuerdos de nuestros antepasados, no sé por qué motivo mencionamos a Pedro José Rojas, aquel ministro de Páez que en 1862 se forró con un empréstito; Pedro José que saluda al

terrible Juan Vicente González con un “Adiós traga libros”, y el otro que le responde: “Adiós mi hembra” (entiéndase “Traga libras”). No había manera, pues, de apretar el botón al aparatito y comenzar la entrevista, que siempre me pasa en casa de este meritorio llanero e investigador que hablamos de todo y al final hay que acordar otro encuentro para completar ideas y reconfirmar ciertos datos históricos. Además, tenía ganas de meterle el diente a unas hallacas angostureñas cuya preparación conoce muy bien Ruiz Guevara y que se comen frías (se cuecen con unos ingredientes que no se descomponen fácilmente); como que eran las que llevaban en sus faltriqueras algunos caudillos del siglo pasado.

Quizás fue en casa de Ruiz Guevara, en Barinas, donde Hugo Chávez recibió los primeros venenitos del marxismo, las historias sobre la gesta de su abuelo Pedro Pérez Delgado, Maisanta, que Ruiz Guevara se sabe al pelo, además de los encantos revolucionarios de ese “poemario” incendiario llamado el *Manifiesto Comunista*. Hay que tener en cuenta también que el primo de su madre, quien se encarga de la educación de Ruiz Guevara, Fidel Betancourt, fue nada menos que secretario de Maisanta.

Ruiz Guevara, cuando no estaba preso, andaba inoculándole “veneno”, digo, a la juventud con lecturas comunistas. Junto con José León Tapias, es uno de los que más conoce la vida de Maisanta pues como también señalé, un pariente suyo fue secretario de este endiablado caudillo barinés. Ruiz Guevara tiene sobre la vida de este personaje histórico una novela inédita: *Pedro Pérez Delgado, un filibustero fluvial*, obra a la que tuve el privilegio de tener en mis manos, y de leer un capítulo:

—¿Dónde naces tú, Ruiz Guevara?

—Yo nací en Puerto de Nutrias, Barinas, el 27 de abril de 1928. Este era un pueblo que sufría inundaciones durante nueve meses del año, y los tres restantes lo que quedaba era puro fango; de tal manera que nosotros, al menos yo, o los de mi generación,

no nacimos en ninguna barranca del Apure, sino que nacimos sobre el lomo del Apure. Este puerto es germinación de ciudad de Nutrias que tiene una de las joyas coloniales más interesantes del país, como lo es esa célebre iglesia matriz de Nutrias. Esta joya está hoy muy maltratada por restauraciones un poco impropias. Pero de todas maneras se conserva. Hay también una casa colonial que ocupa una cuadra, de unos ochenta y cuatro metros o de cien varas, más o menos. En esa casa se reunió la constituyente que creó el estado Zamora, con diputados de Apure y de Barinas; es decir, de los dos antiguos estados federales.

—*¿De qué año estamos hablando?*

—De 1862. Esa constituyente fue convocada por el general Pedro Manuel Rojas, que era uno de los ideólogos de la Federación. Este era un hombre que tenía en mente la reconstrucción de la Gran Colombia. Es entonces cuando por esta constituyente se fusionan las entidades de Barinas y Apure, y se crea el gran estado Zamora. Y uno de los aspectos más interesantes de esa constituyente es que de ella emana una Constitución que era tan avanzada que contemplaba hasta los derechos de autor.

—*¿Y quiénes concibieron esa Constitución?*

—Casi todos que la estructuraron eran generales semianalfabetas, autodidactas.

—*Allí no había abogados.*

—Exactamente. Uno no se explica cómo esta gente logra proyectar una Constitución de ese estilo. Y algo que Chávez ha pensado, por cierto, es restituirle al Estado el nombre de Zamora.

—*¿Tu señora madre era apureña también?*

—Mi madre es apureña, nació en Guadualito, y mi padre era de Dolores, Barinas.

—*¿Eres hijo único?*

—Sí. Los otros murieron pequeños. Yo no los llegué a conocer.

—*¿Y te presentan con el nombre de José Esteban?*

—Bueno, la cosa fue así: mis padres, en realidad, me presentan como Víctor Esteban, y con ese nombre llegué hasta sexto grado. Resulta que cuando llego a bachillerato me solicitan la cédula de identidad, y como no tenía partida de nacimiento entonces cogí una de José Esteban que había muerto y que había nacido dos años antes que yo, y con esa saqué la cédula de identidad. Pero todavía en Barinas y en Apure todo el que me conoció pequeño me dice Víctor.

—*Y tu educación, ¿dónde la haces?*

—A mí me traen de pequeño a Barinas. El bachillerato lo hago entre Guanare y Barquisimeto. Posteriormente me traslado a Caracas a continuar estudios que apenas comencé y no terminé nunca. Empecé estudiando ingeniería, cuestión que no terminé. Dejé eso allí y después estudié unos años historia que tampoco terminé. Finalmente, lo que sí terminé fue el periodismo, dedicándome a la mención científica, histórica, arqueológica, antropológica y disciplinas afines.

—*¿A partir de qué época te encuentras en Caracas?*

—Desde 1941 hasta 1945. Yo estaba allí cuando el golpe de Octubre.

—*¿Qué hecho singular recuerdas del golpe de 1945?*

—Dentro del partido comunista, en el cual yo militaba y sigo militando, se corrió la voz de que estando el general Medina Angarita refugiado en la policía, Luis Miquilena le prometió tomar Miraflores. El Presidente le preguntó al famoso líder autobusero, que en qué forma, porque el Palacio Presidencial estaba sitiado por tanques, a lo que don Luis le contestó: “Simple y llanamente, cogemos unos carros bomberos, se le bota el agua y se le echa gasolina, y se riega toda esa vaina”. No te digo que eso sea verídico, pero uno que conoce a Miquilena, no duda de que haya sido capaz de proponerlo y de llegar a hacerlo.

—*¿Y qué le contestó Medina?*

—Que no lo hiciera porque allí estaban presos Uslar Pietri, López Contreras, y había muchos oficiales, jóvenes inocentes metidos en el golpe, a los que Medina respetaba y apreciaba mucho. A Medina seguramente le pareció monstruosa esa proposición.

—*Ahora que se mienta tanto la palabra “democracia” echándosele en cara, a Chávez, como para decirle que él es un autócrata, ¿cuál fue la posición de los paladines de la democracia inaugurada en 1958, ante el golpe de 1945?*

—Pues, que entre los primeros que acuden a Miraflores para darle un contundente respaldo a los que le dan el golpe a Medina Angarita son Rafael Caldera y Jovito Villalba. Ese respaldo le valió a Caldera que lo nombraran Procurador General de la República.

—*¿A qué edad te haces comunista?*

—Muy muchacho. En 1946 es cuando me hago militante, con repartidas funciones en el partido y en la juventud.

—*¿Qué pasó entre Juan Bautista Fuenmayor y Gustavo Machado?*

—Lo que motivó la expulsión de Fuenmayor del PCV fue que él, inconsultamente, decretó la huelga aquella de Maracaibo. En esa misma época expulsaron también a Miguel Otero Silva. Se reunió el Buró Político y los expulsaron a los dos. A Miguel Otero lo expulsaron por la condecoración aquella que recibió de Pérez Jiménez.

—*¿Cuándo ingresas al partido, qué responsabilidad asumes en él?*

—Inmediatamente, me trasladé a Barinas, y allí ejercí la Secretaría General del Partido hasta el 23 de enero. Incluso, seguí en ese cargo unos dos años más. Lo que pasa es que la mayor parte del tiempo estaba preso; ya al final me confinaron en Amazonas, y fue allá donde me agarró el 23 de Enero.

—*¿Pero con la democracia sigues siendo huésped distinguido de nuestras cárceles?*

—Sí, claro. Recuerdo que *El Nacional* publicó una lista de los primeros presos políticos del régimen de Betancourt, y eran alrededor de setecientos nombres, pero no los habían puesto en orden alfabético. Yo fui uno de los últimos presos de la dictadura y de los primeros de la democracia representativa, con algo muy simpático, que me tocó el “honor” de inaugurar dos cárceles: la actual Policía de Barinas y la actual Cárcel Pública de Barinas. Por cierto que nos tocó limpiar todos los desperdicios que habían quedado allí de la construcción.

—¿*Aún te consideras comunista?*

—¡Claro!

—¿*Y qué nos dices de la muerte de Carlos Delgado Chalbaud?*

—El sumario a todas luces señala a Pérez Jiménez, y habría que aplicar el principio aquel maquiavélico, “¿a quién beneficiaba el crimen político?” El papelito de Rafael Simón Urbina tiene indudablemente su fondo.

—¿*Con la llegada de la democracia betancurista te quedas quieto?*

—No chico. Me fui a la guerrilla. Hace poco Pablo Medina, en una intervención que hizo en la Asamblea Nacional presentando su último libro, recordó los tiempos en que tuvimos juntos, en Oriente, luchando en el monte.

—¿*Y en Barinas estuviste alzado como guerrillero?*

—Sí, al final; lo cual fue un error. En el llano es muy difícil. En Barinas mataron a casi todos los alzados.

Sobre Chávez

—*De entrada, Ruiz Guevara, ¿cómo ves el país?*

—Para lo que somos, lo veo bien.

—¿Quién iba a pensar que ese chamito que iba a tu casa a solicitar ayuda en sus tareas, a preguntar por temas de historia y los antepasados de su abuelo Maisanta, iba a convertirse en la figura que es hoy?

—Así es. Él estudiaba con mis hijos mayores.

—¿Pero ese encuentro se dio en Sabaneta?

—No chico. Hugo prácticamente lo que hizo en Sabaneta de Barinas fue nacer. Él se crió en Barinas, y éramos vecinos, e iba por casa, que era un eterno nido de conspiración, a buscar libros y a oír prédicas. Como te digo, Hugo estudió con mis hijos, y se la pasaba en mi biblioteca. En este siglo América Latina ha parido dos hombres extraordinarios: Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías, y es enorme el papel que ya le está tocando jugar en este siglo al presidente.

—¿Desde cuándo no ves a Chávez?

—La última vez que nos vimos fue en el Teresa Carreño, poco después de su primer triunfo electoral. Desde entonces no nos hemos vuelto a ver. Hace más de dos años.

—¿Qué le contestaste cuando te dijo que se quería ir del ejército?

—Le respondí: Tienes que seguir allí porque yo supongo que no he perdido mi tiempo metiéndote todas esas cosas en la cabeza para que ahora vengas a pedir la baja. Y después, cuando lo vi en el Teresa Carreño, le dije: “Bueno Hugo, ¿qué pasa aquí? Porque yo no he visto revoluciones sin presos y sin muertos”.

—¿Cuál fue su reacción?

—Que esperáramos lo de la Constituyente. Pero mientras llegaba la Constituyente los camaleones cuadraron de nuevo sus fortalezas con métodos diferentes, y muchos tuvieron tiempo para huir al exterior.

El tema de la historia

—¿De dónde proviene esa afición tuya por la investigación histórica? ¿Eran tus padres ratones, como tú, de bibliotecas?

—Por supuesto. Tanto mi padre como mis abuelos y mi madre. Mi abuelo, Carlos Guevara Castillo, fue uno de los cuatro abogados que había en Barinas, un procurador como se decía entonces, quien tenía una biblioteca bastante completa y variada. De modo que este abuelo mío acaparaba todos los líos, todos los pleitos judiciales de la época en esa región. Igualmente mi padre, Esteban Ruiz Alas, tuvo mucha afición por los libros, quien fue primo hermano de Manuel Heredia Alas, el presunto padre del expresidente Rafael Caldera. Mi padre estudió medicina, pero no se llegó a graduar. Fue poeta.

—¿Qué otras personas influyeron en tu formación humanística?

—Un primo hermano de mi madre, Fidel Betancourt, a quien ya te mencioné, autor de una cantidad de libros que ya han comenzado a publicar sus nietas Cámpora-Betancourt, cuya obra cumbre es una historia militar de Venezuela, que publicarla se llevaría por lo menos diez tomos. Este último trabajo contiene un estudio desde las contiendas militares o bélicas de los aborígenes hasta los días en que él murió. Tiene, por ejemplo, un trabajo sobre la campaña, mal llamada, “Admirable”. Bolívar no podía llamarla Admirable porque no sabía si le iba a ir bien o mal. El nombre oficial es “Campaña Libertadora”.

—¿En qué te ayudó don Fidel?

—No solamente me introdujo en la cuestión histórica sino también en la política, porque Fidel Betancourt fue un eterno enemigo del régimen de Gómez; sufrió cárcel y destierro, y en la época de López Contreras fue director en Caracas de un periódico llamado *El Libertador*. Este periódico hizo bastante alharaca,

sobre todo denunciando a los personeros del gomecismo. También sufrió atentados personales.

—¿Y cómo se mantiene esa relación maestro-alumno?

—Prácticamente él me crió, porque mi papá murió teniendo yo unos tres años de edad, y él fue quien quedó más inmediato entre los familiares. Él también fue quien me inició en los estudios del socialismo.

—*Ya convertido en un pichón de comunista, comenzaste a inaugurar cárceles.*

—Bueno, cuando la Junta que da el golpe a Gallegos ilegaliza al Partido Comunista, ya yo estaba preso. En ese momento la ilegalización la buscó el propio PCV con una posición de desafío a la política del gobierno, porque no podíamos admitir que Acción Democrática estuviese en la clandestinidad y nosotros vigentes.

—*La tesis del doctor Alberto Serra Valls es que en Venezuela nadie ha gobernado todavía, y que no se le está perdonando a Chávez el que esté intentando hacerlo.*

—Ciertamente, aquí lo que siempre ha hecho falta es gobierno.

—¿Por qué una novela sobre Maisanta?

—Porque sobre Maisanta no hay fuentes sino de la tradición oral, y no se puede hacer realmente un trabajo histórico. A Pedro Pérez Delgado, Maisanta, lo conocieron mucho mi abuela, mi madre, mi padre, y el viejo Fidel porque anduvo con él. Fue a raíz del golpe de Chávez cuando publiqué por el diario *El Vigilante* una parte de un capítulo sobre esa novela de Pedro Pérez Delgado, y que se trata del Maisanta que conoció Puerto Nutrias.

—¿Y qué te parece el trabajo de José León Tapias sobre Maisanta?

—Ameno.

—¿Entonces ese trabajo no se puede considerar como de carácter histórico?

—No. Es simplemente una reseña de una tradición oral, que a veces esa tradición puede estar falseada.

—*Y esa versión según la cual le llevaron a Juan Vicente Gómez amarrado a Maisanta es realmente no conocer al dictador.*

—Es lo que cuentan algunos correligionarios de Pedro Pérez Delgado.

—*¿Pero tú qué piensas de esa versión?*

—Que eso no fue así. Sencillamente lo agarraron, lo llevaron al Castillo de Puerto Cabello y allá murió. Unos dicen que murió de una angina, ahora quién sabe qué fue lo que le provocó esa angina.

—*¿Les faltó a esos movimientos mochistas, de Arévalo Cedeño y de Maisanta, alguna cohesión?*

—Por lo general, en los llanos había una cuestión que era primordial para los revolucionarios, y es que no había vías de comunicación. A veces ni telégrafo. De tal manera que una gente alzada por esos campos, cuando llegaba la noticia a Maracay, ya los mismos alzados estaban aplacados. Sin embargo, hubo algunas acciones como la de la Periquera (así se llamaba antes Guasdualito) que provocaron alguna alarma en el gobierno.

—*Ahora bien, ¿por qué en tu novela le colocas a Maisanta lo de filibustero fluvial?*

—Tú sabes que él asalta aquel barco, y yo coincidí en la misma prisión con el contador de ese barco, el bachiller José Rafael Briceño, quien me narró todas las peripecias de este suceso, lo que aproveché e incluí esa narración en mi novela.

—*¿Y por qué no has querido publicar esa novela?*

—Porque la circunscribo a Puerto de Nutrias, y debo dar una explicación de cómo aborda el barco Pedro Pérez Delgado, luego llega a Puerto Nutrias y derrota a tres generales del gobierno en la célebre pelea del Picacho, enviados por el general Febres Cordero, que era presidente del estado Zamora. Porque hay que tener en

cuenta que Pedro Pérez era un oficial del ejército regular gomecista, y él en realidad había salido en comisión a llevar vituallas y pertrechos a los grupos militares del gobierno estacionados en el Bajo Apure, un pueblo a la orilla del Arauca. Y una de las cosas que me tenía dudoso es que para ir de San Fernando a ese pueblo del Bajo Apure tendría que bajar por el Apure, caerle al Orinoco para entonces entrar al Arauca; y yo decía que esto no lo pudo hacer en dos días. Pero después el bachiller Briceño me aclaró la cosa, y es que en tiempos de lluvia había un brazo del Apure que le caía al Arauca, del lado acá de la Boca de Portuguesa, que queda prácticamente frente a San Fernando.

—*¿Y sobre esa posición de negarse a acompañar a Arévalo Cedeño al Amazonas?*

—Aquí te presento una anécdota que te da más o menos un perfil del personaje. Estando Pedro Pérez Delgado en el Arauca, organizando la invasión por Guasdalito, el doctor Carmelo París dictó una orden concediéndole ascenso a todo aquel que participara en la expedición. Cuando le llegó a conocimiento de Maisanta, desensilló el caballo. De inmediato le llevaron el cuento al doctor París, quien al reclamarle a Pedro Pérez Delgado su actitud, le contestó: “No, qué va. Por ahí no tendremos un raso que amarre un caballo, así que yo no voy para esa vaina.” Claro, los rasos todos iban a pasar a distinguidos, ¿y quién entonces se iba a ocupar de los bagajes, de las vituallas, de atender las bestias y de correr trancas en los tranqueros?

—*Pero esa novela tuya puede tener cierta resonancia, aunque esté circunscrita únicamente a Puerto Nutrias. No veo por qué no la publicas.*

—No hay que olvidar que Puerto Nutrias llegó a tener cinco cónsules, y todavía quedan algunos viejos que fueron testigos de las andanzas de Maisanta. Y una de las razones por la que no quiero

publicarla es porque por ahí quedan algunos vástagos, familiares, y resulta que en ella hablo muy mal de la gente. Y no es que calumníe.

Sobre el personaje de Zamora

—*Hablemos un poco de Zamora. Tú dices que fue el oficial que lleva preso a Páez al castillo en Cumaná. Y hay que tomar en cuenta que Zamora era un oficial regular del Ejército.*

—Es que mucho antes de iniciarse la Revolución Federal, Zamora fue nombrado presidente de Barinas, e inmediatamente renunció a este cargo. Seguramente fue cuando vio la facilidad que tenía Santa Inés para echar un vainón. Porque de lo contrario no se explica. Santa Inés siempre ha sido un pueblito de cuatro casas, y cien habitantes. Él se fue con meses de anticipación a organizar su trampa, un laberinto gigantesco que le permitía simular caminos y trincheras camufladas.

—*¿Y qué representa esa batalla para nosotros?*

—Bueno, que le da un vuelco a la posición desigual que había entre las distintas clases sociales, y a partir de allí se establece un rasero: todos vamos a ser iguales ante la ley, seamos rucios, morados o negros. Fue un duro golpe para la oligarquía.

—*¿Y tú que eres llanero, explícanos, por qué el doctor Alberto Arvelo pone a Florentino a pelear en Santa Inés?*

—Por la sencilla razón de que él concibió una idea palmaria de que no se derrotó del todo a la oligarquía, como tampoco el Diablo derrotó a Florentino. Pero resulta que el Diablo continuó vivo y coleando allá en su entierro, pero aquí la oligarquía con menos fuerza, aunque campante. Porque fíjate que Zamora le da a la oligarquía un golpe mortal con la Batalla de Santa Inés, y Florentino se lo da al Diablo citándole toda aquella cantidad de santos, pero a pesar de todo eso el Diablo sigue campante también.

—¿Entonces Alberto Arvelo se inspiró en la Batalla de Santa Inés para estructurar parte de su canto?

—¡Claro!

—¿Cuál es realmente la razón por la cual Zamora se rebela contra el gobierno?

—La injusticia social.

Sobre los cambios sociales

—¿Tú crees que hoy estamos viviendo de veras una revolución?

—En teoría pareciera haberla, pero en la práctica no se ve. Si el golpe del 4-F hubiera cuajado, otro gallo cantaría. Yo siempre he partido del principio que no hay revoluciones sin muertos. Me parece totalmente contradictorio hablar de una revolución pacífica. Búscate el diccionario más elemental para que veas lo que significa revolución, y tal supuesta revolución, más que en lo social y política está atentando contra el castellano.

—¿Qué es lo que no se le perdona entonces a Chávez?

—Que procure mejorar algo, porque eso descalificaría a todos aquellos que dominan el espacio mediático y han lanzado desde hace mucho tiempo la conseja de que aquí viene una desgracia nacional. Aunque Chávez volviera esto un paraíso, sus enemigos seguirían advirtiéndole que se avecina una catástrofe social. Por otro lado, aquí tanto el Presidente como los altos funcionarios siempre te hablan de los últimos cuarenta años, y resulta que todas esas calamidades acumuladas se remontan a 1830. Lo que pasa es que la gente que gobierna se conforma con sacar lo más reciente. Tenemos muy mala memoria, y estamos como los viejos que de lo único que se acuerdan es de lo más reciente. Hay también que tomar en cuenta que lo que más pesa para gobernar una nación como la nuestra, es el poder que sobre nosotros tiene Estados Unidos, verdadera

esperanza de muchos enemigos de Chávez. A Pérez Jiménez no lo tumba el pueblo sino Estados Unidos. Tú te acuerdas de aquella reunión que se hizo en Panamá, cuando don Marcos dijo que no daría más concesiones petroleras, y además propuso la creación de un fondo monetario latinoamericano, excluyendo a Estados Unidos. Yo estaba preso en esa época, y le dije a mi compañero de cárcel Tomás Novelino: “Lo más seguro es que salgamos pronto de esta vaina, porque a este tipo dentro de poco lo raspan los yanquis. Dicho y hecho.”

—¿Es decir, que esas supuestas gestas del 23 de enero tienen mucho de invento?

—A Pérez Jiménez lo tumban el Departamento de Estado americano y las compañías petroleras. No te olvides de que aquí en Venezuela todo el mundo estaba paralizado, hasta tal punto que se creó una Junta Militar de gobierno que le cubriera la retirada, mientras el jefe mayor se iba sin problemas. Eso de que ejército y pueblo y que si tal, no, no, no, después fue que se alzaron. Pérez Jiménez llevó, a juro, a Larrazábal quien no quería formar parte de esa Junta. Luego fue cuando protestaron a Romero Villate y a Casanova. Después se comete la estupidez de incluir a Eugenio Mendoza en el gabinete, quien aprovechó el cargo para cobrarse lo que le debía la dictadura, y en cuanto logró satisfacer sus intereses, se fue.

—Y por otro lado no hay una nueva conciencia social.

—¡Claro!, ¿de dónde salieron esos millones de votos que sacó Hugo Chávez?, pues de las bases de Acción Democrática y de Copei. Aquí los revolucionarios habrían tenido que ponerse desafortadamente a hacer muchachos para introducir una nueva y distinta clase de votantes, lo cual habría sido imposible. De tal manera que cuando nos hablan de esos repetitivos 40 años, deberían mencionar a determinados personajes hartamente comprometidos con ese

nefasto pasado y no globalizar, porque entonces, chico, esos adecos que le dieron el voto a Hugo, dirán: “Bueno, y ahora que a este le dimos el voto, nos va a estar jodiendo; ¿va a seguir hablando pisto-ladas de nosotros?”

—¿*Qué puedes decir del discurso desafiante de Chávez?*

—Que provoca confusión en el pueblo, y en cualquier ente pensante. Y lo agrava el hecho de que a veces él dice una cosa, y entonces un ministro plantea lo contrario. Un gobierno debe ante todo tener coherencia, y unificar criterios. De eso saca mucho partido no solo la reacción criolla, sino y sobre todo la reacción internacional que anda diciendo que el Presidente es un loquito.

—¿*Tú crees que se pueda dar un golpe contra Chávez?*

—En primer lugar aquí no hay quién lo pueda dar. Esas cosas no son más que elucubraciones para entretener los programas de opinión en los medios de comunicación.

—¿*Y qué te parece la oposición?*

—Muy vocinglera y falta de sustancia porque vive en parte de los datos, muchos de ellos inventados, que les suministran los propios medios de comunicación. Es una oposición disgregada. Si el gobierno es incoherente, mil veces más lo es la oposición. Por otro lado, es una oposición sin pueblo, y lo único que tiene son los órganos parlantes.

—¿*Y sobre esa posibilidad de aplicar el estado de excepción?*

—¿Pero para qué? Si con los poderes que tiene el Presidente no se ha cambiado lo que se tiene que cambiar, tampoco lo va a lograr un estado de excepción. Eso es innecesario, y aquí las condiciones no están dadas para que solicite su aplicación, aquí lo que hay es un florilegio de lenguas inconformes e incontrolables, pero más nada, y meter en el debate lo del estado de excepción enervaría mucho más los ánimos, y nada se mejoraría con ello. Una de las cosas que se hace indispensable controlar es el exceso de verborrea

por parte y parte, pero me temo que eso no lo vamos a conseguir. Porque, imagínate, la oposición que es mingona y Chávez que la vive pellizcando.

—Te ha llegado la hora, Ruiz Guevara, de hundirte entre tus libros. Muy amable por tu tiempo. Gracias por esta entrevista, aunque por supuesto, seguiremos conversando.

ENTREVISTA CON EL GOBERNADOR FLORENCIO PORRAS³⁰

Unos se alzan y los meten en Yare, a otros en hoteles cinco estrellas

JOSÉ SANT ROZ

El capitán Florencio Porrás aparece en Mérida, poco después de salir de la cárcel. Casi nadie lo conocía porque se dedicó al trabajo político bajo el seudónimo de Ezequiel Rodríguez. Hizo un trabajo desde abajo, y con una técnica más militar que política. Organizó las finanzas del MBR-200, visitó cada uno de los caseríos del Estado, y pretendió ganarse la vida como caricaturista para el diario *Cambio de Siglo* y dando clases de matemáticas en centros de estudios superiores. Al mismo tiempo, realizaba un postgrado en la Universidad de Los Andes. Su nombre era un misterio, y se oía en la calle: “¿Pero quién carajo es Ezequiel Rodríguez?” El tal Ezequiel pronto se echaría al buche al más astuto, inescrupuloso y carismático de los gobernadores que había pasado por Mérida: William Dávila Barrios. En la elección de 1998 Adelis León Guevara salió a competirle a este zorro, pero qué va, no dio la talla. Estaba claro que zorro sucio mata a “poeta”. Ezequiel hizo como los buenos boxeadores, conoció muy bien a su contendor para vencerlo con todas de

30. Entrevista realizada el año 2002.

la ley. Ciertamente aquel terreno estaba muy verde para conformar un frente serio contra los adecos, por lo que Ezequiel se dejó de tonterías y asumió el control del MBR-200 en el estado. Primero salió electo para la Constituyente, y después postuló su nombre para la gobernación, dejando por fuera a los más conocidos candidatos de la región, como eran el “poeta” y Pausides Reyes.

Ya promulgada la “Bicha” en las últimas elecciones para gobernador, Ezequiel Rodríguez había recorrido todo el estado, y lo había llegado a conocer mejor que los más veteranos exgobernadores, como Rondón Nucete y William Dávila Barrios. Puso entonces sobre el tapete su candidatura, pero con el nombre del capitán Florencio Porras, hecho que provocó protestas porque mucha gente reclamaba que fuese gobernador Ezequiel Rodríguez y no ese capitán Florencio Porras.

Hay que tener en cuenta la temeridad que implica convertirse en la primera autoridad en un medio como la llamada Ciudad de los Caballeros (que a veces lo disimulan muy bien), plagada de un sentido tan añejo de regionalismo, y en la que han habido personalidades que han pujado durante décadas porque se les admita con tan prestigioso gentilicio, sin lograrlo. Ahí están los casos de bariñeses de la talla burocrática y adeca del exrector, senador y exministro de Justicia José Mendoza Angulo, y el convergente Leonel Vivas, actual embajador en Australia.

Fue así como habiendo entrado al terreno electoral fenece Ezequiel Rodríguez (mezcla de esos dos portentos y fecundos patriotas Ezequiel Zamora y Simón Rodríguez, a los cuales se les hizo honor en el juramento del Samán de Güere). Resulta que Florencio admiraba a Zamora desde muy joven, antes de conocer a Chávez. Siempre ocupó destacadas posiciones mientras estuvo en la Escuela Militar: brigadier mayor, alférez mayor. Además, es un diestro caricaturista que recogió en un denso trabajo *Rebelión*

en su tinta, que contiene 257 caricaturas y que las elaboró, mientras cumplía condena. *Rebelión en su tinta* recoge todo lo ocurrido, caricatura a caricatura, durante los acontecimientos del 4-F, desde el momento en que la rebelión es delatada por un capitán, hasta octubre de 1993.

—Allí está —me dice— en esa secuencia de caricaturas mi versión de lo que pasó. Los generales que se desmayaron, algunos alzados que también se desmayaron.

Florencio es un apasionado lector de las novelas de Stephen King (y quizá posee de este autor la colección más completa en Venezuela), pero su mayor afición es por los trabajos relacionados con la Guerra Federal. Está haciendo en estos momentos un acucioso estudio de investigación sobre la actividad militar de Ezequiel Zamora, y se ha leído casi todo sobre lo que al respecto se ha escrito. Por otro lado, Porras es hábil para las matemáticas, y me muestra el voluminoso libro *Cálculo*, de Leithold, que cuando está aburrido lo toma y comienza a resolver sus problemas. Me dice que en varias ocasiones ha resuelto de cabo a rabo todos los problemas que trae el famoso libro de *Álgebra de Baldor*, una biblia en el tema.

Florencio es, después de Reinaldo Chalbaud, el más sencillo de los mandatarios regionales que ha tenido Mérida. Austero, callado, tímido, minucioso y detallista, entregado sobre todo al trabajo de las zonas rurales, alejado de la bulliciosa, a veces intrigante y compleja capital merideña. Hombre de ñeque y tabaco en la vejiga, ha podido sortear una y mil contrariedades en una ciudad donde el bochinche de unos pocos encapuchados provocan terribles congestionamientos de tránsito, saqueos y frecuentes enfrentamientos con la policía; en la mayoría estos opositores son seguidores de William Dávila, quienes han querido convertir a Mérida, sin lograrlo, en bastión de la Coordinadora Democrática. La marcha de la Coordinadora Democrática en Mérida fue un

fracaso, hasta el punto de que uno de los marchistas, Manuel Caballero, exclamó para consuelo de su propia gente: “Mérida siempre ha sido así, apática.”

Esta entrevista se dio un sábado por la tarde en la biblioteca de la residencia de los gobernadores, en Las Tapias. Hablamos de muchas cosas con la grabadora apagada, sobre todo el asunto de los militares rebelados en la Plaza de Francia de Altamira, y recordando que cuando Chávez se alzó lo metieron en Yare, mientras que a estos los metieron en el “Four Seasons”, el hotel más caro de Caracas. Quedaba claro en esta conversación que para ir a la lucha no se puede escoger el camino cómodo del placer y del aplauso de los que más tienen porque a la postre el que lo hace queda castrado. En ese sentido nada mejor para el gobierno de Chávez que exista Altamira con sifrinos y sifrinas libertarios que les piden a generales que les estampen autógrafos en sus senos. Sí, que ciertamente es una zona liberada, pero de gente aguerrida, de talento y de coraje.

—*¿Nace usted en Guarenas?*

—Yo nací en Guatire, el 21 de enero de 1965, pero realmente viví en Guarenas, allí estudio mi primaria.

—*Es decir que cuando usted bate en regla a William Dávila, tienes apenas 35 años. ¿Y sus padres, también son guareneros?*

—Sí, mirandinos: mi papá de Guatire y mi mamá de Ocumare.

—*¿Cuántos hermanos tiene?*

—Solo una hermana, mayor que yo.

—*¿Y por qué la carrera militar?*

—Bueno, siempre me interesó.

—*¿Antecedentes militares en la familia?*

—Bueno, mi papá, en el año 1949, estuvo de grumete y se retiró siendo cabo primero.

—*¿Ingresas a un liceo militar?*

—Sí, al Anzoátegui, en Puerto Píritu, en 1976, a los once años, y como miembro de la quinta promoción. Prácticamente el liceo estaba naciendo en esa época. Allí me sentía en mi ambiente, y cubrí muchas deficiencias porque he sido, toda la vida, muy tímido. Muy apegado a mi mamá, como lo estaba de niño, fui superando, lo que se llama el corte del cordón familiar entregándome a varios quehaceres, parte en el deporte, aunque no destaqué en él. Asumí el trabajo militar con una devoción casi sacerdotal: me avoqué a la disciplina, al respeto de las normas más severas, y llegué a ser catalogado, por algunos compañeros, de amargado.

—*¿Y como estudiante, qué tal?*

—Destaqué por sobre mis compañeros, aunque te confieso que nunca me gustó estudiar. Y fui caricaturista desde pequeño y las hacía durante las horas de clase. Así y todo fui brigadier mayor en el liceo, y en la Academia Militar, alférez mayor.

—*¿Dónde conoce a Hugo Chávez?*

—Cuando ingreso en la Academia Militar de Venezuela, en el año 1981, cuando él era teniente antiguo, porque ascendió a capitán en 1982.

—*¿Qué le llamó la atención de este personaje?*

—Bueno, dentro de los servicios militares, en un cuartel hay lo que se llama jefe de servicio: hay los oficiales de día que son los responsables del cuartel que le corresponde a los capitanes, y están los oficiales de inspección que son servicios para tenientes, subtenientes y sargentos. Como Chávez era el teniente más antiguo, él montaba guardia como oficial de día; él estaba en otra compañía, pero me llamaba la atención porque era el único teniente que era oficial de día, y demasiado severo. Sí, hubo además algo que me llamó mucho la atención de él, fue lo siguiente: el año 1982, cuando se da la Guerra de Las Malvinas, recuerdo que un domingo, nos da un plantón, al batallón de cadetes, cosas en él que no era nada

raro. Entonces comienza a criticar la actitud de los Estados Unidos en la Guerra de Las Malvinas. Prácticamente nos dio una conferencia antiimperialista. Yo era un muchacho de diecisiete años, y nos decíamos: “Bueno, este teniente se volvió loco, diciendo estas cosas y exponiéndose a que le llamen la atención”. Y es así como conozco a Chávez.

—¿*Hablar en ese medio contra Estados Unidos era peligroso?*

—¡Claro! Eso era un tema tabú. No olvides que en los años setenta se hizo mucho énfasis en la doctrina militar norteamericana, donde se destacaba el ataque al comunismo; se hacían muchos cursos en la Escuela de Las Américas, en Panamá, y esa doctrina penetró ideológicamente en las Fuerzas Armadas. Y todavía quedaban reminiscencias en el ejército, y se sostenía con orgullo el haberse creado el cuerpo de Los Cazadores que había acabado con la rebelión armada en Venezuela. Había en nuestro ambiente como una aversión hacia todo lo que fuese contrario a los Estados Unidos, y que alguien plantease que esta Nación era imperialista y no apoyaba ni ayudaba a los países latinoamericanos, uno escuchando en ese momento al teniente Chávez, miraba a los lados, temiendo que llegase un comandante, un mayor, y entonces le llamara la atención.

—¿*Destacaba sobre sus compañeros, por su carácter?*

—Indudablemente: un personaje con mucho carisma. Chávez es una persona que transmite mucha energía. Era muy severo, se le respetaba mucho. Él se fue de la Academia durante un año, y regresó en el año 1983, cuando ya yo estaba en tercer año. Al año siguiente a él lo nombran Comandante del curso militar, que es la compañía del cuarto año, y él nos llamaba Los Centauros. Como yo fui el alférez mayor de mi promoción, él me llamaba “el centauro mayor”. De modo que tuve la oportunidad de compartir mucho con él, y por su estilo, por sus arengas y discursos, nos decía que

nosotros estábamos llamados a ser punta de lanza de la nueva Venezuela en el siglo XXI. Y permanentemente nos estaba recordando esto, y por ejemplo, nadie cantaba el Himno a la Federación en la Academia Militar, sino en cuarto año con Chávez. Y luego, cuánto nos hablaba sobre Bolívar, Sucre, Maisanta, sobre Ezequiel Zamora, Simón Rodríguez...

—*¿Usted estaba enterado de que había un movimiento revolucionario en forma dentro de los cuarteles?*

—No, en realidad. Ya para entonces ellos habían hecho el juramento ante el Samán de Güere, el 17 de diciembre de 1982. Y en ese cuarto año nos comenzaron a contactar algunos de esos oficiales que integraban el grupo del MBR-200.

—*¿Cuándo lo contactan a usted?*

—En 1985, pero aquello todavía era como una especie de club o de logia. No con esa dimensión que luego va a ir tomando, hasta el punto de darle un vuelco total a la historia política del país.

—*¿Usted para entonces se consideraba un hombre de izquierda?*

—En absoluto. Todo lo contrario. Yo creo que el primer comunista que yo conozco en mi vida, y con el que llego a discutir, es con Rubén Ávila, hijo, quien era compañero de mi promoción. Me llamó la atención porque siendo nosotros cadetes en el primer año, entramos en una discusión en la que él se manifiesta marxista, y aquello me pareció una aberración, un escándalo, para mí que provengo de una familia conservadora, católica. ¡Comunista! ¿Qué es eso? Yo he ido cambiando en toda esta experiencia muchos valores que tenía en esa época. Yo, por ejemplo, era proisraelí, incluso en mi cadena solía llevar, además de una cruz y una imagen de la virgen, que aún conservo conmigo, también una estrella de David. Me llamaba mucho la atención, sobre todo el aspecto militar de Israel; su fuerza, su carácter, y me apasionaba el estudio de la Guerra de los Seis Días. Bueno, a lo largo de todo este proceso

y principalmente la estancia que paso en la cárcel, reflexionando y leyendo muchas cosas, ahora yo me declaro abiertamente partidario de la Causa Palestina.

—¿Durante el tiempo que usted se va formando en la Escuela Militar, va adquiriendo alguna formación ideológica?

—No. Incluso hasta cuando se da el 4-F, yo no tengo una posición ideológica definida. Más bien, mis posiciones contra la injusticia se van dando de manera espontánea, a medida que me voy empapando de la realidad nacional. En algunos momentos asumí posiciones que ameritaron que yo fuese fichado por la Dirección de Inteligencia Militar, pero por cuestiones internas del ejército. Veía realmente que para llegar a General había que cargarles las maletas a los políticos, como se dice. Iba viendo de qué manera se iban tergiversando la disciplina, los valores y principios dentro de la institución militar, realidad que me molestaba muchísimo.

—¿Y es esta situación la que más lo impulsa a declararse a favor de la rebelión militar del 4-F?

—Así es. Y el mundo político me asqueaba, y hubo momentos en que me dije: “Pero, bueno, señor, si este fulano llegó a diputado, a Venezuela se la está llevando el Diablo.” Aquel Congreso de la República estaba plagado de gente sin formación y sin sentido patriótico. Observaba que se le daba muy poca importancia en las propuestas electorales a lo legislativo. Veía uno que transcurría una monótona existencia del país entre parálisis, caos, indolencia y perdición, sin que se pudiera hacer nada realmente para cambiar el rumbo.

—¿Qué efecto tuvo en usted el 27 de febrero de 1989, y en dónde se encontraba?

—En ese momento yo estaba trabajando como administrador en la Batería de Mortero en La Grita. Ya era teniente. Previamente había trabajado tres años en San Juan de los Morros, época cuando

Chávez estaba en Elorza. Ambos estábamos en la misma división de caballería, y nos llegamos a encontrar varias veces. Incluso, yo soy coautor con Chávez de una obra de teatro que se llama “El Genio y el Centauro en Cañafístola”, referente al histórico encuentro de Bolívar y Páez.

—*Háblanos un poco de esa obra.*

—Bueno, la montamos en tres días, y quedamos de tercero en el concurso, yo fui Bolívar y (risas) Chávez representó a Páez. Quizás no cuadraban los personajes, pero era la única manera de echar adelante la obra.

—*Te interrumpí: Volvamos a lo del 27 de febrero.*

—Desde La Grita yo tuve una visión bien distinta de lo que realmente pasó en Caracas. Yo me estuve enterando de los acontecimientos por la televisión colombiana que se veía en Seboruco, que era el pueblo que me habían asignado. Luego me mandaron a realizar un curso en el exterior, a Suecia, en marzo de 1989, y regresé en junio de ese año. Me asignan ese curso de instructor de Sistema de Misiles Antiaéreos. Se reactiva el Grupo Artillería Ribas, con este material de misiles y voy allá como Comandante de Batería de Misiles, y es entonces cuando me encuentro con la realidad de Caracas y lo que allí pasó. Los soldados me comienzan a contar otros aspectos de lo que sucedió el 27 de febrero. Ante aquellos relatos, realmente sufro como una ruptura interna. No podía creer tanto desastre, tanta inmoralidad, porque prácticamente hubo más saqueos por parte de oficiales y personeros del alto gobierno que por parte de los mismos cerros de Caracas.

—*¿Algunos militares saquearon?*

—Sí. Grupos militares se concentraron en puntos de la ciudad donde hubo muchos destrozos, y saquearon joyerías. Después de las requisas que se dieron en los barrios, se concentraron en Plaza Venezuela y Fuerte Tiuna los acopios de materiales recuperados, e

incluso llevaron cosas a estos centros que no habían sido producto de saqueos, algunos altos oficiales, coroneles y generales, llegaron a disponer para sus usos personales de objetos costosos que allí se encontraban. Esas cosas me fueron llevando a asumir una posición cada vez más radical, y allí está mi expediente, en las que en ese año se recogía que yo era excelente oficial, pero hipercrítico y con una posición de enfrentamiento por opiniones con sus superiores.

—*¿Nos puede referir de algún acontecimiento en el que usted se hubiese pronunciado dentro del ejército, y ante altos oficiales con esa posición hipercrítica?*

—Recuerdo que en agosto de 1989 el general Fernando Ochoa Antich era el comandante del Comando Estratégico del Ejército, lo que es en este momento la Tercera División, y era mi jefe. Hubo una reunión en el Cuartel Ribas, por la circunstancia de que este Cuartel es sede del Grupo de Caballería Ayala, que es donde se encuentran los tanques Dragón o tanquetas que salieron en octubre de 1987 y el 4-E, y también el grupo de Artillería Ribas donde yo me encontraba. El general Ochoa Antich en esa ocasión nos dio una charla, como de dos horas, hablando del militarismo en el Cono Sur, de por qué debía ser descartada de plano la idea de un golpe de Estado.

—*¿Por qué estaba planteando eso?*

—En realidad no sé por qué lo hizo, porque en ese tiempo nuestras reuniones conspirativas no se encontraban en un nivel en el que pudieran llegar a causar alarma alguna. Pero allí él planteó la experiencia sufrida por golpes de estado en varios países latinoamericanos. Pero más allá de eso había una pertinaz insistencia de que si se producía un nuevo alzamiento popular, y hay que tomar en cuenta que entre 1987 hasta 1990 la situación nacional era terrible, con permanentes agitaciones en Caracas, y entonces, el general Ochoa Antich en esa charla planteaba que si los cerros de

Caracas volvían a bajar, había que estar dispuestos a hacer uso de la fuerza para contenerlos.

—*¿En esas conferencias la gente participaba haciendo preguntas?*

—Lamentablemente los militares eran muy poco participativos en este aspecto, pero entonces el general Ochoa quería oír opiniones y llegó el momento de reflexionar sobre lo que se estaba planteando. Recuerdo que el ahora general Alberto Gutiérrez, actual comandante de la guarnición del Zulia, quien era mi segundo comandante y en ese momento mayor, el general Ochoa Antich lo invitó a que opinara. Hay que tomar en cuenta que en esos días habían exonerado de cargos a Vinicio Carrera, y fue una oportunidad para que el mayor Gutiérrez manifestara lo que le preocupaba mucho: la existencia de tanta impunidad y corrupción dentro de las Fuerzas Armadas. El general Ochoa, como extraordinario torero, le dio dos medias verónicas a la pregunta. Yo venía haciendo algunas anotaciones y estaba muy molesto por ciertas cosas que había dicho el general Ochoa, y le hice dos preguntas que me marcaron porque a partir de allí cambió mi vida militar. Fue como quemar las naves: se inició en mi contra una severa persecución de la DIM, y me enredé la vida con mis superiores.

—*¿Cuáles fueron esas preguntas?*

—Le planteé lo siguiente: “Estoy seguro, General, de que aquí ningún oficial está hablando de conspiración ni de golpe de Estado, el problema es que la gente en los cerros se rebela contra una situación económica o política, y en la mayoría de los casos el reclamo que hace esa gente es compartido por nosotros, porque yo no tengo un subsidio especial: cuando a esa gente le suben la leche, me la suben a mí. Cuando suben la gasolina me la suben a mí. De modo que yo soy, si se quiere, solidario con lo que está planteando la gente. Usted nos dice que estemos preparados para

responderles, pero no sé usted, yo sí tengo muchos amigos en los cerros, y la mayoría de los habitantes de los cerros de Caracas son gentes nobles, humildes, pacíficas y trabajadoras, ¿por qué les tengo que disparar? A lo mejor yo puedo ordenar a mis soldados que les disparen, ¿pero quién me ordena a mí que yo lo haga?, porque yo no lo voy a hacer”. Allí todo el mundo se alarmó, como pensando que yo estaba fuera de la realidad. Otra vez el general Ochoa trató de remendar el capote y fue cuando volví a intervenir: “General, el problema es que la situación que se está viviendo en nuestro país se parece a la de Colombia y a la de Centroamérica hace diez años. ¿Vamos a esperar que esto sea Colombia? ¿Por qué no actuamos en este momento? ¿Qué pueden hacer los generales, propongan ideas, una posición de las Fuerzas Armadas? No puede ser que nos quedemos de brazos cruzados hasta que en nuestro país se desate una guerra civil, y entonces, sí saqué a las Fuerzas Armadas pero, para atropellar al pueblo.”

—¿Y entonces, como se las arregló para contestarle?

—No. A partir de allí más nadie habló, y luego me rodearon diciéndome que yo estaba loco. De hecho, al día siguiente me buscó una patrulla de la DIM, y debo reconocer que el general Ochoa me defendió mucho, y por esto me hice su amigo; él me llamaba y le gustaba discutir conmigo. Recuerdo que en esa ocasión, Efraín Vásquez Velasco era el comandante de mi unidad, y fue uno de los que me recomendó que no estuviera diciendo esas cosas: “No vale la pena, ¿qué van a solucionar con eso que tú planteas?” Bueno, a partir de allí mantuve una actitud rebelde permanente, con frecuencia metiéndome en problemas que en realidad no competían a mi jurisdicción. Casos como el de soldados que me llegaban con problemas en su familia, y entonces yo me ponía a redactar informes en el Libro de Recomendaciones, que eran para estampar cosas muy breves y escuetas, pero yo colocaba allí declaraciones

de hasta ocho o diez páginas que llegaban a convertirse en frontales manifiestos en contra de ciertas injusticias que nos tocaban muy cerca. Llegué a estampar denuncias contra “las amigotas de los generales”, y claro, me gané varios plantones. Todo esto hizo que cuando a nosotros nos llamasen para la rebelión del 4-F, fuésemos a ella con la mayor convicción de que ya no quedaba otra salida para arreglar este país que una gran insurrección militar.

—*¿A su nivel qué se sabía sobre los que estaban promoviendo la conspiración que estallaría el 4-F?*

—Sabíamos que estaba Chávez, pero no sabíamos quién era el jefe. Asumíamos en ocasiones que el jefe era Chávez, aunque Francisco Arias Cárdenas era más antiguo.

—*¿Llegaron a pensar que había en ella generales?*

—Asumíamos que era posible. Incluso que estaba en ella el general Ochoa Antich. En ese tiempo estaba el problema de la Margold, de la Gardenia Martínez y Orlando García. En diciembre de 1991, en medio de aquel gran estado de inestabilidad que había, Ochoa era ministro de la Defensa, e hizo una reunión a la guarnición de Caracas en el Teatro de la Academia Militar, y allí dijo: “Bueno, ustedes me conocen a mí y saben que no me voy a quedar con los brazos cruzados”. Y aquello terminó en grandes aplausos. Los que estábamos conspirando sabíamos que los generales Ochoa, Santiago Ramírez y otros, tenían en marcha un proyecto conspirativo de corte derechista. Ellos, desde hacía tiempo, tenían una cosa llamada Gran Logia de Oficiales Nacionalistas, y tenían su proyecto de dar un golpe de estado; a lo mejor nunca lo iban a poner en marcha. Nosotros planteamos que teníamos que acelerar lo nuestro, lo de *Los Comacates*.

—*¿Pero ustedes eran conscientes de las consecuencias que podían desatar un golpe?*

—En absoluto. Había mucha carga de romanticismo, de inocencia (por qué no decirlo también), de idealismo extremo, y creo que estas cargas fueron unas de las grandes causas de la derrota militar del 4-F. Además, pienso que menos mal que fue así. Por otro lado, sin estas cargas de pureza jamás nos hubiéramos lanzado a dar el golpe. Si hubiésemos estado más claros en lo que iba a suceder y en la actitud de otros actores comprometidos con la rebelión, a lo mejor nosotros hubiésemos hecho uso de la fuerza en mayor escala, en mayor proporción y las consecuencias hubiesen sido muy graves. Si yo no estaba conspirando, al menos me encontraba dentro del grupo de discusión del MBR-200.

—*¿Cuándo hace su juramento?*

—A mediados de 1990 mis jefes eran el capitán Ronald Blanco La Cruz y el capitán Rojas Suárez (actual gobernador de Bolívar); ellos eran instructores de la Escuela de Infantería del Ejército que está en Fuerte Tiuna. Rojas Suárez fue el que me juramentó. A ese nivel comenzamos la planificación y la discusión política del plan insurreccional. También tratamos las intimidades ideológicas de la acción, y es cuando me hablan de Bolívar, de Zamora y Simón Rodríguez. Claro, mi admiración por Bolívar y por Zamora es algo que me viene desde la niñez. Cuando veo que en esas reuniones estaban hablando de lo mío, pues me emocioné mucho. Pero había mucho romanticismo. Cuando ya se estaba aproximando la rebelión, que era para el 17 de diciembre de 1991, cada uno de los comprometidos quería usar lo que más dominaba. Unos las tanquetas, otros los aviones, y nosotros, cómo concentrarnos en lo relativo a la artillería antiaérea.

—*¿Qué pasó con los misiles antiaéreos y el control de los aeropuertos?*

—Recuerdo que yo le planteé a Rojas Suárez: “Permítanos usar nuestros misiles. Yo le garantizo que sacamos nuestras

baterías y nadie será capaz de sobrevolar Fuerte Tiuna. Le tomo el aeropuerto de La Carlota, el aeropuerto de Maiquetía, el Metropolitano, el de Charallave y nadie sobrevuela Caracas sin permiso mío, porque avión que aparezca se lo tumbo con un misil.” Rojas Suárez me explicaba que la aviación era nuestra, y me decía: “Tranquilo, tranquilo...” Pues bien, desconocer esta propuesta fue un tremendo error, porque entonces nos dan la misión de atacar el Palacio de Miraflores, mis tropas que estaban organizadas y equipadas como una unidad antiaérea, asumiendo un papel de una unidad de infantería. Yo, en esa acción lo que tenía era un fusil, tenía dos ametralladoras nada más y no tenía ni una granada de mano. Cuando aparece el Batallón Bolívar en contra nuestra, este batallón tiene misiles antitanque, tienen granadas de fusil y de mano, ametralladoras en gran cantidad y cañones antitanques, entre muchos otros recursos bélicos tremendos. Nuestros soldados lo que tenían eran fals.

—¿Para el alzamiento ya usted estaba casado?

— Sí. Yo me casé el 15 de julio de 1989. Para el momento de la rebelión tengo un niño con dos años y una niña con un añito.

—¿Por qué no se da la rebelión el 17 de diciembre, como se tenía pautado?

—Yo no estaba en ese nivel de la planificación para saber lo que realmente sucedió. Lo que manejo es que no había un acuerdo real. Había personas que estaban coordinando la acción con la parte civil de un sector de la izquierda, y no se percibió allí realmente una voluntad y un esfuerzo. Otra situación que se presentó, pienso, fue que en Caracas no había comandantes; estábamos nosotros, capitanes y tenientes, pero un comandante, aparte de que tiene más experiencia, en su nivel tiene una perspectiva mucho mayor, tiene relaciones de mucho más alcance que capitanes o tenientes que están en una compañía o en un pelotón. Los comandantes estaban

en los batallones de paracaidistas y otras unidades del interior del país. Pero entonces los capitanes de Caracas pretendieron romper la organización y lanzar un golpe, solos. Acelerar ellos mismos la rebelión.

—¿*Quién desmontó ese polvorín sin cabeza?*

—El mismo Hugo Chávez Frías desmontó ese movimiento conspirativo dentro de la conspiración, porque era una total locura, y ahí sí nos iban a agarrar a todos.

—¿*Su promoción entró toda de lleno en el golpe?*

—No, porque luego se da otro hecho adverso el 4-F: la mayoría estaba haciendo curso medio. Casi todos ellos estaban involucrados para lanzarse en diciembre, pero al terminar sus cursos los mandaron para el interior del país, especialmente a los batallones de selva.

—¿*Y en febrero ustedes estaban al tanto de que ya todo estaba activado para el golpe?*

—No. Nosotros pensábamos a principios de febrero que ya no había nada en marcha. Pero el 3 de febrero a las 10 de la mañana, yo me encontraba en el Grupo de Artillería Ribas, y se me presentó un teniente de la Escuela de Ingeniería con instrucciones del capitán Aguilarte Gámez (quien fue gobernador de Apure), de que se estaba en Alerta Roja. Entonces, al ver mi sorpresa me aclara que, bueno, que yo estaba en Alerta Amarilla, que se avecinaba el golpe. Bueno, quedo como en suspenso. Ese 3 de febrero fue un desastre por el cúmulo de cosas que teníamos que hacer; nosotros teníamos nuestras boinas rojas, nuestros brazaletes, listos para emprender acción, y entonces nos fuimos a la Escuela de Infantería y recuerdo que hablé con Rojas Suárez para ultimar ciertos detalles. Nos dijeron: “si a las 7 de la noche no han recibido una orden en contrario, la cosa va”. Pues, a las 12 de la noche tomamos

el Cuartel Ribas, y sacamos el Grupo Ribas y el Grupo Ayala, y todos los tanques. Nos dirigimos a Miraflores.

—¿*Quién iba comandando estas unidades?*

—Del Grupo Ayala como tal, el más antiguo era el capitán Blanco Acosta, y él se fue para Pagüita, y en Miraflores el más antiguo era el capitán Suárez Montes (no sé si todavía sigue siendo el presidente del Centro Simón Bolívar), y del Grupo Ribas, yo era el más antiguo. Allí iba un grupo de oficiales que no eran comandantes de tropas sino instructores de las Escuelas, como Blanco La Cruz y Rojas Suárez.

—¿*Usted se dirigió a Miraflores en alguna tanqueta?*

—No, yo iba en unos de los camiones que conducían tropas. De manera que las tropas de a pie que atacaron a Miraflores, que algunos especularon diciendo que eran paracaidistas, no señor, esos eran mis soldados con boinas rojas, porque la idea era confundir para que dijeran que eran paracaidistas.

—¿*Cuando ustedes llegan a Miraflores, está allí Carlos Andrés?*

—Sí, él llegó minutos antes que nosotros. Ya a esa hora había combates en la avenida Andrés Bello, en el Teleférico, por Mari-pérez, hacia San Bernardino y Cotiza, pero no tenemos allí ninguna información de tales enfrentamientos.

—¿*El gobierno falló en todo?*

—Bueno, una de las acciones que el gobierno hizo con alguna efectividad fue que el Regimiento Comunicaciones Monagas, que estaba involucrado en el golpe, a las 9 de la noche, fue neutralizado. Es decir, que los oficiales que iban a participar en el golpe fueron detenidos. Por lo tanto, no teníamos radio, carecíamos totalmente de comunicación alguna con otro batallón y con la situación general del país. Por eso, cuando nos dicen que Carlos Andrés se ha dirigido a la nación, nosotros no sabemos absolutamente nada. Nosotros estábamos en medio de un combate, con tiros por los

alrededores y en medio de muertos y de sangre. Ocho soldados me mataron a mí.

—*¿Ustedes saben algo de la situación de Chávez en La Planicie?*

—No. Absolutamente nada. Ni idea teníamos nosotros de dónde se encontraba Chávez. Si nosotros hubiésemos sabido que Chávez estaba en La Planicie nos hacemos fuertes en Miraflores, pero nos rendimos porque pensábamos que éramos los únicos alzados. Claro, Chávez mandó a su segundo comandante para que fuese a Miraflores, y se supone que un comandante confía en su segundo comandante, efectivamente, el mayor se dirigió a Palacio con tres camiones y un autobús por la avenida Sucre, y lo que luego dice este mayor es que estaba obstaculizada la avenida con unas patrullas de la Disip. Lo que le critican al mayor es: Primero, que él es de Catia, que debía saber cómo llegar a Miraflores si realmente no podía pasar por la avenida, pero más allá de eso, si estamos en una rebelión, ¿acaso no llevaban granadas y misiles antitanques? Estuvieron a quinientos metros de nosotros y nunca llegaron. Con que hubiera llegado un paracaidista a Miraflores, el panorama hubiese cambiado totalmente.

—*¿Algunos paracaidistas llegaron a Miraflores?*

—No. Ninguno. De modo que cuando llegamos a Miraflores los jefes allí eran Ronald Blanco La Cruz y Rojas Suárez, a los dos los hieren, y nos quedamos sin cabeza. Había una mayor, Díaz Reyes, pero no tenía ningún comando. Los únicos comandantes de tropa allí, eran Suárez Montes y yo. Había una gran confusión, y a nosotros nos habían dicho: “Eso va a ser completamente pacífico, la Guardia de Honor está con nosotros, ustedes llegan y toman las instalaciones externas y listo”. Pero cuando llegamos lo que hay es tiro por todos lados, y realmente no estábamos preparados para una acción de esa naturaleza. Pasa el tiempo, y como nos habían dicho que iban a llegar los helicópteros a atacar el palacio, y no

llegó ninguno. Nos dijeron que venía el Batallón de Operaciones Especiales del Comando del Guri, el cual tampoco nunca llegó. Nos aseguraron que el Batallón Bolívar se iba a alzar con nosotros, y cuando llegó lo que hizo fue atacarnos. Era tal la adversidad por la que estábamos pasando que uno de mis oficiales se me acercó y me dijo: “Teniente, nosotros estamos aquí metidos en un berenjenal, y esto está en un total caos. ¿Con qué realmente contamos? Nosotros somos unos locos, porque solamente es el Cuartel Ribas el que está intentando tumbar el gobierno.” Además desconectados. No sabíamos a las 4 de la madrugada, frente a Miraflores, qué estaba pasando en el país. Se nos dijo después que Carlos Andrés se había dirigido a la nación.

—*¿Ah sí, ustedes llegan a entrar a Miraflores?*

—Me pregunta Suárez Montes: “¿Porras, quién está en Miraflores?”, y le contesté: “No sé, mi capitán”, y me replica: “¿Pero no venían los comandos?”, y le explico: “Pero no ha venido nadie, mi capitán”. Entonces me dijo que avanzáramos nosotros y lo hicimos por pura temeridad. Eso era una locura. Yo jamás había entrado al Palacio de Miraflores. ¿Cómo podía atacar algo donde yo ni siquiera sabía dónde queda la entrada? De hecho, Suárez Montes hizo su entrada por la puerta principal, y yo lo hice por una lateral, y allí me mataron un soldado, estuve media hora de combate, sin saber qué estábamos haciendo. Los alzados eran los del Ayala, lo de los tanques y nosotros. No había más nadie, no había paracaidistas, nada. Entonces nosotros nos rendimos. Luego nos vamos a enterar de que los miembros de la Guardia de Honor nos dicen: “¿Pero por qué no nos dijeron?, si no, nos hubiéramos alzado con ustedes, pero nosotros no sabíamos nada”. Pasamos los tres solos, el teniente Andrade Cedeño, actual presidente del FUS, el capitán Suárez Montes y yo. La percepción que yo tenía era que la Guardia de Honor estaba rendida, cuando llegó allí me doy cuenta

de que hay más de quinientos soldados armados hasta los dientes, se habían estado enfrentando a nosotros que no llegábamos ni a cien. Y entramos nosotros tres, con nuestras boinas rojas y nuestros brazaletes. Llegamos y nos recibió el coronel Marín Gómez, comandante de la División de la Guardia de Honor. Recuerdo que me preguntó: “¿Por qué esto, capitán?”, y yo le contesté: “Esto es un golpe de Estado, mi coronel.”; su reacción fue: “¡Caramba!, ustedes se volvieron locos”. Ahí estaban heridos los capitanes Blanco La Cruz, Suárez Montes, Rojas Suárez, yo tengo varios soldados heridos y unos muertos, y nos piden que no disparemos, que no usáramos los tanques. Ellos estaban preocupados por los diez tanques que teníamos afuera apuntándoles a ellos. Por cierto que Andrade salió, no sé para dónde y lo hirieron en la pierna. Suárez Montes se fue con el coronel Marín Gómez a la enfermería a ver a los capitanes que estaban heridos y yo me quedé enteramente solo. Eso estaba lleno de oficiales, superiores míos, y cualquiera se me pudo haber acercado, pero nadie lo hizo. Y yo allí, con mi fusil en la mano, mi brazaleta y la boina roja, como si no estuviera pasando nada.

—*¿Luego lo trasladan a Fuerte Tiuna?*

—Así es, y es cuando nos enteramos de las dimensiones de la rebelión: que hay una gran cantidad de oficiales detenidos, que los tres batallones de paracaidistas se habían alzado, que Maracay, Maracaibo y Valencia habían sido tomadas. Es cuando caemos en cuenta de que no estábamos tan solos como creíamos.

—*¿En su concepto cuáles fueron los factores de la derrota?*

—Primero, como te dije, el idealismo, pensar que todo el mundo iba a estar con nosotros. Lamentablemente la guerra no se hace por amor a Dios, y hay que tener cierta malicia. Otro factor fue la delación por parte de un capitán ante el general Gainza, que permitió que se activara una reacción del gobierno que fue bastante

mala, por cierto. El gobierno pudo haber abortado la rebelión. Pero lo importante fue, por otra parte, que por cada oficial alzado hubo por lo menos tres involucrados que no participaron en la rebelión. Había involucrados diecisiete comandantes de unidades, y se alzaron únicamente cinco.

—*Un punto aparte: ¿por qué no publicó Rebelión en su tinta? Habría sido muy bien acogido en ese momento.*

—Yo lo iba a publicar en 1993, y lo tuvo en ese tiempo para su edición, Vadell Hermanos, pero si lo hubiera hecho iba a justificar aún más que me echaran del ejército. De modo que lo recogí. Ahora he intentado publicarlo, pero quiero que el presidente Chávez le haga el prólogo. Pero en verdad allí se explican los hechos del 4-F y también del 27-N.

—*¿Cómo es esa odisea ambulatoria de su prisión?*

—Bueno, nos llevan al Regimiento de la Policía Militar, en la tarde del 4-F nos trasladan al Cuartel San Carlos donde pasamos dos días; después, a los tenientes, subtenientes y sargentos nos llevaron al Fuerte Tiuna, en el Centro de Capacitación de oficiales que lo arreglaron como una cárcel y nos metieron a trescientos militares.

—*¿Llegan en esos días a ver a Chávez?*

—Sí, entre rejas, nos vimos el día 6, en el San Carlos.

—*¿Cómo estaba?*

—Con la moral muy alta. En verdad que los asustados y preocupados eran los custodios nuestros, porque dentro de la cárcel había un gran alborozo, un estado de exaltación muy noble porque estábamos convencidos de que el país debía salir de su agonizante estado de postración moral. ¿Qué se nos podía echar en cara, que habíamos intentado un golpe de Estado?, bueno, y allí estábamos en la cárcel dispuestos a sufrir cualquier condena, y asumiendo cada uno nuestras responsabilidades.

—*No amparándose bajo los magnates de una “sociedad civil” que le sobra todo.*

—No señor. Allí en la cárcel yo era el teniente de graduación más antigua, y como el más rebelde, era quien llevaba la palabra en todo momento. Cuando se presentaba algún general, yo era el que se entendía con él. De modo que me llevaron dos veces para la Policía Militar y para la DIM.

—*¿Ustedes en prisión sabían que se avecinaba el golpe del 27-N?*

—Indudablemente. Nosotros estábamos en el Lino Clemente, presos, cuando nos llegó la información de esta revuelta. Nosotros teníamos dentro de la cárcel muchas armas: pistolas, granadas, explosivos, etc., y menos mal que no se dio como lo teníamos previsto porque nos iban a matar a todos. Supuestamente Eliécer Otaiza nos iba a rescatar; Bracamonte se hizo desertor en abril de 1992, y Otaiza se fue en junio. Nosotros estábamos listos para esa acción. El 27 de noviembre en la madrugada ya estábamos preparados con nuestras boinas rojas y armados hasta los dientes. Pero aquello terminó mal: un caos. El Lino Clemente fue ametrallado por nuestras propias fuerzas, una total confusión. Y luego sí vino la desmoralización ante este gran fracaso. Y otra vez, venga para el Cuartel San Carlos el domingo siguiente, 3 de diciembre, en las elecciones aquellas en las que Aristóbulo ganó la Alcaldía. En esa ocasión los oficiales procesados por rebelión teníamos muchas expectativas de salir en libertad, y claro, todo se revirtió.

—*Un descalabro total.*

—Claro, luego vinieron roces y críticas, y llega febrero de 1993 cuando Arias Cárdenas rompe con el MBR-200, y dice que no quiere saber nada eso, y ya estaban en Yare. Y se ensombrecieron nuestras salidas.

—*¿Cuándo sales de la cárcel?*

—En marzo del año 1994, y poco antes, en el Hospital Militar, me vi con Chávez y Arias Cárdenas. Allí ellos nos explicaron los asuntos de la negociación: que ellos se iban a ir de baja, los capitanes y comandantes, a cambio de que a los tenientes y subtenientes nos reincorporaran en el ejército. Como yo era el vocero de los tenientes, me permitieron hablar con él.

—*¿Entonces se reincorpora al Ejército?*

—Sí, con un sentimiento de frustración tremendo, porque después de haber sido el primero de mi promoción paso a ser una especie de paria: retardado, sin futuro profesional, me vuelven a meter preso, me hicieron tres consejos de investigación para botarme, y vivía bajo un estado de persecución agobiante. Y sabiendo incluso que no tenía perspectiva, seguí cumpliendo con mi trabajo para demostrar lo que soy, y allí está mi expediente, siempre de primero en los cursos; de hecho me mandaron a hacer un curso de artillería antiaérea, y quedé de primero otra vez. Yo, en todos mis cursos destaqué. Recuerdo que me dijeron: “Bueno, Porras, te vas para San Cristóbal mientras sale lo tuyo”. Ese curso era válido para el ascenso, pero igualmente nunca me ascendieron. En San Cristóbal pasé ocho solicitudes para hablar con Caldera y nunca me las recibieron. Claro estaba a punto...

—*¿De hacer como los oficiales de la Plaza Francia?*

—Ni de casualidad (risas). Pero sí le dije a mi Comandante de la unidad: “Voy a esperar tres meses, y si no obtengo respuesta, un fin de semana de estos, cuando no me vea se va a enterar de que yo estoy en Miraflores con mi abogado, y no salgo de allí hasta que hable con el Presidente, para que me lleven preso otra vez”. Hasta que por fin me dieron la disponibilidad en 1996.

ANEXOS

A) ASÍ DESPIERTA AMÉRICA: CHÁVEZ, ENTRE BOLÍVAR Y MARTÍ

La más patética (trágica) desolación de Bolívar, ahogado por la calumnia y el crimen, por los rumores y epítetos de los eternos vendidos a los poderosos intereses extranjeros, se resume en la siguiente frase:

Debemos ser víctimas para no parecer tiranos

(CARTA AL GENERAL RAFAEL URDANETA, FECHADA EN POPAYÁN EL 6 DE
DICIEMBRE DE 1829).

Podemos –extrapolando el espacio de aquellos años cuando el Padre de la Patria le escribía al general Rafael Urdaneta– decir que eso es exactamente lo que le ocurre hoy al presidente Hugo Rafael Chávez Frías. En palabras llanas, entonces, para que Chávez pueda ser catalogado de “demócrata” debería ceder ante la feroz arremetida de los medios poderosos que intentan cercarlo, pues, según esa camada de oligarcas, solo así dejaría de ser monstruo, asesino, bestia, tirano...

Hombres con destino

En América –a lo largo de su escabrosa historia– hemos visto morir a sus mejores hombres; asesinados por órdenes de Estados Unidos. Siempre los han eliminado en nombre de la democracia [de su democracia] mediante el terror, el cerco y el poder de las armas. Cada día desarrollan métodos más sofisticados, sobre todo la satanización a través de los medios de comunicación para luego, en nombre de la libertad y de los derechos humanos proceder a darles el tiro en la nuca. Veamos, al respecto, cómo quedaron, a la vista de ese imperio nefasto, algunos de nuestros personajes revolucionarios:

- Simón Bolívar, en la historia de Estados Unidos, quedó definido como un déspota de corazón.
- Pancho Villa como un vulgar bandido.
- Cipriano Castro como un degenerado mono.
- César Augusto Sandino como un perverso bandolero.
- El Che Guevara como un terrorista a sueldo de los rusos.
- Salvador Allende como un irresponsable loco comunista.
- Hoy día, por su parte, los más grandes bandidos del continente para el imperio son Fidel Castro, Hugo Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega, Rafael Correa, Cristina Kirchner y el propio Lula Da Silva, y contra ellos la incesante metralla de los medios de comunicación no cesa cada día, lanzándoles toneladas de calumnias, inventos, mentiras. Y esos hombres fueron sustituidos por bestias del terror a los que se les adjudicaron los títulos de “demócratas”, “patriotas”, “glorias nacionales”. Y lo peor, a nosotros cuando niños nos enseñaban a cantar –en las escuelas– las canciones que el imperio norteamericano quería que entonáramos; como el himno al Panamericanismo. De esa pavorosa costumbre,

hecha ley y carne de nuestras instituciones, nació el sentido de democracia perversa que en América Latina ha imperado por más de ciento cincuenta (¡150!) años.

Ahora bien, el poder de estos medios –respaldados por el terror que impone el capital y por el bestial chantaje de miles de asesinos de la CIA regados por el mundo– ha conseguido crear, organizar, una multitud de inauténticos seres que se creen todas esas falacias a pie puntillas. Son millones de seres incapaces de pensar por sí mismos, imbecilizados por los medios, acobardados, y cuyo único fin en la vida es obedecer como borreguitos miserables cuanto se les ordena desde los *headquarters* del Pentágono, de Washington.

Estos pobres seres viven temblando, aterrados por el cuento forjado por EE. UU. de que el comunismo se los devorará como un dragón desaforado; por ende, salen a protestar fieramente en las calles, dispuestos a matar y a dejarse matar; hasta que finalmente huirán despavoridos del “tirano”, dislocados y aturridos, y pedirán asilo en Miami o en Colombia, en Perú, Costa Rica, El Salvador o Chile.

A este desbarajuste demencial que se trata de crear artificialmente, se les unen poderosas bandas de ladrones y criminales que procuran sacar partido de los destrozos que provoca la CIA; y es cuando entonces proliferan franquicias del delito con pomposos nombres de partidos políticos, ONG, organizaciones para la libertad y la defensa de los derechos humanos. Es así como –luego de ser capturados y procesados– a estos delincuentes, inmediatamente por orden del Departamento de Estado se les adjudica el bello nombre de “presos políticos”, y se movilizan la SIP, la OEA, la CIDH, Human Right Watch, Transparencia Internacional, Periodistas Sin Fronteras; todos, elaborando montañas de expedientes

para declarar que Venezuela posee una dictadura que no respeta los derechos humanos de hombres luchadores probos, santos y devotos de la Virgen María.

¡Cuánto le ha costado al presidente Chávez arrancarnos esas vendas con las que nos han venido haciendo demócratas; PENDEJOS!

Entonces, nos vemos obligados a denunciar la alargada cadena de honorables patriotas destrozados en la incomprensión, en el abandono, y luego en el olvido. Dicha cadena ha sido larga, y se inició con el Libertador Simón Bolívar. ¡Qué gran hombre aquel, cuya muerte fue celebrada por Francisco de Paula Santander, desbordado admirador de James Monroe! Bolívar, genio político, esclarecido jefe militar que, como dice Laureano Gómez, habría sido la ganancia y el regocijo de la unanimidad de sus contemporáneos, fue echado al desprecio por quienes se lo debían todo. Ahora bien, extrapolando de nuevo: cuando aparece el genio político de Hugo Chávez, Estados Unidos inmediatamente mueve a su jauría mediática mundial para que se le califique como un nuevo Hitler.

Ante el ladrido del Tío Sam, la España imperial se adhiere a la campaña contra Venezuela, y levanta sus uñas y sus sebos; seguidamente el resto de Europa la acompaña con sus botas y sus dilectas intelectuales meretrices.

Bolívar, con sus excelsas virtudes y singulares dotes de probidad y generosidad, quien despreció la inmensa riqueza material en la que había nacido y que nunca se rebajó a recibir sus haberes militares, mira hoy hacia este mundo que nos ha legado el vil consumismo de los regatones. Ahí está esa tierra desquiciada por los negocios capitalistas, la que él nunca quiso, porque pregonó que no había cosa que más detestara que a la canalla norteamericana, y que ansiaba ardientemente que nosotros, ¡por nada del mundo!, llegáramos a parecerlos a ellos.

Perdimos a este hombre [durante 168 años: 1830-1998] y quedamos enajenados, dando tumbos, ciegos, sin rumbo ni concierto en medio de ídolos destrozados y campos llenos de osamentas, implorando como lo hizo el Jesús crucificado, mirando al cielo: “¿Señor, por qué nos has abandonado?”

Y a los lejos, como el que anda con el corazón ahído de penas y dolores, en medio de las borrascas, estamos ante otro ser que hoy nos dice:

Por mandato de la obra sublime que nos legó el Libertador, asumo la infinita responsabilidad de reunir otra vez la Patria Grande.

Es otra personalidad que irradia la fuerza de un sol, y con sus palabras un nuevo volcán de claridades que sacude la tierra. De fulgurantes y terribles frases que le sacan estallidos de grandeza a esa patria, hasta hace poco, esclavizada.

Por eso Bolívar aún vive entre nosotros y con él y sus mandatos: sacudirnos las fibras que estaban dormidas. Es así como ha podido surgir este hombre que se ha convertido en la esperanza de América Latina; el auténtico sucesor del Libertador, entregado sin descanso a los más caros y nobles ideales de la hermandad de este continente.

No sabemos si toda gran visión le llegó antes de decidirse por la carrera militar, si fue siendo todavía un escolar, frente a los libros que reseñan nuestras gestas patrias; si fue un día en el campo de Carabobo, en el Panteón, o en una de esas solitarias noches en las que uno deambula sin descanso bajo la angustia de tantos sueños, penas y frustraciones. Luchas interiores que son como trastadas que se le juegan a la locura.

Hugo Chávez ve con claridad –en esos años de formación en la Escuela Militar– que aún somos esclavos, que la obra de Bolívar quedó inconclusa, que por doquier impera la mentira trajeada con los bellos títulos de libertad y democracia. Que por

aquí, ciertamente, pasó un hombre con un mensaje lleno de ideas absolutas, gloriosas, estremecedoras, pero que fueron sutilmente deformadas por el nuevo Imperio del Norte, para que continuásemos bajo el oprobioso sistema colonialista.

Chávez, al igual que Bolívar, se forja a sí mismo –según Gerhard Masur– gracias a su gran visión de la historia: ve a la América como un todo. Entiende que lo que debe hacer es echar por tierra tantos dioses miserables que se adoran como propios. Entiende que su misión debe ser abrirle los ojos al pueblo. Desmoronar ídolos y falsos valores, perversos, con los que se asesina, se roba, y se castra a las masas. Por las calles solitarias, abatido el corazón, en cada rostro ve a un ser encadenado que incluso se regodea en sus cadenas. Ante sí, el peor crimen de los opresores de su país es el haber hecho sentir al pueblo que la felicidad es la paciencia y la resignación propia del eunuco. Que llegaron a crear una ley suprema, abstracta, que se debía obedecer si se aspiraba a alcanzar el cielo. Porque eso del Paraíso, con su cristianismo, ha sido el legado de una aberrante abstracción en el monstruoso proceso de la conquista y de la colonización.

El nuevo hombre venezolano, para descubrir estas verdades, tiene que rebelarse interiormente, y por eso Chávez declara que nadie es imprescindible en el proceso revolucionario actual. Poseído por el espíritu de la historia de su pueblo se presenta solo ante un largo y extenso desierto plagado de víboras y mortíferas alimañas. Sabe que debe forjar su lucha otra vez en medio de una gran adversidad, porque se trata de toda una empresa de carácter continental, mundial.

Él ha dejado de ser un hombre para convertirse en una idea, en una visión, en un compromiso. Recuerda que Venezuela fue la primera posesión que declaró su independencia de los españoles. Que nosotros surgimos como nación de la nada, que únicamente

producíamos esclavos, seres hambrientos y marcados como animales que se vendían y se negociaban como reses, como sacos de papas. Que parecía imposible que aquí pudiese levantarse una Nación soberana e independiente. Pero que aquel paso “demen- cial” del 19 de abril de 1810 impuso a los hombres de aquella hora la exigencia, sin titubeos, de que lo que ha de caer debe –además– ser empujado. Luego vinieron las culpas, temores y remordimientos, y surgió un mártir cuya complejidad pudo contener todo el proceso, y aclaró: vacilar es perderse. Iba a afrontar muchas guerras, victo- rias y derrotas, pero en él lo importante es resistir, resistir, resistir, resistir, hasta vencer.

Una revolución en Occidente (significa “el que mata”) no se hace sin derramamiento de sangre, sin presos ni perseguidos, sin que se desaten los demonios del odio ni de la venganza. En Venezuela, por el contrario, se producen dos grandes desafíos por la Independencia: la que comienza en 1810, y la de 1992 con la insurrección de Chávez. La primera no fue producto de una concienzuda preparación ideológica, sino que la desata la ocupación napoleónica de España, y luego corresponde a Bolívar asumir la tragedia de un pueblo dividido, aherrojado y en la miseria. Las fuerzas del pasado reaccionan imponiendo el mayor terror, la mayor vesania y monstruosidad en sus ataques contra los rebeldes. Más que una guerra, lo que se nos hizo fue una carni- cería, otro genocidio típico de los que solían desatar los godos. Nada más peligroso que un oligarca asustado.

Así, cuando Chávez toma La Planicie [en la madrugada del 4 de febrero de 1992] ya había recorrido toda Venezuela en un plan de observación, y sopesando el terreno donde librará su primera batalla. Ha estado en la frontera, en las selvas, en los campos y en los barrios. Ha hablado con los líderes de la izquierda, con quienes fueron guerrilleros, con los obreros y campesinos. Trabaja en los

cuarteles, en las plazas, mercados y en la calle. Lee sin descanso y con un orden revolucionario. Se empapa de la historia de la Guerra Federal, de las sucesivas y perversas traiciones al pueblo, de la ignominiosa práctica de los partidos vendidos a los negocios y a los acuerdos con el gran capital. Sin embargo, cuando escucha el tronar de la metralla, cuando ve los cuerpos tendidos de sus soldados muertos o heridos, cuando siente el fragor del combate en la sangre, no sabe –ni por asomo– que esa no es ni será la peor guerra de las tantas que le esperan por delante, que al fin y al cabo, en relación con la que se avecina, aquel comienzo es más limpio, más franco, más honesto.

Como bien sabemos, la guerra que sobrevino después del triunfo de Chávez fue la misma que mató prematuramente a Bolívar cuando en 1827 entró en el pandemonio de las miserias de partidos. La charca del rumor, la calumnia, la intriga; del inmundo insulto que inunda al Congreso, las calles y plazas: el subterfugio de los cobardes, incapaces de dar una gota de sangre por una causa noble, por lo que incendiar con diatribas y mentiras a la nación –colocándola al borde de una nueva desintegración–, es el negocio que más les reporta dividendos.

Así que la vorágine de 1992 la provoca un teniente coronel, sobre la base moral, humana y política de las ideas de Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora, mil veces más compatible con nuestra historia y las condiciones latinoamericanas que los programas que adoptaron en su momento aquellos por los patriotas inspirados en la Revolución Francesa y la Constitución norteamericana. Es decir, para ese momento ya nosotros contábamos con una base humana y moral profunda para lanzarnos a conquistar el mundo. Incluía por lo tanto este proyecto el problema de la unidad continental, el de la tierra y de la educación. Veamos la comparación:

Cuando Venezuela declara su independencia [en 1811] las fuerzas rebeldes reciben el apoyo de los grandes propietarios y poseedores de inmensas fortunas; son hombres influyentes, pero todavía no quieren compartir sus riquezas con los pobres, y a la postre van a mantener un cerco y una distancia deplorables, peligrosos. No comprenden que la independencia les obligaba a acercarse a los de abajo y a compartir sus bienes y recursos con los pobres, como un paso previo y esencial para poder tener pueblo, organizar la defensa de la patria, la gran unidad nacional. No acepta la clase privilegiada incorporar al esclavo a la lucha de la independencia, y de allí la enorme debilidad moral y humana que se apoderará de nuestros frentes de lucha.

Después de la serie de derrotas sufridas durante el período 1814-1818, Bolívar comprende que es esencial incorporar a los esclavos al Ejército Libertador para que sientan como propia aquella lucha, para que tengan patria y sientan que están dando la vida y su sangre por una tierra, por un sueño, por una esperanza. Pero entonces los ricos se aterrorizan y desconfían; ellos piensan en sus haciendas y en su dinero que no tiene patria; como consecuencia: el vicepresidente Francisco de Paula Santander, desde Bogotá, rechaza la propuesta. Aquí comienza en gran parte el drama. Santander es prooligarca y –en cuanto buen cristiano occidentalizado– ve en el pobre un simple engranaje del trabajo. Entonces, al igual que hoy día, en aquellos tiempos el asunto de la economía se sustentaba en la esclavitud; hoy el consumismo es la nueva esclavitud, y si los países pobres no consumen lo que producen los poderosos se les sanciona y se les demanda.

Bolívar, desde San Cristóbal, en 1820, solicita al Vicepresidente que comience a liberar esclavos y que se los envíe para fortalecer el Ejército Libertador. Santander le contesta que su petición es contraria al bienestar económico. Bolívar insiste: “Las razones

militares y políticas que he tenido para la leva de esclavos son muy obvias”, y echa mano de un párrafo de *El espíritu de las leyes*:

En los gobiernos moderados la libertad política hace preciosa la libertad civil; y el que está privado de esta última está aun privado de la otra; ve una sociedad feliz, de la cual no es aún parte; encuentra la seguridad establecida para los otros y no para él. Nada acerca tanto a la condición de bestia que el ver siempre hombres libres y no serlos. Tales gentes son enemigas de la sociedad, y su número sería peligroso.

La estrechez de visión y de espíritu, sobre este punto, tanto de Santander como de los miembros de su gobierno, era producto del modelo en boga: el liberalismo sensualista del pensador Jeremías Bentham. Rechaza Santander la petición del Libertador en estos términos: “Cuando le consulté a usted sobre la libertad de los esclavos fue para tener una regla de mi conducta en las mil reclamaciones que me harían los propietarios que subsisten exclusivamente de la esclavitud...” Santander no quiere, ni tomará medidas en este punto, y Bolívar le explica que la avaricia de los colonos de Haití provocó la revolución porque la República Francesa decretó la libertad de los esclavos pero los ricos rehusaron cumplir este mandato, y añadió el Libertador:

Yo creo que sería muy útil ilustrar la opinión de esos hombres alucinados por su propio interés y a quienes su verdadero interés debe desengañar. Ciertamente, el oro y la plata son objetos preciosos, pero la existencia de la República y la vida de los ciudadanos son más preciosas aún. Creo que hay que escribirles tanto a los jefes como a los magnates lo que conviene que sepan para recordarles lo que afectan ignorar.

Y es entonces cuando estampa esta fulminante sentencia:

¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad, que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres por emancipar a los esclavos? ¿No será justo que estos adquieran sus derechos en el campo de batalla? Me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud.

Visión profunda del drama latinoamericano que costará entender, porque no dándosele al esclavo la oportunidad de luchar por su propia dignidad y por su propia tierra, luego de alcanzada la independencia verá, a esta, ajena a su vida, a su destino. Así, el negro quedará desplazado por la afrenta de tener que recibir la gracia de la libertad sin que le hubiesen dejado luchar por ella. Malogrado interiormente, llevará esta limosna como algo que le desgarraba interiormente. Una limosna y un remordimiento que nos degradará a todos.

Focalicemos aquella situación en nuestros días del siglo XXI (en febrero de 2012): esa es la misma gran visión que va poco a poco descubriendo Hugo Chávez; principalmente cuando lo derrocan y secuestran el 11 de abril de 2002. Hasta este momento Chávez no había percibido del todo que la verdadera defensa de su proyecto y lucha estaba en el pueblo –en esos mismos esclavos del año 1819–, y que, en esencia, nada de aquello había cambiado. De tal manera, el golpe mortal que recibe Bolívar por parte de José Tomás Boves en 1813, lo recibirá Chávez el 11 de abril de 2002. Sin pueblo no hay lucha que sobreviva, que se sostenga en el tiempo, que perdure, que se proyecte hacia la gloria, hacia el porvenir.

Porque no hay duda alguna de que al entrar en el siglo XX todavía seguíamos teniendo los mismos esclavos dejados por la colonia española, mediante otros refinados métodos. Eran los

millones de esclavos de la pobreza, los que los gobiernos aceptaban como una bendición del cielo. Esos esclavos morirán en las haciendas recibiendo de lo que les echaba el amo como si fuesen animales de carga. Eso, a pesar de que desde mediados del siglo XIX corría por el mundo un proyecto benefactor para liberar esclavos. Fue la época en que José Gregorio Monagas, por ejemplo, declara la abolición de la esclavitud en Venezuela, en marzo de 1854, y en la Nueva Granada lo hace, en enero de 1851, José Hilario López, pero tales aboliciones quedarían en el papel, eran meras mentiras. Fueron leyes que no se aplicaron porque quienes las sufrían eran pobres, y a quienes menos les interesaba que se ejecutasen era a los ricos. Todavía a finales del siglo XIX tener esclavo era un simple elemento de transacción económica, billete, moneda corriente; era una propiedad tan igual a poseer una vaca, un caballo.

En consecuencia, esa masa de esclavos, en pleno siglo veinte, pasó a conformar, en las ciudades, los lugares de mayor pobreza y miseria. Vivirán hacinados en medio de toda clase de enfermedades, sin derechos de ningún tipo, y para “consuelo” de sus desgracias se harán los manicomios y las cárceles. Entonces, no estamos alejados de la realidad cuando afirmamos que los pobres son la más degradante excrecencia del capitalismo; el bagazo que queda luego de pasar por el trapiche de la explotación. Miles de pobres que, en definitiva, no podían considerarse seres humanos en pleno siglo XX.

Ellos no serán ciudadanos porque no tiene un sueldo, no tienen con qué vivir, qué comer, carecen de los más elementales bienes para sentirse seres humanos. Y llegan a constituir casi un sesenta y hasta un setenta por ciento de la población venezolana toda en pleno siglo XX. Y volvemos a la oración irrefutable que siempre se ha sostenido: el capitalismo es una máquina de hacer

pobres; pues, al no tener con qué comprar no pueden ser catalogados como ciudadanos.

Veamos, al respecto, una pequeña comparación:

La pobreza extrema en los gobiernos de la IV República estaba en 21%; y con Hugo Chávez se redujo a 7, 1%. En la década de los noventa la pobreza estructural llegó a alcanzar el 70% durante el gobierno de Rafael Caldera y 40% la pobreza extrema (mediciones que son convalidadas por organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe; Cepal).

Más preciosa es la vida de la República que el oro.

SIMÓN BOLÍVAR

Volvamos al siglo XXI

Es por todo lo antes sustentado, entonces, que cuando Chávez triunfa electoralmente [en 1998] el drama de la esclavitud se encuentra en su mayor apogeo. El gremio de los empresarios se pone en alerta para no ceder un ápice en sus inmensos privilegios. Una casta antinacional que se niega a pagar impuestos, a que se apruebe una ley de tierras para que el campesino pueda cultivarla y tener con qué vivir dignamente; se unen los empresarios a un grupo de viejos negociantes y pérfidos vagos del peor sindicalismo y, además, confabulados con fuerzas extranjeras (que les subvencionan) deciden –sin andarse por las ramas– derrocar al gobierno. Así, su alocado accionar los llevó, el 11 de abril del 2002, a dar ese pobre asalto a Miraflores; y van por delante de la gran jauría, los dueños de los medios de comunicación, aupándolos, mientras ofrecían dibujos animados a la población expectante.

Se dice que este fue el primer golpe en la historia de la humanidad que dieron los medios de comunicación, pero en

verdad, todos los han dado sus dueños, que no son otros que los que gobiernan en Washington. Porque la verdad suprema de lo que se dice en el mundo –para que sea tal– tiene que llevar el sello de la suprema bestia que controla el Departamento de Estado. Véase, por ejemplo, cómo funcionaron perfectamente sincronizados los movimientos de la oposición al gobierno de Chávez con las declaraciones del portavoz de la Casa Blanca. Véase cómo esa sincronización se hizo de manera descarada en el caso del asesinato de Gadafi en el 2011. Van por delante siempre los medios creando las condiciones para luego lanzar el zarpazo. En el caso del 11 de abril de 2002, en Venezuela, los medios, por orden de las transnacionales, controlaban el poder desde hacía más de cien años; entonces se desbocaron y sus dueños fueron los primeros en correr a levantarle la mano al tirano Pedro Carmona Estanga. Y se produjo evidentemente una pelea de perros en el propio Palacio porque el atoro era mucho, para tan pocos huesos.

El segundo asalto de los medios de comunicación se produce el 2 de diciembre del 2002, mediante un poderoso sabotaje a las instalaciones petroleras, con la consabida paralización bancaria, con una pertinaz ola de rumores sobre desabastecimiento de combustible y de alimentos. Durante 48 horas el poder lo asume la clase privilegiada, y lo primero que hace es desconocer las Leyes Habilitantes (con las que Chávez pensaba rectificar enormes desigualdades sociales). Repuesto Chávez en su cargo el día 13 de abril, por el pueblo y el ejército, las oscuras fuerzas de la reacción, aún seriamente golpeadas, no cejan en sus criminales propósitos: se envalentonan al ver que los tribunales no actúan, que no se detiene ni se enjuicia a alguien, y porque de siempre se han acostumbrado a vivir en un país en el que nadie jamás se ha atrevido a tocarles un pelo.

El país, en realidad, venía viviendo sin ley, en plena impunidad para grandísimos crímenes cometidos por la clase alta, desde que Santander entró en Bogotá a ejercer la presidencia de Cundinamarca, en 1820.

La oligarquía aquí ha entendido que para gobernar con “decencia” hay que tratar al pueblo como a un esclavo, como a un ignorante, que no sabe valerse por sí mismo, y que solo para precaverse hay siempre que tratarle a las patadas. En ocasiones a ese pueblo hay que verle como a un monstruo que comete barbaridades, que desquicia y desmadra, y que para mantenerlo por el carril “democrático” es menester hacerlo con el poder de las armas de la policía, de los cuarteles.

Toda esta concepción estaba en la mente de cierta élite de los que acompañaban a Chávez cuando apenas llevaba dos años gobernando desde Miraflores. Por eso la oligarquía creyó que tenía el suficiente poder para exigirle a un grupo numeroso de generales que actuaran y sacaran al “intruso” de Miraflores. Es así como se monta en una zona de los ricos de Caracas [Altamira] un centro de permanente agitación y conspiración para derrocar al gobierno. Desde allí auparon a politiqueros hartamente corrompidos, a fascistas, para que desestabilizaran al país y entonces que cayera el gobierno y se les devolviera los privilegios a quienes siempre lo detentaron en forma penosa.

Todavía esa es la cantaleta que sostienen los candidatos de la oposición que buscan enfrentarse a Chávez.

Enfermizamente, obcecadamente por mantener sus fueros, la oligarquía no tiene otra patria ni otra república que la de sus bienes de fortuna, por eso celebraba en la Plaza Altamira sus protestas haciendo ondear la bandera de Estados Unidos. ¿Qué puede tener de venezolana esta gente que se niega a admitir que los pobres reciban atención del Estado? Es la misma posición moral de

Santander cuando se niega a enviar esclavos a luchar por la Independencia de Venezuela.

Desmontar un Estado contrahecho, convertido en hacienda y cuartel de los partidos, ha sido parte de la gran labor que le ha tocado a Chávez; como Bolívar en 1813. Tiene que tratar con toda clase de mezquindades, con envidias y complejos miserables de gente habituada a gobernar mal y a tratar al pueblo como esclavo y como vil chusma o despreciable lumpen. Insensatez y estupidez de las clases pudientes que han vivido en Jauja, mientras el país adolece de rumbo, sin organización, y se ahoga en una pavorosa deuda social.

Cuando Chávez toma el poder para enrumbar positivamente a la nación, dando cabida a tantos desplazados, aparecen los maulas que tuvieron a Venezuela en un puño, frustrada, secuestrada y aherrojada, y le quieren imponer las reglas de su estilo de gobernar. Ellos dicen que son los únicos que saben gobernar a este país; en otras palabras: saben cómo esclavizarlo, conviviendo en plena armonía con el robo y la maldición de todas las plagas sociales e injusticias.

Esa fue la causa primaria de que las fuerzas reaccionarias se volcaran contra Chávez. El clero fue de los primeros en dar un paso al frente en defensa de sus eternos viejos privilegios. Entendieron que Chávez, al igual que Bolívar, tenía la intención de inculcar en el pueblo amor por su país, por su historia, por sus valores culturales, y afianzar una conciencia nacional, continental, y hasta universal. El pueblo que encontró Chávez estaba en las últimas, frustrado en grado máximo, descreído de todos sus gobernantes y dirigentes políticos, postrado y envilecido, totalmente sojuzgado y secuestrado por los partidos y los medios de comunicación.

Chávez necesitaba, más que nada, de unidad para fortalecer su gobierno, pero la única unidad que podía salvarle, honesta, franca

y pura, estaba allá abajo, en el pueblo. Por ello no vaciló en declararse abiertamente a favor de los desposeídos a sabiendas de que se iba a ganar la guerra más brutal, más plagada de odio y de calumnias. Fue así como el país –que siempre vivió en la más horrible división de clases– mostró de modo crudo y cruel la inmensa llaga tras el velo de una pobre y decrepita democracia, porque no había forma de gobernar, en una palabra, no existían instituciones.

Era el mismo pueblo al que Bolívar, ya viejo y destrozado por las traiciones, cuando sin un céntimo en sus bolsillos, iniciaba su despedida de Bogotá porque todo lo había dado, y expresó: “Solo tengo un corazón para amarles y una espada para defenderles”. Le hablaba a esa gente de allá abajo, a la que decía José Martí: “con ustedes mi suerte quiero compartir”.

No obstante, resulta importante destacar que la evolución de la lucha de Chávez ha tenido que vencer horribles escollos que por poco hacen desviar peligrosamente su gesta: un grupo de aventureros oligarcas que venían preparando la caída de Carlos Andrés Pérez, luego de las acciones del 4-F, preparaban una trama para cogerse el poder; primero se montaron en la cresta de la popularidad de Chávez para llevar a cabo sus propios personalistas desig-nios. Ya el doctor Rafael Caldera lo había hecho con aquel discurso ante el extinto Congreso Nacional, poco después de producirse la rebelión del 4-F, con lo cual efectivamente alcanzó una grandí-sima popularidad, que fue la clave para hacerse nuevamente del poder. Pues bien, cuando Chávez triunfa en 1998 la oligarquía va, y a través de personajes siniestros como Luis Miquilena y Alfredo Peña se hacen fuertes dentro del gobierno. La derecha, sin perder un segundo, logra minar y controlar grandes espacios en el gobierno del comandante Chávez, y poco a poco intentaron sofocarlo.

Ahora bien, las duras batallas del 2002 consiguieron un proceso de depuración de ciertas alimañas retrógradas, pero que

a la par de ser lento no consiguió del todo limpiar vitales espacios de la Administración Pública, donde verdean y hacen un papel saboteador desquiciante. La batalla pronto alcanzó niveles casi de confrontación bélica con Colombia, pues Álvaro Uribe Vélez, como el principal peón del imperio le solicitó siete bases para desatar una guerra contra nuestro país. De tal manera, han sido trece años de resistencias victoriosas, de batallas heroicas, de conflictos de vida o muerte, de errores y aciertos, de sueños y esperanzas gloriosas.

Prosigamos nuestra comparación necesaria

Desde 1828, cuando Bolívar vio que Santander, en la Convención de Ocaña, había destruido la posibilidad de hacer una Colombia fuerte, se une a ese pueblo humilde que lo único que desea es la paz: “Yo he vuelto a entrar en mi antiguo oficio de pobre diablo, ya todos mis gustos son plebeyos, enemigos del poder y de la gloria (...) ando en pos de Diógenes para robarle su tinaja, o su tonel, o su casa”.

Por su parte, el golpe del 4 de febrero de 1992 no fue para establecer una dictadura porque, siguiendo el ideario bolivariano, Chávez estaba persuadido de que la fuerza jamás crea gobiernos. Quiso reunir a un grupo de personalidades “notables”, pero estas también estaban maleadas o acobardadas por efecto de la larga degradación mortal que ha maleado a casi todos nuestros hombres. No querían sacrificar sus comodidades porque no eran ellos los que estaban pasando trabajo; así, no creo que –en términos del Libertador– hubiesen pasado siquiera un día por la escuela de la miseria, ni eran muy patriotas que digamos. Solamente querían que se les tomase en cuenta para todo, pero que no se les pusiese en el papel de tener que sobrellevar insultos, golpes, amenazas y escándalos, pues no querían sufrir ni un segundo los fieros y

desquiciados ataques de los medios de comunicación. Unos medios preparados y entrenados para salvar asesinos y ladrones, para proteger delincuentes, pero, sobre todo, para destrozarse la reputación de todo aquel que osara tocar los intereses de las clases pudientes (que en definitiva son los que los sostienen).

Al igual que Bolívar –como decíamos– la gran batalla de Chávez se presenta larga y azarosa, veamos los porqués:

- Bolívar comenzó su lucha formando soldados prácticamente de la nada, y llevando él mismo a cuestras, en sus largas correrías, la existencia del Estado.
- Chávez llega cuando varias generaciones de políticos dedicados a estafar a la nación han creado fuertes lazos con el poder de las transnacionales, las hijas mimadas de la política norteamericana. El imperio norteamericano no puede ver con buenos ojos que estos, los viejos amigos de sus intereses (Fedecámaras), perdieran sus privilegios. He aquí la raíz de nuestros males, de nuestra desgracia, de nuestra maldición. Las clases pudientes comienzan a gimotear para que el padrote del Norte interviniera con sus marines, y “pusiera orden en casa”. Un llamado que en el siglo XX se hizo cuando tomó el poder Cipriano Castro y cuando gobernaron Isaías Medina Angarita y Rómulo Gallegos. Prácticas muy comunes de la CIA, en todo el Tercer Mundo.
- Tanto Bolívar como Chávez son seres impetuosos y firmes en la desgracia, además de muy generosos en medio de la victoria. Por eso el enemigo se ha confiado –en extremo– de la magnanimidad de estos dos hombres. Y en ambos casos, sus enemigos, en todo momento propiciarán el caos y la violencia como máximas para llevar al gobierno a la ruina y a la desesperación, siempre esperando ser perdonados. Siempre estarán contando con esa generosidad (y la

protección de los gringos) para salvar sus pellejos. Por eso se atreven en sus ataques criminales.

- Ambos pusieron sus mentes e ideales en el pueblo antes que en prebendas personales.

Por esta vía, como lo hemos detallado, cada vez que los aliados de los ricos toman el poder en nombre de la libertad y la democracia, en nombre de la civilización y el progreso, usan toda la fuerza que poseen para asesinar, reprimir, torturar sin control ninguno a sus oponentes; pero, en cuanto pierden el poder ponen por delante la divisa de los derechos humanos, los valores de la Constitución para lanzarse a conspirar, para provocar violencia y tratar de hundir el orden constitucional. Para ello cuentan, insistentemente, con el poderoso recurso de los medios de comunicación, el verdadero brazo armado de los enemigos de los pueblos en todas las regiones del mundo.

- El descrédito de Bolívar en Europa, a partir de 1828, se debe a los escritos que los liberales colombianos hacían llegar a filósofos como Henri-Benjamin Constant de Rebecque y Jeremías Bentham, quienes los hacían difundir por los medios de prensa más poderosos, y fue tal su influencia que por esta razón Carlos Marx llegó a tener una errada opinión de Simón Bolívar. Cuando un gobierno popular cae en descrédito a los ojos de los llamados “países civilizados”, y EE. UU. amenaza con intervenir para imponer “orden”, está servida la mesa que justifica el regreso al poder de los eternos enemigos del pueblo, de la razón y de la justicia.
- En este sentido, Chávez ha tenido que moverse y armarse con mucho coraje, fortaleza y decisión a fin de que los gringos no impongan sus títeres nuevamente en Venezuela. Es claro que los gringos únicamente se detienen ante los que se les paran con coraje, porque esos malditos son horriblemente

cobardes. Son unos Rambos llenos de *mierda* hasta los sesos y que al primer sople chillan como cerdos. Han sido valientes para invadir países indefensos (a los que desarmen y dejan en las últimas para luego invadirlos) como Grenada, Panamá, Haití, República Dominicana...

Las siguientes palabras nos dejan un palpito de cuanto se pensó respecto del Padre de la Patria:

*Como Don Quijote, Bolívar luchaba por su gloria;
y a fin de servirla, la había proyectado en el mundo exterior,
como Don Quijote a su Dulcinea, llamándola Venezuela primero,
Colombia después. Era vital para Bolívar que el mundo creyera en Colombia.*

SALVADOR DE MADARIAGA

Eliminados los españoles, se perdieron las trabas para que los ricos propietarios criollos volviesen por los mismos fueros que detentaban los colonizadores. Estos se convertirán en una especie de invasores, de fuerza extranjera con su propia tierra. Verán con recelo al pueblo y lo considerarán su enemigo. Siguiendo el ejemplo de la vieja estructura goda considerarán que el pueblo nunca estará lo suficientemente maduro para elegir a sus representantes, para asumir responsabilidades sociales y políticas.

Cuando en 1992 un puñado de soldados irrumpe contra el títere del Departamento de Estado norteamericano (Carlos Andrés Pérez), la misma clase dominante que hereda la estructura de poder en Venezuela es la que está gobernando nuestro país. Por eso el ataque al Palacio de Miraflores es el golpe a un emblema de poder que se venía sustentando desde que Páez asumió el mando en 1830. Tal estremecimiento no logra del todo sacar al pueblo del letargo y del ultraje de casi dos siglos. La lenta reacción de las

oscuras fuerzas del oprobio buscó nuevamente engañar otra vez al pueblo diciendo que unos oficiales ambiciosos y criminales querían asumir el poder para hundirnos en un nefasto, totalitario y brutal comunismo. El pueblo, perplejo, intuye que están emergiendo grandes fuerzas inspiradas en aquel Hombre Glorioso de las Dificultades, quien dejó inconclusa su obra porque se nombra con insistencia un proyecto bolivariano.

Aquella semilla, echada en terrible hora, poco a poco, a fuerza de ser regada con perseverancia y amor por su líder Hugo Chávez, conseguirá sembrarse en el corazón de las masas.

Siempre es un hombre, o un puñado de hombres, los que desatan los demonios de una revolución: en 1811 no había un programa político para embarcarse en un gran proyecto de cambio, sino un viento de locura que nos llegaba de Europa. Alguien debía aprovechar esos vientos para que la nave de los capitanes venezolanos cogiese impulso y un norte bien definido. No era hora de hablar de razones económicas ni de planes ideológicos, ni de la elaboración de salidas concertadas con el enemigo porque, él, aún carecía de rostro propio. Había que entregar las riendas de aquella desbocada misión a un hombre experimentado. El Generalísimo Francisco de Miranda no pudo hacerlo. El que iba a encarnar aquella gesta tenía que levantar una fortaleza superior a la Santa Alianza, al poder y a los inmensos recursos bélicos de las europas, a la barbarie de una época sustentada sobre el despotismo y la ley del más fuerte. ¿Dónde estaba en América el milagro y la fuerza enigmática de ese ser prodigioso que debía arrostrar tan feroces y formidables obstáculos? ¿Estaba en tierra venezolana? ¿Tenía la fortaleza de un dios para hacer de la nada una República?, ¿para consolidar instituciones que fuesen respetables a los ojos del mundo?; tenía que ser un hombre que hubiese cruzado un desierto.

- Aquel hombre canijo, de mirada profunda y serena, había hecho un juramento en Roma. Era un joven atormentado que estaba dispuesto a ver directamente a la cara del horror sin parpadear, y sin concederle un ápice en el terreno de la verdad; un hombre dispuesto a levantar una Nación con su espada, con su verbo, con sus visiones, con su genio. De mirada clara, un soñador con los ojos muy abiertos. Estaba dando el más grande ejemplo de desprendimiento humano porque, teniendo fortuna, influencia y alcurnia, daba el primer paso para despojarse de todas esas amarras materiales. Un ser que estaba eligiendo conscientemente su destino. Abandonó las ilusiones terrestres para asaltar los cielos y asirse a la gloria de liberar a todos los pueblos de la América del Sur. No vaciló en escoger su derrotero: el que lo entrega todo por la patria se hace eterno. Fue un hombre práctico con lo sublime. No tenía por qué vacilar.
- Para asaltar los cielos, Chávez también se colocó frente a la jauría: “Aquí estoy, arremetan contra mí”, y la clase social amenazada le saltó a dentelladas, con traiciones, ingrati- tudes, calumnias, mentiras, humillaciones, insultos. Chávez proclamó entonces:

Vengan contra mí, estoy listo para recibir vuestros dardos y golpes. Ya me he endurecido, cuántos azotes en el alma. Ya he cruzado tantos desiertos. Pueden venir por mí las veces que quieran, que mientras ustedes intenten destrozarme yo haré que el pueblo siga adelante, avanzando, tomando conciencia de esta revolución, dando el paso necesario de la hermandad, de la unidad que necesita hoy América Latina. Haré que el pueblo vaya alcanzando la cima; que el pueblo en la cima se haga invencible.

De la nada también tenía que hacer una República, porque al menos Bolívar pregonaba la lucha de la independencia y pudo armar al pueblo y declarar la Guerra a Muerte con una buena camada de intelectuales de primera línea, pero aquí, en nombre de una democracia no se le podía tocar ni un pelo a los más grandes maulas y bandidos del continente, donde muchos intelectuales son menos que cerdos, lacayos, al servicio del degenerado neoliberalismo. Aún luchamos contra esa horrible casta protegida por los cerdos imperiales, por los chanchos purpurados. Aún cuesta tocarles un pelo, asesinan y se pavonean protegidos por los gringos. Aún roban y salen en libertad concedida por los tribunales, aún se ríen en la cara del pueblo. La asquerosa escoria que se pavonea con sus valores de silicona porque el imperio les echa un manto desde la SIP, desde la CIDH, y cuántas *mierdas* de ONG han inventado en Washington.

Caben, muy bien aquí, entonces, las palabras alertantes: *De traidores está América cansada* (José Martí).

Los perros de Pavlov largamente entrenados

Mucho antes de que Chávez apareciera en el mundo de la política, uno también andaba obsesionado por los dolores de Bolívar. En todas partes estaba uno conversando con él, entregado a descifrar sus mensajes poco escuchados y poco comprendidos; sumergido en el centro de esa llaga incurable llamada democracia representativa, esa democracia que le encanta a la OEA, a la España goda y fernandina, al Tío Sam. Porque, desgraciadamente, la opinión de un magnate dueño de medios en América Latina vale más, a los ojos de las naciones democráticas de occidente, que la de cuarenta o cien millones de personas que habiten a varios países.

Uno andaba (seguirá así, porque estamos marcados) herido de mismidades penosas, penetrado de lo que el Libertador anunció con su frase: “mis agonías vivirán en el futuro”.

Entonces nos dimos a la tarea de escribir, digo, a la tragedia de vivir con nuestros propios nervios y a través de sus dolores, a través de sus insomnios de hombre maldito e incomprendido.

Chávez es lo suficientemente fuerte para hablar sobre los dolores de Bolívar y al mismo tiempo permanecer sereno. Recuerdo particularmente aquel 17 de diciembre del 2000, en el Panteón Nacional, conmovidos hasta las lágrimas, escuchando el himno a Bolívar de Teresa Carreño, y fue entonces cuando vi que Bolívar volvía a la calle con su pueblo. Vi también las huestes realistas alistarse para el combate. Vi a España salir con sus girones de perra golpeada a enviar sus galeotes con sus mercenarios para recobrar sus gonfalones y esclavos, ahora aliado con el norte. Vi de un solo golpe toda la voraz guerra que se desataría contra nosotros. Me fui a la Plaza Bolívar, recuerdo, con mucha fiebre, con el corazón palpitante, y allí encontré al querido amigo Giandomenico Puliti, a quien poco después le darían un tiro en la cabeza. Todo se ha desatado: guerra sutil de las bestias enfermas por todas partes, ahora con trajes ocultos, con prendas sutiles y violencias secretas. Nos estaban echando los perros inoculados por sus vicios y propagandas que en todas partes nos insultan y que nos quieren matar, porque los han vuelto locos. Son las fieras que ahora utiliza el imperio. Primero que nada echar adelante sus perros enfermos, desquiciados por la televisión. Que vayan por delante echando dentelladas, mientras ellos preparan las ojivas y calientan sus portaaviones. Todo el país se llenó de perros sedientos de sangre. Por todas partes salían y saltaban. Los perros de Pavlov largamente entrenados, adiestrados por el imperio.

¡Cuántas dentelladas!

Contra aquellos perros, en medio de la jarana de sus rabiosos ladridos, sacaba valor Chávez para hablarnos de Bolívar. El antídoto contra el mal de rabia.

Chávez obliga, con su fuerza y con su fe, a que se le siga y a que se le escuche. Hay un pueblo decidido a seguirle hasta mucho más allá de la muerte. Hay un estremecimiento que ha sacudido al rancio protocolo de los eunucos que lo único que saben hacer es colocar flores en la tumba del Hombre de las Dificultades. Flores e inclinarse con sus rabos de paja. Ese prócer prosternado, cadavérico y momificado en los burdeléricos salones de nuestro Estado.

Chávez ha puesto a cabalgar otra vez a Bolívar, le ha hecho que desenvaine su espada y se coloque a la cabeza del pueblo. Ese Bolívar que no es ceniza ni polvo, sino sangre de un pueblo rebelde que causó horror y pánico entre los que dieron el golpe el 11 de abril del 2002. Al Bolívar que hubo que sacar de Palacio después de que fue echado Chávez ese 11 de abril, porque les miraba fijamente, como diciéndoles: “Banda de pérfidos ladrones y putañeros, hijos del Rey de España y de Bush, bisnietos de Monroe, tataranietos del miserable Santander...” Bolívar fue echado de Palacio a empellones por Pedro Carmona Estanga, Baltazar Porras y Carlos Ortega. Y Carmona Estanga lo advirtió a los matones de Pérez Recao:

Si Bolívar sigue allí no hemos hecho nada, nada más insolente, nada más grosero e insultante a nuestra causa que ese señor. Echadle, y que se cambie el nombre de República Bolivariana por la república tierna del señorito aquel padre de la democracia.

- A Bolívar no se le puede amar y servir decorativamente. No podemos sacar de su tumba sus ideas sin vernos expuestos al horror de la metralla incesante de los santanderistas, hoy representados por esa clase esclavista, mercenaria y vendida

al poder de Estados Unidos y de los godos o gachupines de España.

- Chávez puso como emblema de su lucha el estandarte más odiado por la oligarquía nacional e internacional: Bolívar.

Y Chávez ha parido todo esto con miles de dolores que ni cien madres. Él se ha echado sobre sus hombros la tierra entera desde aquel 4 de febrero de 1992. Pero mucho antes venía con dolores de grandes partos. Muchos antes del 27 de febrero de 1989. El destino lo colocaba delante de los mayores verdugos de su país, y él los miraba y los trataba. Vio las bacanales en Palacio, vio los honores que se les hacían a las barraganas de los presidentes, vio cómo se entrenaban a los soldados para masacrar a las barriadas por órdenes de los oligarcas. Dolores, a la espera de un gran parto. Para cambiar al mundo hay que llevar en el alma a millones de seres, que uno tendrá que parir algún día. Como a una madre que le crece la placenta, el vientre de Chávez: su alma se iba llenando de tumultos a punto de estallar y hoy, todos somos hijos de aquel parto. Cuántos dolores, cuantas fuerza acumulada, cuántas lágrimas y tormentos. Hasta que estalló todo y se desparramó el pueblo henchido en su vientre. Fue una larga espera. Lo primero fue aquella gran tragedia del Caracazo, luego la rebelión, pagar dos años de cárcel, y después el largo calvario con persecuciones, acosos y ensañamientos. Más tarde recorrer el país por sus llagas más lacerantes. Enfrentarse a los cobardes y a los enanos de largas trenzas infiltrados en los llamados partidos de izquierda. Avanzar, convencer y coronar el triunfo en 1998. Y hacer luego un gobierno de la nada, y también poner en marcha un partido, el MVR, de la nada, constituido por una buena camada de oportunistas provenientes del MAS, Causa R, AD y Copei, que estuvieron manejándolo cogolléricamente.

Más tarde llamar a una Constituyente, y seguidamente a un referendo para sancionar una nueva Constitución. Después el dolor de ver la división de sus amigos comandantes que, confundidos por la oligarquía, tomaron caminos diferentes. Fue como la tragedia de las desobediencias y discordias contra Páez, Mariño, Arismendi, Bermúdez desatadas desde Bogotá por Santander.

Exponemos a continuación, en veinte puntos superados, el panorama orquestado por los poderosos medios de comunicación:

- La pavorosa situación económica con un barril de petróleo en el año 2000 a 22 dólares el barril.
- Todas las alcaldías y gobernaciones plagadas de deudas y corrupción.
- Ante un episcopado furiosamente embanderado con la oligarquía y el imperio norteamericano.
- Con un Consejo Electoral plagado de vicios y viejas manipulaciones desde los partidos y Fedecámaras.
- El 14 de abril de 2000 Chávez declara que apoya la independencia del pueblo palestino, y sostiene un encuentro con Arafat.
- Chávez se acerca a Cuba y el imperio afila sus garras.
- Se declara la guerra contra los dirigentes campesinos y sindicales que ya al 2012 sobrepasan los cuatrocientos asesinados.
- Nuestro Presidente no se apega al mandato ni a las órdenes de Washington y el 11 de agosto de 2000 visita a Saddam Hussein.
- Y el 14 de agosto de ese mismo año se entrevista con Gadafi.
- En agosto de 2000 las fuerzas imperiales se movilizan para tratar de crear un conflicto entre Venezuela y Guyana por lo del Esequibo.

- La guerra desatada por la podrida CTV y la creación de una gran trácala que se llamó “sociedad civil”, dirigida por el diario *El Nacional*, con el fin de controlar y desestabilizar el gobierno.
- La amenaza de Aznar y de Clinton a Venezuela, en septiembre de 2000 por el alza del petróleo a 36 dólares el barril.
- En ese año 2000 recrudecen las amenazas desde la oligarquía colombiana.
- El único gobierno en doscientos años que realiza una política tributaria seria y pone orden en la dirección de identificación y extranjería.
- Pone orden a un país sin verdadera seguridad social en doscientos años.
- La tenaz política en defensa de un precio justo para el petróleo, que lleva a cabo Venezuela en el seno de la OPEP.
- Ya a principios del 2001, Chávez se plantea la guerra al ALCA.
- El imperio sembró a Vladimiro Montesinos en Venezuela para emprender la guerra satanización contra nuestro Comandante.
- Se va descubriendo poco a poco la gran mentira de la fulana orimulsión.
- El 23 de abril de 2001 Venezuela se niega a firmar el apoyo al ALCA.

Y en diecinueve puntos, algunas comparaciones contrarias entre Bolívar y Chávez; dos épocas, dos ambientes.

- El “pacificador” Pablo Morillo le escribe al Rey: “Majestad, Simón Bolívar es la revolución”. La CIA aconsejaba a Carlos Ortega y a Pedro Carmona Estanga que la culebra se mata por la cabeza.

- Francisco de Paula Santander encarna los valores inmorales del mercantilismo norteamericano.
- La guerra de Bolívar fue contra la Santa Alianza; la guerra de Chávez, contra la globalización, encarnada en los dueños de los medios de comunicación.
- Hacen falta hombres tenaces como el general Rafael Urdaneta.
- Hace falta un genio equiparable a Sucre, que marche otra vez al Sur, a independizar Ecuador, Perú y Bolivia, y si es posible, que pueda enviar huestes al mando de un negro, llanero, como el capitán de granaderos Domingo López de Matute.
- El Francisco Vinoni de la revolución fue el anciano Luis Miquilena. Por su parte, Bolívar ordenó fusilar a Vinoni en cuanto lo reconoció en 1819. Los vinonis de hoy son Miquilena, Alfredo Peña, Ernesto Alvarenga, Alejandro Armas, Raúl Baduel...
- A medida que se vayan agudizando los conflictos irán apareciendo los líderes necesarios.
- El colonialismo en América Latina se encuentra en un estado peor que en 1820, cuando Bolívar emprende su campaña al Sur.
- El dueño de los medios de comunicación entonces era Santander. La tinta de su bilis, llevada al papel, acabó por desintegrar a Colombia.
- La Iglesia conquistadora se opuso a la independencia y excomulgó varias veces al Libertador. La Iglesia neoliberal, nieta de aquella, está comprometida en los criminales atentados para derrocar a Chávez.
- La actual revolución carece de un historiador que la recoja con claridad, visión y patriotismo; ni siquiera tenemos uno que esté a la talla de José María Baralt.

- La peor *mierda* nuestra se encuentra en ciertos intelectuales que se creen la élite del pensamiento venezolano, besaculos de la oligarquía, tremendamente flojos, además de serviles al imperio yanqui.
- Los santanderistas se hicieron liberales porque era la moda en Europa.
- Los malditos leguleyos de todas las épocas, que hicieron la vida imposible al Libertador, hoy están contra Chávez multiplicados por miles.
- El traidor de Alfredo Peña es equiparable al peruano Manuel Lorenzo Vidaurre, adulate y rastrero frente al hombre fuerte cuando este estaba a su lado, pero en cuanto le dio la espalda lo escarneció; planificó su muerte y procuró destruirle por los medios más arteros.
- El deslenguado y farsante de Vicente Azuero tuvo su par en Jorge Olavarría.
- Leguleyos de la calaña de Francisco Soto tuvimos de sobra: Allan Brewer Carías, Hermann Escarrá, Tulio Álvarez, Ramón Escovar Salom...
- En el Congreso de 1821 tuvimos también ardorosos procolonialistas como los de hoy: Enrique Radonsky, César Pérez Vivas, Gerardo Blyde, Luis Miquilena, Leopoldo Martínez, Leopoldo López, Julio Borges...
- El gobierno de Bolívar estuvo plagado de infiltrados y de horribles saboteadores.

ZAMBOS

Nuestra tristeza es la imagen invertida de nuestra nobleza

CARLYLE

- Simón Bolívar nace un 24 de julio y Hugo Chávez Frías un 28 de julio.
- El rostro de Chávez evidencia la mezcla de negro e indio. Pero Bolívar era también zambo.
- Dice don Salvador de Madariaga que Simón Bolívar habría sido, como figura histórica, mucho menos representativo como ser humano, mucho menos complejo, y como americano, mucho menos arraigado en el suelo del Nuevo Mundo, de haber sido blanco puro. Añade Madariaga que aunque el ambiente y los espíritus le hubieran influido, no habría Bolívar podido tener acceso a las capas más profundas del alma de las Indias si su familia no hubiera absorbido, quizás más de una vez, sangre negra y sangre india³¹.

Lo más extraordinario y sustantivo dicho sobre el zambo Bolívar proviene de don Simón Rodríguez:

31. Véase *Bolívar*, Salvador de Madariaga, Ediciones Cultura, Santo Domingo, República Dominicana, 1987, pág. 65.

¿Qué dirán las naciones europeas cuando lleguen a saber que Bolívar es zambo? ¿Qué dirán los rubios de Inglaterra, los de Estados Unidos, los de Francia, y sobre todo los de... Andalucía?... ¡un zambo mandando indios en el Perú!... ¡qué impropiedad! Y, ¿qué dirían las gentes de juicio si el autor de esta defensa³² emprendiese probar con papeles, o con opiniones, que Bolívar es blanco de primera, de segunda o de trigésima extracción? –noble de primera o centésima jerarquía–. BOLÍVAR Y SU DEFENSOR SON ZAMBOS, PERO NINGUNO DE LOS DOS ES NECIO.

Acerquémonos a la sangre y a la conciencia dolorosa de donde provenimos; mentes sutiles y profundas han llegado a ver en nosotros una mixtura misteriosa. El proceso de la formación nuestra, al contrario de otras razas, se da por una alta purificación interior. No necesitamos recurrir al infierno para salir mejor formados y endurecidos de él: hemos nacido con el infierno dentro. Hay algo trepidante con mucho fuego: el conflicto de las razas que pugnan por integrarse, reconciliarse en nosotros mismos; se percibe en nuestro espíritu el esfuerzo agotador por la integración de mezclas culturales con choques diversos. Una lucha dolorosa. En esta enrarecida mezcla –dice Teresa de la Parra– se encierran nuestros errores, nuestra absurda democracia, nuestra errante inestabilidad.

En contraposición a lo anterior encontramos que esa composición ha dado origen a individualidades extraordinarias, coloridas y vivaces, como jamás podrían darse en ningún otro lugar de la Tierra. Bolívar y Chávez son, tal vez, el ejemplo más complejo de la esencia creadora de nuestras mezclas, veamos:

- En la mirada de Bolívar se revela una honda melancolía; ojos negros y brillantes, en los que resalta el fuego atávico

32. Se trata del famoso escrito que hace don Simón Rodríguez sobre la "Defensa de Bolívar".

de lo sublime y místico de lo español, la alegría ingenua del negro, el fluir entre lo telúrico del indígena nuestro.

- Entre esos mares de bravía ingenuidad va también el zambo Chávez, y los canallas de todas las horas y de todos los tiempos, que toda la vida se la han pasado mintiendo (a sí mismos y a los demás), han utilizado sus verdades y sus crudas reflexiones para hacerlo aparecer como un loco, como un monstruo o bandido. Pero nadie fue más loco que Bolívar en su tiempo, en palabras del propio Santander: “El loco de las malditas correrías”.

Líderes adecos introdujeron en el Tribunal Supremo de Justicia una acusación contra Chávez porque él y que estaba loco. ¿Pero habrá alguien más loco que los integrantes de este tribunal, en cuyo seno once magistrados dictaminaron que el 11-A no hubo golpe de Estado en Venezuela?³³ Nuestros magistrados, históricamente, han sido tan cobardes que el Congreso de 1832 en Bogotá emitió una resolución que luego el alto tribunal acogió con bombos y platillos, por la cual se dictaminaba que el “Crimen de Berruecos se declaraba ‘olvidado’ por las leyes de la República”³⁴.

- Se revela Bolívar a veces taciturno, retraído, dominado por sombríos pensamientos; parece en verdad, más que loco, un indio que contempla conmovido la pérdida de sus

33. Los magistrados del TSJ venezolano, echando mano del estilo impuesto por militares golpistas en América Latina, dijeron que ese 11-A de 2002 lo que hubo fue un “vacío de poder”. Resulta que una manifestación de la oposición que debía marchar hasta Chuao fue desviada hacia El Silencio para después atacar al Palacio de Miraflores. Unos generales (después fueron preñados por el propio TSJ de buenas intenciones), que para defender la República, en lugar de detener inmediatamente a los dirigentes de esta marcha (es decir, a Pedro Carmona Estanga, Carlos Ortega, Guaicapuro Lameda y Carlos Molina Tamayo) arremeten contra el Presidente de la República y lo ponen preso. Jamás en la historia de pueblo alguno se ha visto mayor adefeso jurídico.

34. Para todos aquellos que deseen conocer un poco más el asco, la ignominia y la bajeza con que nuestros tribunales de justicia se han conducido en este país, deben leerse *Memorias*, de J. M. Núñez de Cáceres.

antepasados, sus costumbres y su cultura. Otras veces ríe franca, ingenuamente, como esos muchachos mestizos o zambos de nuestros pueblos bulliciosos; o estalla en una verbosidad colorida, penetrante, burlona o divertida, de la que nadie puede sustraerse: es la plasticidad vivaz y expansiva del negro. Agreguemos que es feo y sublime; está lleno de un desprecio amargo por la vida: desafía a la muerte con desparpajo y serenidad. Teresa de la Parra decía que tal vez se elabora en nosotros algún tipo social exquisito y complejo que aún no sospechamos.

- Ahora aparece Chávez como el resurgir positivo de ese volcán de mezclas y valores. La lava que cada cien o doscientos años se desborda en América. Chávez, llanero, de tierra brava y caliente, andariego, soldado, soñador, poeta y cuatrista, coplero y veguero, canoero y bonguero, trochador y trochero, ordeñador, madrugador, caribe, empapado en los pastos infinitos, en las aguadas, caños y garceros. La llanura, que es toda esperanza y toda porfía: hombre de cabestro en mano, con el cielo por horizonte y por caminos sus sueños. Libre hasta más allá de los azules eternos, nacido entre los campos bravíos y abiertos. Libre como los tornavirones cuando corren por entre caños y esteros. Directo y llano, como los pájaros en sus vuelos. Entre veredas y vendavales, soñando recio con sus ojos bien abiertos, entre aromas y malezas, entre cantos y raudales, entre rebaños y pastoreos.

CHÁVEZ, ENTRE BOLÍVAR Y MARTÍ

*En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero,
va la dignidad humana.*

JOSÉ MARTÍ

¿Podrá un cubano... olvidar que cuando, tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de “Junín”, “que va magnífico”, para caer en un puerto cubano, dejar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores...?

Bolívar no olvidó a un solo hermano de América. Su Patria era América. No olvidó a Bartolomé de Las Casas y quiso erigir una ciudad con su nombre. No olvidó a Bonpland y llegó hasta los confines del sur para pedir su libertad. No dejó de lado a los indios de Perú y Bolivia, y solicitó leyes amplias y humanitarias para protegerlos. No podía olvidar a Cuba y a Puerto Rico.

Cuba, tierra sin otra historia que la de los estragos de los buscadores de oro, desde que Colón pisara sus costas; sin un padre espiritual que la representara. Sus casas y sus calles, sus plazas y mercados, sus iglesias, la tierra bajo las sórdidas secuelas del

crimen y la explotación; sus peones y mandones marcados por los martirizantes desgarros del colonizador; el mar cómplice, la salida de mil caminos; frente al mar siempre la visión sagrada de lo puro y eterno. El Sol. La soledad presidiéndolo todo, enamorada del rumor de las noches. Yendo y viniendo a pie, descalzo, sobre la arena caliente: “¡Dondequiera que estés, Bolívar, duerme! ¡Mientras haya americanos, tendrás templos!; ¡mientras haya cubanos, tendrás hijos!”

Martí se contemplaba a través de la angustia de Bolívar: hundiéndose en sus dolores para llegar a la médula de su propio ser. Con el más puro querer, con el más auténtico pensar, con la más noble voluntad, adentrándose y percibiendo la grandeza de la Patria que no existe todavía sino en sus sueños. Venerado por la pauta de lo pretérito. Cuando la muerte ha calado hasta los huesos. Con su destino, alegre y desahuciado.

Un amor para el dar y para el sufrir: el único compromiso ante lo inconcluso e irremediable. Frente a la inmensa satisfacción por encontrarse entre los condenados, porque cuando ante tantas injusticias lo justo es estar con los presos. Lo noble inspira a lo grande. Y solo los grandes saben percibir lo oculto y lo invisible. Lo trascendente, justo y noble.

En un solo lamento fundido con la iluminación de un canto; a la primera orden ser el primero, y echándose a cuestras las lágrimas, salir al campo. La gloria que se alcanza al perderlo todo. Luego, la prodigalidad que está en no aspirar a nada. Y descender del cielo con cantos de auroras. Con estelas infinitas de amor fraterno. Bajo la sombra liberadora del que se basta a sí mismo en la plenitud de la soledad y del servicio. Cuando cada paso se ha hecho consagrado e intangible, entrañable y eterno con la causa.

¡Cuántos años estuvo Martí interrogando a Bolívar! ¡Y con su diáfano sentir, forjando su ser para la lucha! Bolívar fue su coetáneo, su más íntimo amigo, su más cordial y comprensivo maestro.

Así como Martí encontró a Bolívar y lo hizo su maestro eterno, así Chávez forja su hermandad con El Libertador. Entre el rumor de las olas contemplando al viejo, frente a la mar. Bolívar condenado en su prodigiosa obra; y escuchando el mandato que luego se hace clamor:

Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que lo maltratan, no es un hombre honrado.

En un único día, frente al mar, toda la vejez de cuatro siglos. Frente al mar, fija la mirada en la ruta del pordiosero iluminado, en su última hora. Del mar de Cuba a la costa de Santa Marta, el vaho fustigante de lo inacabado, porque “tú, Padre, lo que no hiciste todavía está por hacer...”

Y solamente José Martí, cargado de vejez: con mil años de ternura en sus ojos tristes y agobiados para siempre. Con la soledad del “viejo”, con el juego de sus nervios y los encargos de sus anhelos. Ya no era solo Cuba a la que debía entregarse, sino a toda la América Latina. Ya a los dieciséis años Martí llevaba sobre sí la inmensidad de la tragedia de quien escuchaba aquellos ecos, frente al mar: “Vámonos, vámonos, que aquí no nos quieren...”

Tu obra, Padre, en todo lo que se respira, en todo lo que se palpa.

Se conocían. Hablaron largamente. El padre al hijo:

—No hay mundos pequeños, sino hombres pequeños. Te consta, muchacho, que comencé con una pluma y un candil. Con una brasa en la cabeza, como tú ahora. Con nuestros indios y con nuestros negros esclavizados, ulcerados en las calles, en los campos. Con la sombra de mí mismo bajo el fuego bestial del amo. Tú sabes que no me costó más que mi persistencia, y unos cuantos locos

desafíos; te consta. Comencé como tú, ahora: sin nada más que mi sombra, allí, también frente al mar, mirando, con este puñado de fe que quema. “¡Húmedos los ojos, el ejército de gala... Al aire colores y divisas... Las músicas todas sueltas a la vez, el Sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo!”

—Así es, Padre: sin nada más que la propia sombra.

—¿Lo recuerdas?, y además, hijo, con el alma de poeta que en ti desborda. Es la prueba: mientras haya un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida, odiosa a veces por la brutal maldad con que suelen afearla la venganza y la codicia.

Terrible encargo para un niño que ya es otro viejo como el milenarío Bolívar. De tantos hijos que ha dejado, con esa historia que hay que leerla de noche frente al mar.

—¿No es bendita la ilusión de creer que uno pueda cambiar a los demás en la dirección de nuestros sentimientos? ¿Quizás hacerles ver o sentir alguna forma muy leve de realidad diferente, donde se levanten las fuerzas de una constancia divina y sagrada? Una ilusión milagrosa que nos salvará de tantos falsos salvadores, la fe que quema como la misma brasa del delirio. De modo que hace falta contribuir en algo para calmar, ¡oh, Padre Bolívar!, el vasto designio de tus dolores. Y Martí clama: “Cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres... hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos”.

No podríamos cambiar nada, no podríamos ser diferentes, si cuanto nos afecta, antes no ha pasado por nuestro dolor, y esta lucha con uno mismo se convierta en el milagro de la redención.

“Porque para quien conoció la dicha por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria...”

De lo cual, quizá lo único que valga la pena sea entregarse sin reposo ni medida al mandato de las ideas y sentimientos de Bolívar, desligado del laberinto de las ilusiones, sin aceptar un ápice la fatalidad de los muertos, que es lo que hace Hugo Chávez, cuando toma el fusil y se dirige a La Planicie.

Y le coge la noche a Martí frente al mar:

Noche como la contienda que le espera. Dejando las columnas de humo a sus espaldas. Con los derrotados a cuestras: las nubes oscuras, encapotados los cielos, las montañas inmensas, mudas a la espera del gran combate. Con el aliento definitivo de la soledad definitiva. Alma de niño alguna jamás había penetrado tan de lleno en todo un continente.

De cuántas razones puedan darse de la visita de Martí a Venezuela, solo una es valedera: quería conocer a la Jerusalén de Latinoamérica, donde había nacido Simón Bolívar. Quería rendir homenaje a su obra; hundirse en el paisaje sobrenatural de sus proezas. Cuando Martí consultó al escritor Nicanor Bolet Peraza sobre su resolución de visitar Caracas, este trató de disuadirlo, mostrándole mi triste avío de proscrito y las laceraciones de mi alma por causa en espíritu idéntica a la gran causa de libertad que a él le animaba. El poder de entonces era opresivo en mi Patria. El éxito corruptor, con su mano enguantada de oro todo lo acallaba y solo tenían voz, el ditirambo en la literatura, la denuncia en el periodismo, la loa bizantina en la tribuna. Martí, no obstante, se fue allá.³⁵

35. *Discurso en Chickering Hall, 19 de Mayo de 1897. Venezuela a Martí.* La Habana, 1953, págs. 41, 42.

Surge Bolívar, con su cohorte de astros...

¡A caballo, la América entera!

JOSÉ MARTÍ

El dolor en América de Bolívar y Martí es el de la impaciencia americana: ansiedad por hacernos vigorosos espiritualmente, para hacernos vivir por nuestros propios medios, por extender la fuerza de lo criollo, por vencer nuestros males y de que seamos capaces de arrostrar todas las adversidades dignamente. Ser capaces de amar con entera devoción y entrega sincera. Impaciencia es la del indio ahogado en las servidumbres, que busca recuperar su ambiente, su tierra y su querencia. La impaciencia del negro, tres siglos esclavizado, que ha echado a un lado sus cadenas para rescatar sus cantos, sus sueños. La del criollo, de fuego místico y desesperado.

Esa impaciencia que se torna en guerra y cruento desafío a partir de 1811, cuando Bolívar dice:

No es que hay dos congresos... Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y, para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad, unirnos para reposar; para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debería estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos extender los resultados a la política de España, ¿qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin

temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdersnos.

Toda nuestra gloria gira sobre este centro de luminosas y proféticas verdades: esa tinta que abona y engrandece el arte, la sed de ser, la raíz de la ardorosa intimidad cultural y humana, el inagotable impulso de la acción y de la poesía. Nada tenía Bolívar del alma sajona, nada de “predestinado calvinista”. Su corazón, ante todo, como correspondía a un poeta, era un himno a la amistad:

Quando me hablan de valor y de audacia siento revivir todo mi ser y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la patria y para la gloria. ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza!, entonces, yo ofrecería lo imposible: Entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también... El título de amigo solo vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra. Preferiría que mis amigos, en lugar de excelencia, me trataran de usted, y si fuéramos romanos el tú valdría más; este es el tratamiento de la amistad, de la confianza, y aun de la ternura.

Por su parte, nos entrega Daniel Florencio O’Leary esa faceta humana del Libertador (palabras en las que denotaremos una prueba de la soledad de Bolívar):

Era Bolívar tan leal y caballeroso que no permitía que en su presencia se hablase mal de otros. La amistad, para él, era palabra sagrada. Confiado como nadie, si descubría engaño o falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado.

José Martí desdeñaba el amor como amorío y lo profesaba como religión. Esa era su manera de amar. De Montecristi al Cabo Haitiano lo sostiene su amor a María y Carmen Montilla: cargado

de una trágica nobleza que es imposible leerlo en esos días de 1895 sin conmoverse profundamente.

Ya entonces Martí no es de este mundo.

El 2 de marzo de 1895, escribe: “Duerme mal el espíritu despierto”. Y quizás recordando a Bolívar: “El sueño es culpa mientras falta algo por hacer. Es una deserción”.

Se mueve Martí libre de amarras, y su autoridad la lleva en su porte y en sus ojos, en su hablar franco y directo: “El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria ni de mujer. De mujer, o alabanza o silencio”.

¡Cómo no iba a sentirse triste quien vino al mundo para cantar a lo hermoso, a la libertad, a los sueños puros, y se encontraba en medio de la esclavitud y de las miserias de sus gentes! Él habla por el alma de su pueblo:

No soy más que una perenne angustia de mí mismo. Todavía tengo una extraña sonrisa para mis locos dolores, y pensamientos de cariño para estas invencibles tristezas que me envuelven. Porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo; porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor.

Aún clama como los mártires:

Quando yo hubiera vencido todas las miserias que me agobian, sufriría mucho... sufriría yo siempre de estos mis nobles dolores de no hallar vida y de vivir... Yo necesito encontrar ante mi alma una explicación, un deseo, un motivo justo, una disculpa noble de mi vida.

Es el caballero andante que nada pide para sí, y que únicamente encuentra descanso dando felicidad y consuelo a los demás:

He visto mucho en lo hondo de los demás y mucho en lo hondo de mí mismo... yo no puedo ser feliz, pero sé la manera de hacer feliz a los otros... el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas³⁶.

Los dolores de Martí también en el futuro de los hombres nobles: en cada injusticia, en cada pena de nuestros semejantes, en cada crimen o error, la culpa; en cada falta, en cada obra inconclusa, en cada sueño irrealizado:

Yo no me canso ni me quejo; y aunque siento en el lado del corazón como un encogimiento, y un dolor que no cesa un instante, jamás pienso en él, ni en cederle, y hago cuanto debo y puedo sin esperanza y temores³⁷.

A medida que pasan los años el amor de Martí se hace más sabio. Ya ha compartido con todos los dolores de los pueblos de América. Es la savia misma de lo más refinado de nuestras agonías. Él no envejece, sino que se hace eterno; madura para comprender, para perdonar y para darse mejor. “Soy pecador; pero no en mi manera de amar a los hombres”³⁸.

Sus cartas a María Mantilla son un himno a la humildad. Uno imagina a la pobre María confundida, temblorosa y paralizada ante su entrega sin límites: “Yo me vengo de ti, queriéndote con todo mi corazón. Aunque tú y yo somos así, que callamos cuando más queremos”.

Su poesía es la flor que susurra con fragancias en el silencio de la noche, es la calma que libera el recuerdo dulce, la paz lejana del ayer, transfigurando todo su amor en el recuerdo sublime de un instante, de un dolor que quema:

¿Ves el cerezo grande –escribe a María–, el que le da sombra a la casa de gallinas? Pues ese soy yo, con

36. Nueva York, a su hermana Amelia, 1880.

37. A Enrique Estrázulas.

38. A Enrique Estrázulas.

tantos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos para abrazarte como él tiene ramas. Y todo lo que hagas y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo.

Pocos días antes de morir, con la gracia de su sencillez en la pluma, con su pedagogía de anciano milenario, que a cada frase le pone un clavel, deja correr la espesa dulzura de su canto con un adiós sin retorno a su María y “mi Carmita”:

Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de ustedes y es la noticia de que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor –de que se me conservan generosas y sencillas, de que jamás tendrán como amigos a quien no las iguale en mérito y pureza. ¿Y en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que en este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, las dos juntas, una escuela: una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa. Mis niñas, ¿me quieren?³⁹

Otras veces relacionaba, conscientemente, la vida con su Cuba:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta a darte un abrazo...? Yo voy sembrándote, por donde quiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú cada vez que veas la noche oscura, o el Sol nublado, piensa en mí... Cuando alguien es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato.⁴⁰

Bolívar, alfarero de pueblos, Martí jardinero de América que con su palabra colmó de flores a la imaginación americana. “La

39. 25 de marzo de 1895.

40. Cabo Haitiano, 1895.

inteligencia americana es un penacho indígena”. A la América nuestra le hacía falta un ramillete de encendidas rosas, y Martí las recogió del cielo, del mar, de los esclavos, de los libertadores, de los niños, de las mujeres. La voz que sacara versos de entre las palmas y las hojas de plátano; flores de llano oliente y del paterno prado; flores del ensueño, de laureles varios; *en mi jardín, el cielo, un ramo haré magnífico de estrellas*; malvas y claveles, mirtos, lilas; *en una flor la vida*; almácigos copudos, violas y espigas:

*donde el alma entra a flor, donde palpitan
susurran, y echan a volar las rosas,
allí donde los astros son robustos
pinos de luz...*

De los místicos lirios, claveles; flores campesinas, *que del cielo bajan* las flores que *untó el arado, que la tierra olorosa trasciende a nardos*; de las madre selvas, flor de llama, pétalos de luz y jazmines como estrellas:

*Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral*

La bestia del imperio

Que se han empeñado en entorpecer nuestras luchas, que nos han negado el derecho a ser humanos; que nos llenaron de luces artificiales la vida. Nos trajeron las lámparas de querosén, las bujías de gas que marchitaron las luciérnagas, que ocultaron las estrellas y relegaron a los penachos indígenas para que nos llenásemos de

gorras cursis y de sombreros. Y colmaron sí, de perversos celos la amistad, la solidaridad, el amor, y nos dejaron andando encorvados buscando la gratitud y la bondad de nuestra sangre por entre las basuras y los ruidos de las máquinas. ¡Cuánta sucia y ruidosa minucia en busca de un maldito progreso! ¡Cuánta degradación por haber dejado de lado nuestro penacho indígena!

Una flor, un cigarrón, el canto de los pájaros, la inteligencia natural que trocamos por estertores de modas y progresos: “se come el ruido, como un corcel la hierba, la poesía. Estréchase en las casas la apretada gente, como un cadáver en su nicho...”; en temblores metálicos: El silencio en medio del bosque, del campo, que nunca más volveremos a recobrar.

Pudo Bolívar prever con extraordinaria claridad cuánto nos degradábamos por el hábito peligroso de copiar y de querer implantar lo extraño en nuestros países. La experiencia con las constituciones más libres, los programas educativos importados, la maceración de lo nuestro con ideologías funestísimas para pueblos. “La influencia de la civilización indigesta a nuestro pueblo –exclama Bolívar con angustia– de modo que lo que debe nutrirnos nos arruina”.

Y Martí replicaba:

No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a nuestro país con abstracciones, sino adquirir la manera de hacer prácticas las útiles. Es inútil y generalmente dañino el hombre que goza del bienestar del que no ha sido creador: es sostén de las injusticias, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y servicios individuales, pierde el hábito de crear y respeto a los que crean... Hasta que la civilización no aprenda criollo y hable en criollo, no civilizará... no se sabe sino lo que se descubre.

Quien siente la belleza interior no busca ni quiere afuera belleza prestada

“¡No hemos tenido tiempo de prepararnos!” Exclamación horrible del Libertador poco antes de morir, que hiela la sangre, y Martí agrega, consternado, sin duda por esta afirmación, que hemos andado arrancándonos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. Atenazado su espíritu de las más ardientes ingratitudes, Bolívar echa al viento conmovedoras confesiones:

Yo no he visto en Colombia nada que parezca gobierno, ni administración, ni orden siquiera. En verdad que empezamos esta nueva carrera, y que la guerra y la revolución han fijado nuestra atención en los negocios hostiles. Hemos estado como enajenados en la contemplación de nuestros riesgos y con ansias de evitarlos. No sabíamos lo que era gobierno, y no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo. No hemos tenido tiempo para aprender.

La angustia por hacer es tan grande que cuanto emprendemos lo dejamos a medias: la impaciencia americana; porque no fue una Nación lo que recibimos de los españoles, sino un hospicio, un desierto, un infierno de escombros y pestes extrañas.

¿Pero cómo podíamos entender de libertad sin conocimiento propio, sin fe en nuestra obra y en nuestro destino?; y como no teníamos libertad carecíamos en gran medida de identidad, de trabajos creativos, de auténtico desarrollo humano.

Nuestros pueblos empezaron por lo último: hablando de reformas cuando no tenían nada establecido. Imponiendo estructuras viejas cuando nada propio habíamos probado; y comenzó la brutal y tenaz autodestrucción enriquecida con los elementos funestos de las modas extrañas. Y la ilusa “libertad” que tuvimos,

una vez exterminados los colonizadores, desató la hecatombe de la palabra, cuando aún carecíamos de Nación. Del largo silencio de la esclavitud nos volvimos dicharacheros, escandalizadores, creyendo de buena fe que los gritos de por sí eran capaces de transformar positivamente la sociedad.

Y el hablar en demasía nos hizo olvidar el bien obrar. Por ello Martí recordaba: “¿Qué es decir sin hacer?” Porque sostenía Martí que la letra, la voz, la palabra, no tenían fuerza ni expresión si no iban cargados de fe y de trabajo:

En las palabras hay una capa que las envuelve, que es el uso: es necesario ir hasta el cuerpo de ellas. Se siente en este examen que algo se quiebra y se ve lo hondo. Han de usarse las palabras como se ven en lo hondo, en su significación real, etimológica y primitiva, que es la única robusta, que asegura duración a la idea expresada en ella. Las palabras han de ser brillantes como el oro, ligeras como la ola, sólidas como el mármol... Porque la condición esencial del arte es la moderación.

¿Por qué todavía no hemos hecho de nuestra manera de hablar un hacer y un servicio?, ¿o qué del hacer y del servicio mane la prosa ligera, penetrante, fresca y dulce?

Aún vamos desnudos de alma, ateridos de soledad: nacimos de la misma impaciencia. Vivimos impacientes, sin las manos del hacedor. Y esta impaciencia es peligrosa cuando se carece de constancia y voluntad porque conduce a la frustración y al abandono de toda forma de lucha. ¡Y cómo nos hemos herido los unos a otros! Nos hemos inferidos horribles golpes porque, desorientados en un hacer que no acaba por dejar una obra bien asentada, terminamos culpándonos mutuamente, usando los mismos dardos que contra nosotros han usado los monstruos colonizadores. Nos hemos dado a la tarea de hablar de razas y llamamos al día más nefasto

de nuestra América, “día de la raza”; y lo celebramos con nuestras vestimentas de colores, con nuestros atavíos indígenas, con nuestras flores y nuestros cantos. José Martí dijo que no había raza, sino pueblos, y que: “Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro”.

Y en medio de este calor de fuerzas y combates, de poemas y pensamientos, de historias relegadas, aparece Hugo Chávez lleno de fuego patriótico proveniente también de la agonía de la espera, e impaciente la espada le tiembla en la mano, porque el verbo de Bolívar y Martí le sofocan y le desbordan. Cuando la claridad de sus ideas y sentimientos reverberan como lanzas en los campos de batallas. Herido en lo más íntimo cuando encuentra una tierra enferma por divisiones que nos han inoculado desde afuera. Desbocados y tormentosos sus nervios al ver a tantos cobardes llorando sus penas, concentrados en plaza de serviles, batiendo banderas norteamericanas.

Pero él saca fuerzas de la eternidad de sus padres y dice que nada impedirá que se trastoque el hermoso proyecto bolivariano: Paciencia y más paciencia, eso sí, sin dejar un instante de ser cada vez más revolucionario. “Solo hay un modo de ser hombre de todos los tiempos: haber sido, plenamente, hombre de su tiempo” –nos advierte Martí.

Aún nos cuesta ver, aún no recapitamos sobre la obra de nuestros libertadores. Aún vamos por el mundo, ausentes de esas otras vidas que nos dieron la nuestra: ¿Por qué habremos olvidado por tanto tiempo las congojas y penas de Bolívar?

Martí era un hombre alegre, fuerte, como esa bondad de los pobres con quienes su suerte quería compartir. Sumergido en la música, en el amor, en las mujeres dulces como ciruelas, frescas como agua de coco, abundantes como nuestros ríos, tiernas como el amanecer. Martí fue un hombre triste porque en América el

hombre sabio lleva un ahogo, un agobio y una lucha interior por cuanto ofende a su sensibilidad, a su corazón honrado y generoso, y le hiela el ver la indiferencia de su propia gente ante nuestros males. Martí también estaba marcado por esa melancolía desoladora que en ocasiones destrozaba al Libertador Simón Bolívar. Esa tristeza que suele acompañar al amor profundo y sincero. La tristeza del no ser cuando nos abruma la abundancia. La ausencia de la entrega total cuando nos sobran fuerzas y vitalidad.

Martí y Bolívar, nuestros padres, se esmeraron en dejar buenos hijos y buenos hermanos, y nos alertaban de que no quemáramos nuestras eras para darle asiento a lo extraño, que no nos entregáramos al negociante extraño para vivir no del trabajo, sino de la usura, del negocio de la politiquería, de la estafa y de la servidumbre.

Bolívar, como Martí, no se cansaron de halagar a la madre tierra para encantarla, para endulzarla, para despertar sus encantos, y que entonces, por obra de nuestros esfuerzos, ella luego nos colmara con hermosos y espléndidos frutos. Ellos, que le cantaron con entusiasmo a la madre tierra y pusieron a punto de amor sus duros pezones. A la tierra que amaron para que se entregara y nos abriera sus tesoros. Tierra abonada con sangre de mártires. Y Martí cantó a México como a Guatemala, a la Argentina y al Uruguay, a Costa Rica, a su Cuba querida, a Venezuela, la Jerusalén de Sudamérica.

Porque a donde iba Martí su corazón era para Latinoamérica: viajaban con él los indígenas de México y del Perú, de Colombia y Ecuador, los negritos de Haití y de Venezuela, la gente sin patria de su Cuba querida. El deseo suyo de hacer feliz esta tierra americana, de que se llenara de niños libres y valientes con capacidad para amar, con sensibilidad de poetas y deseosos de hacer el bien. “¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos!... ¡Echar bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país!”⁴¹.

41. *Nuestra América*, José Martí.

No se puede conocer a Martí si no se ha sufrido por el destino de América, si no se padece una inmensa angustia, la impaciencia por hacer algo noble cada día. No hay que conocerlo [a Martí], solo intelectualmente. Martí y Bolívar son el espíritu de nuestro ser, la esencia de la tierra que pisamos, el sentido de nuestra lucha eterna frente a la apatía, frente al abandono, frente a la desintegración.

Martí fue el hombre que tomó la antorcha del combate dejada por Bolívar. Fue José Martí quien resucitó las inmensas glorias del Libertador en momentos cuando nosotros, tanto en la Argentina como en Venezuela, en Colombia, en Ecuador, vivíamos destrozados por guerras civiles, olvidados de nuestras glorias, de nuestras gestas, de nuestros fastuosos y ricos campos y recursos; divididos frente al extraño, comiendo el pan del oprobio y de la miseria. Esa antorcha que ahora llevan en sus manos Fidel Castro y Hugo Chávez.

Martí volvió a reclamar dignidad, despertó el amor por los héroes, llamó a la unidad de los pueblos americanos como única salida para el progreso y la dignidad. No hubo paz para su alma ni para sus nervios, enfebrecido su corazón por cuanto contemplaba en medio del horror del abandono de sus hermanos en medio de la exuberante belleza, la fecunda y espléndida naturaleza (olvidada entre los escombros de las guerras).

¡Madre América, tantas veces vendida y ultrajada!

El canto de Martí inspirado por don Simón es una luz en medio de la tenebrosa noche de dos siglos.

Desde la muerte de Bolívar, aquí en América, no habíamos tenido un hombre tan universal, que se hubiese empapado tan hondamente del drama y de la miseria de este continente. Muerto el gran hombre, surgieron por doquier los emblemas de las guerras

intestinas, las banderías de partidos, los desastres de una lucha atroz e infame que nos deshonró más allá de toda adjetivación posible: aparecieron grupos llamados liberales que solicitaban la presencia del monstruo invasor; ¡cuántas mentes confundidas y temerosas ante el horror de nuestras disensiones y la pasión desencadenada del crimen, pidieron a gritos que nuestros pueblos fuesen hollados por la planta del invasor extranjero! Hacía falta un poeta, hacía falta un Hombre, que pudiera recoger para el bien social la sagrada savia de esta tierra.

Si falta un poeta, nos falta todo

¡Cuándo podremos encontrarnos todos los pueblos latinoamericanos para fundirnos en un abrazo!

Martí nunca quiso hablar mal ni duro de sus hermanos, que no le escuchaban, que no le tendían una mano en su penoso dolor, y salió a buscar a la madre bondadosa y eterna para mostrárnosla a todos, para revelárnosla y para que la adoráramos y nos recogiéramos con grandeza en su regazo; para que nos reconociéramos en un abrazo de hermanos; que por fin supiéramos que estamos aquí con legítimo y auténtico derecho, reclamando nuestro puesto en la siembra de hombres y nuestro lugar en la historia de los pueblos del universo.

Una sola madre en un abrazo

Bolívar y Martí sintieron a la madre tierra americana; la reconocieron y la palparon. Le cantaron en versos, en gestas y en proezas. La entusiasmaron y la llamaron con sus voces. Una madre que amara al igual a Chile que a la Argentina, a Colombia como a Perú, a México como al Brasil. Una madre modesta, vestida con

el sol del trópico, con el verdor siempre exuberante de sus selvas y bosques, con el vaivén desmelenado de sus palmeras y sus amplias faldas de plátano. Sin peinados caros, sin cosméticos importados, con mucha alma, y su pelo franco, con sus colores vivos de azul del cielo y del amarillo sincero, como cuando florecen el guayacán y el araguaney.

EN EL MAR DE BOLÍVAR

Haz algo bueno cada día en nombre mío

JOSÉ MARTÍ

Otra vez frente a los promontorios de libros y documentos, la obra de Bolívar aplastada por los discursos y los nombres luminosos. Todo esto también lo vivió Martí, y encontró una salida mediante la acción, el obrar constante, puro y honesto.

José Martí, quien vivió horas frente al mar de Bolívar, no solamente con el intelecto, sino abrumado por la visión profunda que tenía de sí mismo; agobiado por la sensibilidad suprema de su alma, de su fe en el hombre, entre la nada y la inmensa obra por hacer.

Porque la entrega de Martí por su América da vértigos: sin reservas; su corazón solamente para lo grande, lo noble y lo útil, marchando hacia la muerte cuando más lleno estaba de vida: “Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y mi revólver a la cintura...”

Marchando junto con los que sueñan con los ojos abiertos: no con el florilegio falso de las palabras, sino con el ejemplo vivo de sus obras, de sus sacrificios; amando fuerte y cargando con las medicinas que dan aliento y fortaleza a los pueblos.

CON UN CANTO POR DELANTE

*Un hombre que oculta lo que piensa,
o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.*

JOSÉ MARTÍ

Una noche, cuando se cumplían cien años del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, se reunió un grupo de poetas latinoamericanos en Nueva York. Estaban allí no para celebrar. Había un silencio de vergüenza. Lo recordaban, encendidas las mentes, en las hazañas del Paso de Los Andes, Carabobo, Boyacá, Bomboná, Junín. Como si fuera ayer, allí brillando los estandartes libertadores, hecha jirones su camisa, inflamado todavía su corazón ante el esplendor de una América Latina fuerte y unida, veinticinco mil hombres formando el ejército más glorioso, más solidario y universal de la Tierra con la espada en la mano, aún sus sienes palpitantes. Bolívar estaba allí, en la velada, con su traje prestado por los indios, con un pañuelo blanco en la cabeza, rodeado por un pelotón de oficiales comandados por el negro Domingo López de Matute, capitán del regimiento, triunfante en Ayacucho, de los granaderos de la Guardia.

La situación de Cuba penetraba aquella sala; Cuba, la amada tierra de Martí, la que quiso libertar Bolívar junto con Sucre y Páez.

Se guardaron los discursos y poemas preparados para la ocasión y cada cual se replegó en sí mismo por la honda tarea que reclamaba el hacer y el servir. Cada cual debía volver a su tierra a levantar el alma de los pueblos que aún gemían en medio de la criminal dominación extranjera.

José Martí se despidió con el corazón destrozado, conmovido, la respiración anhelante. Haría del resto de su vida otro canto a la hermandad americana. Su empeño estaba cifrado en ser el mejor de los discípulos de Simón Bolívar. “Mi único deber es ser digno de vuestra confianza y de vuestra grandeza”. Nada de metas personales. Iba marcado por el fuego de sus obras.

Toca a cada hombre reconstruir la vida.

JOSÉ MARTÍ

Rostro melancólico y agobiado, con los mismos conflictos del Libertador Simón Bolívar, marcado por un dolor que se prolonga después de la muerte.

Esos son los ojos de Martí que pesan sobre nosotros: el confín de lo azul donde nacimos, siempre frente al mar, frente al sol del Padre desolado que dejamos en la otra orilla. Metido en su respiración anhelante, en sus llantos y temores, y aún, en el último instante de su vida, alzando la espada contra el hierro y el temor que nos aherroja.

A Martí no se lo tragarón sus dolores, no lo desanimaron las permanentes derrotas ni su impaciencia americana, porque para los grandes hombres no hay sino lucha, la certeza de que cada día es una prueba; la constancia frente al mal, frente a las injusticias y frente a los pesares de la miseria humana.

¿De dónde obtenía fuerzas en esta marcha? ¿Qué lo impulsaba a mantenerse en pie y persistir en medio de soledad tan espantosa; en medio de tantas decepciones y frustraciones? ¿Y entre las

revelaciones más desconsoladoras, funestas y brutales? ¡Qué valor para conservar serenidad y lucidez aquel año de 1890, durante la Conferencia de Washington, contemplando, aterido de ansiedad, el modo distante e indiferente como se conducían los pueblos hermanos ante la situación cubana! Se nos hiela la sangre, se nos turba la mente al revisar los hechos de aquel mar de divagaciones políticas donde no se percibe la mano hermana, la solidaridad americana tan necesaria y urgente:

México, amable y blandilocuo, va de un sillón a otro, juntando, investigando, callando, y más mientras más dice: Chile enfrentado a Méjico; Venezuela apática; Centroamérica corrompida con las esperanzas de riqueza que les fomentamos con los canales, como el cachetero de la otra América, como la mano servil que, cuando el espada lo mande, le ha de dar al toro la última puñalada.

Si hoy en día padecemos tantas divisiones es porque vivimos en las entrañas del monstruo en nuestra propia tierra; si hoy resplandece como nunca el recelo con nuestros hermanos, exterminando yanomamis, a las etnias aguarunas, huambisas, shapras, jíbaros, shoares y otras tribus de la Amazonía entre la frontera del Perú y el Ecuador, a los indios de Chiapas, a los goajiros, entre la frontera de Colombia y Venezuela, es porque todavía tenemos del esclavo esa creencia que nos fue incrustada a sangre y fuego, de que tanto el indígena como el negro “no son prácticos ni útiles para el desarrollo”.

Si eso es así hoy, cómo sería hace cien años, cuando Martí luchaba por la libertad de Cuba.

Con qué dolor vería Martí este abandono y estas desavenencias. ¡Cuántas luchas abandonadas! ¡Cuántas palabras y promesas vencidas por la comodidad de aquellos pobres países que se

llamaban a sí mismos libres, y que miraban de soslayo al hombre de una tierra que aún gemía bajo la bota del colonialismo español!

A Martí no lo paralizaron estos desdenes, pues si algo llevaba en sus nervios, si algo constituía el sostén de su vida (su razón formal y total para la existencia), era su empeño de ver libre a Cuba. Ese era su destino, y no podía mendigar esa libertad. ¿En dónde encontraba fortaleza este poeta que, por serlo, su corazón era más frágil que los demás, en medio de las convulsiones humanas? ¿Dónde había aprendido a ser un mendigo iluminado? “¡Nuestra América es única!” “¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas, el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile, acaso? No: Chile no vota contra la conquista, pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México, tal vez? México no: México es tierra de Juárez, no de Taylors”.

¡Señor, se ha de aprender a morir en la cruz todos los días!

Solo Puerto Rico y Cuba seguían sometidos al yugo del imperio español. Lástima que en Puerto Rico no hubo un José Martí:

El alma anda hoy muy triste, y acaso la causa mayor sea, más que el cielo oscuro o la falta de salud, el pesar de ver cómo por el interés acceden los hombres a falsear la verdad, y a comprometer, so capa de defenderlos, los problemas más sagrados. De estas náuseas son más crueles que las otras. Por eso no le he escrito en estos días, porque cuando me cae ese desaliento estoy como ido de mí y no puedo con la pluma en la mano... Creo en redondo, peligroso para nuestra América o por lo menos inútil, el Congreso Internacional. Y para Cuba, solo una ventaja le veo, dadas las relaciones amistosas de casi todas las repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra: la de compeler

a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que “Cuba debe ser independiente”. Por mi propia inclinación, y por el recelo –a mi juicio justificado– con que veo el Congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros, nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal⁴².

Este hombre, sin patria, que lleva en el corazón a todas las patrias de América, ¿cómo podía resistir, cómo calmaba su dolor, su impaciencia y su angustia? ¿En qué bandera podía enjugar su sudor y sus lágrimas? Ese maestro de pueblos que iba por nuestra América comunicando “lo poco que sé”, y aprendiendo lo “mucho que no sé todavía”. Que va ahogando “su dolor por no estar luchando en los campos de su patria, en los consuelos de un trabajo, y en las preparaciones para un combate vigoroso”. Que se destroza ante el horror de lo que contempla y se contiene y declara que nunca turbará con actos, ni palabras, ni escritos suyos la paz del pueblo que lo acoja. Y por eso frente a la ira de un soberbio como Antonio Guzmán Blanco, quien se ofende por su homenaje a Cecilio Acosta, tiene que abandonar a su querida Venezuela para no desatar la pluma que le vibra como una lanza. Ya había estado en casa del que libertó a Suramérica. Había recorrido los campos donde valerosos hombres vertieron su sangre por la unidad continental de Hispanoamérica. Había conocido a llaneros como Páez que arrancaron la barbarie a los tiranos extranjeros. Se había empapado en las turbulentas mezclas de un Miguel Peña, de un Leonardo Infante. Se llevaba los ojos encendidos por la fuerza del amor, de las mujeres que lo atendieron y admiraron.

42. Carta de Martí a Gonzalo de Quesada, del 29 de octubre de 1889.

Y haber estado en la tierra de Bolívar lo marcó para siempre: y lo lanzó hacia el apostolado de liberar a Cuba.

¡Bolívar! ¡Es él la fuerza sublime y absoluta que lo mantuvo en pie ante los más formidables fracasos! Así como en pie se ha mantenido y se mantendrá Chávez. ¡Es ese el maestro entre sus nervios de poeta! Esas son las grandes enseñanzas, la vigencia y las proyecciones de las obras de Bolívar; y Martí, palpitante, las recibe con el compromiso de su desgarradora impaciencia. Que nada nos arredre, que nada pequeño nos divida, que nada nos impele al odio entre nosotros mismos. Que hagamos un nuevo evangelio de esa verdad tan gloriosa de que

hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invencible, como una condición física. La virtud es naturaleza, y puestos frente al Sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la Tierra... Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen para que así se salven todos.

TAMBIÉN BOLÍVAR, EN LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO

*Lo que no hemos hecho es porque
no hemos tenido tiempo para hacerlo,
por andar ocupados en arrancarnos de la sangre
las impurezas que nos legaron nuestros padres.*

JOSÉ MARTÍ

Sin haber vivido ese desprecio, esa arrogancia enfermiza, ignorante hacia sus vecinos americanos en la propia tierra de Estados Unidos, Simón Bolívar llegó a conocer en profundidad las entrañas del monstruo. Nada que no implique negocio, el vil negocio, el provecho de alguna diferencia mediante tratados y pactos; nada que no implique explotación y dominio, es importante para los mercantilistas estadounidenses. El hombre que murió con una camisa prestada, el que abandonó sus propiedades en beneficio de la libertad de América del Sur, el que tenía hasta pudor de cobrar sus haberes militares, por fuerza era un individuo moralmente peligroso para el sistema norteamericano.

No existe ni un solo gesto político de Estados Unidos hacia América Latina que no lleve implícita alguna clase de imposición humillante de explotación. Hoy, el desastre espiritual es ya una

peste. América Latina es un gran depósito de la chatarra industrial y tecnológica del mundo, y exactamente como en la guerra del opio, se nos obliga, se nos amenaza a consumir chatarra destructiva, a vivir de las migajas de esa vorágine de desperdicios consumistas. Y lo más deprimente es que la clase pensante, las universidades de nuestra América, para tener “prestigio” ante el “mundo desarrollado” investigan, estudian y crean proyectos, siempre supeditados a la dirección científica y tecnológica de lo que exige ese mar de chatarra destructiva. Muy pocas veces nos detenemos a estudiar si tales proyectos, de veras, tienen algo que ver con nuestra tierra, y si corresponden a nuestras tradiciones, cultura y naturaleza: lo que importa es seguir al carro desbocado de la invención gringa porque se piensa que allí está el progreso. Hoy, tal supeditación es espantosa; estamos ciegos, desviados de nuestros valores, desquiciados por la tremenda dependencia económica, y ya atados tecnológicamente a la invención extraña hasta en las más elementales necesidades del diario quehacer.

Reclama Martí:

Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge volver a los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Solo lo genuino es fructífero. Solo lo directo es poderoso. Lo que otros nos legan es como manjar recalentado.

Por ello Martí se preguntaba:

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes si no hay universidad en América (Latina) donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno,

que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?

En 1891 Martí asiste como delegado del Uruguay a un Congreso panamericano en Washington. Como consecuencia de esta reunión, dirá:

Creen (los Estados Unidos) en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de la “raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan... Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más... ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?... Quien dice unión económica dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro se convierte en influjo político... Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios.

Nuestros gobiernos venezolanos (con líderes que eran entrenados en EE.UU para que se convirtieran en sanguijuelas de nuestros pueblos) declararon la apertura comercial como una gracia de los santos visibles que nos conducirían al cielo. Iniciaron una política denodadamente servil al sistema capitalista que satisfacía

la desbocada importación de productos made in usa, y entonces destrozaron los aranceles y se entregaron en brazos del llamado libre comercio. Se abarrotaron nuestros países de costosas inutilidades que admitíamos como signos de ir a la avanzada del progreso; otros enseres, los vitales para nuestra subsistencia, nos llegaban a precios “irrisorios”, y preferimos importarlos, olvidando nuestras industrias, y entregarnos inermes al fulano negocio del rentismo, al derroche y a la ociosidad.

Los pueblos de Hispanoamérica se indigestaron con el consumo de chatarra de tercera o cuarta mano, y en poco tiempo la economía norteamericana logró superávit en su balanza comercial. Los yanquis estaban felices con los países latinoamericanos que tan bien entienden de economía y de progreso. Pero aquella “felicidad” se tornó en más miserias y nuestras empresas se fueron a pique y se adquirió una deuda delirante e incalculable que comprometió para siempre la seguridad y la independencia de Latinoamérica. Buscando “soluciones” a la cada vez más creciente deuda externa se hizo imprescindible acudir de rodillas al FMI para endeudarnos más. Una africanización del continente americano, hasta el punto de que como nunca se hace valedera la expresión de Martí de que ha llegado la hora de emprender una segunda guerra revolucionaria y de independencia de nuestros pueblos: la que está llevando a cabo Hugo Chávez Frías.

En aras de las perfectas nimiedades (acumulamos chatarras)

Si en la época de Bolívar o de Martí, las poderosas naciones se mantuvieron al margen de nuestros inmensos padecimientos con sus hipocresías y falacias filantrópicas, con sus préstamos cargados de desprecio, vigorizando la ruina interior y humana de nuestros

pueblos, con toda una carga de degradación racista y explotadora, con el tiempo, esta posición se ha ido incrementando.

Ningún país de América Latina ha avanzado en una dirección propia, proveniente de su ingenio creador, por el contrario, seguimos siendo triturados por la imposición del comercio estadounidense, sujetos a cuanto el Imperio del Norte produce, asimilados sin poder chistar a sus denigrantes convenios, desvirtuadas en todas sus facetas la naturaleza de nuestra industria y comprometida de un modo casi irreparable nuestra soberanía. No nos ha quedado, por la manera holgazana de conducir lo nuestro, sino vendernos en cuerpo y alma a los viles explotadores de EE. UU.

Se ha ido engendrando un tipo de latinoamericano repugnante y grotesco, sobre todo en la juventud. Recargado de esa imagen importada, llena de símbolos consumistas: estridencia, letargo, fatiga y miseria espiritual, y que por inauténtica, portadora del germen aniquilador nuestras esencias.

Entonces, producto de esta tenaz imposición de lo extraño, comenzamos a llenarnos de trastos, de chatarra costosísima, de una maquinaria industrial compleja y delirante. Como no sabíamos manejarla importábamos también a quienes debían conducirlos. Creíamos que nos estábamos “desarrollando”, y la Nación se fue inundando de una artillería industrial, ya pasada de moda en el Norte, cuyos repuestos pronto habrían de desaparecer del mercado, y que para mantenerla era necesario actualizarla a costos también delirantes. Comenzaron a acuñarse los términos de “repotenciación” y “reconversión”, tan costosos en sí mismos que convertían a nuestros recursos en perfectas nimiedades frente al imperio de las reformas técnicas e industriales que se requerían; pero así y todo, nuestros economistas se entusiasmaban mentando y tratando de imponer lo de la “repotenciación” y lo de la “reconversión” industrial, y se hicieron tan populares estas expresiones

que algunos intelectuales recorrían el país hablando también de la reconversión histórica, de la reconversión mental y moral del pueblo venezolano, cuando, en el fondo de estas palabras, todo cuanto se estaba dando era la renovación, en un grado sumo, de nuestra estupidez, de nuestras servidumbres y condicionamientos.

Esta historia de torpezas arranca, en parte, de la característica “generosidad” con que a nosotros se nos habían concedido tales préstamos. Como a cada componente de la voraz industria que se iba creando, se tenía siempre en engendro otro más refinado, los préstamos y las necesidades tecnológicas se fueron haciendo imprescindibles para poder vivir actualizados. Por lo cual nunca iba a llegar el día de nuestra liberación científica o económica: ¡Imposible! ¡Cómo podría existir tal independencia frente a la desigual, impositiva y voraz producción tecnológica de los países poderosos, que además se han venido negando a nuestro desarrollo!, en el que no hay modo de pensar por sí mismo, ni siquiera el tiempo necesario para poder probar y tener práctica en cuanto nos va llegando porque a cada invento, pronto se abarrotan nuestros mercados de productos con los que hay que ponerse a tono. Con lo que, a la postre, lo que acumulamos son promontorios de chatarras que oscurecen nuestro entendimiento e impiden que ni medianamente podamos analizar o concebir los niveles, los pasos temblorosos de nuestros pobres conocimientos. Y frente a tamaños promontorios se erige la sombra mortal de una frustración galopante, una fatiga que inutiliza los esfuerzos para afrontar la realidad propia, y que convierte en vulgar parodia, en ridiculez fulgurante, en nimiedad grotesca, en esperpento fustigante, la falacia de nuestro desarrollo y de nuestra investigación.

¡Eso fue cuanto ganamos desoyendo a Bolívar y a Martí!

Es imposible que nuestra preparación tecnológica, y nuestra educación en general, puedan estar en consonancia con el ritmo de esa devastadora ingestión de maquinaria extraña. Pero los

tecnócratas, “liberales” o “neoliberales” que siempre han detentado el poder entre nosotros, tocados del delirio progresista, no conciben otra manera de ser que vivir arrodillados, sometidos a la cultura del imperio norteamericano.

Y vino a ocurrir algo insólito: todas las industrias nacionales quebraron, quedamos endeudados catastróficamente y llegamos además a la conclusión de que los nacionales estamos muy mal preparados para administrar lo nuestro, para dirigir nuestros recursos y “gerenciar” nuestra industria y nuestros servicios básicos, por lo que se hizo imprescindible, para subsistir, el tener que pedir a gritos que se privatizase todo. Los tecnócratas no fueron a la cárcel por tan formidable fraude, sino que siguieron dirigiendo la brutal entrega de los recursos del país. Es decir, castrada la Nación en una delirante deuda externa e interna, lo que nos llegaba de afuera iba a ser devuelto a sus dueños, pero con la particularidad de que todo el capital, para mantener este juego extraño, debía salir del bolsillo nuestro, de nuestro sacrificio y de nuestro trabajo. Nunca se había visto una locura tan enervante y un artificioso negocio tan criminal, pero así y todo, cada período de gobierno se anunciaba con bombos y platillos, con mucho orgullo, el que refinanciaríamos con colosales ganancias nuestra absoluta perdición.

De modo pues, que nada tenemos y nada administramos. Y las universidades, también castradas en lo más íntimo de su ser, deben abortar pequeños seres que salgan a cumplir las tareas que exigen estos nuevos colonizadores. Y nada más infame que este papel de eunucos mentales, de pequeñas criaturas sin discernimiento propio, allí haciendo y produciendo desechos sin destino alguno. Perdiendo el tiempo, haciendo que hacemos cuando en realidad no hacemos nada: divagando y justificando una presencia de por sí agotada por la carrera loca que se escenifica en los laboratorios de Estados Unidos o Europa: vencidos, rancios, fríos y postergados

por todo cuanto ya se encuentra confeccionado afuera, no queda sino copiar, malamente copiar, malamente estructurar, lo ya hecho, concebido y realizado fuera, fingiendo que podemos crear y que podemos vivir por nosotros mismos, cuando en realidad todo está minado y nos encontramos tan dependientes de ellos que ya nada puede pensarse ni hacerse sin sus modelos o conveniencias: somos simples guiñoles, muñecos de esa vorágine y de esa producción industrial, cultural y consumista de Norteamérica o de Europa.

Esta no era ni siquiera una catástrofe, porque no hay bases sobre la cual medirla o poder analizarla. Lo peor ha sido esa casta de los escuálidos, envenenados por la interferencia alucinante de lo extraño, regodeados en sus servidumbres, hechizados por las sutilezas del confort que todo lo pudre, y porque además no conciben otra forma de sobrevivencia.

Ante la realidad palpable de lo que se tenía, frente a esa nada fantasmal por la que, antes que decidirnos por lo auténticamente nuestro, más fácil resultaba entregarnos en manos del infame monstruo que nos explota, que nos roba y que nos echa las migajas para sobrevivir. Éramos como esos animalitos que, enjaulados, reciben en la boca el sustento diario, habíamos perdido la capacidad de ser, de salir a defendernos y de luchar por lo nuestro... ¡hasta que llegó Chávez!

Por eso, la dependencia de los latinoamericanos a EE. UU. ha convertido a la clase de nuestros empresarios en una quinta columna dentro del Estado. Son nuestros empresarios señores sin patria, y su función es procurar una total y vil dependencia a las condiciones que impongan los tratados comerciales de Norteamérica: porque vivir como sanguijuelas a costa del pueblo les parece muy bueno; y en nombre de la libre competencia, del libre mercado, se nos convierte en peones, en factorías, y reductos para la más desvergonzada explotación. Aquí se encuentran las denominadas mafias bancarias, los agentes de las transnacionales y

esos apostadores en mesas de dinero que, como aves de rapiña, van de pueblo en pueblo quebrando, desangrando a las naciones necesitadas. Y luego apelan a esa falacia del código proteccionista norteamericano, a donde corren a cobijarse las manadas de ratas del continente que cada año estafan a las naciones latinoamericanas. Esa canalla sin patria y sin asidero moral ninguno; tal como dijo Martí:

Los que no tienen fe en su tierra, esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre... ¡bribones!... ¡Estos mercenarios que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios... ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres!... ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero!⁴³

Hemos dejado solos a los hombres que procuraron hacer una patria con dignidad y fortaleza moral, frente al miserable negocio del utilitarismo liberal. Esta visión, la crudeza de esta realidad, nos estremece. Es el opio, el opio tecnológico con el cual se nos ha corrompido.

Martí, que percibía –al igual que Bolívar– las abominaciones de estas invasiones económicas, sostenía:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española;

43. *Nuestra América*, José Martí.

y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores de convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para América española la hora de declarar su segunda independencia.

Qué ironía esa doble moral de los norteamericanos cuando se trata de defender sus propios intereses mercantilistas. Dicen luchar contra el narcotráfico bajo el argumento moral de que daña a la juventud o pervierte al hombre, pero en absoluto se detienen a considerar la gravísima y criminal dependencia que en los pueblos latinoamericanos ocasiona la imposición de su mercado industrial, de su producción tecnológica. Se ha probado que cuando los latinoamericanos realizan experimentos, mediante los cuales por sus propios medios intentan crear alguna tímida independencia de tipo económico, de inmediato EE.UU. hace cuanto puede para abortarlo, para impedirlo. Así, todos nuestros gobiernos de América Latina supeditan sus propias vidas a las decisiones del congreso norteamericano: ¡cuánto temblor!, ¡cuánto requiebro!, cuando se discute la ayuda financiera para alguna de nuestras naciones o cuando se plantea el asunto de una “certificación”. Hacen *lobby* estas naciones, mendigando, solicitando e implorando las migajas del monstruo insaciable. La imposición de los productos norteamericanos en otros países, sus leyes comerciales, constituyen otra guerra del opio para el llamado mundo “subdesarrollado”. ¿Es que acaso hemos visto alguna vez a los gobiernos latinoamericanos solicitar al estadounidense que detenga la perturbadora introducción en nuestras tierras de productos tecnológicos, que causan estragos en la cultura latinoamericana?

Sí, todo *confort* pudre

Por otro lado, los llamados “notables” de la política latinoamericana abogan porque no nos cerremos comercialmente al

mundo: son los cultivados en tierras ajenas, que viven alucinados por el progreso de las naciones “desarrolladas”. Creen que nosotros podemos absorber tal progreso sin pérdida grave de nuestra identidad y de nuestros valores fundamentales.

Es que hemos trocado nuestra libertad y nuestro modo de ser por el lujo y la comodidad; “el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero”⁴⁴.

Grave es desconocer nuestra historia, y más grave todavía es vivir influidos por una historia completamente contraria a nuestro modo de ser. Dice el filósofo norteamericano Thomas P. Hughes:

En los años cincuenta y sesenta se creía que la manera óptima era la tecnología norteamericana. Pero en realidad, la tecnología debe adaptarse a la cultura, a los valores, a las aptitudes laborales y a las aspiraciones de la nación que recibe el trasplante. Y si las personas difieren, como en realidad ocurre, en sus aptitudes, aspiraciones y objetivos generales, entonces la tecnología general debe ser modificada para adaptarse a esa cultura y satisfacer sus necesidades⁴⁵.

¿Cómo vamos a hacer para interpretar y asimilar los signos históricos de la tecnología de los países latinoamericanos? Así como los inventos y logros científicos han alterado la cultura y la evolución de otros pueblos, y esta historia va íntimamente unida al devenir de la formación política de dichas sociedades, nuestro sistema y nuestros modelos, nuestras instituciones, han venido siendo fuertemente perturbadas por los inventos que llegan de afuera. Si la tecnología, como dice Hughes, moldea los pueblos,

44. *Nuestra América*, José Martí.

45. Tomado de la revista norteamericana *Facetas*, N° 4, “American-Heritage”. Desde hace más de un año, ciertas casas comerciales de Estados Unidos han impedido el envío de algunos componentes electrónicos para el proyecto del tren electromagnético que el profesor Alberto Serra Valls dirige en Mérida, Venezuela, todo porque EE.UU. argumenta que ellos son capaces de aportar (completo) cuanto nuestro país requiere para poner en funcionamiento dicho proyecto. No les interesa que aprendamos, sino que compremos a ciegas y sin discusión cuanto ellos producen.

sus virtudes y defectos, ¿cómo controlar sus daños y perturbaciones sobre nosotros cuando los mismos norteamericanos han confesado que no pueden dominarlos, cómo tampoco predecir la deformación moral que ocasionan en sus ciudadanos? ¿Cómo nos las arreglamos los latinoamericanos ante las alteraciones sociales que tales invenciones ejercen sobre nosotros, cuando ellos llaman “bestias desordenadas” a sus máquinas?

¿Podrán esas bestias ser orientadas de acuerdo con nuestras tradiciones, con nuestra formación, de acuerdo con los propósitos de nuestros libertadores Bolívar y Martí, cuando ellas carecen de patrón, de “juicio” y son impredecibles, en sus efectos morales, en los mismos países que las producen?

Ojalá pudiéramos, como dice Martí, “recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos”.

Bolívar y Martí previeron los efectos nocivos que podía ocasionar la intromisión de elementos extraños en nuestra cultura. Siendo como somos, en gran medida indiferentes hacia el cuidado y protección de nuestros valores que desconocemos nuestra propia historia, ¿qué hacer ante esa antihistoria paralela y contraria a nuestra evolución, que contramarcha destrozando, deformando, lo poco auténtico que nos queda? ¿Esa antihistoria, impuesta por la tecnología norteamericana, que no comprendemos, que cada vez se hace más imprescindible y que promueve una vida artificial terriblemente estupidizante en nuestros hijos? Martí llamaba constantemente la atención de que: “¡solo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista con las propias manos!”

He aquí cuán vivos y necesarios son para nuestra América los pensamientos, dolores y clamores de Bolívar y Martí.

EL HOMBRE

*El primer criollo que le nace al español,
el hijo de la Malinche, fue un rebelde.*

JOSÉ MARTÍ

Hay hombres que nunca fueron a una escuela y sin embargo levantaron mundos. Eran hombres que tenían sueños, en lugar de pergaminos y cuadernos; tenían manos laboriosas, en lugar de pizarrones y libros. Nunca se reservaron el saber y cuanto conocían salieron a prodigarlo a manos llenas, a humedecer los campos, a fecundar de buenas obras a sus semejantes, a dar y a estimular las buenas acciones con el ejemplo. Entendieron estos hombres que enseñar es obrar. Esta gente intuía que la sabiduría estaba en el sacrificio que cada cual puede aportar a su lar nativo, a cada ser necesitado, a la tierra que ansía ser abonada y fecundada. Estos hombres reciben recompensas cada mañana, las reservadas por la naturaleza a los bondadosos; y se echan al lado del camino a gozar del cansancio y a disfrutar de las buenas obras hechas durante el día. Aman por quienes no lo hacen; sufren por quienes sacan el cuerpo al sacrificio y al servicio. Jamás esquivan el dolor y el trabajo. Sienten por cada hombre lo que sienten por sí mismos, y saben que cuando alguien pena, parte de su ser se degrada, se pudre. Ellos

son los seres que sienten a la Tierra como un abrazo, a cada ser como otro hermano, y cuando se acuestan sueñan gestas sublimes, luchas grandiosas y causas edificantes.

Pero, ¿qué ocurre con el hombre de la actual América hispana?: viste como los españoles, habla, lee y estudia, pero pareciera haber algo roto o perdido en la intimidad de su ser; hubo durante muchos años, hasta que llegó Chávez, un desinterés funesto por el destino de sus hermanos y de los pueblos vecinos.

Durante muchos años tuvimos un venezolano que carecía del sentido de culpabilidad, que no era culpable de las miserias que le rodeaban. Que carecía de compromisos con su comunidad, de responsabilidades con su medio y con su tiempo. Estudiaba para sí, no para prepararse, y no para elevar la condición espiritual de su pueblo.

Había miedo y pesaba entre nosotros aún la esclavitud. El intelecto se había vuelto entre nosotros un florido artificio de abstracciones para justificar el miedo y la cobardía: ¡cuántos de quienes hablan de Bolívar y Martí, o conocen su obra, que escriben metáforas y panfletos con sus ideas, sabían muy bien disimular con buenos ejemplos, sus obras! Así marchan todavía nuestras escuelas, nuestros centros de estudios superiores. A los grandes hombres se les estudia sin convicción, no se les emula.

Quienes viven la obra de Bolívar y Martí en sus nervios, en sus luchas interiores, no solamente con el intelecto, tienen que estar dispuestos a sobrellevar el rechazo de una sociedad todavía seriamente entorpecida por el consumo y las modas extrañas: “porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie”⁴⁶. He aquí lo que dejan estas experiencias remarcadas por Martí:

46. Bartolomé de las Casas, citado por José Martí.

El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tener miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo; ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

¿Quién tiene derecho a hablar en nombre de la soledad, en esta masa inerme de pesar?... ¿Quién tiene derecho a hablar en nombre del infierno, del desgarrar por este procurar nacer y ser? En este verso de Martí, resume su porfía y su grandeza:

Ya no me aflijo, no, ni me desolo
de verme aislado en mi difícil lucha,
va con la eternidad el que va solo,
que todos oyen cuando nadie escucha.

Es una ilusión fatigante y penosa el creer que uno, en poco tiempo, pueda cambiar a los demás en la dirección de los sentimientos justos y nobles. Podría quizás hacerles ver o sentir alguna forma muy leve de realidad diferente, pero sin la fuerza suficiente. Hay una ilusión tan pesada y asfixiante que nos sale al paso en cada frente del diario vivir. De modo que hace falta construir cada segundo, cada minuto, un antimundo, una antiexistencia, ante esa realidad atosigante de falsedades con seres aparentemente idénticos a nosotros, y que requieren para sobrevivir el aire que uno respira, el mismo alimento que uno consume, el tráfago de una lucha fecunda y esencial.

¿No nos quedará más que mantener las formas de la apariencia que no nos vuelva extraño y fuera de lugar, y adoptar una máscara?; ¿volvemos artistas del disimulo? Y luchar en cada acto para hacer ver que de veras uno también está en este mundo, que son valderas las luchas que proponemos, los sueños que se buscan, las esperanzas que se imaginan ¿Estar y no estar al mismo tiempo

es la gran empresa de esta soledad sin límites, que nos ha depa-
rado el conocimiento de la vida? Sí, ¿hacer ver como si de veras
todo es importante, cuando se tiene tan cierta la futilidad de cual-
quier desafío frente a los resultados vagos del esfuerzo convenido?
No vamos a cambiar nada, no vamos a ser diferentes, sino en la
medida que lo que nos afecta pueda hacer el milagro de revelarnos
la necesidad cruda de una transformación profunda en cada uno
de nosotros.

De lo cual, quizás lo único que valga la pena sea apartarse.
Desligarse del laberinto de las ilusiones y acomodarse en la otra
existencia que uno ha levantado a fuerza de no aceptar cuanto nos
han entregado hecho. ¿Negarse a aceptar la fatalidad de los muertos
que suponen que vamos embarcados en la misma insomne barba-
ridad del progreso, está afuera de nosotros mismos?

Por ello, al final, Bolívar y Martí vieron el juego de las suti-
lezas con cabeza fría: al mundo en sus creencias, con cabeza fría.
Movíanse como sombras fustigantes, porque cada cual debe llegar
al tuétano de su propio hueso moral, espiritual, para poder sacar
algo de sí que valga la pena. La gran escuela: observar el derroche de
las existencias que se traga la nada. Acercarse y palpar esa general y
franca desolación de un mundo que es menos que un soplo. Solem-
nemente sordo y monótono. El mar de cada mañana, allí como
ayer, a veces un poco más encrespado, un poco más suave, pero
siempre con su rumor eterno de fantasías, temores y miedos: el
cielo íngrimo de algo que nos devora. Y finalmente, levantarse
como lo ha hecho Hugo Chávez, e imprimirle un cambio de amor,
de lucha perseverante y sin descanso por los ideales sublimes y la
enaltecedora poesía que propugnaban Bolívar y Martí.

Y en sus tumbas, lejos de las contiendas civiles, los vemos
retirados de ese persistente golpear sobre la nada; aun sacudiendo
muertos, creyendo que podemos hacer estremecer momias bien

afianzadas en sus pergaminos y placas, desbrozando la mueca perenne de los aferrados a las mamparas.

¡Cuántas veces pasaría por la mente de Martí si valía la pena morir por el hombre que lo hería, que le esquivaba, que le desconocía, y hoy con Chávez se siente, se palpa, que sí valió la pena!

Los grandes hombres que luchan con la pluma y con el hacer, con el servicio a sus semejantes, que padecen por la tierra, por los niños, y que ven el futuro con una nitidez lacerante; esos hombres no pueden mover un dedo sin dejar las marcas de sus ejemplos, obligados por un mandato superior. La lucha en la que solo triunfan quienes sean capaces de vencerse a sí mismos. Así vemos a Martí, así vemos a Bolívar, a Chávez: en cada acto de sus vidas, en sus palabras, un compromiso, y una lealtad suprema con el pueblo. Claro que alguna vez se sintieron desolados en su amor por América; muchas veces el horror de la condición moral de estos pueblos sometidos por varios siglos a la esclavitud, les destrozó el corazón. Tuvieron noches plagadas de tormentos y agobiantes anhelos: cargan la cruz sagrada para la cual son muy pocos los elegidos.

Pero ni bajó el tono ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era... y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra... Fue a llorar con los indios; pero no solo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo.⁴⁷

Estos son llamados a los hombres de todos los tiempos; a esos niños que él quiso formar con La Edad de Oro para que fuesen los caballeros de mañana. Y es que Martí, como Bolívar, no podía sino pensar en grande, como era grande su sufrir y la lucha por su pueblo:

47. José Martí refiriéndose a don Bartolomé de las Casas.

Lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo, de manera que se vea en los versos como si estuviera pintando con colores, y castigar con la poesía como con un látigo a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres.⁴⁸

Esa sutileza, tan delicada, y la profundidad del decir con sencillez y nobleza; lágrimas de luminosa entrega en la selva y en la carne del indígena:

¡Y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas!; les quitaban sus indias, y sus hijos; los metían en lo hondo de la mina a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas, los hombres eran bellos y amables; pero no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de fruta y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas.

Es que Martí, también con ojos de niño, asombrado, contempla la historia de los hombres, de la naturaleza. ¡Desde la revista *La Edad de Oro* conversaremos eternamente con Martí! ¡Qué lucha tan solitaria sobrelleva el hombre de bien en nuestra América, pero cuán grandes son las recompensas que recibe cuando ese pueblo

48. *La edad de oro*, "La última página".

siempre le lleva en su pecho y representa la esencia de su vivir, de su honra y de su nobleza!

B) HIMNO AL 4 DE FEBRERO

Analícemos de seguida una de las muchas formas como se ha manifestado el pueblo en cuanto a los sucesos de la magna fecha, objeto de reflexiones en este texto: una obra musical que fue concebida desde 1992, pero que solo pudo ser grabada en 2001, por cuanto algunos estudios de grabación (por no decir todos) se negaban a grabar partituras que tuvieran que ver con lo que significaba Chávez, o mejor dicho, con el miedo que el Comandante traía a las arcas de quienes, verdes y blancos, creían que seguirían eternamente en el poder y robando al pueblo su orgullo, su tierra, sus bienes, sus ideas y su alma. Es un himno compuesto por el compatriota Carlos Alberto Zambrano Rodríguez, el cual ha conseguido especial apoyo de: Jenny Moreno y Juanybal Reyes, editores del Módulo de Ciencias Sociales de la Fundación Editorial El perro y la rana. En fin, un pequeño himno que está colgado en youtube, pero el que necesita otro apoyo para regrabarlo con los integrantes que están proyectados en la partitura (72 músicos y un coro de voces profesionales, tal como nos lo comentó el compositor). Entonces, como un obsequio a los lectores de este texto insertamos la letra del respectivo himno que quizás pronto vea relucir la grabación de su música, voces y letra a fin de que sea conocido por quienes manifestamos gran solidaridad socialista y hermana

para quienes hacen patria, desde sus trincheras, con el aporte de sus capacidades, con su grano de arena bolivariana (cualquier interesado en esta obra musical puede escucharla y ver el casero video montado en Youtube, mediante el *link*: <http://www.youtube.com/watch?v=JLLaUXGaOEK>.

HIMNO AL 4 DE FEBRERO

(CORO)

Hoy se cumple un nuevo aniversario,
de aquel día cuando la Patria fiera,
le arrancaba por fin nuestra bandera,
de las manos al viejo dinosaurio.

I

La miseria producto de oligarcas,
es la mancha de quienes gobernaban,
que apretaban al pueblo y le quitaban,
el tesoro guardándolo en sus arcas.

II

Bravo Pueblo que por fin despertaste,
libertando la tierra en esa hora,
como quiso don Ezequiel Zamora,
contra “godos” que ahora tú quitaste.

CORO

III

Este suelo con furia nos reclama,
vigilemos los pasos ya ganados,
y que nunca jamás retrocedamos,
al infierno de ayer con su gran llama.

IV

Apretando la tierra en nuestras manos,
recordemos que Dios nos dio la vida,
y que Sucre, Zamora y don Bolívar,
iluminan a los venezolanos.

CORO

V

Este canto de amor por ti sincero,
Venezuela, mi cuna y de Simón,
“te lo expreso con todo el corazón,
recordando aquel 4 de febrero” (bis)



Sant Roz conversa con Chávez en la Universidad de Los Andes...



En esta foto tomada en 1992, Sant Roz le muestra a la señora Elena de Chávez (madre del Comandante Chávez) el libro *El espíritu del 4-F*, en momentos en que ella visitaba la Facultad de Ciencias de la ULA. Aparece en la fotografía el profesor Miguel Delgado, oriundo de Sabaneta...

ÍNDICE

4-F: LA REBELIÓN DEL SUR / 11
ESCENARIO PREVIO / 13
El Acabose / 13
EL ESPÍRITU DEL 4 DE FEBRERO (4-F) / 43
El cielo encapotado / 44
LAS TRISTES ALOCUCIONES DE CAP / 51
El corro servil de CAP / 52
OTRAS MEDIDAS PAUPÉRRIMAS DE CAP / 59
Caso “Turpial” y otros “cangrejos” días antes de la rebelión / 60
EL BOCHORNO / 69
Sucesos en caliente / 70
JUGANDO A LA DEMOCRACIA COMO SALIDA OPORTUNISTA / 93
Posición de los medios / 94
VENEZUELA ANTE EL MUNDO / 95
La visión de aquellos políticos respecto del término “democracia” / 96
¿CÓMO SE PRONUNCIARON LAS DEMÁS NACIONES? / 99
¿Cómo se pronunció el pueblo venezolano? / 99

PARANGÓN NECESARIO ENTRE 1828 Y 1992 / 105

El problema de rodearse de mediocres / 105

LOS MUERTOS QUE DEJARON / 111

Los verdaderos muertos / 112

AQUEL ESTADO: CULPABLE / 115

Aquel estado de ruina interna / 116

OTROS POLITIQUEROS / 117

Del exterior nombran al político de turno venezolano / 117

RELACIÓN ENTRE LOS INSURRECTOS

Y EL BOLIVARIANISMO / 121

Otros serviles del imperio en la Cuarta República;

amantes del puntapié y del látigo / 121

Mensaje a los pequeños hombres / 124

REVOLUCIONARIOS VS ANTIPATRIOTAS / 127

Otra causa que justifica la rebelión / 127

¿Hay que reflexionar? / 133

Sus voces carcomen a sus dueños: los medios de comunicación / 134

DEMOCRACIA ILUSA Y SECUELAS DEL 27 DE FEBRERO / 137

Mafias presidenciales / 138

NO ERAN SOMBRAS, NO ERAN NI SIQUIERA

ANIMALES LOS GENDARMES PRESIDENCIALES / 141

¿Quién encabeza la red siniestra? / 141

¿QUIÉNES Y POR QUÉ DEFENDIERON
LA “DEMOCRACIA” ATACADA EL 4 DE FEBRERO DE 1992? / 155

La legitimidad del Estado no se sustenta en fechorías,
menos en la corte del forajido CAP / 156

PERROS CONTRA PERROS / 159

CAP contra Lusinchi / 160

EN NOMBRE DE LA CONSTITUCIÓN
SE DESTRUYÓ EL SUEÑO DE BOLÍVAR / 161

En nombre de la Constitución se impuso la rebelión / 161

LOS CORIFEOS DE CAP SIGUEN PIDIENDO REFLEXIÓN / 179

Respuesta tajante ante los pedidores de reflexión / 179

EL CANDIDATO / 185

AL FRAGOR DEL COMBATE / 189

La toma de La Planicie y de Miraflores / 190

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LA HISTORIA / 191

Retumban, de nuevo, las palabras de Bolívar / 191

Los hechos / 193

HERVIDERO DE INTRIGAS / 201

Intrigas contra los revolucionarios / 202

Ochoa Antich, nada que ver / 202

La CIA y el Comando Sur de los EE. UU. / 203

Francisco Arias Cárdenas / 205

¿Por qué se desencadena prematuramente la rebelión? / 206

El contragolpe / 207

El regreso de Ochoa Antich /	208
Un 3 de febrero como pocos /	210
4 de febrero /	212
Ese hombre no solo sí camina, corre /	219
Altos oficiales ocultan sus presillas /	224
En el laberinto de Fuerte Tiuna /	224
¿Qué ha pasado entretanto con el presidente CAP? /	225

EL PRIMER CONTACTO CON CHÁVEZ /	235
Total incapacidad de mando del Ministro de la Defensa /	240

HAMLET EN LA PLANICIE / 243

EMBEBIDO EN SU PROPIA GUERRA /	247
Y sigue hablando la voz interna, fusionada con la de 200 años antes /	248
El cielo despejado /	253
Las horas de la indecisión /	254
No hubo rendición /	256

“HABRÍA PREFERIDO OTRA MUERTE” /	259
Abandona La Planicie /	259
Cuántos “Por Ahora” /	263

CUADRO QUE SIGUE AL 4-F / 281

UN PADRE DE CHÁVEZ, UNO DE LOS DISCÍPULOS DE CHÁVEZ /	283
Entrevista a José Esteban Ruiz Guevara /	283

ENTREVISTA CON EL GOBERNADOR FLORENCIO PORRAS / 301

ANEXOS / 325

A) Así despierta América: Chávez, entre Bolívar y Martí / 325

ZAMBOS / 357

CHÁVEZ, ENTRE BOLÍVAR Y MARTÍ / 361

La bestia del imperio / 371

Quien siente la belleza interior no busca ni quiere
afuera belleza prestada / 373

¡Madre América, tantas veces vendida y ultrajada! / 377

Si falta un poeta, nos falta todo / 378

Una sola madre en un abrazo / 378

EN EL MAR DE BOLÍVAR / 381

CON UN CANTO POR DELANTE / 383

¡Señor, se ha de aprender a morir en la cruz todos los días! / 386

TAMBIÉN BOLÍVAR, EN LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO / 389

En aras de las perfectas nimiedades (acumulamos chatarras) / 392

Sí, todo *confort* pudre / 398

EL HOMBRE / 401

B) HIMNO AL 4 DE FEBRERO / 409

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE 2012
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
50.000 EJEMPLARES
GUARENAS - VENEZUELA

JOSÉ SANT ROZ, venezolano (1944)

Nació en Santa María de Ipire, estado Guárico, en 1944. Es analista político, profesor universitario, investigador, impulsor y colaborador de medios alternativos. Ha escrito varias obras, entre las que están: *Los verdaderos golpistas* (1998), *Obispos o demonios* (2000), *Argenis Rodríguez, calificación desesperada* (2002), *Las putas de los medios* (2002), *Bolívar y Chávez* (2003), *Gustavo Cisneros, una falacia global* (2004). Obtuvo el Premio al Pensamiento Bolívar y Martí por *El procónsul Rómulo Betancourt* (2010).

4-F: la rebelión del sur es un texto que, además de presentar unos hechos verídicos –históricos–, centra el discurso en un análisis pormenorizado de los sucesos del 4 de febrero de 1992. Relación muy interesante pues coloca al lector ante una nueva perspectiva muy distinta de cuanto hemos tenido conocimiento de los días anteriores y posteriores a la fecha que dividió en dos la historia de Venezuela. Una posición bastante crítica y analítica –suficientemente sustentada– es la que en esta oportunidad nos obsequia Sant Roz a fin de llevarnos de la mano, con testimonios de primer orden y verificables, hacia esos días en que la patria de Bolívar enarbolaba su primera bandera verdaderamente revolucionaria.

En consecuencia, el lector atento sabrá disfrutar la forma amena y sencilla utilizada por el autor para relatar, paso a paso, los pormenores (sufrimientos, angustias, alegrías, temores) de quienes –con la decisión férrea de liberar a la patria de Bolívar de los dos partidos que se repartían nuestra renta– decidieron aquel 4 de febrero de 1992, decir: ¡Ya basta!

Un texto que sale a la luz a los veinte años de la magna fecha, pero que será de obligatoria referencia al momento de precisar, al detalle, tantos elementos patrios que contextualizaron el nacimiento del socialismo venezolano que ha sido y es hoy día el bastión meridional que sustenta la ideología política, social y económica de los pueblos latinoamericanos y caribeños. En fin, una obra muy bien pensada y estructurada donde el lector no escapará a la tentación de sentirse parte de los hechos relatados y podrá, además, obtener datos fidedignos del día en que Venezuela comenzó a ser –doscientos años después– la concreción del sueño liberador del más ilustre caraqueño.

